

Las gafas negras

John Dickson
Carr



Selecciones del Séptimo Círculo

Lectulandia

Bellergade ha dejado de ser sinónimo de residencia honorable. Al trascendido de que la joven Marjorie pudiera estar implicada en el crimen de un menor, se suceden una serie de muertes, todas por envenenamiento. Pero la de Marcus Chesney es la más alarmante, ya que ocurre durante un experimento público con el que la víctima pensaba probar lo engañosas que pueden resultar las evidencias... Convertida en un clásico de la novela policial, «Los anteojos negros» somete al lector a una rigurosa lectura que no deja nada librado al azar.

Lectulandia

John Dickson Carr

Las gafas negras

o El caso del asesinato del psicólogo

Gideon Fell # 10

ePub r1.3

Akhenaton 21.06.14

Título original: *The Black Spectacles*
John Dickson Carr, 1939
Traducción: Marta Acosta van Praet
Selecciones del Séptimo Círculo nº 3
Colección creada por Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares
Dirigida por Carlos V. Frías

Editor digital: Akhenaton
Retoque de portada: Orhi
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

A la memoria de Powys Mathers

ANÓNIMO

I

PRIMERA MIRADA A TRAVÉS DE LAS GAFAS

«¿Cómo dormiré esta noche?».
Christiana Edmunds
Brighton, 1871.

1

Como recordaba ese hombre, la cosa empezó en una casa de Pompeya. No podía olvidar aquella tarde calmosa y quieta; el silencio de la Calle de las Tumbas perturbado por voces inglesas; las rojas adelfas del jardín en ruinas y la muchacha vestida de blanco, de pie en medio de un grupo en el que todos usaban anteojos de sol, lo que la hacía parecer rodeada por un grupo de enmascarados.

El hombre que miraba la escena había pasado una semana en Nápoles, llevado por sus tareas. Esas tareas nada tienen que ver con esta narración. Pero llenaron todas sus horas, y sólo en la tarde del lunes 19 de septiembre se encontró libre. Partía esa noche para Roma, y de allí pensaba volver a Londres, pasando por París. Esa tarde se hallaba con ánimo de ver un poco las curiosidades del lugar; el pasado lo había atraído siempre tanto como el presente. Así fue cómo, en la hora más quieta del día, bajo la quietud de un sol abrasador, se encontró en la Calle de las Tumbas.

La Calle de las Tumbas se extiende en las afueras de los muros de Pompeya. Partiendo de la Puerta de Herculano, desciende por una pendiente suave, como un ancho surco de bloques de piedra entre dos veredas. Altos cipreses se elevan por encima de ella y comunican una especie de vida a esta calle de los muertos. Allí se encuentran las bóvedas de los patricios, cuyos altares chatos se defienden aún bastante de la acción ruinosa del tiempo. Cuando el hombre oyó el resonar de sus propios pasos, sólo tuvo la impresión de haber entrado en un suburbio abandonado. La luz ardiente y dura brillaba sobre las piedras gastadas por las ruedas de los carros, que habían formado surcos profundos; brillaba sobre el pasto que surgía entre las grietas y sobre los pequeños lagartos oscuros, que huían velozmente delante de él como una ilusión de sombra movediza en el pasto. Detrás de los mausoleos se erguía

el Vesubio, azul oscuro entre una bruma de calor y no menos inmenso en la mente por hallarse a seis millas de distancia.

El hombre se sentía acalorado y soñoliento. Esas largas calles de tiendas destripadas, esos vislumbres de patios pintados con columnas, empezaban a ejercer un efecto perturbador sobre su imaginación. Había estado caminando durante más de una hora, y desde su entrada en la ciudad no había visto alma viviente, con excepción de un misterioso personaje, con un guía, que había aparecido súbitamente al final de la Calle de la Fortuna y luego se había esfumado como un fantasma, entre un rechinar de pequeñas piedras.

La Calle de las Tumbas lo condujo hasta el final de la ciudad. En el momento en que se preguntaba si daría el día por terminado o si volvería hacia atrás para seguir su exploración, vio aquella casa entre las tumbas. Era una casa amplia, evidentemente la residencia de un patricio, que en los días de auge de Pompeya se hallaba alejada, en los suburbios, en un paraje tranquilo. Subió la escalera y entró.

El vestíbulo era sombrío y olía a humedad; el edificio estaba menos conservado que las casas retocadas de la ciudad, que acababa de ver. Pero más allá, inundado de sol, se extendía el jardín del peristilo, cercado por pilares. Estaba cubierto de plantas, lleno de rojas adelfas en flor y pinos asiáticos alrededor de una fuente en ruinas. Oyó el ruido de un roce en el pasto largo y voces inglesas.

Junto a la fuente, una muchacha vestida de blanco, de pie, miraba en su dirección. Y él vio en ella no solamente belleza, sino también inteligencia. Tenía pelo castaño oscuro, peinado hacia atrás de las orejas, que terminaba en pequeños rizos sobre la nuca. Su cara era ovalada y sus labios pequeños y llenos; sus ojos, muy separados, expresaban buen humor, a pesar de la seriedad de la expresión. Eran ojos grises, de párpados algo pesados y pensativos. Con actitud tranquila y natural alisaba desgadamente su vestido blanco. Pero estaba nerviosa; era posible advertirlo hasta en la curva de sus cejas.

Frente a ella se hallaba un joven de pelo oscuro, con traje de franela gris, quien sostenía en alto una pequeña cámara cinematográfica y apoyaba un ojo en la mira del aparato. La maquineta empezó a zumbiar y a hacer tic-tac. Con la mejilla contra el costado de la cámara, el joven habló por un costado de la boca.

—¡Bueno, haga algo! —instó—. Sonría, o salude, o encienda un cigarrillo, o cualquier cosa, pero ¡haga algo! Si se está ahí quieta, podía lo mismo ser una fotografía.

—Pero George, ¿qué puedo hacer?

—Se lo acabo de decir. Sonría, o salude o...

La muchacha se sentía, evidentemente, atacada por la timidez que sienten las personas cuando saben que cualquier movimiento que hagan va a ser registrado. Después de haber adoptado un aire extraordinariamente solemne, consiguió sonreír

como disculpándose. Levantó su cartera blanca y la balanceó en el aire. Luego miró a su alrededor buscando una oportunidad para escapar, y concluyó por reír en las narices de la máquina.

—Estamos gastando película —gritó el muchacho, con algo de director cinematográfico.

El hombre que observaba de pie junto a la puerta, a menos de cuatro metros de distancia del grupo aquel, tuvo una súbita convicción. Supo que esa joven estaba en un estado de ánimo peligrosamente nervioso; que su cutis saludable era un engaño; y que la insistencia de la maquinita zumbona estaba empezando a afectarla, como si en una pesadilla la atormentara un ojo perseguidor.

—Y bueno, ¿qué puedo hacer?

—Caminar, o algo. Muévase hacia la derecha, hacia allí; quiero que esas columnas le hagan fondo.

Otro componente del grupo que los había estado observando con los puños en las caderas, emitió una especie de gruñido. Era un hombrecillo vivaz, cuyos anteojos oscuros escondían, en parte, el hecho de que era mucho más viejo de lo que parecía indicar su atavío estival. Lo revelaba su piel arrugada a lo largo de la mandíbula y el pelo canoso que aparecía debajo del ala gacha de su panamá.

—¡Fantoques! —dijo con sarcasmo demoledor—. Eso es lo que son: fantoches. Quiere que salgan las columnas detrás de ella, ¿eh? No quiere un retrato de Marjorie. Ni una foto de una casa pompeyana. Lo que quiere es una foto de Marjorie en una casa pompeyana, para mostrar que ha estado aquí. Me parece deplorable.

—¿Qué tiene de malo? —preguntó una voz de trueno. Procedía de un hombre más alto y corpulento, de barba rojiza y corta, que se hallaba del otro lado de la pareja interpelada.

—Fantoques —repitió el hombre del sombrero panamá.

—Estoy completamente en desacuerdo contigo —dijo el hombre corpulento—. Y no comprendo tu actitud, Marcus. Cada vez que vamos a un lugar donde hay cosas curiosas que ver, tú prefieres permanecer alejado de ellas (si te interpreto bien), únicamente porque *son* curiosas. ¿Me permites preguntarte de qué diablos —dijo esta palabra en forma que retumbó por todo el jardín— sirve ir a un sitio si se deja de ver las curiosidades que encierra? Tú arguyes que miles de personas van a verlas. ¿Se te ha ocurrido alguna vez pensar que si miles de personas acuden a determinado lugar durante miles de años, es porque existe la leve posibilidad de que haya allí algo que valga la pena ver?

—Pórtate bien —dijo el hombre del panamá—. Y no sigas gritando. No comprendes; nunca comprenderás. ¿Qué has visto tú, por ejemplo? ¿Dónde estamos ahora?

—Es fácil averiguarlo —dijo el otro—. ¿Qué dice usted, joven?

Se volvió hacia el muchacho de pelo oscuro, el de la máquina, que había interrumpido de mala gana su tarea de retratar a la joven. Ésta, ahora, reía. Volviendo a guardar la cámara en un estuche que tenía colgado del hombro, el muchacho sacó una guía del bolsillo y concienzudamente dio vuelta las páginas.

Luego se aclaró la garganta.

—«Número treinta y cuatro, dos estrellas. Villa de Arrius Diomedes» —leyó con consciente solemnidad—, «aunque así llamada sólo porque...».

—Pamplinas —dijo el hombre corpulento—. Ésa la vimos hace diez minutos. Fue donde encontraron todos los esqueletos.

—¿Qué esqueletos? —protestó la joven—. No vimos ningún esqueleto, doctor Joe.

Detrás de sus anteojos oscuros, el rostro del hombre corpulento se tornó más feroz.

—No dije que habíamos visto esqueletos —replicó, asegurándose enérgicamente en la cabeza la gorra de *tweed*—. Dije que era el sitio donde habían encontrado todos los esqueletos. En este mismo camino: ¿no recuerdas? Las cenizas calientes atraparon allí a los esclavos; los hallaron después, desparramados por el suelo como un juego de bolos. Era la casa con los pilares pintados de verde.

El hombrecillo vivaz del sombrero panamá cruzó los brazos, balanceándolos. Su cara esbozaba una leve expresión de malicia.

—Tal vez te interese saber, Joe, que no estaban...

—¿Estaban qué? —interrumpió el doctor Joe.

—... pintados de verde —siguió diciendo el hombrecillo—. Una y otra vez se comprueba mi argumento de que las personas corrientes, tú, o tú, o usted, son absolutamente incapaces de informar con precisión sobre lo que ven u oyen. No son observadoras. No logran observar. ¿Eh, profesor?

Se volvió y miró por encima del hombro. Había dos hombres más que completaban el grupo, y esos dos hombres estaban en la sombra, justamente detrás de las columnas del peristilo. El hombre que observaba apenas tenía conciencia de que estaban ahí; no los veía a la luz del sol como veía a los otros cuatro. Notó solamente que uno era de mediana edad y el otro joven. Con la ayuda de una lente de aumento examinaban un trozo de piedra o lava que debían haber encontrado en la balaustrada del peristilo. Los dos llevaban puestos anteojos oscuros.

—No se preocupen por la Villa de Arrius Diomedes —dijo una voz desde más allá de la balaustrada—. ¿De quién es esta casa?

—Ya lo encontré —repuso el muchacho de la cámara y la guía—. Me había equivocado de página. Es el número treinta y nueve, ¿verdad? Bien. Aquí estamos. «Número treinta y nueve, tres estrellas. Casa de Aulus Lepidus, el envenenador».

Hubo un silencio.

Hasta ese momento habían presentado el aspecto común de un grupo familiar o de amigos, en el cual el humor de los mayores está un poco perturbado por el calor o el cansancio del viaje. Debido a cierto parecido físico, no menos que a su inclinación a interrumpirse uno al otro, cabía deducir que el doctor Joe y el hombrecillo del panamá (llamado Marcus) eran hermanos. La muchacha, de nombre Marjorie, estaba también emparentada con ellos. Todo muy normal.

Pero, a raíz de la lectura de las palabras de la guía, se sintió en la atmósfera un cambio tan evidente como si en el patio se hubiera producido un enfriamiento o un oscurecimiento. Sólo el joven del libro parecía no advertirlo. Todos los demás se volvieron a medias y luego permanecieron inmóviles. Cuatro pares de anteojos de sol se habían vuelto hacia aquella muchacha que daba la impresión de estar dentro de un círculo de enmascarados. El sol brillaba en los anteojos, comunicándoles un aspecto opaco y siniestro de antifaces.

El doctor Joe dijo nerviosamente:

—¿El qué?

—El envenenador —contestó el joven—. «*Por el dibujo de una espada y un sauce sin corteza (lepidus=descortezado, lustrado, por lo tanto, inteligente o agradable) incrustado en el pavimento de mosaico en la entrada del vestíbulo, Mommsen ha identificado esta casa como perteneciente a...*».

—Sí, pero ¿qué hizo?

—... «*el cual, según Varrón, mató a cinco miembros de su familia por medio de una salsa venenosa de hongos*» —continuó leyendo el joven. Luego miró a su alrededor con renovada expresión de interés, como si esperara, casi, ver los cadáveres todavía ahí.

—¡Vamos, no está mal! —agregó—. Supongo que en esa época era fácil envenenar impunemente al por mayor.

Y entonces, de pronto, comprendió que algo andaba mal; sintió como si se le erizara el pelo hirsuto de la nuca. Cerró el libro y habló en voz baja.

—Escúchenme —dijo apresuradamente—. Escúchenme: ¿he dicho algo que no hubiera debido decir?

—No hay tal cosa —contestó Marjorie con la mayor naturalidad—. Por otra parte, el *hobby* de tío Marcus es el estudio del crimen. ¿No es así?

—Así es —afirmó tío Marcus. Y volviéndose hacia el joven añadió:

—Dígame, señor...; siempre olvido su nombre.

—Sabes muy bien cómo se llama —exclamó Marjorie.

Pero por el respeto exagerado que el joven demostraba a Marcus, era evidente que éste no era solamente tío de Marjorie: hacía también las veces de padre.

—Harding, señor. George Harding —contestó.

—Ah, sí. Y bien, señor Harding, dígame: ¿ha oído hablar de un lugar llamado

Sodbury Cross, cerca de Bath?

—No, señor. ¿Por qué?

—Venimos de ahí —dijo Marcus.

Se adelantó con paso enérgico y se sentó sobre el borde de la fuente, instalándose como si se preparara a dirigir les una arenga. Se quitó el sombrero y los anteojos de sol y los balanceó sobre las rodillas. Al sacarse el antifaz, se vio que su pelo era grueso y canoso, y formaba remolinos y ángulos que sesenta años de peine habían sido incapaces de someter. Sus ojos azules eran brillantes, inteligentes y llenos de malicia. De tiempo en tiempo se acariciaba la piel arrugada del costado de la mandíbula.

—Bueno, señor Harding —prosiguió—, encaremos la realidad. Presumo que este asunto entre usted y Marjorie no es únicamente un *flirt* de a bordo. Presumo que los dos toman la cosa en serio, o creen tomarla.

En el grupo se había producido un nuevo cambio que afectaba también a los dos hombres situados detrás de la balaustrada del peristilo. Uno de éstos (notó el observador) era un hombre de edad mediana, de aspecto alegre, que llevaba echado hacia atrás sobre la cabeza calva un chambergo de fieltro. Sus ojos no se veían, pero tenía una cara redonda, sonrosada por la buena vida.

—Creo —dijo, aclarándose la garganta— que si me disculpan voy a dar una vuelta y...

Su compañero, un joven alto de notable fealdad, volvió la espalda y comenzó a estudiar el interior de la casa con intencionada distracción.

Marcus los miró.

—Tonterías —dijo secamente—. Es cierto que ninguno de ustedes dos es de la familia. Pero saben lo que nosotros sabemos; de manera que se quedan donde están. Y supriman esa maldita delicadeza.

La muchacha habló en voz baja.

—¿Crees, tío Marcus —dijo—, que éste es el lugar apropiado para hablar de eso?

—Lo creo, querida.

—Tienes razón —afirmó el doctor Joe con violencia. Había adoptado un aire severo, importante, solemne—. Por una vez en tu vida, Marcus... tienes razón.

Por su parte, George Harding había adoptado un aire severo, solemne, heroico.

—Lo único que puedo asegurarle, señor... —empezó a decir con tono heroico.

—Sí, sí, ya sé —dijo Marcus—. Y hágame el favor de no mostrarse tan desconcertado. No es nada que salga de lo común; la mayoría de la gente se casa y sabe lo que tiene que hacer cuando se casa, como lo espero lo saben ustedes dos. Ahora bien, este asunto del casamiento está enteramente sujeto a mi aprobación...

—Y a la mía —dijo el doctor Joe severamente.

— *Por favor* —dijo Marcus, fastidiado—. Y la de mi hermano también,

naturalmente. Lo conocemos desde hace un mes, más o menos, y viajando. En cuanto empezó a andar con mi sobrina, telegrafíé a mis abogados para que averiguasen todo lo referente a usted. Y bien, los informes son excelentes. Sus antecedentes buenos; y no tengo queja. Carece usted de familia y de dinero...

George Harding trató de explicar algo, pero Marcus lo interrumpió.

—Sí, sí. Conozco todo lo concerniente al procedimiento químico que puede producirle una fortuna, y todo lo demás. Yo no pondría un penique en eso, aunque de eso dependiera la vida de ambos. No tengo el menor interés por «nuevos procedimientos»; detesto los nuevos procedimientos, particularmente los químicos; exaltan el cerebro de los tontos y me aburren a morir. Pero, probablemente, sacaré algo bueno del suyo. Si no hacen nada extravagante tienen lo suficiente para vivir, y tal vez un poquito más por parte de Marjorie. ¿Está bien entendido?

De nuevo George intentó explicar algo; y esta vez fue Marjorie quien se interpuso. Se había sonrojado un poco, pero su mirada era candorosa y aparecía serena.

—Diga solamente «sí» —aconsejó—. Será todo lo que le permitan decir.

El hombre calvo del chambergo de fieltro, que había estado apoyado con los codos sobre la balaustrada, mirándolos con el ceño levemente fruncido, agitó entonces la mano como quien llama la atención en una clase.

—Un momento, Marcus —interrumpió—. Nos ha pedido a Wilbur y a mí que estemos presentes en esta cuestión, aunque no somos de la familia. De modo que permítame decir una palabra. ¿Es necesario hacerle al muchacho un interrogatorio, como si fuera...?

Marcus lo miró.

—Desearía —dijo— que ciertas personas se sacaran de la cabeza la curiosa noción de que cualquier forma de preguntar es un *interrogatorio*. Todos los novelistas parecen experimentar tal impresión. Hasta usted mismo, profesor, parece inclinado a ello. Me fastidia enormemente. Estoy *examinando* al señor Harding. ¿Está claro?

—Sí —dijo George.

—¡Oh!, vaya a bañarse —dijo el profesor amablemente.

Marcus se acomodó más atrás aún, hasta donde era posible sin caer dentro de la fuente. Su expresión había adquirido mayor suavidad.

—Desde el momento que esta parte está aclarada —prosiguió con voz levemente distinta—, debería usted saber algo de nosotros. ¿Le ha contado algo Marjorie? Me imaginaba que no. Si cree que pertenecemos a la clase de ricos paseantes sin ocupación, acostumbrados a tomar vacaciones de tres meses en esta época del año, sáqueselo de la cabeza. Es cierto que soy rico, pero no soy un desocupado, y muy rara vez paseo. Tampoco lo hacen los demás: yo me encargo de que así sea. Trabajo; y aunque considero que más que hombre de negocios soy un estudioso, no por ello soy

hombre de negocios menos competente. Mi hermano Joseph ejerce, en Sodbury Cross, su profesión de médico clínico; él trabaja a pesar de su pereza constitucional; yo también me encargo de eso. No es muy buen médico, pero al público le gusta.

Detrás de los anteojos oscuros el rostro del doctor Joe se encendió.

—Por favor, cállate —dijo Marcus, sin perder la tranquilidad—. Pues bien, Wilbur (Wilbur Emmet, que está ahí) es el gerente de mi empresa.

Hizo un gesto con la cabeza hacia el joven alto y espectacularmente feo que permanecía detrás de la balaustrada del peristilo. Wilbur Emmet mantenía en su semblante una rígida expresión de madera. Demostraba por Marcus un respeto tan grande como el de George Harding, pero era un respeto más tieso y más digno; parecía siempre pronto a tomar notas.

—Desde que lo empleo —continuó Marcus— puedo asegurarle que también trabaja. El profesor Ingram, ese gordo que está ahí, con la cabeza pelada, es sólo un amigo de la familia. No trabaja, pero lo haría si yo tuviera algo que ver en la cuestión. Ahora bien, señor Harding, quiero que comprenda todo desde un principio y quiero que me comprenda a mí. Soy el jefe de esta familia; no se engañe sobre el particular. No soy un tirano. No carezco de generosidad ni dejo de ser razonable: cualquiera se lo dirá —irguió la cabeza—. Pero soy un viejo entremetido y terco que quiere descubrir la verdad de las cosas. Me gusta que las cosas se hagan a mi manera, y generalmente lo consigo. ¿Está claro?

—Sí —dijo George.

—Bien —comentó, sonriendo, Marcus—. Entonces continuemos. Siendo así, debe usted preguntarse por qué hemos tomado estos tres meses de vacaciones. Se lo diré. Es porque en el pueblo de Sodbury Cross existe un loco criminal, que se divierte envenenando gente al por mayor.

Un nuevo silencio se produjo. Marcus se puso los anteojos, y volvió a completarse el círculo de vidrios oscuros.

—¿Un ratón le ha comido la lengua? —preguntó Marcus—. No dije que el pueblo poseía una fuente de agua potable o una vieja cruz donde antiguamente estaba emplazado el mercado. Dije que hay allí un loco criminal que se divierte envenenando gente al por mayor. Pura y exclusivamente para su placer; tres niños y una muchacha de dieciocho años fueron envenenados con estricnina. Uno de los niños murió. Era una criatura por la cual Marjorie sentía especial cariño...

George Harding abrió la boca para decir algo, y volvió a cerrarla. Miró la guía que tenía en la mano, y apresuradamente se la metió en el bolsillo.

—Lo siento... —comenzó a decir.

—No; escúcheme. Marjorie estuvo enferma, atacada de postración nerviosa, durante varias semanas. Debido a ello, y a uno que otro... ambiente —Marcus se ajustó los anteojos— decidimos hacer este viaje.

—Nunca fue robusta —murmuró el doctor Joe mirando fijamente el suelo.

Marcus lo hizo callar.

—El miércoles, señor Harding, volveremos a nuestro país en el «Hakozaki Maru»; nos embarcaremos en Nápoles. Por consiguiente, es mejor que sepa algo de lo que pasó en Sodbury Cross el 17 de junio pasado. Vive allí una tal señora Terry que tiene un negocio de cigarrillos y golosinas en la calle principal. Los niños fueron envenenados con dosis de estricnina introducidas en bombones con crema vendidos por la señora Terry. Por lo general, ella no vende (puede imaginarse) bombones venenosos. La policía opinó que los dulces inofensivos fueron substituidos por los envenenados... de cierta manera. —Marcus vaciló—. La cuestión es que la persona que pudo haber tenido libre acceso a los bombones, la persona que pudo haber hecho eso en determinadas horas, es alguien muy conocido en Sodbury Cross. ¿Me expreso con claridad?

En este punto, todos los anteojos oscuros miraron fijamente al interlocutor de Marcus.

—Creo que sí, señor.

—En lo que personalmente me concierne —continuó Marcus— estoy deseando volver a mi casa...

—¡Claro que sí! —exclamó el doctor Joe en una explosión de vigoroso alivio—. Buenos cigarrillos, buen té, buenos...

Desde la sombra del peristilo, el joven excepcionalmente feo y solemne habló por primera vez. Su voz grave comunicaba a sus palabras algo misteriosas la intensidad de una profecía sibilina. Tenía las manos enérgicamente introducidas en los bolsillos de su chaqueta azul.

—Señor —dijo Wilbur Emmet—, no deberíamos haber estado ausentes en julio y agosto. Desconfío de McCracken, tratándose de los Early Silver.

—Por favor, compréndame, señor Harding —dijo Marcus vivamente—. No somos una banda de parias. Hacemos lo que se nos antoja. Tomamos vacaciones cuando se nos antoja y volvemos a casa cuando se nos antoja: por lo menos así lo hago yo. Tengo particular empeño en volver, porque creo que puedo solucionar el problema que los ha estado atormentando. Conocía, desde hace meses, parte de la respuesta. Pero hay ciertos... —vaciló otra vez, levantó la mano en el aire, la sacudió y la dejó caer sobre las rodillas—. Si usted va a Sodbury Cross, oirá ciertas insinuaciones, ciertos rumores; percibirá cierta atmósfera. ¿Está usted preparado para ello?

—Sí —dijo George.

Al hombre que observaba desde la puerta del vestíbulo le quedó siempre grabado ese grupo, enmarcado en el jardín por los pilares antiguos, y extrañamente simbólico de

lo que iba a suceder. Pero en ese momento sus pensamientos no eran metafísicos. No se dirigió al interior de la casa de Aulus Lepidus, el envenenador; se volvió y salió a la Calle de las Tumbas, donde caminó un trecho en dirección a la Puerta de Herculano. Un diminuto borrón de humo blanco se retorció y arrastraba alrededor de la cima del Vesubio. El detective-inspector Andrew MacAndrew Elliot, del Departamento de Investigaciones Criminales, se sentó sobre la alta vereda, encendió un cigarrillo y miró con pensativa atención el lagarto oscuro que había aparecido como una flecha en mitad del camino.

La noche en que se cometió un asesinato en Bellegarde, la casa de campo de Marcus Chesney, el inspector Elliot partió de Londres en su automóvil (del cual estaba desmedidamente orgulloso) y llegó a Sodbury Cross a las once y media. Era una noche muy linda, aunque muy oscura después de un día brillante de sol, y templada para ser 3 de octubre.

Había existido, pensó sombríamente, una especie de fatalidad en todo eso. Cuando el superintendente Hadley le dijo que se encargara del asunto, él no le había comunicado su pensamiento. Como una obsesión volvía a su memoria cierta escena pompeyana, y también cierto asunto muy feo ocurrido en una farmacia.

—Como de costumbre —había protestado Hadley con amargura— nos han llamado cuando la pista está tan borrada como una huella en el agua. Casi cuatro meses después. Estuvo usted muy acertado en la pista desaparecida del asunto de Crooked Hinge, de modo que tal vez consiga descubrir alguna cosa. Pero no tenga demasiado optimismo. ¿Sabe algo de esto?

—He... leído algunas crónicas en el momento en que ocurrió, señor.

—Y bien, vuelven a desenterrar el asunto. Parece que hay un barullo del demonio desde que la familia Chesney ha regresado de un viaje al extranjero. Cartas anónimas, inscripciones en las paredes, esa clase de cosas. Es un asunto sucio, muchacho: envenenamiento de niños.

Elliot vaciló. Se sintió invadido por una ira sorda.

—¿Suponen que es alguien de la familia Chesney, señor?

—Lo ignoro. El mayor Crow, el comisario, tiene sus ideas al respecto. Crow tiende a lo emocional más de lo que se creería al verlo. Cuando se le pone una idea, se aferra a ella con dientes y uñas. De todas maneras, le dará a usted los datos. Es un buen hombre, y trabajará usted seguramente bien bajo sus órdenes. ¡Ah!, y si necesita ayuda, Fell se encuentra cerca de allí. Está en Bath, haciendo una cura. Podría usted telefonarle y ver que trabaje un poco, para cambiar.

Andrew MacAndrew Elliot, joven, formal y muy escocés de alma, se sintió considerablemente alentado al enterarse de la proximidad del voluminoso doctor. Pensó que hasta podría contarle al doctor Fell lo que tenía en la mente, porque el doctor Fell pertenecía a esa clase de personas.

En consecuencia, a las once y media llegó a Sodbury Cross y se detuvo frente a la comisaría. En lo referente a categoría, Sodbury Cross oscila entre pueblo y aldea. Pero es una localidad que tiene feria y se halla junto a la carretera de Londres, razón por la cual soporta un enorme tránsito. A esa hora de la noche estaba envuelta en el

sueño. Las luces del coche de Elliot señalaban hileras de ventanas cerradas; la única otra luz la proyectaba un reloj iluminado sobre la fuente de agua potable del Diamond Jubilee.

El mayor Crow y el superintendente Bostwick estaban esperándolo en la comisaría, en la oficina del último de los nombrados.

—Siento haber llegado tan tarde, señor —dijo Elliot al primero—. Pero se me pinchó un neumático del otro lado de Calne y...

—¡Oh, no se preocupe! —exclamó el comisario—. También nosotros somos pájaros nocturnos. ¿Dónde piensa alojarse?

—Me recomendaron «El León Azul».

—No podría encontrar nada mejor. ¿Prefiere ir ahora y despertarlos y retirarse, o escuchar primero algo sobre el caso?

—Me gustaría enterarme un poco de eso, señor, si no es demasiado tarde para usted.

Durante un rato reinó silencio en la oficina con excepción del tic-tac de un reloj ruidoso; la luz del gas fulguraba nerviosamente. El mayor Crow abrió una caja y ofreció cigarrillos. Era un hombre de poca talla, de bigotito canoso y de modales y voz suaves, uno de esos tipos de ex militares cuyos éxitos sorprenden siempre, mientras no se toma contacto con su absoluta eficiencia. El mayor encendió un cigarrillo y vaciló, fijando los ojos en el suelo.

—Soy yo quien tendría que pedirle disculpas, inspector —dijo—. Deberíamos haber recurrido a Scotland Yard hace mucho tiempo, si es que lo íbamos a hacer. Pero en estos últimos días, desde que volvieron Chesney y su gente, se ha producido un revuelo. La población creerá que el asunto adelanta mucho— su sonrisa no era ofensiva— sólo porque Scotland Yard interviene en él. Ahora bien, muchos pretenden que arrestemos a una muchacha llamada Wills, Marjorie Wills. Y no tenemos suficientes pruebas.

Aunque sintió la tentación de hacerlo, Elliot no emitió comentario alguno.

—Comprenderá usted la dificultad —prosiguió el mayor Crow—, si logra imaginar la tienda de la señora Terry. Ha visto usted centenares idénticas. Es un lugar muy pequeño, angosto, pero con bastante fondo. Del lado izquierdo hay un mostrador para cigarrillos y tabaco; del lado derecho otro mostrador para golosinas. Entre ambos corre un pasillo cuya estrechez apenas permite moverse en él y que va hasta el fondo de la tienda donde se halla instalada una biblioteca circulante. ¿Lo ve?

Elliot asintió con la cabeza.

—Sólo existen tres negocios de esta especie en Sodbury Cross, y el de la señora Terry es, lo era, en mucho el mejor frecuentado. Todos iban allí. Es una mujer alegre y muy capaz. Su marido murió y la dejó con cinco hijos, ¿comprende?

Elliot volvió a hacer un gesto afirmativo con la cabeza.

—Y también comprende usted cómo se realiza la venta de golosinas en esos negocios. Algunos dulces están dentro de una vitrina chata, pero una gran parte de ellos se encuentra colocada de cualquier modo sobre el mostrador: en frascos de vidrio o en cajas abiertas. Ahora bien, sobre la vitrina había cinco cajas abiertas, levemente inclinadas para exhibir la mercadería. Tres de ellas contenían bombones de crema, otra bombones de chocolate sin relleno, y otra caramelos. Supongamos que alguien quisiera mezclar bombones envenenados entre ellos. ¡Nada más fácil! Le bastaría comprar bombones rellenos con crema en otra parte; pertenecen a un tipo común que se encuentra sin dificultad. Tomaría una jeringa de inyecciones, la llenaría de estricnina en solución alcohólica e inyectaría luego unos miligramos del líquido en, digamos, media docena de bombones. Un pinchazo tan diminuto no se nota. Luego iría a la tienda de la señora Terry, o a cualquier otra, con los bombones escondidos en la palma de la mano. Pediría cigarrillos, y la señora Terry iría a buscarlos al mostrador correspondiente. Supongamos que le pide cincuenta o cien Players; en tal caso no sólo tiene que volverse, sino que se ve obligada a trepar hasta un estante más alto para alcanzar la caja de cien. Mientras da la espalda, ese alguien estira simplemente el brazo y deja caer los bombones preparados dentro de la caja abierta. Cien personas durante el día pasan por esa tienda; ¿quién puede saber cuál es el culpable, o probarlo?

Se había puesto de pie y tenía el rostro enrojecido.

—¿Así fue como lo hicieron, señor? —inquirió Elliot.

—¡Espere! Ya ve con qué facilidad diabólica una persona que sólo aspira al placer de matar, sin importársele a quien, puede quedar impune. Usted advierte nuestra dificultad. Será mejor que primero le dé algunos datos sobre Marcus Chesney, su familia y sus compinches. Chesney vive en una casa grande situada a más o menos un cuarto de milla de aquí; tal vez la ha visto usted. Linda, flamante, todo moderno y de lo mejor. Se llama Bellegarde; apodada así por un durazno.

—¿Un qué, señor?

—Un durazno —repitió el comisario—. ¿Ha oído hablar alguna vez de los famosos invernáculos de Chesney? ¿No? Ocupan más o menos media hectárea. Antes de él, su padre y su abuelo cultivaban duraznos finos, considerados como los mejores del mundo. Marcus siguió haciéndolo. Son esos duraznos enormes que se compran en los hoteles del West End a precios fantásticos. Los cultiva fuera de estación; sostiene que el sol y el clima nada tienen que ver con el cultivo del durazno; afirma que su método es un secreto que vale decenas de miles. Cultiva el Bellagarde, el Early Silver y —su propia especialidad— el Royal Ripener. Y ciertamente es un negocio que produce: me han asegurado que su renta anual alcanza a seis cifras.

En este punto el mayor Crow titubeó, mirando agudamente a su huésped.

—En cuanto a Chesney propiamente dicho —continuó—, no es lo que podríamos

llamar popular en la región. Es astuto y más duro que una piedra. En general lo detestan con toda el alma o le conceden un respeto semitolerante. Usted conoce el ambiente de las cantinas: «¡Duro de pelar el viejo Chesney, eso es lo que es!», y un gesto de la cabeza y una risita burlona, y vuelta a dejar caer el jarro sobre el mostrador. Existe además la creencia popular de que en esa familia hay algo raro, aunque nadie puede decir qué. Marjorie Wills es sobrina de Chesney, hija de una hermana suya que murió. Por lo que se sabe de ella, parece ser una excelente muchacha. Pero tiene mal carácter. A pesar de su aire dulce e ingenuo me han dicho que, algunas veces, emplea un lenguaje que sobrecogería a un sargento mayor. Luego está Joe Chesney, el médico. Redime a la familia; todo el mundo lo quiere. Tiene siempre un aspecto de toro salvaje, y no confiaría demasiado en su habilidad profesional, pero muchísimas personas le tienen fe. No vive con Marcus, éste no desea estropear a Bellegarde con un consultorio. Vive un poco más lejos, en el mismo camino. Después tenemos a un profesor retirado llamado Ingram, muy agradable y tranquilo, muy amigote de Marcus. Posee, también en el mismo camino, una casita, y está muy bien considerado por aquí. Finalmente, el gerente o administrador de los cultivos de duraznos es un tipo llamado Emmet de quien nadie sabe nada y no despierta mayor interés. Pues bien, el 17 de junio era jueves, día de feria, y había bastante gente en el pueblo. Creo que podemos dar por establecido que hasta ese día no había habido bombones envenenados entre los de la señora Terry. La razón: tiene cinco hijos, como le dije, y uno de ellos festejó su cumpleaños el día dieciséis. La señora Terry le dio una fiestita esa tarde. Para la fiesta tomó, entre otros dulces, un puñado de bombones de cada una de las cajas que estaban encima del mostrador. Nadie se sintió mal por haberlos comido. Por otra parte, tenemos una lista de todas las personas, todas, que fueron a la tienda ese jueves. Eso no es tan difícil como parece, porque la mayoría llevó libros a la biblioteca y la señora Terry anota siempre los nombres. Ese día no hubo extraños en el negocio: podemos considerarlo establecido. De paso, le diré que Marcus Chesney estuvo allí en persona. También estuvo el doctor Joe Chesney. Pero ni el profesor Ingram ni el joven Emmet entraron.

Elliot había sacado su anotador y estudiaba los curiosos dibujos que había trazado en él.

—¿Y la señorita Wills? —inquirió; y tuvo nuevamente conciencia de la noche tibia, la luz cantante del gas y los ojos preocupados del comisario.

—Ya voy llegando a esa parte —siguió diciendo el mayor Crow—. La señorita Wills no estuvo en realidad dentro de la tienda en ningún momento. He aquí lo que pasó. Más o menos a las cuatro de la tarde, justo después de la salida del colegio, ella llegó a Sodbury Cross en el automóvil de su tío. Fue a la carnicería de Packers para formular una pequeña queja a propósito de algo. Cuando salía de la carnicería se encontró con el niño Frankie Dale de ocho años de edad. Siempre había querido

mucho a Frankie, según afirma la mayoría. Le dijo estas palabras, oídas por un testigo: «Oye, Frankie corre hasta la tienda de la señora Terry y tráeme tres peniques de bombones de crema, ¿quieres?», y le dio al chico una moneda de seis peniques. La tienda de la señora Terry queda, más o menos, a cincuenta metros de la carnicería. Frankie hizo lo que le pedían. Como ya se lo dije, había tres cajas de bombones de crema sobre la vitrina. Frankie, como buen niño, no especificó. Señaló sencillamente con decisión la caja del centro y dijo:

«Quiero tres peniques de éstos».

—Un momento, señor —interrumpió Elliot—. ¿Alguien había comprado bombones de crema antes de esa hora?

—No. Se había hecho una venta bastante buena de pastillas de goma, chokolatines y caramelos, pero hasta ese momento, ese día, no se había vendido ningún bombón de crema.

—Prosiga, por favor.

—La señora Terry los pesó y se los dio al niño. Esos bombones cuestan seis peniques el cuarto de libra; le dio dos onzas, o sea seis bombones. Entonces Frankie corrió de vuelta a donde lo esperaba la señorita Wills, con los chocolates dentro de una bolsita de papel. Ese día había llovido; la señorita Wills llevaba puesto un impermeable con bolsillos profundos. Metió la bolsita en el bolsillo. Luego, como cambiando de idea, la volvió a sacar. Por lo menos, volvió a sacar una bolsita de papel. ¿Comprende?

—Sí.

—Abrió la bolsita, miró adentro y dijo: «Frankie, me has traído de los más chicos con relleno blanco. Yo quería los más grandes con relleno rosado. Ve y dile a la señora Terry que me los cambie, ¿quieres?». Por supuesto, la señora Terry, amablemente, se los cambió. Echó los bombones en la caja del centro y volvió a llenar la bolsita con otros de la caja de la derecha. Frankie se los entregó a la señorita Wills y ésta le dijo que guardara el cambio de los seis peniques. El resto del asunto —añadió el mayor Crow haciendo una inspiración profunda y mirando fijamente a su interlocutor— tarda poco en contarse. Frankie no gastó sus tres peniques en ese momento; se fue a su casa a tomar el té. Pero después del té, volvió otra vez allí. Ignoro si, desde que había comprado los anteriores, tenía o no la idea fija de los bombones de crema. Pero gastó en ellos dos peniques, los más chicos con relleno blanco, y un penique en pastillas. A eso de las seis y cuarto, una sirvienta llamada Lois Curtain (trabaja en casa del señor y la señora Anderson) fue a la tienda con dos de los niños Anderson y compró media libra de bombones mezclados de las tres cajas. Todos los que probaron alguno de los chocolates de la caja del centro se quejaron del gusto horriblemente amargo que tenían. Frankie, pobrecito, no iba a desalentarse por eso, puesto que había gastado en ellos sus dos peniques. Se los tragó

todos. Los dolores le empezaron alrededor de una hora más tarde y murió entre terribles sufrimientos a las once de esa misma noche. Los niños Anderson y Lois Curtain fueron más afortunados. La pequeña Dorothy Anderson probó un bocado de uno de los bombones; protestó en seguida y dijo que era demasiado amargo —*malo* fue la palabra que empleó— para comerlo. Por curiosidad, Lois Curtain también probó un bocado. Tommy Anderson se puso a chillar en tal forma que también a él tuvieron que darle un bocado. Lois, entonces, probó otro chocolate y era igualmente amargo. Decidió que los bombones eran malos y los guardó en su cartera hasta que pudiera ir a quejarse a la señora Terry. Ninguno de los tres murió, pero esa noche Lois estuvo con un pie en la tumba. Envenenamiento por estricnina, naturalmente.

El mayor Crow calló. Había hablado con voz tranquila, pero a Elliot no le gustó la expresión de sus ojos. Apagando el cigarrillo, el mayor volvió a sentarse y agregó:

—Desde hace doce años me encuentro en esta parte del país, pero nunca he presenciado un revuelo como el que siguió a ese asunto. Como es de suponer, el primer informe decía que la señora Terry había estado vendiendo chocolates envenenados, y toda la culpa recayó sobre ella. Creo que algunas personas tenían la vaga idea de que el chocolate puede descomponerse como la carne. La señora Terry se puso histérica; se tapaba la cara con el delantal y gritaba y lloraba. Le rompieron las vidrieras, y el padre de Frankie Dale casi se volvió loco. Pero después de un día o dos, se calmaron un poco los ánimos, y empezaron a preguntar cosas. Joe Chesney dijo francamente en el bar del «León Azul» que se trataba de un envenenamiento deliberado. Había atendido a Frankie. Frankie había comido tres chocolates, ingiriendo treinta y seis centigramos de estricnina. Usted sabe que cincuenta y cuatro miligramos han demostrado ser una dosis fatal. Las otras tres víctimas habían dividido entre ellas más de doce centigramos. Los restantes bombones de la caja del centro fueron analizados. Dos de ellos contenían, cada uno, más de doce centigramos de formiato de estricnina en una solución alcohólica, como asimismo dos de los bombones que tenía Lois Curtain en la cartera, además de los dos que ella y los niños habían compartido. En otras palabras, diez chocolates en total habían sido envenenados, y en cada uno había mucho más veneno del necesario para que la dosis fuese fatal. Alguien había decidido matar, y matar a su víctima con el mayor sufrimiento posible. Ahora bien, y muy claramente, existían tres posibles soluciones. Una: la señora Terry había envenenado deliberadamente los chocolates. Después del primer escándalo, nadie lo creyó. Dos: alguien había ido al negocio durante el día a echar un puñado de bombones envenenados en la caja del centro, mientras la señora Terry daba la espalda. En la forma que le indiqué hace un momento. Tres: fue Marjorie Wills quien lo hizo. Cuando Frankie le llevó la bolsita de bombones inofensivos, ella ocultaba en el bolsillo de su saco un duplicado de la bolsa que contenía los preparados con veneno. Introdujo la bolsa inofensiva en el bolsillo, sacó

la envenenada y pidió a Frankie que la llevara de vuelta y la cambiase. En esa forma la mercadería envenenada fue echada dentro de la caja central. ¿Me sigue usted?

Elliot frunció el ceño.

—Sí, señor, comprendo. Pero...

—¡Precisamente! —interrumpió el mayor, fijando una mirada magnética en su huésped—. Sé lo que va a decir. Ahí estaba la dificultad. Ella compró *seis* chocolates. Pero en total había *diez* envenenados en la caja. Si devolvió un duplicado de la bolsa con seis, ¿cómo explicar los cuatro restantes? Y si la bolsa contenía diez chocolates en vez de seis, ¿cómo no lo advirtió la señora Terry al vaciarla en la caja?

Hasta ese momento, el superintendente Bostwick, de la policía local, no había pronunciado palabra. Era un hombre grande y rudo, y había permanecido sentado, con los brazos cruzados y la mirada clavada en el almanaque. Se aclaró la garganta.

—Algunas personas —dijo— creen que pudo no darse cuenta, si estaba atareada.

Aclarándose nuevamente la garganta, agregó:

—Con Scotland Yard o sin Scotland Yard, atraparemos a ese maldito asesino del demonio, aunque sea lo último que hagamos.

La vehemencia de su desahogo estremeció el cuarto templado. El mayor Crow miró a Elliot.

—Por lo general —dijo—, Bostwick no pierde su serenidad de juicio. Y si él piensa así, ¿qué imagina usted que piensan los demás?

—Ya veo —dijo Elliot, sintiendo un pequeño escalofrío—. ¿Entonces, la mayoría cree que la señorita Wills...?

—Usted tendrá que averiguarlo. La gente, en general, no está dispuesta a discutir sutilezas, como tenemos que hacerlo nosotros. Ahí está lo malo. Primero fue la naturaleza enteramente absurda de la cosa, su característica puramente torcida, lo que pasmó a todos. Y luego... bueno, no ayuda mucho el hecho (aunque por suerte los parroquianos del «León Azul», en su mayoría, lo ignoran) de que las circunstancias sean casi las mismas de un famoso caso de envenenamiento registrado en Brighton hace más de sesenta años. ¿Ha oído hablar del caso de Christiana Edmunds en 1871? Logró efectuar el truco de los bombones envenenados, consiguiendo que un niño los llevase de vuelta a la tienda para cambiarlos, exactamente en la misma forma. Llevaba un duplicado de la bolsa en su *manchon*, creo, y como un prestidigitador se lo cambió al chico.

Elliot reflexionó.

—Sí, recuerdo bien; Christiana Edmunds estaba loca —dijo—. Murió en Broadmoor.

—Sí —asintió el mayor con brusquedad—, y algunos creen que esta muchacha terminará allí.

Después de una pausa, prosiguió con aire razonable:

—¡Pero fíjese el caso que han fabricado contra ella! En realidad el caso no existe. No se sostiene; sencillamente no se sostiene ni pegado con cola. Primero, no se consigue descubrir un rastro de veneno que nos lleve hasta ella; no se puede probar que haya comprado, pedido en préstamo, encontrado o robado, ni una fracción de miligramo. La respuesta que dan aquí a eso es sencilla. El doctor Chesney la quiere mucho, y Joe Chesney, dicen, es una de esas personas descuidadas que dejarían estricnina tirada por cualquier parte como si fuera tabaco. Es verdad que tiene estricnina en su consultorio, pero nos ha dado cuenta de cómo ha empleado toda la cantidad que estaba en su poder. Segundo: la señora Terry jura que sólo había seis chocolates en la bolsa que Frankie Dale llevó de vuelta. Tercero: si Marjorie Wills hizo eso, lo realizó en forma increíblemente tonta. Ni siquiera tomó las precauciones de la loca Christiana Edmunds. Después de todo, Brighton es muy grande, y una mujer que elige a un chico que no la conoce para que efectúe el cambio, cuenta con la posibilidad de que después no la identifiquen. ¡Pero esta muchacha!... ¿Da el golpe en medio de un lugar pequeño como éste, hablando a un chico que la conocía y en presencia de testigos? ¡Qué diablos! ¿Quiere decir que hizo todo lo que pudo para llamar la atención? De haber querido envenenar los bombones, podía haberlo hecho sin que nadie sospechase de ella, en la otra forma que ya le expliqué. No, inspector. En el caso suscitado contra ella no existe un solo detalle que un buen abogado no echaría por tierra en veinte minutos; y no podemos correr el riesgo de detenerla nada más que para satisfacer al tío Tom Cobleigh y a los demás. Por otra parte, espero que no sea cierto. Es una chica muy bonita y nunca se ha dicho nada malo de ella, excepto que los Chesney, en general, son raros.

—Esa agitación popular contra ella ¿empezó antes que los Chesney se fueran de viaje?

—Le diré, estaba latente. Sólo entró en plena efervescencia cuando se fueron. Y ahora que están de vuelta, es peor; el superintendente tiene miedo que algunos exaltados traten de romper los invernáculos de Marcus. Yo, sin embargo, no lo creo. Los muchachos del pueblo hablan mucho, pero son pacientes casi hasta la pesadez. Esperan que la autoridad actúe en su nombre y no se desatan, a menos que aquélla no proceda. ¡Diablos, no deseo otra cosa que hacer todo lo posible! —agregó el mayor con voz súbitamente plañidera—. Tengo hijos, y este asunto me gusta tan poco como a todos los demás. Hay que ver también que la actitud de Marcus Chesney no ha ayudado mucho. Volvió del continente clamando justicia y diciendo que iba a solucionamos el problema después que hubiéramos fracasado. Estuvo aquí, según me han dicho, anteayer con no sé qué pretexto, preguntando cosas...

Elliot tuvo un gesto de vivo interés.

—¡Ah!, ¿sí? —inquirió—. ¿Qué cosas, señor?

El comisario lanzó una mirada de interrogación al superintendente Bostwick. Este

último, con su modo lento y macizo, empezó a hablar.

—El señor quería saber —dijo sarcásticamente— el tamaño exacto de las cajas de bombones colocadas sobre el mostrador de la señora Terry. Le pregunté para qué quería saberlo. Se puso furioso y me contestó que a mí no se me importaba. Le dije que entonces sería mejor que se lo preguntara a la señora Terry. Me dijo —el superintendente rió entre dientes con espectral regocijo—, me dijo que tenía que hacerme otra pregunta, pero en vista de que yo era tan estúpido, no me la haría, y que yo sufriría las consecuencias. Dijo que desde siempre conocía mi incapacidad de observación, pero que ahora veía que me faltaban sesos.

—Parece que tiene la idea fija —explicó el mayor— de que las personas, en su mayoría, son incapaces de describir correctamente lo que oyen o ven...

—Lo sé —dijo Elliot.

—¿Usted lo sabe?

Elliot no tuvo tiempo de contestar, porque en ese preciso instante sonó el teléfono. El mayor Crow miró con cierta impaciencia el reloj, cuyo ruidoso tic-tac llenaba el cuarto y cuyas manecillas señalaban las doce y veinte. Bostwick se dirigió pesadamente al aparato y levantó el auricular, mientras Elliot y el comisario, tanto el uno como el otro, se sumían en una oscura e incómoda meditación. El mayor estaba deprimido y cansado; Elliot estaba, por lo menos, deprimido. Lo que los despertó fue la voz de Bostwick... tal vez la forma levemente chillona en que repitió: «¡Señor!». Con súbito gesto el mayor se volvió y su silla golpeó ruidosamente contra el escritorio.

—Es el doctor Joe —dijo Bostwick, gravemente—. Será mejor que usted le hable, señor.

El sudor brillaba en su frente, aunque la expresión de los ojos decía poco. Le alcanzó el teléfono.

El mayor Crow lo tomó, y tal vez durante un minuto escuchó sin pronunciar palabra. En el silencio de la habitación, Elliot oía la charla que repercutía en el tubo, pero no podía captar ninguna frase coherente. Por fin, el comisario colgó cuidadosamente el receptor.

—Era Joe Chesney —repitió, comunicando este dato superfluo, y agregó—: Marcus ha muerto. El doctor cree que ha sido envenenado con cianuro.

De nuevo el tic-tac del reloj llenaba el cuarto, y el mayor Crow tosió antes de hablar.

—Parece también —continuó—, que junto con su último aliento Marcus ha demostrado su teoría favorita. Si comprendo bien lo que me dijo el doctor, todos ellos, sin excepción, vieron con sus propios ojos cómo lo envenenaban y, sin embargo, ninguno puede explicar lo que pasó.

Bellegarde era una casa de la cual podía decirse que no tenía nada superficial. Aunque muy grande, no era una mansión solariega, ni pretendía serlo. Estaba sólidamente construida con ladrillos holandeses de color amarillo, y los remates triangulares de las paredes tenían revestimientos azules, algo terrosos ahora, colocados como terminación de un frente largo y bajo; el declive del techo era muy pronunciado.

Pero en ese momento el inspector Elliot distinguía con dificultad los detalles. El cielo estaba nublado y sombrío. Ni una luz brillaba en el frente de la casa. Pero de uno de los costados, el costado izquierdo, que estaba fuera del radio visual llegando por el camino de entrada, salía una luz tan poderosa que la habían visto desde la carretera principal. Elliot detuvo su automóvil en el camino, y el mayor y Bostwick bajaron del asiento trasero.

—Un momento, señor —dijo Elliot respetuosamente—. Antes de entrar, desearía aclarar un punto. ¿Cuál es mi posición en esto? Me enviaron aquí por el caso de la tiendita de dulces, pero este asunto...

A través de la oscuridad sintió que el mayor lo miraba con áspera sonrisa.

—¿Le gusta, realmente, que todo esté en orden, verdad? —le preguntó—. Bueno, bueno, tanto mejor —agregó apresuradamente—. El caso es suyo, muchacho. Encárguese de él, bajo la supervisión de Bostwick, naturalmente. En cuanto me entere de lo que pasó, me voy a casa a la cama. Adelante, pues.

En lugar de golpear a la puerta principal, Elliot se dirigió resueltamente al costado de la casa y miró desde la esquina. Advirtió que el fondo de Bellegarde era bastante reducido. Ese lado se componía de tres habitaciones en fila. Cada una de ellas tenía dos puertas de vidrio que daban a una tira angosta de césped; paralela a la línea de dichas puertas corría una hilera de castaños. El primer cuarto, hacia el frente de la casa, estaba oscuro. El haz de luz procedía de las puertas de los otros dos, especialmente del tercero, y comunicaba un color verde teatral a la suavidad del césped; iluminaba cada hoja amarilla de los castaños, proyectando sombras teatrales debajo de éstos.

Elliot echó una ojeada al primero de los dos cuartos iluminados. Estaba vacío. Ambas puertas, con sus pesados cortinados de terciopelo, se hallaban abiertas. Era lo que suele llamarse una sala de música, de las mejores, con piano y radiofonógrafo; en ese momento las sillas parecían fuera de su sitio. Una doble puerta corrediza, cerrada, comunicaba con el último de los tres cuartos. Hasta el silencio estaba lo suficientemente cargado como para sugerir desagradables posibilidades.

—¡Hola! —gritó Elliot.

Nadie contestó. Se adelantó con el propósito de mirar a través de las puertas del otro cuarto iluminado, separado por la doble puerta corrediza. Y se detuvo de golpe.

En la angosta franja de pasto verde que había entre la casa y los castaños, exactamente al pie de las puertas del último cuarto, yacía el más estrafalario conjunto de objetos que había visto Elliot en su vida. Lo primero que le llamó la atención fue un sombrero de copa, un lustroso y alto sombrero de copa, de un tipo pasado de moda y con el pelo muy gastado. Junto a él, estaba tirado un largo impermeable de corte antiguo, con hondos bolsillos, también muy usado. Cerca de esta prenda había una bufanda de lana color castaño... y un par de anteojos oscuros de sol. Finalmente, entre ese montón de ropas desechadas se veía una maleta de cuero negro, algo más grande que el maletín de un médico, pero no tan grande como una valija corriente. En la maleta negra se leía, pintado, lo siguiente: R. H. *Nemo*, M. D.

—Parecería —observó el mayor Crow con calma— que alguien ha estado desvistiéndose.

Elliot no contestó. Acababa de mirar adentro del cuarto, y no era un espectáculo agradable lo que veía.

Las dos puertas de ese cuarto estaban también abiertas de par en par. Tenía muebles de oficina o de gabinete de estudio. En el medio había una mesa amplia con carpeta de escribir y tintero, y un sillón de escritorio colocado detrás de la mesa, a la izquierda de Elliot. Una persona sentada en esa silla tendría necesariamente enfrente la doble puerta corrediza que daba al otro cuarto. La bombita eléctrica de la lámpara de bronce que había sobre la mesa brillaba de un modo tan intenso y enceguecedor que Elliot reconoció en ella una lámpara *Photoflood* de las que se usan para sacar fotografías de interior; la pantalla se hallaba ladeada, como para que todo su fulgor bañara la cara y el cuerpo de cualquiera que estuviese sentado en el sillón de la mesa escritorio. Y, en ese momento, alguien estaba sentado en ese sillón.

Era Marcus Chesney. De lado, con la espalda doblada y los hombros hacia adelante, apoyaba sus manos crispadas sobre uno de los brazos del sillón, como si estuviera tratando de ponerse de pie. Pero era sólo una ilusión de vida. Los pies colgaban hacia afuera y el peso del cuerpo descansaba contra el respaldo del sillón. La cara presentaba síntomas de cianosis; las venas de la frente, hinchadas y de color azul oscuro, sobresalían; el blanco grisáceo del cabello establecía un contraste estremecedor. Los párpados congestionados estaban cerrados, y sobre los labios se veía aún una leve espuma.

La lámpara especial, inclinada y enfocada sobre él, hacía resaltar todos estos detalles con su implacable claridad de luz blanca. En la pared, detrás de Marcus Chesney, había una chimenea de madera lustrada y sobre la repisa, un reloj de cuadrante blanco cuyo pequeño péndulo, atareado, oscilaba con fuerte tic-tac. Sus

agujas marcaban las doce y veinticinco.

—Sí, está muerto —dijo el mayor, tratando de dar vivacidad a su tono—, pero... mire...

Su voz se apagó, como una protesta.

El tic-tac del reloj era extraordinariamente fuerte. El olor a almendras amargas llegaba hasta el jardín.

—¿Qué, señor? —preguntó Elliot reteniendo en la memoria los detalles.

—Parece que fue duro el paso al otro lado. Dolor, quiero decir.

—Lo fue.

—Joe Chesney dijo que era cianuro. Y además está ese olor: no puedo decir que lo haya olido antes, pero todos sabemos cómo es. ¿No era que el cianuro actuaba como el rayo y mataba instantáneamente sin dolor alguno?

—No, señor. No existe veneno que mate así. Es muy rápido, pero sólo en el sentido de que tarda unos minutos, en lugar de...

Pero no había que perder tiempo en consideraciones; tenía que continuar su tarea. Mientras Elliot permanecía en la puerta del jardín, su imaginación captó los desagradables elementos de prueba existentes en aquel cuarto y los hizo calzar juntos en un esquema de extraordinaria nitidez. Allí estaba el muerto sentado detrás de la mesa que daba frente a la doble puerta situada al otro lado del cuarto, con una fuerte luz colocada para iluminarlo. Parecía un escenario... con focos. De estar abiertas esas puertas corredizas, con gente del otro lado, mirando hacia allí, el cuarto podía parecer un escenario. Las puertas corredizas harían las veces de cortinas; Marcus Chesney sería el actor. Y afuera de la puerta yacían esos curiosos ropajes de escenario: un sombrero de copa, un impermeable, una bufanda color castaño, un par de anteojos de sol y la maleta negra con el nombre pintado de un doctor fantasmagórico.

Bueno, eso podía esperar.

Elliot miró la hora en su reloj. Coincidió al segundo con el reloj de la repisa, y anotó el dato en su libreta. Luego entró en el cuarto.

El olor a almendras amargas era muy fuerte cerca de la boca de Marcus. Hacía muy poco que había muerto; sus manos estaban aún crispadas, en un último espasmo, sobre el brazo del sillón. Tenía puesto un saco de *smoking* y la pechera de la camisa, abultada, desbordada por la parte alta de su chaleco; detrás del pañuelo, en el bolsillo alto de la izquierda, sobresalía el borde de un pedazo de papel doblado.

Si había ingerido veneno, Elliot no podía hallar ningún recipiente o receptáculo del cual hubiera podido tomarlo. La mesa, con su carpeta prolija y el cenicero, estaba completamente limpia. Sólo había otros dos objetos sobre ella. Uno era un lápiz chato y de color azul oscuro; se encontraba sobre el secante y no sobre el tintero. El otro objeto que había en la mesa era una caja de dos libras de bombones comunes. Estaba sin abrir; el cartón satinado tenía por adorno un dibujo floreado semejante a un papel

azul de pared y llevada impresas sobre la tapa, en letras doradas, las palabras *Henry's Peppermint Creams*.

—¡Hola! —vociferó alguien desde el otro cuarto. Las alfombras eran espesas y ninguno de ellos había oído paso alguno. Estaba, además, tan oscuro más allá del haz de luz que apenas alcanzaban a ver; ni siquiera lo pudieron, cuando alguien a tientas consiguió abrir las puertas corredizas. El doctor Joseph Chesney entró apresuradamente en el cuarto y se detuvo de repente.

—¡Ah! —dijo, respirando con dificultad—. Es usted, mayor. Y usted, Bostwick. Gracias a Dios.

El mayor lo saludó secamente:

—Nos preguntábamos dónde andaría usted metido —expresó—. Éste es el inspector Elliot, que ha venido de Scotland Yard para darnos una mano. ¿Qué tal si le contara lo que ha pasado aquí?

El doctor Joe miró a Elliot con inquisitiva curiosidad. A su paso, el aire se alteraba como agitado por un vendaval; traía adherida una atmósfera de coñac que se mezclaba con el olor a almendras amargas. Su bigote y su barbita rojiza se hinchaban con el movimiento que hacían sus labios al resoplar y respirar. Viéndolo ahí, en su casa, y no en Italia, parecía menos agresivo y tal vez hasta menos corpulento a pesar de su grueso traje de *tweed*. Tenía pelo rojo y cejas rojas, duros como cepillo, sobre unos ojos ferozmente afables, y arrugas en las ojeras que se movían como si toda la parte inferior de la cara estuviera colocada sobre un gozne. Pero en ese momento el rostro rollizo no se mostraba afable.

—Yo no sé qué pasó —dijo con voz un poco desafiante—. No estaba aquí. No puedo encontrarme en todas partes al mismo tiempo. Hace un instante estuve arriba, atendiendo a otro paciente.

—¿Otro paciente? ¿Quién?

—Wilbur Emmet.

—¡Wilbur Emmet! —repitió el mayor—. ¿No está...?

—¡Oh, no! No está muerto. Recibió, sin embargo, un mal golpe en la nuca. Conmoción —explicó el doctor Joe, juntando las manos y restregándoselas como si se las lavara—. Pero oigan, ¿qué les parecería si fuéramos al otro cuarto? No es que me importe estar aquí con eso —señaló a su hermano—. Pero las lámparas especiales no duran toda la vida. Si siguen manteniéndola encendida, se quemará, y entonces sí que estarán a oscuras para realizar, ¿cómo se llama? —volvió a lavarse las manos—, una investigación y obtener indicios y todo lo demás, ¿eh?

Ante una indicación del comisario, Elliot se envolvió los dedos en un pañuelo y apagó la luz. Mientras se dirigía hacia la otra habitación, Joseph Chesney caminó con cierta rapidez. En la sala de música se les enfrentó con una agresividad que, según pudo advertir Elliot, era provocada por los nervios.

El mayor Crow cerró a medias la doble puerta.

—Entonces —dijo vivamente—, si no les importa que usemos el teléfono, ruego al superintendente que llame al médico para...

—¿Para qué quieren un médico? Yo soy médico. Puedo asegurarles que está muerto.

—Es una cuestión de forma, Chesney. Usted lo sabe.

—Si tiene algo que decir en contra mío... desde el punto de vista profesional.

—No diga tonterías. Proceda, inspector.

El doctor Joe se volvió hacia Elliot.

—Así que usted es de Scotland Yard, ¿eh? —le dijo; luego pareció reflexionar—. ¡Un momento! ¿Cómo pudo llegar aquí tan pronto? —volvió a reflexionar—. No es posible.

—Vine por otro asunto, doctor. El envenenamiento de los niños.

—¡Ah! —exclamó el doctor, mientras su rostro cambiaba de color—. Si es así, tiene entre manos una buena tarea.

—Lo reconozco —admitió Elliot—. Y ahora, doctor, ¿podría darme aunque sólo fuera una idea de lo ocurrido aquí esta noche?

—¡Payasada, eso es lo que ha habido aquí! —vociferó el otro inmediatamente—. Payasada. Marcus quería ofrecerles un espectáculo, ¡y vaya si lo consiguió!

—¿Un espectáculo?

—No puedo describirle lo que hicieron —explicó el doctor— porque no me encontraba aquí, pero sí decirle lo que pensaba hacer, puesto que no discutieron otra cosa durante toda la comida. Fue a raíz de la idea que siempre había sostenido Marcus, pero que nunca había tomado, anteriormente, una forma tan concreta. Marcus decía que de cien personas, noventa y nueve son, como testigos, sencillamente inservibles. Afirmaba que no son capaces de explicarle a uno ni lo que pasa en sus propias narices; y si se produce un incendio, un accidente callejero, un tumulto o cualquier cosa por el estilo, la policía obtiene testimonios tan absurdamente contradictorios, que de nada sirven —miró a Elliot con súbita curiosidad—. A propósito, ¿es cierto eso?

—Muchas veces sí. Pero ¿qué más?

—Y bien, todos estaban en desacuerdo con Marcus; cada uno por motivos distintos, pero todos aseguraban que a ellos no se les podía engañar. Yo también sostuve lo mismo —expresó el doctor a la defensiva—. Creo que, en mi caso, es así. Pero al final, Marcus dijo que desearía poner en práctica una pequeña prueba. Propuso realizar con ellos un experimento psicológico empleado ya en una universidad equis. Dijo que les prepararía un pequeño espectáculo, al final del cual deberían contestar una lista de preguntas sobre lo que habían visto. Y quería demostrar que el sesenta por ciento de las contestaciones estaría equivocado.

El doctor Joe recurrió al mayor Crow.

—Usted conoció a Marcus. Siempre dije que se parecía a... ¿cómo se llama?... Usted sabe, ese escritor que teníamos que leer en el colegio... El que caminaba veinte millas con tal de obtener la descripción exacta de una flor que, en el fondo, no tenía ninguna importancia. En cuanto a Marcus se le ocurría alguna cosa, tenía que llevarla inmediatamente a cabo, sin vacilar. De modo que participaron todos en el jueguito. Cuando el espectáculo estaba en su apogeo... Bueno, alguien llegó y mató a Marcus. Si los he comprendido bien, *todos ellos vieron al asesino y siguieron cada uno de sus movimientos*. Y sin embargo no pueden ponerse de acuerdo en nada de lo que pasó.

El doctor Joe dejó de hablar; su voz había adquirido una especie de ronquera estruendosa; su rostro era feroz; y al ver la expresión de sus ojos, Elliot, por un instante, temió que perdiera el dominio de sí mismo y se pusiera a llorar. La escena hubiera resultado grotesca de no haber parecido el hombre tan absolutamente sincero.

El mayor Crow intervino.

—¿Pero no pueden describir al asesino?

—No. El tipo estaba enteramente envuelto, como el «Hombre Invisible».

—¿Como qué?

—Usted sabe: saco largo, cuello levantado, bufanda envuelta en la cabeza y la cara, anteojos oscuros, sombrero gacho. Bastante feo aspecto, según me dijeron, pero supusieron que el personaje formaba parte del espectáculo. ¡Es algo horrible! Pensar que ese... ese duende se introduce aquí y...

—Pero...

—Discúlpeme, señor —interrumpió el inspector Elliot, quien quería tener los datos en correcto orden porque presentía vagamente que el caso iba a ser peliagudo. Se volvió hacia el doctor—. Dice usted que «ellos» lo vieron. ¿Quiénes eran?

—El profesor Ingram, Marjorie y el joven George no-sé-cuánto.

—¿Alguien más?

—No; al menos que yo sepa. Marcus quería que yo estuviera. Pero, como ya se lo dije varias veces, tenía algunos enfermos que ver. Marcus me dijo que, de todos modos, no iniciaría la representación hasta tarde y que me esperaría si prometía estar de vuelta antes de medianoche. Naturalmente no pude prometérselo. Le dije que volvería si podía, pero que si no estaba de regreso a las doce menos cuarto, que comenzaran la función sin mí.

Después de resoplar una o dos veces, el doctor había conseguido dominarse. Se sentó. Levantó sus manazas y antebrazos semejantes a las garras de un oso y los dejó caer sobre las rodillas.

—Entonces, ¿a qué hora empezó la representación? —preguntó Elliot.

—Me han dicho que a la primera campanada de las doce. Ése es el único punto importante en el cual todos están de acuerdo.

—En lo que se refiere al asesinato en sí, doctor, ¿no podría decirnos nada que supiera personalmente?

— ¡No! Justo a las doce me retiraba de atender a una enferma en el otro lado del pueblo. Caso difícil: parto. Pensé venir hacia aquí con el propósito de llegar a tiempo a la reunión. Pero no fue así. Llegué a las doce y diez, y encontré al pobre viejo tan grave que yo ni nadie hubiésemos podido hacer nada por él —en este punto una nueva reflexión pareció aclararse en su entendimiento. Levantó sus ojos congestionados—. Y les diré algo más —prosiguió con voz intencionada—, una buena conclusión se desprende de este asunto. ¿Creen que no voy a repetirlo hasta el cansancio? ¿Lo creen? Mire, inspector, me dice usted que ha venido aquí por el asunto del veneno en el negocio de la señora Terry, de modo que probablemente sabe lo que voy a decirle, pero de todas maneras se lo voy a decir. Hace más de tres meses, casi cuatro, todos han estado repitiendo que mi sobrina es una criminal. Eso es lo que repiten: aseguran que envenena a las personas para verlas retorcerse. No me lo han dicho a mí. ¡Por cierto que no! Pero lo han dicho; ¿y no voy ahora a refregarles eso? Porque una cosa está comprobada: sea quien sea el que mató a mi hermano, no era Marjorie. Y sea quien sea el envenenador, no puede ser Marjorie. Y aunque Marcus tuvo que irse al otro mundo para probarlo, vale la pena. ¿Me entiende? Vale la pena.

Se sobresaltó, con cierto aire de culpabilidad, y dejó caer el puño que tenía en alto. Una puerta, situada en el otro lado del cuarto y que evidentemente conducía a un pasillo, se había abierto; Marjorie Wills entró.

La sala de música tenía una araña de cristal cuyas velas eléctricas se hallaban encendidas en su totalidad. Cuando Marjorie abrió la puerta, sus ojos parpadearon un poco. Se adelantó rápidamente, caminando sobre la alfombra con sus pequeños escaupines negros, sin hacer el menor ruido, y tocó el hombro del doctor.

—Por favor, ven arriba —le rogó—. No me gusta la forma en que respira Wilbur.

Luego miró, sorprendida, a su alrededor y vio a los demás. En el primer momento, sus ojos grises carecían de expresión, pero en seguida, al ver a Elliot, parecieron recordar algo y se entornaron. Fue una concentración violenta que tardó lo que ella tardó en recobrase.

Dijo:

—¿No es usted... es decir, no nos hemos visto antes?

Fue entonces cuando Elliot dio el segundo paso en falso. Por algún motivo personal, habló con tan aguda aspereza que el comisario lo miró asombrado.

—Creo que no, señorita Wills —contestó—. ¿Quiere sentarse, por favor?

Ella lo miraba con la misma expresión perpleja; él guardó para sí la precisión con que su memoria recordaba. Nunca había visto a una persona cuya presencia sintiera con tanta *intensidad*, como un contacto físico. Parecía saber de antemano lo que ella iba a hacer, la forma en que volvería la cabeza o que levantaría el brazo para tocarse la frente.

—Estás histérica, Marjorie —dijo el doctor, acariciándole la mano—. Este muchacho es un inspector de Scotland Yard. Ha venido...

—Scotland Yard —repitió la joven—. ¿Es tan grave como todo eso, entonces?

Y se puso a reír.

Se detuvo instantáneamente, y el escaso humorismo que podía haber en esa risa no llegó hasta sus ojos. Elliot no había olvidado el menor detalle: cabello castaño oscuro y brillante, peinado hacia atrás de las orejas y terminado en pequeños rizos sobre la nuca; frente ancha, cejas arqueadas y ojos grises meditativos, boca que parecía estar siempre en reposo. Veía ahora que no era hermosa, pero apenas lo notó.

—Lo siento —dijo ella, despertando del ensimismamiento perplejo con que lo miraba—. Temo no haberlo oído bien. ¿Qué decía?

—¿Quiere sentarse, por favor, señorita Wills?

Desearíamos, si no le fallan las fuerzas, oír su versión sobre la muerte de su tío.

La muchacha lanzó una rápida ojeada a las puertas corredizas que llevaban a la habitación contigua. Después de mirar al suelo durante un momento y de cerrar una o dos veces los puños, echó hacia atrás la cabeza con una calma por lo menos aparente. Pero la capacidad de ironía y la inteligencia que le atribuía Elliot no podían, tal vez, contra cuatro meses de ataques de lenguas murmuradoras.

—Esa lámpara no puede haberse quemado, ¿verdad? —dijo, y se restregó vigorosamente la frente con el dorso de la mano—. ¿Ha venido usted hasta aquí para arrestarme?

—No.

—Bueno, entonces... ¿Qué quiere preguntarme?

—Dígame todo, sencillamente, con sus propias palabras, señorita Wills. Doctor Chesney, ¿no quiere ir a ver a su enfermo?

La cortesía tranquila, escocesa y cuerda de Elliot empezaba a surtir efecto. Marjorie lo miró pensativa y su respiración se serenó. Tomando la silla que él le

acercaba, se sentó y cruzó las piernas. Tenía puesto un vestido de noche negro y no llevaba ni anillos ni adornos, ni siquiera un anillo liso.

—Inspector, ¿es necesario que nos quedemos aquí? En este cuarto, quiero decir.

—Sí.

—Mi tío tenía una teoría —dijo ella entonces—. Y siempre que tenía una teoría, necesitaba probarla. Éste es el resultado.

Le contó en qué se basaba dicha teoría.

—Según tengo entendido, señorita, todo esto empezó por una discusión en la mesa.

—Sí.

—¿Quién empezó la discusión? ¿Quién inició el tema, quiero decir?

—El tío Marcus —replicó la joven, como sorprendida.

—¿Y usted estaba en desacuerdo con él?

—Sí.

—¿Por qué, señorita Wills? ¿Basándose en qué?

—¡Oh! ¿Acaso importa eso? —exclamó Marjorie, abriendo un poco los ojos y haciendo un gesto de impaciencia. Pero advirtió la tenacidad que reflejaba la mandíbula de Elliot, y nerviosa y desconcertada prosiguió—: ¿Por qué? Sólo por hacer algo, supongo. La vida aquí ha sido un espanto todo este tiempo, desde nuestro regreso, a pesar de la presencia de George. Especialmente por eso. George es mi novio: lo... lo conocí en un viaje que hicimos al extranjero. Y luego tío Marcus estaba tan *seguro* de sí mismo. Además siempre he creído verdaderamente lo que le dije.

—¿Qué le dijo?

—Tengo la convicción de que todos los hombres son poco observadores —dijo Marjorie pausadamente—. Por eso son tan malos testigos. No prestan atención. Están demasiado ensimismados en sus propios problemas, mirando hacia adentro, siempre concentrados en sus asuntos y preocupaciones. Por eso no observan nada. ¿Quiere que se lo pruebe? Siempre es motivo de broma el hecho de que una mujer sepa lo que otra mujer tiene puesto, hasta el último detalle, tales como un cinturón o una pulsera. Pues bien, ¿cree usted que una mujer no advierte igualmente lo que lleva puesto un hombre? ¿Y que no puede describirlo? No es que solamente sean capaces de observar a las otras mujeres sino que, sencillamente, son observadoras. En cambio ¿se fija usted alguna vez en lo que usan los demás? ¿En lo que lleva puesto otro hombre, por ejemplo? No. Mientras su traje o su corbata no sean imposibles, no les presta la menor atención. ¿Se fija usted alguna vez en los detalles? ¿En los zapatos o en las manos?

Hizo una pausa lanzando de soslayo otra mirada a la doble puerta.

—Le digo esto porque le aseguré a tío Marcus que ninguna mujer inteligente se

equivoca mucho sobre lo que ve. Le dije que si nos hacía la demostración, yo no me equivocaría. Y no me he equivocado.

Marjorie se inclinó hacia adelante en actitud de vehemente sinceridad.

—Sabe usted —prosiguió—, alguien entró...

—Un momentito, señorita Wills. ¿Quién más estaba en desacuerdo con la idea de su tío?

—Tío Joe, sólo en principio. El profesor Ingram la desaprobaba enérgicamente. Es profesor de psicología. Dijo que la teoría, en general, era sólida, pero que *él* no podía, bajo ningún concepto, equivocarse. Afirmó que era un observador entrenado y que conocía todas las trampas. Propuso a tío Marcus una apuesta de cincuenta libras.

Eché una mirada a la silla del doctor Joe, pero éste se había ido: notable hazaña para haberla realizado sin que lo advirtieran. El superintendente Bostwick había vuelto a entrar en el cuarto, y el mayor Crow estaba apoyado sobre el piano de cola, con los brazos cruzados

—¿Y en cuanto a su... novio?

—¿George? ¡Oh!, él tampoco estaba de acuerdo. Pero insistió en que lo dejaran filmar todo con su máquina para que después no hubiera discusión.

Elliot se enderezó en la silla.

—¿Quiere decir que tienen una película de lo que pasó aquí?

—Sí, naturalmente. Ése es la razón de la lámpara especial.

—Ya veo —dijo Elliot con un profundo suspiro de alivio—. Bueno, ¿quiénes iban a ser los testigos de esa demostración?

—Únicamente el profesor Ingram, George y yo. Tío Joe tenía que hacer varias visitas.

—Pero ¿y ese otro hombre que parece haber recibido un golpe en la cabeza o algo así? ¿Ese señor Emmet? ¿No estaba aquí?

—No, no. A él le correspondía representar el papel de ayudante de tío Marcus, ¿comprende? Iba a ser el otro actor en la escena. La cosa ocurrió así, aunque no lo supimos hasta más tarde —explicó ella—. Después de la comida, tío Marcus y Wilbur se reunieron y decidieron la forma en que nos harían la demostración, como lo hacen las personas que combinan un juego de adivinanzas. El escenario sería el escritorio de tío Marcus, ahí, y nosotros nos sentaríamos aquí a mirar. Wilbur debía entrar vestido con una colección de ropas estafalarias, cuanto más estafalarias mejor, para que después nosotros las describiéramos. Él y tío Marcus iban a interpretar alguna payasada que también teníamos que describir sin errores. Tío Marcus había preparado ya para nosotros una lista de preguntas. Bueno; cerca de medianoche nos llamó a todos aquí y nos dio las instrucciones...

Elliot interrumpió.

—Un momento, por favor. Dijo usted «cerca de medianoche». ¿No era algo tarde

para empezar?

Una leve expresión de lo que a él le pareció desconcertado fastidio se dibujó en el rostro de la joven.

—Sí, lo era. El profesor Ingram se mostró un poco contrariado por eso; quería irse a su casa. La comida terminó a las nueve y cuarto. George y yo, sentados en la biblioteca, jugábamos interminables partidas de *rummy*, preguntándonos qué pasaría. Pero tío Marcus insistió.

—¿Les dio alguna explicación?

—Dijo que estaba esperando a ver si llegaba tío Joe para que también él pudiera participar en la función. Pero en vista de que tío Joe no había regresado aún y eran ya las doce menos cuarto, decidió comenzar.

—Otra cosa más, señorita Wills. ¿No sabían ustedes en ese momento que el señor Emmet iba a tomar parte en eso... es decir, que iba a ayudar a su tío como actor en el espectáculo?

—¡Oh, no! No vimos a Wilbur para nada después de comer. Todo lo que sabíamos era que tío Marcus estaba encerrado aquí, en estos dos cuartos, haciendo los preparativos.

—Siga, por favor.

—Tío Marcus nos llamó —continuó—. Y nos dio las instrucciones. Los cortinados de las puertas del jardín —señaló— estaban corridos y esas puertas corredizas se hallaban cerradas, para que no pudiéramos ver dentro del escritorio. De pie en este mismo sitio nos dio una pequeña clase.

—¿Le sería posible recordar exactamente lo que dijo?

Marjorie asintió con la cabeza.

—Creo que sí. Dijo: «*Primero, han de estar sentados en la más absoluta oscuridad durante el acto*». George protestó y preguntó cómo podría, de ese modo, filmar el asunto. Tío Marcus explicó que había tomado una lámpara especial que yo había comprado esa mañana para él, y que la había colocado en el escritorio de manera que la luz cayera directamente sobre la escena. Tendríamos todas las ventajas para concentrar nuestra atención.

En ese momento Elliot sintió fluir hacia él una ola de incertidumbre, tan perceptiblemente como si la muchacha usara perfume.

—Y, sin embargo, pensé que todo el asunto encerraba alguna superchería —agregó ella.

—¿Por qué?

—Por la actitud de tío Marcus —contestó Marjorie—. No se vive con una persona tanto tiempo sin... Y además lo que dijo. Dijo, «*Segundo: vean lo que vean, no deben hablar ni intervenir, ¿está claro?*». Finalmente, cuando ya se iba al otro cuarto añadió: «*Tengan cuidado. Puede haber trampas*». Con eso se fue a su

escritorio y cerró las puertas corredizas. Yo apagué las luces, y a los pocos segundos empezó la función. Empezó cuando tío Marcus abrió las puertas corredizas de par en par. Me sentía agitada y nerviosa, no sé por qué. Estaba solo. Yo alcanzaba a distinguir casi toda la habitación. Después de abrir las puertas, caminó despacio hacia adentro y se sentó detrás de esa mesa del medio, frente a nosotros. La lámpara especial estaba colocada en un soporte con una pantalla de metal bronceado, situado al frente de la mesa y un poquito hacia la derecha para que iluminara todo sin oscurecernos la visión de tío Marcus. En la pared, detrás de él, se proyectaba su enorme sombra sobre un haz de luz de un blanco absoluto. A sus espaldas, sobre la repisa, se veía el cuadrante blanco del reloj con el péndulo que brillaba, e iba y venía. Era medianoche. Tío Marcus permanecía sentado allí, mirándonos. Sobre la mesa había una caja de bombones, como también un lápiz y una lapicera. Primero tomó el lápiz y simuló escribir, luego hizo lo mismo con la lapicera. Después miró hacia un lado. Una de las puertas de vidrio del escritorio se abrió, y del césped entró aquella cosa de aspecto horrible con el sombrero de copa y los anteojos de sol.

Marjorie hizo una pausa, consiguiendo sólo a medias aclararse la voz.

Pero siguió hablando:

—Tendría, más o menos, un metro ochenta de alto, excluyendo el sombrero de copa de ala ondulada. Llevaba un impermeable largo y sucio, con el cuello levantado. Había algo color castaño envuelto en su cara, y tenía anteojos negros, guantes lustrosos y una especie de maletín negro en la mano. Naturalmente, no sabíamos quién era, pero no me gustó nada su aspecto, ni siquiera en ese momento. Más que algo humano, parecía un insecto. Alto y flaco, sabe usted, con los grandes anteojos puestos. George, que estaba tomando la película, exclamó en voz alta: «¡Huy! ¡El hombre invisible!»... y el hombre se volvió y nos miró. Luego puso sobre la mesa el maletín de médico, permaneció de espaldas a nosotros y se movió hacia el otro lado de la mesa. Tío Marcus le dijo algo. Pero el otro no habló ni una sola vez: tío Marcus fue el único que habló. No había más ruido que el tic-tac del reloj de la chimenea y la máquina de George que zumbaba desde aquí. Creo que lo que dijo tío Marcus fue: «*Has hecho ahora lo que hiciste antes; ¿qué más vas a hacer?*». Esta vez, como le digo, estaba sobre el lado derecho de la mesa. Moviéndose con gran rapidez, el hombre sacó del bolsillo de su impermeable una cajita de cartón y extrajo de ella una cápsula grande y verdosa como las de aceite de castor que tomábamos cuando chicos. Se agachó, y en un abrir y cerrar de ojos echó hacia atrás la cabeza de tío Marcus, le metió la cápsula en la boca y lo obligó a tragársela.

Marjorie Wills se detuvo.

Le temblaba la voz; levantó la mano hasta la garganta y se la aclaró una y otra vez. Le resultaba tan difícil mantener los ojos apartados de esa doble puerta, ahora a oscuras, que finalmente hizo girar su silla para verla de frente. Elliot hizo lo mismo.

—¿Y? —insinuó.

—No pude evitarlo —dijo ella—. Di un salto o un grito o algo por el estilo. No debía haberlo hecho, porque tío Marcus nos había avisado que no nos debía sorprender nada de lo que viéramos. Además, no parecía ocurrir nada malo; tío Marcus tragó la cápsula, aunque mi impresión fue que no le gustó hacerlo... Una de las veces miró con ferocidad la cara fajada. En cuanto terminó la operación, la cosa aquella con el sombrero de copa levantó el maletín, hizo una especie de zambullida y salió por la puerta de afuera. Tío Marcus permaneció unos segundos más sentado ante la mesa, tragando un poquito, y empujó la caja de bombones para ponerla en otra posición. Luego, sin previo aviso, cayó de bruces.

Al ver que Elliot y sus acompañantes hacían un gesto de sorpresa, Marjorie se apresuró a exclamar:

—¡No, no! Eso era solamente simulado; formaba parte del espectáculo; significaba el final de la función. Porque inmediatamente después, tío Marcus se levantó sonriente y vino a cerrar la doble puerta ante nosotros. Correspondía a la caída del telón. Encendimos las luces de este cuarto. El profesor Ingram golpeó la doble puerta y pidió a tío Marcus que viniera a saludar y a recibir los aplausos. Tío Marcus abrió las puertas. Parecía... radiante, encantado de sí mismo; pero también fastidiado por algo. Tenía un papel doblado metido en el bolsillo del saco y se lo palmeaba. Dijo: «Ahora, amigos, tomen lápiz y papel y prepárense a contestar algunas preguntas». El profesor Ingram preguntó: «Dicho sea de paso, ¿quién era su colega de aspecto tan horrendo?». Tío Marcus dijo: «¡Oh, no era más que Wilbur; me ayudó a planear la cosa!». Y entonces gritó: «*Ya está, Wilbur. Ahora puede entrar*». Pero no hubo respuesta. Tío Marcus volvió a gritar, y tampoco esta vez recibió respuesta. Finalmente se fastidió y fue hasta la puerta del jardín. Una de las puertas de este cuarto, ¿la ve usted?, estaba abierta porque hacía mucho calor. Las luces de ambas habitaciones estaban encendidas y podíamos ver la franja de pasto que hay entre la casa y los árboles. Toda la vestimenta del duende aquel se hallaba tirada ahí en el suelo; sombrero de copa, anteojos de sol y maleta con el nombre de médico pintado en ella; pero en el primer momento no alcanzamos a ver a Wilbur. Lo encontramos en la zona de sombra, del otro lado de un árbol. Yacía boca abajo, inconsciente. La sangre había brotado de su boca y nariz sobre el pasto, y la parte posterior de su cabeza parecía hundida y blanda. El hierro con que le habían pegado se hallaba tirado cerca de él. Había estado bastante tiempo desmayado.

Haciendo a su pesar una mueca, la muchacha explicó:

—¿Comprende usted? El hombre del sombrero de copa y anteojos de sol en ningún momento había sido Wilbur.

—¿E n ningún momento había sido Wilbur? —repitió Elliot.

Sabía perfectamente lo que ella quería decir. Esa curiosa figura con el viejo sombrero de copa empezaba a moverse y a animarse en la imaginación de Elliot.

—Aún no he terminado —dijo Marjorie serenamente, pero con pesadumbre—. Todavía no le he contado lo que le pasó a tío Marcus. Fue justamente después que encontramos a Wilbur tirado ahí. No sé cuánto haría que los síntomas habían empezado a atacarlo. Pero mientras levantaban a Wilbur, yo me volví y vi que algo le pasaba a tío Marcus. Se lo digo con sinceridad, me sentía literalmente enferma. Sé que esto parece mera intuición e ilusión de mi parte; pero no puedo evitarlo. Supe en ese mismo instante lo que ocurría. Tío Marcus estaba apoyado contra un árbol, casi doblado en dos y tratando de recobrar la respiración. A su espalda, la luz de la casa brillaba a través de las hojas. No alcanzaba a verlo muy bien, pero la luz se reflejaba en un costado de su cara y la piel parecía gruesa y plomiza. Le pregunté: «Tío Marcus, ¿qué te pasa? ¿Tienes algo?». Creo que lo grité. Se limitó a mover violentamente la cabeza, e hizo un gesto, como tratando de apartarme. Luego se puso a golpear el suelo con el pie; se le oía respirar con una especie de gemido y lamento al mismo tiempo. Corrí hacia él y lo mismo hizo el profesor Ingram. Pero de un empujón apartó las manos de este último y...

No pudo continuar. Se tapó la cara golpeándose con las manos, cubriéndose los ojos y volviendo a golpeársela.

El mayor Crow se adelantó desde su sitio junto al piano.

—Serénese —le dijo con firmeza.

El superintendente Bostwick no pronunció palabra; había cruzado los brazos y la miraba con curiosidad.

—Se puso a *correr* —dijo Marjorie violentamente—. Eso no lo olvidaré jamás: empezó a *correr*. Hacia adelante y hacia atrás, hacia un lado y hacia el otro, pero solamente unos pocos pasos cada vez, porque no podía aguantar el dolor. George y el profesor trataron de sujetarlo, pero se les escapó, y por la puerta del jardín entró corriendo en el escritorio. Se desmoronó junto a la mesa. Lo levantamos hasta el sillón, pero en ningún momento habló. Fui a telefonar a tío Joe. Sabía dónde encontrarlo; la señora Emsworth está esperando un hijo. Mientras trataba de hablarle, tío Joe entró inesperadamente, pero era demasiado tarde. Ya entonces, en todo el cuarto, se olía ese tufo de almendras amargas. Pensé que todavía podía haber esperanza. Pero George dijo: «Sal de aquí; el pobre viejo está listo; sé lo que es». Y

así era.

—Mala suerte —gruñó el mayor, y aunque sus palabras no eran las más apropiadas, eran sinceras.

El superintendente no dijo nada.

—Señorita Wills —expresó Elliot—, no quiero importunarla demasiado en estos momentos...

—Me encuentro muy bien, se lo aseguro.

—¿Está usted convencida de que dieron veneno a su tío en aquella cápsula verdosa?

—Por supuesto. Tío Joe dijo que actuaba sobre los nervios respiratorios, y que por eso no pudo hablar en cuanto se sintió atacado.

—¿En ningún momento tragó alguna otra cosa?

—No.

—¿Puede usted describirme esa cápsula?

—Sí; como le dije, parecía una cápsula de aceite de castor como las que nos daban cuando chicos. Son del tamaño de una uva y están hechas de gelatina gruesa. Parece que nunca podrían pasarle a uno por la garganta, pero pasan: fácilmente. Muchas personas de por aquí aún las emplean.

Deteniéndose, dirigió a Elliot una mirada rapidísima, y el color le subió a la cara.

Elliot ignoró este detalle.

—Entonces la situación es la siguiente: usted cree que antes de la función alguien dejó sin sentido al señor Emmet.

—Sí.

—Que alguien se vistió con esas ropas estafalarias para que ni siquiera el señor Marcus Chesney pudiera reconocerlo. Luego esa persona interpretó la parte del señor Emmet en el espectáculo. Pero en lugar de la cápsula inofensiva que el señor Chesney debía tragar como parte del espectáculo, esa persona la substituyó por una envenenada, ¿no es así?

—¡Oh, no sé! Sí, me parece que sí.

—Gracias, señorita. No la molestaré más por el momento. —Elliot se puso de pie—. ¿Dónde están el profesor Ingram y el señor Harding, lo sabe usted?

—Arriba con Wilbur... estaban.

—Dígales, por favor, si quieren bajar. ¡Ah, una sola cosa más!

Marjorie se había levantado, aunque parecía inquieta y sin mucha prisa por marcharse. Lo miró interrogativamente.

—Dentro de poco le pediré que haga una declaración muy detallada de todo cuanto vio durante el espectáculo —prosiguió Elliot—. Pero hay una cosa que podemos aclarar ahora mismo. Usted describió una parte de las vestimentas del hombre: impermeable, y todo lo demás. Pero ¿cómo eran sus pantalones y sus

zapatos?

La expresión de la muchacha se hizo más tensa.

—¿Sus...?

—Sí. Dijo usted hace un momento —observó Elliot, sintiendo que le zumbaba la sangre en los oídos— que siempre se fijaba en los zapatos. ¿Cómo eran los zapatos y los pantalones de ese hombre?

—Esa luz —contestó Marjorie después de una breve pausa— estaba colocada sobre la mesa escritorio para iluminarla de un lado al otro; por lo tanto, las cosas que estaban cerca del suelo quedaban bastante a oscuras. Pero creo que puedo decírselo. Sí, estoy segura que puedo— el brillo alarmado de sus ojos adquirió aún mayor fijeza—. Tenía pantalones comunes de etiqueta, negros con una raya más oscura en el costado y zapatos de charol.

—¿Todos los hombres que había aquí esta noche vestían de *smoking*, señorita Wills?

—Sí. Es decir, todos salvo tío Joe. Tenía que visitar enfermos, y siempre dice que el efecto psicológico es malo cuando un médico va a ver a un paciente con traje de etiqueta. Dice que el enfermo piensa que la cabeza del médico no está en su tarea. ¿Pero usted no cree...?

Elliot sonrió, aunque sintió que su sonrisa se convertía en una máscara de hipocresía.

—¿Cuántas personas de por aquí acostumbran a vestirse para la comida?

—Nadie, que yo sepa —dijo Marjorie. Su perturbación era cada vez más evidente—. Tampoco nosotros, por lo general. Pero esta noche, por alguna razón, tío Marcus nos pidió que lo hiciéramos.

—¿Por primera vez?

—Es decir, por primera vez desde que tuvimos huéspedes. Pero el profesor Ingram casi no es un huésped, como tampoco George.

—Gracias, señorita Wills. Siempre que el mayor Crow o Bostwick no quieran hacerle algunas preguntas.

Los otros dos hicieron un gesto negativo con la cabeza, aun cuando el aspecto de Bostwick era bastante amenazador. Durante un momento Marjorie se quedó mirando reflexivamente a Elliot; luego salió del cuarto y, cerró la puerta con mucha suavidad a él le pareció advertir que se estremecía. En el cuarto lleno de luz hubo un silencio.

—¡Hum! —expresó el mayor—. ¿Sabe usted? —agregó con sus ojitos brillantes fijos en Elliot—, no me gusta la declaración de esa muchacha.

—A mí tampoco —dijo *Bostwick*, dejando caer deliberadamente sus brazos cruzados.

—En la superficie es un caso claro —refunfuñó el mayor mascullando las palabras—. Alguien oyó y vio a Chesney y a Wilbur Emmet mientras hacían los

preparativos, y supo cómo iban a desarrollar la escena. Golpeó a Emmet, dejándolo sin sentido, interpretó su papel y sustituyó la cápsula inofensiva por la envenenada. La gelatina tardaría uno o dos minutos en disolverse. Por lo tanto, Chesney no se daría cuenta de nada al tragar la cápsula. Es decir, que no gritaría inmediatamente para avisar que lo habían envenenado y que no trataría de detener al asesino. El asesino se esfumaría, dejando el disfraz afuera. Cuando la gelatina se deshiciera, el veneno actuaría en un par de minutos. Todo muy claro. Sí. Aparentemente. *Pero...*

—¡Ah! —gruñó Bostwick al oír que el comisario acentuaba esa palabra—. ¿Por qué desmayarlo al señor Emmet? ¿Eh, señor?

Elliot tuvo, de pronto, conciencia de que una astucia mucho mayor de lo que suponía emanaba de ese grandote que estaba en el rincón. Bostwick era su superior, naturalmente, pero aun así, nunca lo hubiera creído. El hombre había estado balanceándose, golpeando la parte posterior de su cuerpo contra la pared, a intervalos regulares; y ahora miraba a Elliot con una expresión tan abierta e inquisitiva que era como si un potente foco se hubiera encendido.

—Eso es, exactamente, inspector —asintió el mayor—. Como dice Bostwick, ¿por qué desmayar al señor Emmet? ¿Por qué no dejar que *Emmet* le diera a Chesney la cápsula envenenada en el curso normal del espectáculo? Si el asesino sabe lo que van a hacer, sólo necesita cambiar las cápsulas. ¿Por qué correr el riesgo de golpear a Emmet, vestirse con esas ropas y posiblemente verse descubierto en seguida, y entrar aquí para exponerse a los ojos de todos...? ¿Por qué afrontar todos esos riesgos terribles, cuando todo lo que necesitaba era substituir la cápsula y dejar que otro hiciera el sucio trabajo?

—Creo —dijo Elliot, pensativa mente— que ahí está el nudo del crimen.

—¿El nudo del crimen?

—Sí, señor. En el espectáculo, tal cual lo había ensayado, el señor Chesney nunca tuvo intención de *tragarse* cápsula alguna.

—¡Hum! —volvió a murmurar el mayor, después de una pausa.

—Sólo pensaba fingir que la tragaba. ¿Comprende usted? Esa representación iba a estar constituida nada más que por una serie de trampas destinadas a la observación. Usted ha presenciado, probablemente, pruebas similares en el colegio, en la clase de psicología.

—Yo no —dijo el mayor.

—Yo tampoco —gruñó el superintendente Bostwick.

Toda la terquedad de Elliot surgió furiosamente a la superficie, debido no sólo a eso, sino también al ligero ambiente de hostilidad que se había creado en la habitación. Se preguntó si les habría parecido que se daba corte. Luego decidió, sintiendo que le ardían las orejas, que no se le importaba un comino.

—El profesor —prosiguió— toma un botella llena de líquido, lo prueba con la

punta de la lengua, hace una mueca de disgusto y comenta el sabor amargo del contenido. Entonces le pasa a uno la botella. Sólo contiene agua coloreada. Pero si uno se descuida, es capaz de jurar que el líquido es amargo nada más que porque se lo han sugerido. O si realmente es amargo y el profesor sólo simula probarlo... diciendo le a uno que haga lo mismo si uno no se fija mucho en lo que hace se toma un trago del feo brebaje. Muy probablemente, eso es lo que ha sucedido. El señor Chesney les aviso que mantuvieran alerta la atención a fin de descubrir los trucos. Recuerde que la señorita Wills dijo que parecía sorprendido y fastidiado cuando lo obligaron a tragar la cápsula. Es probable que las instrucciones que había dado a Emmet eran que fingiera darle la píldora, y él, por su parte, simularía tragarla. Pero el asesino lo obligó a que la pasara por la garganta, eso es todo. Para evitar la interrupción del espectáculo, el señor Chesney no protestó en voz alta —Elliot movió la cabeza—. Y me sorprendería mucho si en esa lista de preguntas que preparó no encontramos alguna en el estilo siguiente: «¿Cuánto tiempo tardé en tragar la cápsula?», o algo así.

El mayor Crow se mostró impresionado.

—¡Diablos! Eso es bastante razonable —admitió con un fulgor de alivio en la mirada. Luego la exasperación y el azoramiento ahogaron todo lo demás—. Pero mire usted, inspector... Aunque así fuera... Para decidirse a hacer eso... ¡Dios mío! ¿Tendremos que lidiar con un loco?

—Así parece, señor.

—Miremos la cosa de frente —dijo el mayor—: un loco, o como queramos llamarle, pero un loco de esta casa.

—¡Ah! —murmuró Bostwick—. ¡Continúe!

El comisario habló con tono suave.

—Para empezar, ¿cómo podía saber una persona de afuera que esta noche iban a efectuar aquí una prueba de observación? No lo supieron ellos mismos hasta la hora de comer; y es poco probable que alguien de afuera estuviera rondando tan oportunamente como para oír lo que luego arreglaron Chesney y Emmet. Es aún más improbable que alguien de afuera, vestido de *smoking* y con zapatos de charol, estuviera rondando por aquí en la única noche especial en que se iban a vestir para la comida. Admito que todo esto no es concluyente; sólo es sugestivo. Pero... ¿se da cuenta de la dificultad?

—Sí —contestó Elliot ásperamente.

—Si lo hizo alguien de la casa, ¿quién puede haber sido? Joe Chesney había salido o ver a una enferma; si no la abandonó hasta medianoche está, ciertamente, fuera del asunto. Wilbur Emmet casi murió a manos del asesino. No hay nadie más, con excepción de un par de criadas y una cocinera, que difícilmente puedan estar mezcladas en la cuestión. La única alternativa restante (sí, ya sé que parece

fantástica), pero es la única posible... significaría que el asesino era una de las tres personas que se supone estaban en este cuarto como espectadoras. Significaría que esa persona se escabulló en la oscuridad, golpeó al pobre Emmet, se puso la ropa, dio a Chesney la píldora envenenada y regresó subrepticamente aquí, antes que prendieran las luces.

—No, señor, no parece probable —replicó Elliot secamente.

—Pero ¿qué otra cosa tenemos?

Elliot no contestó.

Sabía que aún no era el momento de teorizar. Hasta después de la autopsia no podían asegurar con precisión de qué había muerto Marcus Chesney; la única conjetura aceptable era que se había envenenado con un cianuro del grupo del ácido prúsico. Pero la posibilidad final expresada por el comisario ya se le había ocurrido a él.

Paseó una mirada circular por la sala de música. Medía alrededor de cuatro metros y medio cuadrados y las paredes tenían paneles grises con ribetes dorados. Las puertas del jardín se hallaban enmarcadas en pesados cortinados de terciopelo de un color gris oscuro. En cuanto al mobiliario, el cuarto contenía solamente un piano de cola, un radiofonógrafo, una alta cómoda francesa junto a la puerta que daba al vestíbulo, cuatro sillones livianos tapizados de brocado y dos taburetes. Por consiguiente, el centro estaba relativamente vacío; y cualquier persona, teniendo cuidado de evitar el piano colocado junto a las puertas del jardín, podía atravesar el cuarto en la penumbra sin tropezar con nada. La alfombra, ya lo había advertido, era tan espesa como para acallar totalmente el ruido de los pasos.

—Sí —dijo el comisario—. Haga la prueba.

El conmutador eléctrico estaba detrás de la cómoda colocada junto a la puerta que daba al vestíbulo; Elliot lo hizo funcionar, y la sombra descendió como un apagavelas. Las luces habían sido tan deslumbrantes que un diseño espectral de las velas eléctricas de la araña quedó bailando ante los ojos de Elliot, entrelazándose y achicándose en la oscuridad. Hasta con los cortinados abiertos, no era posible distinguir nada contra el cielo nublado de afuera. Se oyó un ligero chocar de argollas cuando alguien corrió las cortinas.

—Estoy agitando los brazos —expresó la voz del comisario, procedente de la oscuridad—. ¿Pueden verme?

—Absolutamente nada —dijo Elliot—. Quédese donde está; voy a abrir la doble puerta.

Cruzó a tientas la sala, evitó un silla y encontró la puerta. Ésta se abrió fácilmente y casi sin ruido.

Arrastrando los pies, avanzó unos dos o tres metros hasta que dio con la mesa, y buscó la lámpara de bronce. Apretó el conmutador, y el fulgor intensamente blanco se

proyectó en la pared opuesta. Luego Elliot retrocedió para estudiar el conjunto desde la sala de música.

—¡Hum! —gruñó el mayor.

Lo único viviente en ese escritorio era el reloj. Lo veían insensible y agitado, sobre la repisa de madera oscura lustrada, detrás de la cabeza del muerto. Era un reloj de similar, bastante grande, con un cuadrante de seis pulgadas y un pequeño péndulo de bronce que iba y venía entre móviles destellos. Debajo de él se hallaba sentado el hombre, impasible. El reloj marcaba la una menos cinco.

La mesa era de caoba; la carpeta de escribir era color castaño; la lámpara de bronce se hallaba colocada hacia el frente, ligeramente a la derecha de ellos. Vieron la caja de bombones con su dibujo de flores azules. Poniéndose en puntas de pie, Elliot alcanzaba a ver el lápiz sobre la carpeta, pero no había rastros de la lapicera que Marjorie Wills había mencionado.

En la pared, hacia la izquierda, distinguían una de las puertas del jardín. Contra la pared, hacia la derecha, había un escritorio de tapa corrediza, cerrado, y sobre él una lámpara de pantalla verde; y un mueble-archivo de acero, muy largo, pintado imitando madera. Eso era todo, excepto una silla y una pila de revistas o catálogos tirados por el suelo. Todo lo veían enmarcado en el proscenio que formaba el arco de la puerta. A juzgar por la posición de las sillas en la sala de música, los testigos habían estado sentados a más o menos cinco metros de distancia de Marcus Chesney.

—No hay mucho que ver ahí —observó el mayor con voz de duda—. ¿O le parece a usted que sí?

Los ojos de Elliot se sintieron nuevamente atraídos por el pedazo de papel doblado que había advertido con anterioridad y que estaba metido detrás del pañuelo en el bolsillo alto del saco del muerto.

—Hay eso, señor —señaló—. De acuerdo con lo que nos dijo la señorita Wills, esa debe de ser la lista de preguntas preparadas por el señor Chesney.

—Sí, pero ¿qué hay con eso? —gritó casi el comisario—. Suponiendo que haya preparado una lista de preguntas, ¿qué diferencia hace...?

—Sólo ésta, señor —dijo Elliot, sintiendo también él la tentación de gritar—. ¿No ve usted que todo ese espectáculo fue planeado sobre la base de una serie de trucos destinados a los testigos? Había probablemente engaño en la mitad de las cosas que vieron. Y el asesino aprovechó esa situación. Esa simulación lo ayudó, lo protegió y probablemente lo protege aún. Si pudiéramos descubrir exactamente lo que ellos vieron, o creyeron ver, tendríamos posiblemente una pista del asesino. Ni un loco habría cometido un crimen tan repentino, tan de golpe y porrazo, tan abiertamente como éste, a menos que el plan del señor Chesney contuviera algo que le brindase protección, que encaminara a la policía hacia un lado completamente erróneo y que le proporcionara una coartada. ¡Dios sabe qué! ¿No está claro?

El mayor Crow lo miró.

—Me disculpará usted, inspector —dijo con súbita cortesía—, si sigo pensando que su actitud ha sido rara todo este tiempo. También tengo curiosidad por saber cómo conocía usted el apellido del novio de la señorita Wills. Yo no se lo he mencionado.

(¡Demonios!).

—Disculpe, señor.

—No es nada —replicó el otro con el mismo tono protocolar—. No tiene la menor importancia. Además, respecto a la lista de preguntas, me inclino a opinar como usted. Veamos si a través de ellas sacamos algo en limpio. Tiene razón. Si hay alguna trampa en las preguntas, o preguntas sobre trampas, deben de estar ahí.

Sacó el papel del bolsillo del muerto, lo desdobló y lo extendió sobre el secante. He aquí lo que leyeron, escrito con una caligrafía nítida como de grabado:

CONTESTAR CORRECTAMENTE A LAS SIGUIENTES PREGUNTAS:

1. *¿Había una caja sobre la mesa? Si es así, describirla.*
2. *¿Qué objetos levanté de la mesa? ¿En qué orden?*
3. *¿Qué hora era?*
4. *¿Qué altura tenía la persona que entró por la puerta del jardín?*
5. *Describir la vestimenta de esa persona.*
6. *¿Qué llevaba en la mano derecha? Describir el objeto.*
7. *Describir lo que hizo. ¿Sacó algo de la mesa?*
8. *¿Qué me dio a tragar? ¿Cuánto tiempo tardé en tragarlo?*
9. *¿Cuánto tiempo estuvo en el cuarto?*
10. *¿Quién habló o quiénes? ¿Qué dijeron?*

N. B. Debe darse una contestación LITERALMENTE correcta a cada una de estas preguntas; de lo contrario no contará.

—Parecerían sin complicación —murmuró el mayor—, pero hay trampa. Vea la N. B. También parece que tiene usted razón en lo relativo a la falsa tragada de la píldora, inspector. Mire la pregunta número ocho. Sin embargo...

Dobló el papel y se lo alcanzó a Elliot; éste lo guardó cuidadosamente en su libreta. Luego el mayor retrocedió hasta la doble puerta con los ojos fijos en el reloj.

—Sin embargo, como estaba diciendo...

Un haz de luz cortó en dos la sala de música al abrirse la puerta del vestíbulo. En el vano se dibujaba la silueta de un hombre, y vieron brillar una cabeza calva contra la luz.

—¡Hola! —exclamó una voz aguda que subía de tono—. ¿Quién está ahí? ¿Qué están haciendo ahí?

—Policía —dijo el mayor—. No se preocupe, Ingram. Encienda las luces, ¿quiere?

Después de buscar durante un momento, torpemente, del otro lado de la puerta, el recién llegado se dirigió a tientas hasta la cómoda y las encendió. Y Elliot advirtió que tendría que revisar un poco su primera y corta impresión del profesor Gilbert Ingram, obtenida en un patio de Pompeya.

La cara redonda, brillante y afable del profesor Ingram, su tendencia a la robustez y sus movimientos algo exagerados, lo hacían parecer bajo y gordo. Esto se veía reforzado por unos ojos azules, aparentemente cándidos, chispeantes, una nariz chata como un botón y dos penachos de pelo oscuro, desaliñadamente peinado sobre las orejas a cada lado de la calva. Tenía una manera de bajar la cabeza y mirar hacia arriba con expresión burlona que coincidía con su actitud frente a la vida. Pero en todo esto había ahora una atenuación atemorizada. Tenía el rostro amarillado; la pechera de la camisa, con una enorme arruga, se le salía del chaleco, inflada como la levadura dentro del horno, y restregaba unos con otros los dedos de su mano derecha como si los tuviera llenos de tiza. En realidad, según lo advirtió Elliot, era de mediana estatura y no tan grueso.

—Reconstruyendo, ¿eh? —comentó—. Buenas noches, mayor. Buenas noches, Bostwick.

Sus modales adquirían una cortesía distraída que involucraba a todos en una rapidísima sonrisa, semejante al sesgo veloz de un látigo sobre una yunta de caballos. La impresión principal de Elliot fue que una penetrante inteligencia miraba desde ese rostro ingenuo.

—Y supongo que éste —agregó con cierta vacilación— es el agente de Scotland Yard de quien me habló Joe Chesney. Buenas noches, inspector.

—Sí —dijo el mayor, y prosiguió con cierta brusquedad—: Ahora, sabe... confiamos en usted.

—¿Confían en mí?

—Es decir; usted es profesor de psicología. A *usted* no lo engañaría ninguna trampa. Lo ha dicho. Puede, ¿verdad?, referimos lo que pasó durante ese maldito espectáculo.

El profesor Ingram lanzó una rápida mirada a través de la doble puerta. Su expresión cambió más aún.

—Creo que sí —contestó ásperamente.

—¡Ya me parecía! —expresó el mayor con creciente afirmación en sus argumentos—. La señorita Wills nos declaró que se había intentado realizar una especie de fantasmagoría terrorífica.

—¡Ah! ¿Hablaron ustedes ya con ella?

—Sí. Y por lo que pudimos comprender, todo ese espectáculo fue planeado a base

de una serie de trucos...

—Fue más que eso —dijo el profesor Ingram, mirándolo de frente—. Sé que fue planeado para demostrar la forma en que los chocolates de la tienda de la señora Terry pudieron ser envenenados, sin que nadie viera cómo lo hacía el asesino.

II

SEGUNDA MIRADA A TRAVÉS DE LAS GAFAS

«Ella está muriéndose.»

«¡Chist! Hay señoras presentes».

Dr. Edwar Pritchard

Glasgow, 1865.

6

Para ocultar a los demás la nueva asociación de ideas que acudía a su mente, Elliot se dirigió al escritorio antes que nadie hiciese comentarios. Encendió la lámpara con pantalla verde que había sobre el escritorio con tapa corrediza, y apagó la lámpara especial de la mesa escritorio. En contraste, la luz ordinaria parecía débil, pero permitía ver a Marcus Chesney acurrucado en su sillón postrero.

Así que... de acuerdo con lo dicho por el superintendente Bostwick, dos días antes de ser asesinado, Marcus Chesney había andado haciendo preguntas a la policía sobre el tamaño exacto de la caja de bombones de la tienda de la señora Terry. Una caja de bombones comunes se hallaba ahora sobre la mesa y había figurado en el «espectáculo». Pero ¿cómo?

Elliot volvió a la sala de música, donde el mayor atacaba el mismo problema.

—Pero ¿cómo —inquiría el comisario— pudo haber demostrado la forma en que alguien envenenó los chocolates de la señora Terry haciendo que ese espantajo de hombre, fuese quien fuese, le metiera una cápsula vercosa dentro de la boca?

El profesor Ingram levantó levemente los hombros. Cada vez que dirigía la mirada hacia el otro cuarto sus ojos tenían una expresión tensa.

—Difícilmente podría explicárselo —observó—. Pero si le interesa mi opinión, Chesney quería que el incidente de la cápsula verde fuera sólo un detalle sin importancia; una parte del espectáculo; ni siquiera, tal vez, una parte fundamental en él. Mi idea es que el acontecimiento principal que debíamos presenciar tenía algo que ver con una caja de bombones que hay allí sobre la mesa.

—Creo —dijo el comisario después de una pausa— que no me meteré en esto. Se

lo dejo a usted, inspector.

Elliot indicó uno de los sillones de brocado y el profesor Ingram se sentó cuidadosamente.

—Pues bien, señor. ¿Le dijo el señor Chesney que el propósito real de esa función era el de demostrar cómo unos bombones pueden ser envenenados sin que nadie lo advierta?

—No. Pero lo sugirió.

—¿Cuándo?

—Poco antes de la función. Se lo eché en cara. «¡Se lo eché en cara!». Ahí tiene una frase al caso: parece una farsa teatral —el profesor se estremeció, y luego su mirada cándida adquirió un matiz astuto—. Óigame, inspector. En la comida adiviné que había algo raro en el deseo repentino y sin reflexión de Chesney de representarnos una comedia. El tema se inició en forma aparentemente casual, y después de una discusión en la que participaron todos, se produjo su desafío final. Pero todo el tiempo él pensaba en presentar su desafío. Tenía esa intención antes de sentarnos a la mesa. Yo lo comprendía, y el joven Emmet mostraba sus dientes con una sonrisita de lobo cuando creía que nadie lo veía.

—¿Y bien, señor?

—¡Y bien! Por eso me oponía a que se dejara la representación para tan tarde, y protesté por las tres horas mortales que perdió después de comer antes de decidirse a empezar. No soy de los que se entremeten en las vanidades de ningún hombre; las considero sagradas; pero eso parecía ir demasiado lejos. Dije francamente: «¿Qué se propone? Porque debajo de esto hay algo». Me dijo en reserva: «Mire con cuidado, y tal vez descubra cómo fueron envenenados los bombones de la señora Terry, pero apuesto a que no».

—¿Tenía alguna teoría sobre el particular?

—Evidentemente.

—¿Una teoría que pensaba demostrar delante de todos ustedes?

—Evidentemente.

—¿Y —preguntó Elliot con aire distraído— sospechaba quién era el envenenador?

El profesor Ingram lanzó una rápida mirada hacia arriba. Había en sus ojos una pesada sombra de inquietud; de haber sido aplicado el término a una cara tan cordial, casi podía decirse que parecía un perseguido.

—Ésa fue mi impresión —admitió.

—¿Pero no se lo dijo... no le insinuó algo?

—No. Porque eso hubiera estropeado el espectáculo.

—¿Y usted cree que el envenenador lo mató porque él sabía?

—Parece probable que sí —el profesor se movió en su silla—. Dígame, inspector.

¿Es usted un hombre inteligente? ¿Un hombre que comprende? —sonrió—. Un momento, por favor. Permítame que le explique la razón de mi pregunta. Con toda la deferencia que me merece nuestro buen amigo Bostwick, creo que hasta ahora este asunto no ha sido encarado en forma que acreciente, ni mucho menos, su crédito.

La expresión del mayor Crow se tornó fría y rígida.

—El superintendente —dijo con lentitud— no ha hecho más que tratar de cumplir con su deber...

—¡Oh, déjese de tonterías! —exclamó el profesor sin ánimo de ofensa—. Naturalmente que sí. ¡Todos tratamos de cumplirlo, Dios nos ayude! Pero cumplir con nuestro deber no significa necesariamente llegar a la verdad; a veces significa lo contrario. No quiero decir que exista un complot policial contra Marjorie Wills. Sé que no es así, aunque resulte lamentable que la sobrina de un amigo mío no pueda ni siquiera caminar por la calle principal, sin peligro de recibir en la cara barro arrojado por los chicos del pueblo. ¿Qué esfuerzo real se ha hecho para resolver el problema de esos bombones envenenados? ¿En qué forma se ha encarado el asunto para llegar a su esencia? ¿Qué clase de crimen es? ¿*Por qué* fueron envenenados esos bombones en casa de la señora Terry?

Dio con la mano un golpe en el brazo de la silla.

—El superintendente Bostwick —continuó diciendo— sostiene la tranquilizadora, arrebatadora doctrina de que los chiflados son chiflados; y en eso estamos. Y para apoyar su acusación contra Marjorie cita el caso similar (¡linda semejanza, caramba!), de Christiana Edmunds.

El mayor Crow no hizo comentario alguno. El profesor Ingram siguió hablando:

—¿Similar? Nunca han existido dos casos más radicalmente distintos en el único terreno que importa: el móvil. Christiana Edmunds era loca, si quieren, pero su móvil era tan cuerdo como el de la mayoría de los asesinos. Dicha joven, en el Brighton de 1871, se enamoró apasionadamente de un médico que no le dio la menor esperanza. Primero trató, sin éxito, de envenenar con estricnina a la mujer del médico. Fue descubierta; se le prohibió la entrada en la casa y se marchó frenética. Para demostrar que era inocente, como ella lo aseguraba; para probar que en el pueblo actuaba un envenenador que no podía ser la señorita Christiana Edmunds, concibió la idea de adulterar bombones de crema en una bombonería y matar gente en gran escala. Bien; ¿dónde está la semejanza? ¿Se ha sugerido sobre Marjorie algo parecido? En nombre de Dios, ¿dónde está el móvil? Por lo contrario, su novio, después de venir a Sodbury Cross y de oír lo que se dice de ella, está a punto de asustarse y mandarse mudar.

Al llegar aquí la expresión del profesor Ingram era, si así puede decirse, angelicalmente sanguinaria, acentuada por el crujido de la pechera de su camisa. Rió brevemente y se tranquilizó un poco.

—No me hagan caso —dijo—. Era *usted* quien hacía las preguntas.

—¿Ha estado la señorita Wills comprometida antes de ahora? —preguntó Elliot inesperadamente.

—¿Por qué pregunta eso?

—¿Pero lo ha estado?

De nuevo Ingram le dirigió una rápida e indescifrable mirada.

—No; no, que yo sepa. Creo que Wilbur Emmet estaba y está violentamente enamorado de ella. Pero su nariz colorada y su falta, discúlpeme, su falta general de atractivo, difícilmente podrían recomendarlo, aunque hubiera obtenido la aprobación de Marcus. Espero que esto quede entre nosotros.

En este punto intervino el mayor Crow.

—Me han contado que Chesney —observó con voz incolora— desalentaba a cualquier posible pretendiente, para que no viniera aquí a verla.

El profesor Ingram vaciló.

—En cierto sentido, es verdad. Lo que él llamaba maullidos, perturbaba su vida tranquila. No puede decirse, exactamente, que los desalentaba, pero...

—Me pregunto —dijo el mayor— ¿por qué ese muchacho que Marjorie conoció en el extranjero consiguió tan fácilmente la aprobación de Chesney?

—¿Quiere usted decir... —expresó el profesor con brusquedad—, quiere decir que Chesney estaba ahora ansioso por verse libre de ella?

—No dije tal cosa.

—¿Que no la dijo? ¡Al diablo, mi amigo! En todo caso está equivocado. A Marcus le agradaba el joven Harding. El muchacho tiene porvenir, y su exagerada deferencia hacia Marcus puede haber influido algo. ¿Pero me permite que le pregunte por qué discutimos esto? Aunque ignoremos muchas verdades —aquí la pechera de la camisa del profesor Ingram crujió con violencia— una cosa es absolutamente cierta, y es que Marjorie no tuvo nada que ver en el asesinato de su tío.

De nuevo pareció producirse una alteración en la temperatura del cuarto. Elliot se encargó de continuar.

—¿Sabe usted, señor, lo que la señorita Wills piensa de todo esto?

—¿Lo que piensa?

—Cree que alguien golpeó al señor Emmet, interpretó la parte del señor Emmet y utilizó una cápsula envenenada en el desarrollo de la escena.

Ingram lo miró con curiosidad.

—Efectivamente. Esa parece ser la explicación más plausible, ¿verdad?

—En consecuencia, alguien oyó lo que planeaban el señor Chesney y el señor Emmet en este cuarto después de la comida. Alguien que se hallaba detrás de la puerta o escuchaba desde el jardín. ¿No es así?

—¡Ah! Ya veo lo que quiere decir —murmuró el profesor.

Durante un momento una leve sonrisa se dibujó en su rostro. Se hallaba inclinado

hacia adelante, con los puños rollizos sobre las rodillas y los codos abiertos como alas. Tenía esa extraña expresión de necedad que adoptan las personas inteligentes cuando concentran sus pensamientos y arreglan los hechos con veloz seguridad a fin de coordinados. Luego volvió a sonreír.

—Ya veo —repitió—. Ahora permítame que sea yo quien haga sus preguntas, inspector —trazó con la mano en el aire un ademán de hipnotizador—. Su próxima pregunta será: «¿Dónde estaba usted entre las nueve y cuarto y media noche?», y: «¿Dónde estaban Marjorie y George Harding entre las nueve y cuarto y medianoche?». Pero irá más lejos: «¿Dónde estaban todos mientras se desarrollaba el espectáculo?». Eso es lo importante. «¿Es posible que alguno de ustedes, espectadores, haya podido deslizarse afuera en la oscuridad e interpretar el papel del siniestro espantajo con el sombrero de copa?». Eso es lo que quiere saber, ¿no es cierto?

Los ojos del mayor Crow se entornaron.

—Sí —dijo.

—Es una pregunta justa —dijo el profesor Ingram con satisfacción—. Y merece una respuesta justa, que es la siguiente. Estoy dispuesto a jurar ante cualquier tribunal del mundo que ninguno de nosotros abandonó este cuarto durante la función.

—¡Hum! Una declaración demasiado contundente, ¿no le parece?

—De ningún modo.

—¿Sabe usted la oscuridad que reinaba aquí?

—Lo sé perfectamente. En primer lugar, con esa lámpara especial encendida en el otro cuarto, no tanta como parece creer usted. En segundo lugar, tengo otras razones que espero corroborarán mis compañeros. En realidad, podríamos preguntarles.

Se levantó de la silla e hizo un gesto de director de escena hacia la puerta del vestíbulo, en el momento en que Marjorie y George Harding entraban.

Elliot examinó al flamante novio.

En Pompeya sólo había visto la parte de atrás de la cabeza de Harding, y ahora la visión de conjunto le producía una vaga irritación. George Harding no podía tener más de veinticinco o veintiséis años. Poseía modales bonachones, francos y cordiales; no era tímido y se movía entre la gente con tanta naturalidad como un gato entre los adornos de una repisa. Era un buen mozo del tipo europeo del sur: negros cabellos gruesos, ondulados, cara ancha y ojos oscuros de singular expresividad. Elliot encontraba difícil conciliar esta apariencia con sus modales cordiales y un poco chabacanos. Probablemente era aceptado como buena compañía en todas partes, y lo sabía.

En ese instante Harding advirtió el cuerpo de Marcus Chesney que estaba del otro lado de las puertas corredizas, y adoptó una actitud sumamente solícita.

—¿Podríamos cerrar esas puertas? —preguntó, poniendo el brazo de Marjorie

debajo del suyo—. Es decir, ¿no les importa?

Su sorpresa fue evidente cuando sintió que Marjorie retiraba el brazo.

—No te preocupes por mí —dijo ella, mirando, no obstante, de lleno a Elliot.

Elliot cerró las puertas.

—Marjorie me dice que usted quería verme —siguió diciendo Harding, mientras miraba a su alrededor en la forma más amistosa posible. Su cara se ensombreció—. Dígame qué puedo hacer para ayudar. Sólo sé decir que esto es un asunto muy feo y... ¡oh, ya comprende!

(Ahora lo estamos viendo a través de los ojos de Elliot, y no necesariamente como era en realidad; por lo tanto, sería injusto acentuar la impresión desagradable que produjeron a Elliot sus palabras directas y sin ambages y el gesto franco con que las acompañó. Al mayor Crow y a Botswick, que le tenían simpatía, Harding les pareció absolutamente sincero).

Elliot le indicó una silla.

—¿Usted es el señor Harding?

—Así es —asintió el otro, tan cordial ahora y deseoso de agradar como un cachorro—. Marjorie dice que quiere usted oír de labios de todos nosotros lo que pasó aquí cuando... Bueno, cuando al pobre viejo lo liquidaron.

—Pretende más que eso —dijo con risita ahogada el profesor Ingram—. Sospecha que usted, o Marjorie, o yo...

—Un momento, señor —dijo Elliot vivamente. Se volvió hacia los otros—. Siéntense, por favor —una sombra de inquietud pasó por el cuarto—. Sí, necesitaremos una declaración. Pero quiero hacerles algunas otras preguntas, y las respuestas pueden ser más valiosas que cualquier declaración. ¿Sabían que el señor Chesney había preparado para ustedes una lista de preguntas sobre el espectáculo que iba a realizar?

Fue Marjorie quien contestó después de una pausa.

—Sí, por supuesto. Ya se lo dije.

—¿Si alguien les hiciera esas mismas preguntas ahora, podrían contestarlas con exactitud?

—Sí, pero óigame —dijo Harding—; si quiere saber lo que pasó, puedo ofrecerle algo mejor que eso. Tengo una película del caso.

—¿En colores?

Harding pestañeó.

—¿En colores? ¡Dios mío, no! Una de las comunes nada más. Una película en colores para tomar vistas adentro, especialmente con esa luz sería...

—Sí es así, me temo que no nos ayude mucho —dijo Elliot—. ¿Dónde está la película?

—La metí adentro de ese fonógrafo, cuando empezó el barullo.

Parecía desilusionado por el modo con que Elliot había tomado el anuncio, como si oculto en el ambiente hubiera algo que se opusiera a una culminación. Elliot se acercó al fonógrafo y levantó la tapa. Un estuche fotográfico de cuero con la tapa abierta y la máquina adentro se hallaba sobre el disco giratorio de felpa verde del fonógrafo. Detrás de Elliot, los tres testigos habían tomado asiento algo nerviosamente y lo miraban; él los veía reflejados en el vidrio del cuadro que colgaba de la pared sobre el fonógrafo. También pescó (en el vidrio) la mirada intrigada, escrutadora, que el mayor Crow dirigió al superintendente Bostwick.

—Tengo aquí la lista —explicó Elliot, sacándola de su libreta—. Son preguntas mejores que las que yo podría hacerles, porque están expresamente destinadas a abarcar los puntos importantes.

—¿Cuáles puntos? —preguntó Marjorie apresuradamente.

—Estamos aquí para descubrir eso. Voy a hacerle a cada uno de ustedes la misma pregunta por turno, y desearía que cada cual la contestara con la mayor exactitud posible.

El profesor Ingram levantó sus casi invisibles cejas.

—¿No teme, inspector, que hayamos combinado un cuento para usted?

—No se los aconsejaría, señor. Y no creo que sea así, porque el doctor Chesney me anticipó que ya se han contradicho en todo sentido. Si ahora dieran marcha atrás, lo sabría. Bueno: ¿creen ustedes que pueden estar a la altura de sus jactancias y contestar estas preguntas con absoluta precisión?

—Sí —dijo el profesor con una sonrisa extraña.

—¡Sí! —exclamó Marjorie con violencia.

—No estoy seguro —dijo Harding—. Yo me dediqué especialmente a que todo saliera en la película, más que a concentrarme para recordar detalles. Pero de todos modos, creo que sí. En mi trabajo tenemos que abrir los ojos...

—¿Y cuál es su trabajo, señor Harding?

—Investigaciones químicas —replicó Harding con tal brusquedad que parecía estar lanzando un desafío—. Pero no interesa. Siga adelante.

Elliot cerró la tapa del fonógrafo y colocó sobre ella su libreta abierta. Era como si un director de orquesta hubiera levantado la batuta, como si una rueda hubiera empezado a girar, o como si un telón se hubiera corrido al encenderse las luces. En su alma y en la médula de sus huesos Elliot sabía que esa lista de preguntas contenía los hilos que conducirían al descubrimiento de la verdad... siempre que él tuviera no sólo la inteligencia de captar el significado de la respuesta, sino también el significado de la pregunta.

—Primera pregunta —dijo; y se oyó un violento crujir de sillas mientras sus oyentes se aprestaban, concentrando sus fuerzas.

—Primera pregunta: «¿Había una caja sobre la mesa? Si es así, describirla». ¿Señorita Wills?

Un gesto severo endureció la boca de Marjorie. Había mantenido los ojos fijos en Elliot y mostraban enojo.

—Si a usted le parece importante, le contestaré —dijo—. Pero es bastante horrible, ¿no le parece? Sentados aquí y haciendo preguntas... como si se tratara de un juego, mientras él... —miró hacia la puerta cerrada y apartó nuevamente la vista.

—Es importante, señorita. «¿Había una caja sobre la mesa? Si es así, describirla».

—Naturalmente que había una caja sobre la mesa. Se hallaba colocada a la derecha de tío Marcus, hacia adelante. Una caja de dos libras de bombones acaramelados de «Henry». No vi el letrero porque estaba sentada, pero sé que eran esos bombones, porque la caja tenía un dibujo floreado de color verde vivo.

George Harding se volvió y la miró.

—¡Qué disparate! —dijo.

—¿Cuál es el disparate?

—El color de las flores —replicó Harding—. De los bombones no sé nada, y estoy de acuerdo en que era una caja de dos libras y floreada. Pero las flores no eran verdes. Eran de un color azul oscuro. Definitamente azules.

Marjorie no cambió de expresión; volvió la cabeza con una gracia arrogante, casi clásica.

—Querido —murmuró—, esta noche ha sido ya bastante espantosa para que todavía me pongas los nervios de punta, dándome ganas de gritar. Por favor. Esas flores eran verdes. Los hombres viven confundiendo el verde y el azul. No, no y no, por favor... Esta noche no.

—Oh, muy bien, si tú lo dices —contestó Harding entre contrito y resentido—. ¡Pero que me caiga muerto si no eran azules! —agregó dando un salto—. Partimos de la base que estamos diciendo la verdad; esas flores eran azules, azul y oscuro y...

—Querido...

—Un momento —interrumpió vivamente Elliot—. El profesor Ingram podrá seguramente decidir esto. ¿Y bien, señor? ¿Quién tiene razón?

—Los dos la tienen —contestó Ingram cortésmente, cruzando sus rollizas piernas con deliberada lentitud—. Y en consecuencia, los dos están, al mismo tiempo, equivocados.

—¡Pero no podemos estar equivocados los dos! —protestó Harding.

—Creo que sí —dijo el profesor con amabilidad. Se volvió hacia Elliot—. Inspector, le estoy diciendo literalmente la verdad. Podría explicarle ahora, pero preferiría esperar. Una de las preguntas siguientes explicará lo que quiero decir.

Elliot levantó la cabeza.

—¿Cómo sabe lo que dicen las preguntas siguientes, señor? —preguntó.

Se produjo un silencio que parecía arrastrarse y extenderse y colmar todos los rincones del cuarto. Casi podía oírse, en la imaginación, a través de las puertas cerradas, el tic-tac del reloj del escritorio.

—No lo sé, por supuesto —contestó el profesor sin perder la tranquilidad—. Sólo me anticipo a una pregunta que indudablemente ha de figurar más adelante en la lista.

—¿No ha visto esta lista anteriormente, señor?

—No. Le ruego, inspector, que no trate de enredarme con futesas en momentos como éste. Soy un viejo veterano, un viejo embaucador, un viejo prestidigitador. Estos trucos son muy conocidos; los he puesto en práctica yo mismo en miles de clases. Sé exactamente cómo actúan. Pero por lo mismo que no me engañan a mí, no cometa el error de creer que pretendo engañarlo a usted. Si prosigue con esa lista, se dará cuenta, con precisión, de lo que quiero decir.

—Era verde —dijo Marjorie con los ojos entornados y fijos en un rincón del cielo raso—. Era verde, verde, *verde*. Continúe, por favor.

Elliot tomó su lápiz.

—La segunda pregunta, entonces: «¿*Qué objetos levanté de la mesa? ¿En qué orden?*». ¿Qué objetos —explicó Elliot— fueron los que el señor Chesney levantó de la mesa cuando acababa de sentarse, y en qué orden los levantó? ¿Señorita Wills?

Marjorie contestó sin vacilar.

—Ya se lo dije. Cuando se sentó, tomó un lápiz y simuló escribir con él en el secante y lo volvió a dejar. Luego tomó una lapicera y simuló escribir con ella. La dejó justo antes que entrara la cosa aquella con el sombrero de copa.

—¿Qué dice usted a esto, señor Harding?

—Sí, es verdad —admitió Harding—. Por lo menos la primera parte es verdad. Primeramente tomó un lápiz, un lápiz medio azulado o negruzco y lo volvió a dejar. Pero el segundo objeto no era una lapicera. Era otro lápiz: más o menos del mismo color, pero menos largo.

Marjorie volvió a mirarlo.

—George —dijo sin cambiar el tono de la voz—, ¿lo haces de gusto para atormentarme? Te suplico; quiero saberlo. ¿Te complaces en corregir todo lo que digo? —luego gritó—. Sé que era una lapicera. Vi la pluma y la lapicera; era azul o negra; una lapicera chica. Te ruego que no sigas tratando de...

—Oh, si lo tomas así —dijo Harding con una especie de arrogancia herida. Dirigió hacia ella sus *expresivos* ojos oscuros; y, para supremo fastidio de Elliot, la

expresión de Marjorie cambió y se llenó de inquietud. Elliot vio mentalmente a la típica pareja de enamorados. El encanto aniñado de Harding desplegaba su tiranía sobre una mujer inteligente, pero amante, y le hacía pasar las de Caín.

—Discúlpeme —dijo Marjorie—. Sin embargo, era una lapicera.

—Lápiz.

—¿Qué dice usted, profesor? ¿Lápiz o lapicera?

—A decir verdad —explicó el profesor— no era ni lo uno ni otro.

—¡Dios Todopoderoso! —murmuró el mayor Crow, humanizándose de pronto.

El profesor Ingram levantó la mano.

—¿No lo ven? —inquirió—. ¿No empiezan a comprender que todas estas cosas son trucos y trampas? ¿Qué otra cosa esperaban? —su voz traducía una leve irritación—. Marcus, sencillamente, les tendió una celada común, y cayeron en ella. Primero, como dicen muy bien, tomó un lápiz y simuló escribir. Eso les preparó la mente. Luego tomó lo que no era ni una lapicera ni un lápiz (aunque por su tamaño y forma parecía un lápiz), y también simuló escribir con eso. Inmediatamente sufrieron ustedes la ilusión psicológica de que habían visto o un lápiz o una lapicera. Naturalmente, no era nada de eso.

—¿Qué era entonces? —preguntó Elliot.

—No lo sé.

—¡Pero, entonces!...

Los ojos ingenuos de Ingram brillaban.

—¡Guarda, inspector, domínese! —exclamó con tono bastante poco profesoral—. Le aseguré que le diría dónde reside el truco. Le aseguré que descubriría lo que estaba errado. Pero no le aseguré que podía decirle *qué* fue lo que tomó de la mesa... y confieso que no lo sé.

—¿Pero no puede describirlo?

—Hasta cierto punto, sí —el profesor parecía seriamente preocupado—. Era como una lapicera, pero más angosto y mucho más chico; de color azul oscuro, creo. Marcus tuvo alguna dificultad en levantarlo, recuerdo.

—Sí, señor, pero ¿qué clase de objeto puede parecerse a eso?

—No sé. Eso es lo que me preocupa. Era... ¡espere! —en este punto las manos de Ingram se cerraron firmemente sobre los brazos del sillón, y se mantuvo en vilo como si fuera a dar un salto. Luego una ola de alivio o de alguna otra emoción inundó su rostro; se dejó caer con una especie de «¡uf!», y los miró—. Ya sé —agregó—. Ahora sé lo que era.

—¿Y bien, señor?

—Era una flecha de cerbatana.

—¿Qué?

—Creo que sí —insistió el profesor como si hubiera superado un inmenso

obstáculo—. Teníamos algunas en el Museo de Historia Natural de la Universidad. Miden algo menos de tres pulgadas de largo; son unas finas tiras de madera, negruzcas, de punta aguda. Sudamericanas o malayas, o de Borneo, o algo por el estilo; mis nociones de geografía siempre han estado enredadas.

Elliot miró a Marjorie.

—¿Tenía su tío alguna flecha de cerbatana en la casa, señorita Wills?

—No, claro que no. Al menos que yo sepa.

El mayor intervino con interés.

—¿Quiere decir usted —preguntó al profesor Ingram— que era una flecha envenenada?

—¡No, no, no! No necesariamente. Sospecho que estamos ante un magnífico ejemplo de cómo la sugestión puede influir en la imaginación, al punto que ninguno de nosotros recuerda lo que ha visto. Dentro de un instante, uno de los presentes es capaz de recordar que vio veneno en la flecha, y entonces sí que no habremos adelantado nada. ¡No pierdan el control! —dijo Ingram, recuperando el aliento y haciendo un amplio gesto—. Sólo dije que vi algo semejante a una flecha de cerbatana. ¿Está claro? Entonces, adelante con las preguntas.

George Harding asintió.

—Sí —dijo con tono de aprobación... y Elliot sorprendió en el rostro de Harding una mirada extraña que éste dirigía al profesor. Desapareció como un relámpago y Elliot no pudo interpretarla—. No parece que progresamos mucho. Siga con las preguntas.

Elliot vaciló. La nueva sugestión lo inquietaba y hubiera deseado ocuparse de ella. Pero eso podía dejarse para más tarde.

—La próxima pregunta —dijo echando una ojeada a su lista— presumiblemente se refiere a la entrada de la figura embozada por la puerta del jardín. Sin embargo, intérpretenla como quieran. «¿*Qué hora era?*».

—Medianoche —se apresuró a decir Marjorie.

—Cerca de medianoche —admitió George Harding.

—Para hablar con absoluta precisión —declaró el profesor Ingram, calzando una contra otra las palmas de sus manos—, era exactamente un minuto antes de medianoche.

Hizo una pausa como de interrogación, y Elliot le dirigió la pregunta que el otro parecía estar esperando.

—Sí, señor. Pero deseo preguntarle algo por mi cuenta. ¿Sabe usted que eran las doce menos un minuto, por su reloj, o lo sabe por el reloj que está en la repisa del escritorio? Sé que ese reloj está exacto ahora, pero ¿lo estaba necesariamente entonces?

El profesor Ingram habló secamente.

—La pregunta se me había ocurrido ya —dijo—. Me hice la reflexión de si Marcus no habría alterado el reloj y marcado una hora falsa que estuviera frente a nosotros para que luego juráramos que era así. Pero aseguro que el juego era limpio —de nuevo pareció fastidiado—. Un truco de esa clase no está dentro de las reglas. Se trataba de una prueba de observación. Marcus ordenó que apagaran las luces, y por consiguiente no podíamos ver nuestros relojes. En consecuencia, si pone ante nuestros ojos un reloj para que nos guiemos por él, la única forma en que podemos saber la hora es por ese reloj. Consideré que eso entraba en el acuerdo. Estoy en condiciones de indicarle las distintas horas en que pasaron las cosas, según ese reloj, pero no de asegurarle que marcará la hora correcta al empezar.

Marjorie dijo:

— Yo sí puedo asegurárselo. ¡Naturalmente que el reloj estaba bien!

Hablaba con violencia, sorpresa y perplejidad. Era como si hubiera esperado cualquier cosa menos eso, o como si la inutilidad de querer hacer entrar en razón a los demás la hubiera llevado más allá del cansancio.

—Tengo las mejores razones para saberlo —informó—. ¡Oh, no es cuestión de observación, de mi capacidad de observación! Puedo probarlo. Fácilmente. Naturalmente que el reloj estaba bien. Pero de todos modos. ¿Qué diferencia puede hacer eso?

—Podría establecer una diferencia fundamental —dijo el mayor Crow— en la coartada de alguien que no estaba aquí.

—Joe Chesney —murmuró el profesor Ingram, silbando entre dientes—. Disculpen —agregó con tono protocolar.

Así como un rato antes había involucrado a todos en aquella sonrisa que era como un golpe de fusta, ahora (debido a un lapsus, evidentemente) alcanzaba a todos con un chicotazo de algo completamente distinto. Elliot se preguntó en qué forma definiría el diccionario la palabra «sugestión». Sea cual fuere su intención, sus palabras agitaban las aguas.

—¿Tío Joe? —exclamó Marjorie—. ¿Qué hay con él?

—Prosiga con las preguntas —indicó el profesor, dirigiendo una sonrisa alentadora a la muchacha.

Después de anotar algo, rápidamente, Elliot decidió apresurar el ritmo del interrogatorio.

—Si no les parece mal, analizaremos estas cosas más tarde. Contésteme del modo más breve posible. Otra pregunta: «¿Qué altura tenía la persona que entró por la puerta del jardín?».

—Un metro ochenta —contestó instantáneamente Marjorie—. Tenía la misma altura de Wilbur, y todos conocemos la altura de Wilbur. En la misma, exactamente, que la de tío J... —se interrumpió bruscamente.

—Un metro ochenta es un cálculo bastante exacto —afirmó Harding después de reflexionar—. Tal vez hubiera dicho yo que era algo más alto, pero puede haber sido una ilusión óptica producida por aquel sombrero disparatado.

El profesor Ingram tosió.

—Nada, lo sé —dijo—, es más exasperante que verse contradecir constantemente en la descripción de detalles como éstos...

Era evidente que, bajo una apariencia tranquila, el humor de cada una de aquellas personas estaba por llegar al punto de ebullición. Tal extremo había alcanzado la agitación de las aguas de la sugestión. Los ojos de Marjorie brillaban con extraordinario fulgor.

—¡Ya no soporto más! —exclamó—. ¿Está seguro que no nos dirá que era bajo y gordo?

—No, Marjorie. Serénese —contestó el profesor, mirando a Elliot—. Inspector, he aquí la respuesta: la persona que entró por esa puerta medía alrededor de un metro setenta de altura, más o menos como el señor Harding o yo. O si no, fíjese en esto, era un hombre de un metro ochenta que caminaba con las rodillas dobladas para dar la impresión de una persona más baja. En todo caso, su altura era, *grosso modo*, de un metro setenta.

Se produjo un silencio.

El mayor Crow se había puesto un par de anteojos de carey que disminuía un poco su apariencia militar. Se pasó la mano por la frente. Había estado tomando notas en el dorso de un sobre.

—Oigan —empezó a decir.

—¿Qué?

—Les pregunto —dijo el comisario sin perder la serenidad, pero iracundo—, les pregunto, sinceramente, ¿qué clase de contestaciones son éstas? ¿Que podía medir uno setenta? ¿Que acaso podía haber medido uno ochenta? Escuche, Ingram, se me ocurre que es usted quien ha estado inculcando ideas raras en la cabeza de todos. Siempre que ha podido contradecir a alguien, lo ha hecho. ¿Le interesaría *oír* lo que he apuntado hasta ahora?

—Con mucho gusto.

—Y bien, todos están de acuerdo en que había una caja de bombones de dos libras sobre la mesa, y que el primero de los dos objetos que Chesney levantó era un lápiz. Pero mire el resto. He anotado mis propias preguntas.

Le arrojó el sobre, y el profesor Ingram lo examinó. Luego, de mano en mano, pasó a los demás el notable documento siguiente:

LO QUE HE VISTO

¿De qué color era la caja de bombones?	Señorita Wills:	Era verde.
	Señor Harding:	Era azul.
	Profesor Ingram:	Ambos colores.

¿Cuál fue el segundo objeto que Chesney recogió?	Señorita Wills:	Una pluma.
	Señor Harding:	Un lápiz.
	Profesor Ingram:	Una flecha de cerbatana.
¿Qué hora era?	Señorita Wills:	Medianoche.
	Señor Harding:	Alrededor de medianoche.
	Profesor Ingram:	Las doce menos un minuto.
¿Qué altura tenía el tipo del sombrero?	Señorita Wills:	Uno ochenta.
	Señor Harding:	Uno ochenta.
	Profesor Ingram:	Uno setenta.

—En lo único que más o menos coinciden todos —prosiguió el mayor— es en la hora. Y probablemente este detalle es el más erróneo de todo el montón.

El profesor Ingram se puso de pie.

—No lo comprendo bien, mayor —dijo—. En mi calidad de testigo experto, me pide que le diga lo que realmente pasó. Presupone usted que hay discrepancias. Quiere que las haya. Y luego, ignoro por qué, parece fastidiado conmigo cuando se las hago ver.

—Ya sé, y todo eso está muy bien —arguyó el mayor, señalando con el sobre en su dirección—. Pero ¿qué me dice del asunto de la caja de bombones? Una caja puede ser verde o azul; pero no, francamente, de ambos colores; y eso es lo que usted asegura. Ahora bien, tal vez le interese saber —y a pesar de las frenéticas señas que le hacían Elliot y Bostwick, tiró la discreción policial por la borda—, tal vez le interese saber que la caja que hay en ese cuarto es *azul*. Floreada de azul. Y el único otro objeto que hay sobre esa mesa es un lápiz achatado. No existen rastros de ningún otro objeto: ni lapicera, ni otro lápiz, ni flecha de cerbatana. Una caja azul de bombones, y un lápiz, nada más. ¿Me permite preguntarle qué tiene que decir al respecto?

Con una sonrisa irónica, el profesor Ingram volvió a sentarse.

—Sólo una cosa —dijo— que les explicaré en un minuto, si me dan la oportunidad.

—Muy bien, muy bien —gruñó el mayor, levantando las manos como si iniciara un saludo árabe—. Haga como quiera y explíquese cuando guste; yo me retiro. Continúe usted, inspector. Discúlpeme si lo interrumpí. El asunto es suyo.

Y durante los breves minutos que siguieron Elliot empezó a sentir que las disensiones habían terminado. Las dos preguntas siguientes y la mitad de la otra fueron contestadas casi en perfecto acuerdo. Dichas preguntas, referentes al duende de la puerta del jardín, eran: «*Describir la vestimenta de esa persona*». ¿*Qué llevaba en la mano derecha? Describir el objeto.... Describir lo que hizo.*

De las respuestas surgió un retrato de la grotesca figura disfrazada que parecía haber producido una impresión tan profunda en todos ellos. Desde el sombrero de copa, la bufanda de lana color castaño, los anteojos de sol y el impermeable, hasta los pantalones negros y zapatos de charol, ni un detalle había pasado inadvertido a

ninguno de ellos. Cada cual describió correctamente la maleta negra con las letras blancas pintadas: R. H. *Nemo, M. D.*, que el visitante llevaba en la mano derecha. El único detalle nuevo era que el hombre tenía guantes de goma puestos.

Tanta unanimidad perturbaba e intrigaba a Elliot, hasta que recordó que todos los testigos habían tenido una ocasión más que buena para estudiar el disfraz. La mayoría de los efectos de Nemo, inclusive la maleta negra, habían sido arrojados al jardín al pie de la puerta del escritorio. Los testigos no sólo los habían visto durante el espectáculo, sino también después, al salir a buscar a Wilbur Emmet.

No habían, sin embargo, perdido ni uno sólo de los movimientos del visitante en el escenario. La figura del horrible y tenebroso Nemo, saludando y haciendo gestos bajo su propia sombra inmensa en la luz blanca, semejante a una pesadilla, parecía reflejarse en sus mentes como en una pantalla. Describieron su entrada. Describieron cómo ante la incauta burla que George Harding había lanzado desde el auditorio, Nemo había girado sobre sus pies, mirándolos. Describieron la forma en que había puesto la maleta sobre la mesa, volviéndoles la espalda. Luego contaron cómo había ido hacia el lado derecho de la mesa, sacado del bolsillo una caja de píldoras, extraído una cápsula, y...

¿Pero dónde diablos estaba la clave?

Eso era lo que Elliot deseaba saber. Había llegado casi al final de la lista y hasta ese momento no podía entrever nada que le diera un indicio. Entre los testigos había habido contradicciones, sí; ¿pero en qué forma podían éstas ayudarlo?

—Se hace tarde —les dijo—, así que veremos esta pregunta: «¿Sacó algo de la mesa?».

Tres voces hablaron casi simultáneamente.

—No —dijo Marjorie.

—No —dijo George Harding.

—Sí —dijo el profesor Ingram.

En el griterío que se produjo, Harding se expresó con firmeza.

—Señor, le juro que no. Ni tocó esa mesa. Él...

—Por supuesto que no —dijo Marjorie—. Además, ¿qué podía sacar? Lo único que parece faltar es una lapicera... o lápiz, o flecha de cerbatana, como quieran llamarle... y sé que no tomó eso. Tío Marcus la colocó sobre el secante delante de él. Y esa cosa con el sombrero de copa ni siquiera se acercó al secante colocado frente a tío Marcus. Por lo tanto, ¿qué puede haber sacado?

El profesor Ingram los llamó a silencio. Tenía ahora un aspecto muy severo.

—Eso —dijo— es lo que he estado tratando, pacientemente, de decirles. Concretamente: sacó una caja con flores verdes de bombones acaramelados de «Henry» y la substituyó por la caja de flores azules de bombones de crema de menta de «Henry» que ahora se encuentra allí. Querían la verdad pura. Aquí la tienen. ¡No

me pregunten cómo lo hizo! Cuando puso su maleta negra sobre la mesa, la colocó delante de la caja verde. Cuando levantó la maleta y salió del cuarto, la caja que había sobre la mesa era azul. Repito: no me pregunten cómo cambió las cajas. No soy mago. Pero creo que la solución del problema de varios envenenamientos muy feos está contenida en esa pequeña acción. Sugiero que ejerciten sus sesos en torno de este punto. También espero que mi explicación disipe ciertas dudas del mayor Crow sobre mi cordura o mi buena fe; y antes que vuelvan a irritarse los ánimos esta noche, ¿podría alguno de ustedes ofrecerme un cigarrillo?

Elliot nunca supo si el profesor Ingram había conseguido o no su cigarrillo. Porque, de pronto, se le hizo la luz sobre la explicación que tenía aquel juego de manos.

—Disculpen; volveré en seguida —les dijo; y dando la vuelta alrededor del piano, salió por una de las puertas del jardín.

Recapacitando, volvió y cerró detrás de sí los gruesos cortinados de terciopelo. Hacía más frío afuera, en la angosta franja de césped que se extendía entre la casa y los espectrales castaños amarillos. Era también mayor la obscuridad, ahora que algunas luces se hallaban apagadas, y únicamente una bombita común brillaba en el escritorio. Experimentó el efecto de esa hora inmóvil de la noche, hora en que la carne y los huesos parecen revestirse de fragilidad. Creyó también oír una campanilla que resonaba débilmente en alguna parte. Pero no le prestó atención, porque su atención estaba concentrada en las prendas pertenecientes al doctor Nemo, diseminadas al pie de la puerta del jardín.

Esa maleta negra...

Ahora sabía por qué su aspecto le había comunicado una impresión vagamente familiar. Más grande que el maletín profesional de un médico, aunque de forma muy semejante, y, no obstante, de tamaño demasiado chico para ser una valija corriente. Una maleta idéntica se exhibía entre los elementos de prueba del Museo Negro de Scotland Yard.

Se arrodilló junto a la maleta, que se encontraba cerca del sombrero y del impermeable. Era de cuero charolado y parecía nueva. El nombre del doctor Nemo había sido toscamente pintado en un costado con un molde de letras. Interponiendo su pañuelo, Elliot abrió la maleta. Había adentro una caja de dos libras de bombones acaramelados de «Henry», con dibujos de flores color verde vivo.

—Aquí está la cosa —dijo en alta voz.

Esa clase de maleta era el mejor amigo de los ladrones de tiendas. La levantó y examinó el fondo. Empleada originalmente para los espectáculos de prestidigitación, poco tiempo después había sido adoptada por los que roban en las grandes tiendas, joyerías o cualquier negocio en el cual se hallan expuestas abiertamente las mercaderías de valor.

El ladrón no tiene más que entrar en la tienda, llevando la aparentemente inocente valijita. La coloca con gesto distraído sobre el mostrador, mientras mira cualquier otro objeto. Pero la coloca encima de lo que quiere robar. El fondo está equipado con un ingenioso resorte de prestidigitación que introduce en la maleta lo que hay debajo.

Luego, sin haber efectuado el menor movimiento sospechoso, el ladrón recoge su maleta y abandona la tienda.

Empezaba a aclararse la actuación genial del doctor Nemo. Había entrado en el escritorio, había colocado la maleta sobre la mesa, dando, mientras lo hacía, la espalda a los espectadores. No había puesto la maleta con resorte delante de la caja verde, sino encima de ella. La maleta podía cargar objetos mucho más pesados que una caja de bombones relativamente pequeña y liviana. En el hondo bolsillo de su impermeable llevaba una caja azul de bombones de menta. Fuera mientras se inclinaba para dejar la maleta, o cuando se inclinaba para recogerla, había deslizado detrás la otra caja, cubierto por su posición de espaldas al público. Ante un auditorio ya deslumbrado y aturdido, no necesitaba gran habilidad. Y todo esto había sido efectuado con la ayuda de Marcus Chesney, bajo la dirección de Marcus Chesney, como parte del plan de Marcus Chesney para engañar a los testigos, mirasen adonde mirasen...

Pero ¿en qué forma podía este detalle ayudar a la solución del crimen, o del crimen de la tienda de golosinas? ¿Quería decir que en la tienda de la señora Terry una caja entera de bombones había sido substituida por otra?

—¡Eh! —murmuró una voz.

Elliot dio un salto. Era una voz ronca que susurraba con violencia y procedía directamente de arriba de su cabeza. Levantó la vista escudriñando la oscuridad, y divisó el rostro del doctor Joseph Chesney que lo miraba desde una ventana del piso superior. El doctor Joe estaba tan inclinado hacia afuera de la ventana que Elliot temió que aquel enorme peso cayera dando tumbos como un atado de ropa.

—¿Están todos sordos ahí abajo? —murmuró el doctor Joe—. ¿No oyen la campanilla de la puerta de calle? ¿Por qué alguno no atiende? Ha estado sonando durante cinco minutos. ¡Qué demonios, yo no puedo ocuparme de todo! Tengo un enfermo aquí...

Elliot despertó. Debían de ser, por supuesto el médico de policía, y el fotógrafo, encargado también de las impresiones digitales, que llegaban desde un punto situado a doce millas de distancia.

—¡Oiga! —rugió el doctor Joe.

—¿Qué hay?

—Mándela a Marjorie, ¿quiere? La está llamando.

Elliot miró vivamente hacia arriba.

—¿Está consciente? ¿Podría verlo yo?

A través de la ventana vio un puño rojizo, velludo, con la manga de la camisa suelta. Iluminada desde abajo, la barba pelirroja del doctor Joe tenía un aspecto casi mefistofélico.

—No, mi amigo, no está consciente; no de la manera que usted se imagina. Y no

puede verlo esta noche, ni mañana, ni tal vez durante semanas, ni meses, ni años. ¿Me oye? Y mande a Marjorie acá arriba. Estas sirvientas no sirven para nada. La una deja caer las cosas, y la otra está escondida en la cama. ¡Por el amor de Dios!...

La cabeza se retiró.

Con extremada lentitud, Elliot recogió las prendas del doctor Nemo. La campanilla distante había cesado de sonar. Un viento frío empezaba a levantarse al término de la noche; se movía en las hojas secas; levantaba de la tierra el perfume penetrante y la podredumbre del otoño; y luego, debido acaso a la insistencia de la brisa o porque una puerta se había abierto, llegó otro olor más dulce. Era como el perfume suave que parecía llenar la casa misma. Entonces Elliot recordó que entre la sombra, muy cerca de allí, había media hectárea de invernáculos. Era el olor de los durazneros y de los almendros, cuyas frutas maduran entre julio y noviembre, de los almendros de almendras amargas que eran como el espectro de Bellegarde.

Llevó al escritorio las cosas del doctor Nemo, en el momento en que la puerta de este cuarto (la que daba al vestíbulo) se abría y el superintendente Bostwick introducía a dos recién llegados a quienes presentó como el doctor West y el sargento Matthews. Los seguía el mayor Crow. Matthews recibió las instrucciones de práctica referentes a las impresiones digitales y a la fotografía, y el doctor West se inclinó sobre el cuerpo de Marcus Chesney.

El mayor Crow miró a Elliot.

—¿Y bien, inspector? —le preguntó—. ¿Por qué decidió salir corriendo tan de repente? ¿Y qué encontró?

—He descubierto cómo fueron intercambiadas las cajas de bombones, señor —contestó Elliot, y se lo explicó.

El otro se mostró impresionado.

—Ingenioso —concedió al fin—. Diabólicamente ingenioso. Pero aun así... escuche: ¿dónde consiguió Chesney semejante maleta con trampa?

—Se encuentran en Londres, en algunas casas de objetos para prestidigitación.

—¿Quiere decir que la mandó buscar especialmente?

—Así parecería, señor.

El mayor Crow se acercó a examinar la maleta.

—Lo cual significaría —observó— que ha tenido esta representación en la mente hace bastante tiempo. ¿Sabe, inspector? —pareció dominar el impulso de dar a la maleta un vigoroso puntapié—. Cuanto más y más avanzamos, se vuelve más y más importante ese maldito espectáculo, y parece ayudarnos cada vez menos. ¿Dónde estamos? ¿Qué hemos sacado en limpio? ¡Espere! ¿Hay más preguntas en la lista de Chesney?

—Sí, señor. Tres más.

—Entonces, vaya adentro y siga con su tarea —dijo el comisario, lanzando una

amarga mirada a la doble puerta cerrada—. Pero antes que se vaya, deseo preguntarle si ha notado algo que me ha llamado particularmente la atención en toda esta ensalada.

—¿Qué?

El mayor Crow asumió toda su jerarquía. Extendió un brazo y un pulgar huesudo como si estuviera haciendo una denuncia.

—Hay algo raro y alarmante en ese reloj —declaró.

Todos miraron el reloj. El doctor West había vuelto a encender la potente luz blanca para examinar el cadáver, y de nuevo el cuadrante blanco del reloj, con sus adornos de bronce y marco de mármol, los miraba burlescamente desde la chimenea. Eran las dos menos veinte minutos.

—¡Qué hora! Tengo que irme a casa —dijo el mayor, de pronto—. Pero de todos modos, mírenlo. ¿Y si Chesney hubiera alterado la hora? Podría haberlo hecho antes del espectáculo. Luego, al terminar (¿recuerdan?), cerró la doble puerta y no fue a la sala de música hasta que Ingram golpeó y le dijo que saliera a saludar. Durante ese rato pudo haber vuelto a poner el reloj en buena hora. ¿No es así?

Elliot no parecía muy convencido.

—Supongo que sí, señor. Si quería hacerlo.

—Naturalmente que lo podía; nada más fácil —el mayor fue hasta la chimenea, deslizándose detrás del sillón del muerto. Hizo girar el reloj, golpeándolo un poco, hasta poner de frente la parte posterior del mismo—. ¿Ven estas dos manijas? Una es la llave de la cuerda. La otra es la cabeza del tornillito que hay que mover para alterar la posición de las agujas... ¡Hola!

Se inclinó aún más, mirando con atención, y Elliot hizo lo mismo. Ahí estaba, por cierto, la llavecita de bronce detrás del reloj. Pero donde debía haber estado el tornillo sólo había un agujerito redondo.

—El tornillo para las agujas está roto —dijo Elliot—, y roto del lado interior de la caja del reloj.

Miró todavía más de cerca. Dentro del microscópico orificio alcanzaba a distinguir un microscópico muñón de bronce, y junto al orificio había una rayadura reciente, trazada sobre el metal algo manchado de la parte posterior del reloj.

—Ha sido roto hace muy poco —explicó—. Eso es, probablemente, lo que quería decir la señorita Wills cuando aseguró que el reloj estaba en hora. ¿Lo ve, señor? Hasta que no lo arregle un relojero, nadie, aunque lo quisiera, podría alterar la posición de las agujas.

El mayor Crow miró atentamente el reloj.

—No hay tal —dijo—. Nada más fácil. Así. Volvió a poner el reloj en su posición normal.

Abriendo la puertita redonda de vidrio que protegía el cuadrante, tocó las agujas.

—Todo lo que hay que hacer —continuó— es sencillamente empujar...

— *¡Dele, no más, señor!* —dijo Elliot.

Hasta el mayor Crow tuvo que abandonar su propósito y darse por vencido. Las manecillas de metal eran demasiado delicadas. Tratar de empujarlas en cualquier dirección significaba torcerlas o romperlas; era evidente que su posición no podía ser alterada ni en una fracción de segundo. Elliot se apartó y sonrió a pesar suyo. Las agujas seguían su curso burlón, el tornillo de metal que las sujetaba parecía hacerle un guiño, y el tic-tac del reloj hacía vibrar en él una cuerda tan profunda de diversión que casi se puso a reír en las narices del comisario. Era un símbolo. Tenía enfrente a la pesadilla del escritor de ficción: un reloj con el cual nadie podía entremeterse.

—Así que eso está arreglado —dijo.

—Eso no está arreglado —replicó el mayor Crow.

—Pero, señor...

—Insisto en que hay algo raro y alarmante en ese reloj —declaró el otro con énfasis tan lento y medido como si estuviera haciendo un juramento—. Admito que ignoro lo que es. Pero lo comprobarán ustedes antes que pasen muchas horas.

En ese momento, después de inflamarse con denso y humeante resplandor, la lámpara especial se quemó bruscamente. Todos se sobresaltaron y, en contraste, la lámpara de pantalla verde, situada en el rincón, pareció oscura. Pero el doctor West ya había terminado su examen; era un hombre de edad, con lentes, y tenía un aire cansado.

—¿Qué quiere que le diga de esto? —preguntó al mayor Crow.

—¿De qué ha muerto?

—Ácido prúsico o uno de los cianuros. Haré la autopsia mañana por la mañana y se lo diré.

—¿Uno de los cianuros? Joe Chesney afirmó que era cianuro.

El doctor West parecía pedir disculpas.

—Piensa usted, probablemente, en el cianuro de potasio. Ése pertenece al grupo de las sales de cianuro derivadas del ácido prúsico. Pero estoy de acuerdo en que es la más común.

—Permítame que reconozca mi ignorancia —dijo el mayor Crow—. Leí algo sobre estricnina cuando aquel otro asunto, pero de esto no se nada. Bien, supongamos que alguien mató a Chesney con ácido prúsico o cianuro, su derivado. ¿De dónde sale la sustancia esa? ¿Cómo haría usted para obtenerla?

—Tengo aquí algunas notas —le contestó el doctor West, urgando en sus bolsillos con un apresuramiento calmoso, si así puede decirse. Hablaba con modesta satisfacción—. No se nos ofrece a menudo la oportunidad de ver un caso de envenenamiento por ácido prúsico, sabe usted. Es raro, muy raro. Tomé algunas notas en el caso de Billy Owens y pensé que era mejor traerlas.

Siguió hablando con su tono agradecido:

—Ácido prúsico puro (HCN) es algo casi inaccesible para el lego. Por otra parte, cualquier buen químico puede fácilmente prepararlo con sustancias que no son venenosas (quiero decir que no están catalogadas en la lista de venenos). La sal que contiene, cianuro de potasio, se emplea en muchas formas. Se usa en fotografía, como probablemente ya lo saben ustedes. Se usa algunas veces como insecticida para los árboles frutales...

—Árboles frutales —murmuró el mayor Crow.

—Se utiliza también en el proceso del electro-platinado y en las botellas mortíferas...

—¿Qué es una botella mortífera?

—Entomología —dijo el doctor—. Caza de mariposas. La botella mortífera indolora contiene cinco por ciento de KCN; la venden los disecadores. Pero para todo esto, naturalmente, el comprador está obligado a firmar en un libro especial.

Elliot intervino.

—¿Me permite una pregunta, doctor? ¿Es verdad que en los carozos de durazno hay ácido prúsico?

—Sí, es verdad —contestó el doctor West, rascándose la frente.

—¿Y que cualquiera puede destilar ácido prúsico, triturando carozos comunes de durazno y haciéndolos hervir?

—Me han preguntado eso mismo otras veces —dijo el doctor West, volviendo a rascarse la frente con mayor violencia—. Es muy cierto. Pero calculo que para producir una dosis letal con carozos de durazno se requeriría aproximadamente las pepitas de cinco mil seiscientos duraznos. Me parece difícilmente practicable.

Después de una pausa, Bostwick habló pesadamente.

—Ese veneno salió de *alguna parte* —observó.

—Así es. Y en esta ocasión usted va a encontrarle la pista —dijo el comisario—. Se nos escapó la estricnina, pero no se nos escapará el cianuro, aunque tengamos que revisar todos los libros de firmas de veneno que existen en Inglaterra. Ésa será su tarea, superintendente. Pero, a propósito, doctor... ¿recuerda esas cápsulas grandes, verdosas, cápsulas de aceite de castor?

—Sí.

—Suponga que va a administrar una dosis de cianuro en una de ellas. ¿Cómo introduciría el veneno dentro de la cápsula? ¿Con una jeringa de inyecciones?

El doctor West reflexionó.

—Sí, eso sería posible. No introduciendo demasiada cantidad, la gelatina y el aceite lo contendrían perfectamente. Además disimularían el olor y el gusto. Cincuenta y cuatro miligramos de ácido prúsico anhidro puede ser una dosis fatal. La preparación farmacéutica de cianuro de potasio es, por supuesto, más débil. Pero

justo es decir que doce o dieciocho centigramos llenarían su cometido.

—¿Y cuánto tiempo tardarían en matar?

—Ignoro la cantidad de la dosis administrada —observó el doctor West como disculpándose—. Diría que por lo común los síntomas se presentarían dentro de los diez segundos. En este caso, empero, la gelatina tendría que derretirse, y el aceite de castor retardaría la absorción del veneno. Digamos que tardaría como máximo dos minutos, antes que los síntomas aparecieran en toda su violencia. En lo concerniente al resto, todo dependería de la dosis. La postración absoluta seguiría inmediatamente, pero la muerte podría ocurrir en tres minutos o no ocurrir sino media hora después.

—Bueno, eso calza dentro de lo que ya sabemos —dijo el mayor Crow, y añadió con un gesto de exasperación—. De todos modos, inspector, sería bueno que volviera a arremeter contra esa banda —movió la cabeza con malevolencia, indicando la doble puerta cerrada—. Averigüe si están seguros de que lo que vieron era realmente una cápsula de aceite de castor. Puede ser otra treta. Averígüelo... trate de desentrañar todo este loquero y entonces sabremos donde estamos.

Elliot, contento de la oportunidad de trabajar a solas, entró en la sala de música y cerró las puertas detrás de sí. Tres pares de ojos se clavaron en él.

—No los detendré mucho más tiempo esta noche —dijo amablemente—. Pero ¿no les importaría aclararme los puntos que faltan?

El profesor Ingram estudió la expresión de Elliot.

—Un momento —observó—. ¿Podría *usted* aclarar un punto, inspector? ¿Averiguó si efectivamente las cajas de bombones habían sido cambiadas como yo le dije?

Elliot vaciló.

—Sí, señor, no me importa decirle que tenía razón.

—¡Ah! —dijo el profesor lleno de malévolas satisfacción. Se recostó en su silla mientras Marjorie y George Harding lo miraban intrigados—. Estaba deseando que pasara eso. Entonces nos encontramos ya en camino de una solución.

Marjorie estaba a punto de hablar, pero Elliot no le dio la oportunidad de hacerlo.

—Aquí tenemos la octava pregunta del señor Chesney sobre el hombre del sombrero de copa. «¿*Qué me dio a tragar? ¿Cuánto tiempo tardé en tragarlo?*». ¿Están todos de acuerdo, por lo pronto, en que era una cápsula de aceite de castor?

—Estoy segura —contestó Marjorie—. Empleó dos o tres segundos en tragarla.

—Por cierto que tenía ese aspecto —dijo el profesor Ingram con mayor cautela— y tuvo cierta dificultad para tragarla.

—No conozco esas cápsulas —dijo Harding. Su rostro lleno de inquietud y de duda estaba muy pálido: Elliot se preguntó por qué. George añadió: -Yo hubiera dicho que era una uva, una uva verde, y me extrañó que no se atragantara. Pero si los dos reconocen lo que es, me parece bien. Estoy de acuerdo.

Elliot desvió el interrogatorio.

—Volveremos sobre este punto. Ahora quiero hacerles una pregunta de enorme importancia. *¿Cuánto tiempo estuvo en el cuarto?*

Hablaba con tanta gravedad y la expresión de sarcasmo era tan acentuada en el rostro de Ingram, que Marjorie vaciló.

—¿Hay alguna trampa en esto? —inquirió—. ¿Quiere decir cuánto tiempo transcurrió desde que el hombre entró por la puerta del jardín hasta que volvió a salir por ella? No mucho, por cierto. Dos minutos, creo yo.

—Dos minutos y medio —dijo Harding.

—Estuvo en el cuarto —dijo el profesor Ingram— exactamente treinta segundos. Una y otra vez, con una uniformidad tal que se torna casi aburrida, las personas se *empeñan* en sobreestimar extraordinariamente el tiempo. En realidad, Nemo corrió poco riesgo. No tuvieron oportunidad de estudiarlo, aunque así lo crean. Si quiere, inspector, le daré todo el horario completo de la escena, incluyendo los movimientos de Chesney. ¿Quiere?

Al hacer Elliot un ademán de asentimiento, el profesor Ingram cerró los ojos.

—Empezaremos desde el momento en que Chesney se deslizó detrás de esas puertas y yo apagué las luces de aquí. Después de apagadas, transcurrieron alrededor de veinte segundos antes que Chesney abriera las puertas para empezar la representación. Entre el momento en que Chesney abrió las puertas y el momento en que entró Nemo, transcurrieron cuarenta segundos. Hay un minuto entero antes de la entrada de Nemo. La parte interpretada por Nemo estaba terminada en treinta segundos. Después de su partida, Chesney permaneció sentado otros treinta segundos, antes de caer de bruces en simulada muerte. Se levantó y cerró otra vez las puertas. Me costó algún trabajo volver a encender las luces: siempre busco del lado opuesto de la puerta ese maldito conmutador. Digamos otros veinte segundos. Pero la representación completa, desde el instante en que se apagaron las luces hasta que volvieron a encenderse, tardó nada más que dos minutos y veinte segundos.

Marjorie parecía dudar, y Harding se encogió de hombros. No lo contradijeron, pero se sentían invadidos por una obstinada rebeldía. Ambos parecían pálidos y cansados. Marjorie temblaba un poco y su mirada era tensa. Elliot comprendió que esa noche el resorte no aguantaría mucha más presión.

—Y ahora la pregunta final —dijo Elliot—. Es la siguiente: «*¿Quién habló, o quiénes? ¿Qué dijeron?*».

—¡Qué suerte que es la última! —exclamó Marjorie—. Esta vez, por lo menos, sé que no puedo estar equivocada. Aquella cosa con sombrero de copa no pronunció palabra —la joven se enfrentó violentamente con el profesor Ingram—. ¿No me niega eso, verdad?

—No, no lo niego.

—Y tío Marcus habló sólo una vez. Fue precisamente cuando el hombre había dejado la maleta sobre la mesa y había caminado hacia la derecha. Tío Marcus dijo: «Has hecho ahora lo que hiciste antes; ¿qué más vas a hacer?».

Harding asintió.

—Eso es. «Has hecho ahora lo que hiciste antes; ¿qué más vas a hacer?», o algo así, más o menos. No podría jurar en cuanto al orden exacto de las palabras.

—¿Y eso fue todo lo que se habló? —insistió Elliot.

—Absolutamente todo.

—No estoy de acuerdo —dijo el profesor Ingram.

—¡Oh, *maldito* sea! —exclamó Marjorie, gritando casi. Se puso de pie de un salto. Elliot se sobresaltó, y sintió extrañeza al ver la forma en que ese rostro suave, un rostro de placidez casi victoriana, podía cambiar. —¡Váyase al mismo diablo!

—¡Marjorie! —gritó Harding. Luego tosió y empezó a hacer gestos avergonzados en la dirección de Elliot, como una persona mayor que desea distraer la atención de una criaturita haciéndole muecas.

—No hay motivo para ponerse así, Marjorie —le dijo suavemente el profesor Ingram—. Sólo trato de ayudarla. Bien lo sabe.

Marjorie permaneció indecisa durante unos instantes poco agradables. Luego las lágrimas inundaron sus ojos, y el color que subió a su cara le comunicó una belleza tan grande y verdadera que ni siquiera podía estropearla el temblor de sus labios.

—Disculpen —dijo.

—Por ejemplo —prosiguió el profesor, como si nada hubiese ocurrido— no es literalmente cierto afirmar que no se dijo ninguna otra cosa durante el espectáculo —miró a Harding—. *Usted* habló.

—¿Yo hablé? —repitió Harding.

—Sí. Cuando el doctor Nemo entró, usted se adelantó a fin de obtener mejor ángulo para su máquina, y dijo: «¡Huy! ¡El hombre invisible!». ¿No es exacto?

Harding se pasó varias veces la mano por los cabellos.

—Sí, señor. Tal vez quise mostrarme gracioso. ¡Pero qué diablos!... La pregunta no se refiere a eso. Se refiere únicamente a lo que dijeron las personas de la escena, ¿no es así?

—Y usted —continuó el profesor Ingram dirigiéndose a Marjorie—, usted también habló, o susurró algo. Cuando Nemo le daba a su tío esa cápsula de aceite de castor y le echaba hacia atrás la cabeza para hacérsela tragar, usted lanzó una especie de grito o rumor de protesta. Dijo o susurró: «¡No! ¡No!». No fue muy fuerte, pero se oyó claramente.

—No recuerdo haber dicho nada —replicó Marjorie, pestañeando—. ¿Pero qué hay con eso?

El tono del profesor se hizo más sereno.

—Estoy preparándolos contra el próximo ataque del inspector Elliot. Hace rato que procuro ponerlos sobre aviso: el inspector se pregunta si uno de nosotros podría haberse deslizado del cuarto para asesinar a Marcus durante los dos minutos que las luces estuvieron apagadas. Pues bien, me hallo en condiciones de jurar que los vi y los oí a los dos, a los dos, todo el tiempo que Nemo estuvo en la escena. Puedo jurar que no salieron de este cuarto. Si están ustedes en condiciones de hacer otro tanto por mí, presentaremos una coartada triple que todo el peso de Scotland Yard no podría desvirtuar. ¿Qué dicen?

Elliot se endureció. Sabía que los próximos minutos lo conducirían a la encrucijada del caso.

A hora Harding estaba de pie. Sus grandes ojos —«de vaca» los llamaba Elliot, después de haber pasado por toda una serie de animales al ir encontrándole semejanzas— parecían alarmados. Mantenía su expresión mecánica de cordialidad y no amenguaba en deferencia hacia las autoridades, pero sus manos velludas se contraían un poco.

—¡Pero si yo estaba tomando la película! —protestó—. Mire, ahí está la cámara. ¿No la oyó funcionar? ¿No?...

Luego rió de un modo verdaderamente simpático. Daba la impresión de esperar que alguien riera con él, y se mostró disgustado al ver que nadie lo hacía.

—Ya veo —agregó mirando a lo lejos—. Leí una vez un cuento.

—No me diga —observó el profesor Ingram.

—Sí —dijo Harding con la mayor seriedad—. El tipo tenía una coartada porque alguien juró que lo oía escribir a máquina todo el tiempo. Resultó que tenía un dispositivo mecánico que hacía ruido de máquina de escribir cuando él no estaba. Diablos, ¿creen ustedes que algo puede hacer funcionar una cámara cinematográfica mientras uno se va?

—¡Pero es absurdo! —exclamó Marjorie, como si lo que acababa de oír fuera el colmo de lo diabólico—. Yo te vi. Sé que estabas ahí. ¿Eso es lo que cree, inspector?

Elliot rió, haciéndose el tonto.

—Señorita Wills, yo no he dicho nada. Es el profesor quien ha hecho todas las sugerencias. De todos modos, podemos considerar el punto aunque sólo sea —demostraba gran comprensión— para aclararlo por completo. ¿No es cierto, sin embargo, que estaba muy oscuro aquí?

Antes que los otros pudiesen hablar, el profesor Ingram contestó.

—La oscuridad fue muy grande durante veinte segundos tal vez, hasta que Chesney abrió esa doble puerta. Después había bastante resplandor procedente del reflejo que la lámpara especial proyectaba en la pared del escritorio, de modo que difícilmente podría decirse que la oscuridad era total. Se delineaban claramente las siluetas, como supongo que se lo dirán mis compañeros.

—Un momento, señor. ¿Cómo estaban sentados?

El profesor Ingram se puso de pie y arregló con cuidado tres sillones en fila, dejando un espacio de noventa centímetros, más o menos, entre cada uno. Los sillones miraban hacia la doble puerta desde una distancia de alrededor de tres metros; por consiguiente, la distancia máxima que los había separado de Marcus Chesney había sido de algo menos de cinco metros.

—Chesney arregló estas sillas antes que entráramos —explicó el profesor— y no las movimos. Yo estaba sentado aquí, sobre la mano derecha, en la punta, cerca de las luces —apoyó la mano sobre el respaldo del sillón—. Marjorie estaba en el centro. Harding en el otro extremo.

Elliot estudió la posición. Luego se volvió hacia Harding.

—¿Pero qué hacía usted tan desarrimado a la izquierda? —preguntó—. ¿No habría obtenido una vista mejor desde el centro? Desde aquí no puede haber sacado a Nemo cuando entró por la puerta del jardín.

Harding se enjugó la frente.

—Bueno, le preguntó: ¿cómo diablos quiere que yo adivinara lo que iba a ocurrir? —dijo, hablando de hombre a hombre—. El señor Chesney no nos explicó anticipadamente lo que íbamos a presenciar. Sólo dijo: «Siéntense aquí»; y espero que no creerá que yo le iba a discutir. No, por cierto, el pequeño Georgie. Estaba sentado... más bien dicho, estaba de pie por *aquí*, y tenía bastante buena perspectiva.

—¡Oh! ¿Qué se saca con estas discusiones? —dijo Marjorie—. Naturalmente que estaba aquí. Lo vi moverse hacia adelante y hacia atrás para poder tomar la vista. Y yo estaba aquí. ¿No es así?

—Estaba —confirmó suavemente el profesor Ingram—. Yo la palpaba.

—¿Eh? —exclamó Harding.

El rostro del profesor Ingram adquirió una expresión sanguinaria.

—Palpaba su presencia, joven. La oía respirar. Podría haberla tocado con sólo estirar el brazo. Es verdad que lleva puesto un vestido oscuro, pero tiene, como pueden ver, una piel muy blanca, y sus manos y su cara se distinguían tan claramente en la oscuridad como la pechera de la camisa de usted —tosiendo un poco, se volvió hacia Elliot—. Lo que trato de explicarle, inspector, es que juraré que ninguno de estos dos salió de la sala en ningún momento. A Harding lo tenía continuamente dentro de mi radio visual. Marjorie estaba al alcance de mi mano. Ahora bien, si ellos dicen lo mismo de mí...

Inclinó la cabeza cortésmente, agudamente, hacia Marjorie. Sus modales, sentía Elliot, eran los de un facultativo que toma el pulso a un enfermo, y en su rostro se leía una calma concentrada.

—Por supuesto que estaba ahí —afirmó Marjorie.

—¿Está segura? —insistió Elliot.

—Perfectamente segura. Veía su camisa y su calva —prosiguió ella con énfasis— y... ¡oh, he visto todo! También lo oía respirar. ¿Nunca ha asistido a una sesión de espiritismo? ¿Acaso no lo advertiría si alguien abandonara la reunión?

—¿Qué dice usted, señor Harding?

Harding vaciló.

—Bueno, a decir verdad, la mayor parte del tiempo la pasé con el ojo pegado en

la mira de la máquina. Así que no tuve mucha oportunidad de observar a mi alrededor. ¡Espere sin embargo! —Pegó con el puño en la palma de su mano izquierda, y su rostro mostró tal expresión de alivio que fue como si una rueda girara detrás de sus ojos—. ¡Ja! Esperen; no me apuren. Inmediatamente después que aquel ensombrerado adefesio salió de la escena, miré hacia arriba, di un paso atrás y cerré la máquina. Al ir hacia atrás tropecé con una silla; miré a mi alrededor —subrayaba las palabras con gestos de la mano— y vi muy bien a Marjorie. Veía brillar sus ojos, en cierto modo. No es científicamente correcto, pero ya saben lo que quiero decir. Naturalmente, sabía que ella estaba ahí todo el tiempo, porque la había oído hablar fuerte y decir: «¡No!». Pero también la veía. De todas maneras —su amplia sonrisa alegró el cuarto— puede estar más que seguro que *ella* no mide un metro setenta, como tampoco uno ochenta. ¿Pero qué nos pasa?

—¿Y a mí me vio? —preguntó el profesor Ingram.

—¿Eh? —dijo Harding, que tenía los ojos fijos en Marjorie.

—Digo, ¿me vio a mí en la oscuridad?

—¡Claro que sí! Creo que trataba usted de mirar su reloj, inclinándose sobre él. Estaba ahí sin lugar a dudas.

Harding había recobrado una animación y chispa tan extraordinarias que parecía que se iba a poner a caminar, ufano, por la sala, con los pulgares metidos en el chaleco.

Pero Elliot empezaba a sentir que andaba a tientas en una niebla aún más densa. El caso era una ciénaga psicológica. Sin embargo, estaba deseoso de poder asegurar que esas personas decían la verdad, o creían decirla.

—Tiene ante usted —explicó el profesor Ingram— una coartada colectiva verdaderamente notable por su solidez. Es imposible que uno de nosotros haya cometido el crimen. Sobre este fundamento de roca debe usted construir su caso, sea lo que sea. Claro está que tiene derecho a poner en duda nuestros relatos; pero nada es más fácil que probarlos. ¡Reconstruya! Siéntenos aquí en fila, como estuvimos antes; apague las luces; encienda esa lámpara fotográfica en el otro cuarto, y verá por sí mismo la absoluta imposibilidad de que ninguno de nosotros haya salido del cuarto sin ser visto.

—Temo que no podamos hacerlo, señor, a menos que tenga usted otra de esas lámparas —dijo Elliot—. La que había acaba de quemarse. Además...

—¡Pero...! —exclamó Marjorie, y se interrumpió, mirando fijamente, con ojos de intriga, la puerta cerrada.

—... además —siguió diciendo Elliot— tal vez no sean ustedes los únicos que cuentan con una coartada. Señorita Wills, desearía preguntarle una cosa. Hace un rato expresó usted la seguridad de que ese reloj del escritorio estaba en hora. ¿Por qué está tan segura de eso?

—¿Cómo?

Elliot repitió la pregunta.

—Porque está roto —contestó Marjorie, volviendo de su distracción—. Quiero decir, el tornillito que sirve para mover las agujas está roto del todo, así que el reloj no puede ser alterado en lo más mínimo. Y anda muy bien; nunca ha fallado ni un segundo desde que lo tenemos.

El profesor Ingram rió entre dientes.

—Ya veo. ¿Cuándo se rompió, señorita Wills?

—Ayer por la mañana. Pamela, una de las criadas, lo rompió mientras arreglaba el escritorio de tío Marcus. Le estaba dando cuerda, y llevaba un candelabro de hierro en la otra mano y lo golpeó contra esa manijita, y la partió. Creí que tío Marcus se enfurecería. Sabe usted, sólo permite que arreglemos su escritorio una vez por semana. Tiene ahí todas las cuentas de sus negocios, y especialmente un manuscrito en el cual trabaja y que no debemos tocar. Pero no fue así.

—¿No fue qué?

—No se enfureció, quiero decir. Al contrario; entró precisamente cuando la cosa ocurría. Le dije que podíamos mandar el reloj a la ciudad, a «Simmonds», para hacerlo arreglar. Se quedó un rato mirando el reloj, y de pronto lanzó una carcajada. Dijo que no, que lo dejáramos, que ahora estaba clavado en la hora exacta y no podía ser alterado, y que daba gusto verlo. (Es un reloj de ocho días; tenía toda la cuerda en ese momento). Dijo también que Pamela es una muchacha excelente, y que sería una bendición para sus padres cuando fueran viejos. Por eso lo recuerdo con tanta precisión.

Ahora bien, reflexionó el detective inspector Elliot, ¿por qué se queda un hombre frente a un reloj y de pronto lanza una carcajada? Pero no tuvo tiempo de seguir considerando el punto. Como para que sus preocupaciones llegaran al máximo, el mayor Crow apareció por la puerta del vestíbulo.

—¿Puedo verlo un minuto, inspector? —preguntó con algo raro en la voz.

Elliot salió y cerró la puerta. Era un vestíbulo espacioso, revestido de roble claro, con una escalera ancha y tendida y un piso tan encerado que reflejaba los bordes de las alfombras. Una lámpara de *bridge* se hallaba encendida y proyectaba un círculo de luz junto a la escalera, iluminando también un teléfono colocado sobre una mesita.

El mayor Crow mantenía su aire engañosamente inofensivo, pero había cierta malevolencia en sus ojos.

Hizo un gesto con la cabeza, indicando el teléfono.

—Acabo de hablar con Billy Emsworth —dijo.

—¿Billy Emsworth? ¿Quién es?

—El hombre cuya mujer tuvo un hijo esta noche. La que atendió Joe Chesney, ¿recuerda? Sé que es muy tarde, pero pensé que probablemente Emsworth estaría aún

levantado, celebrando con un amigo o dos el acontecimiento. Era así, y hablé con él. No le dejé entrever nada de esto; me limité a felicitarlo; espero que no se le ocurra ponerse a pensar por qué lo llamé a las dos de la mañana con ese motivo —el mayor Crow hizo una inspiración profunda—. Bueno, si ese reloj del escritorio está bien, Joe Chesney tiene una coartada absolutamente indestructible.

Elliot no dijo nada. Lo esperaba.

—La criatura nació alrededor de las once y cuarto.

Después Chesney se instaló a conversar con Emsworth y sus amigos hasta casi medianoche. Al irse Chesney, todos miraron la hora. Cuando Emsworth lo acompañó hasta la puerta, el reloj de la iglesia estaba dando las doce, y Emsworth permaneció en los escalones de la entrada y le hizo al doctor un discurso sobre el amanecer de un día nuevo y mejor. Por lo tanto la hora de su partida está comprobada. Ahora bien, Emsworth vive del otro lado de Sodbury Cross. Es absolutamente imposible que Joe Chesney haya estado aquí en el momento del crimen. ¿Qué piensa de esto?

—Sólo una cosa, señor: pienso que todos tienen una coartada —dijo Elliot... y se lo explicó.

—¡Hum! —dijo el mayor Crow.

—Sí, señor.

—El caso es difícil.

—Sí, señor.

— *Endiabladamente* difícil —amplificó el comisario con un leve rugido—. ¿Cree usted que dicen la verdad cuando afirman que la sala no estaba tan oscura como para no ver los movimientos de los demás?

—Tenemos que comprobarlo, claro está —dijo Elliot, vacilando—. Pero he notado que esa luz brillante del otro cuarto establece una enorme diferencia. Hablando con sinceridad, no creo que la sala estuviera tan oscura como para que alguien pudiera escurrirse del cuarto sin ser visto. Para decirle la pura verdad, señor... les creo.

—¿No sospecha usted que, juntos, los tres han tramado un cuento?

—Todo es posible. Sin embargo...^[1].

—¿No lo cree usted?

Elliot habló con cautela.

—Por lo menos —observó— me parece que no debemos concentrar nuestra atención únicamente en los habitantes de esta casa. Tenemos que ir mucho más lejos. Ese visitante fantasma vestido de *smoking*, después de todo, es tal vez real. ¡Qué diablos! ¿Por qué no?

—Se lo diré —expresó calmamente el mayor—. Porque Bostwick y yo acabamos de encontrar pruebas, una prueba, óigalo bien, según la cual el asesino es alguien de la casa o muy vinculado a ella.

Mientras Elliot volvía a experimentar la sensación irrazonada de que algo estaba vitalmente equivocado, de que miraba el caso a través de anteojos con vidrios falseados, el comisario lo condujo hacia la escalera. El mayor Crow tenía un aire algo culpable.

—Muy irregular. De lo más irregular —dijo, haciendo restallar la lengua—; pero ya está hecho y ha sido una suerte. Cuando Bostwick subió a ver si ese tipo Emmet estaba lo bastante bien como para recibirnos, se le ocurrió echar una ojeada al cuarto de baño. En el botiquín halló una caja de cápsulas de aceite de castor...

El mayor miró a Elliot con intención.

—No es necesariamente importante, señor. Tengo entendido que son muy comunes.

—¡Concedido! ¡Concedido! Pero espere. Escondido en el fondo del estante, junto al dentífrico, encontró un frasco de una onza, lleno hasta la cuarta parte, de ácido prúsico puro... Ya me figuraba que esto lo dejaría chato —dijo el mayor Crow con satisfacción—. Lo mismo me pasó a mí, y más especialmente ahora que me dice que todos en la casa tienen su coartada. No era, fíjese bien, la solución más débil de cianuro de potasio; era el producto puro y simple, el veneno más rápido del mundo. Por lo menos, así lo creemos. West lo va a analizar, pero casi no tiene dudas. Estaba ahí, en un frasco, con la etiqueta a la vista: «Ácido Prúsico, HCN». Bostwick lo descubrió, y no podía creer lo que veían sus ojos. Sacó el corcho del frasco, pero apenas puso las narices, volvió a meterlo con la mayor rapidez que ha desplegado en su vida. Había oído decir que una buena inhalación de ácido prúsico puro puede matar; y West dice que es verdad. Mire esta belleza.

Buscó con sumo cuidado dentro de su bolsillo, y sacó un frasquito cuyo corcho estaba hundido casi hasta el nivel del gollete; lo inclinó para mostrar el líquido incoloro que había adentro. El frasco tenía pegado un pedazo de papel con las palabras «Ácido Prúsico, HCN», toscamente escritas con tinta y con letras de imprenta. El mayor Crow lo colocó sobre la mesita del teléfono debajo de la luz, y retrocedió como si acabara de encender un fuego de artificio particularmente peligroso.

—Ninguna impresión digital —explicó—. No se le acerque demasiado —agregó inquieto—. ¿No siente el olor desde aquí?

Elliot lo sentía.

—Pero ¿de dónde ha sacado eso? —inquirió—. Usted oyó lo que dijo el doctor West. El ácido prúsico puro es prácticamente inaccesible para el lego. La única persona que podría obtenerlo sería...

—Sí. Un técnico. Digamos un químico. A propósito, ¿qué es ese muchacho Harding?

En el momento en que hacía esta pregunta, no se sabe si debido a buena o mala

suerte, Harding salió de la sala de música.

Se hallaba en el mismo estado de ánimo alegre y fanfarrón que demostraba cuando Elliot le había dejado, y ese ánimo sufrió muy poco cambio cuando el muchacho se encontró a escasa distancia del frasco que estaba sobre la mesita y cuya etiqueta, seguramente, alcanzaba a leer. Apoyó una mano en el marco de la puerta, como si se dispusiera a sacarse un retrato. Luego se acercó, sonriente y respetuoso, y se dirigió al comisario.

—¿HCN? —interrogó, señalando el frasco.

—Eso dice la etiqueta, joven.

—¿Me permite preguntarle dónde lo encontró?

—En el cuarto de baño. ¿Lo puso usted ahí?

—No, señor.

—Pero usa ese producto en su trabajo, ¿verdad?

—No —dijo Harding sin vacilar—. No, sinceramente, no lo uso —agregó—. Utilizo KCN, cianuro de potasio, y en gran cantidad. Estoy perfeccionando un procedimiento de electro-platinado con el cual será imposible distinguir de la verdadera la imitación de la plata. Si puedo negociarlo yo mismo y obtener suficiente respaldo para no verme obligado a caer en los dientes de los tiburones, voy a revolucionar la industria —hablaba sin asomo de jactancia; sólo exponía un hecho—. Pero no uso HCN. No me sirve para nada.

—Bueno, le seré franco —dijo el mayor Crow ablandándose un poco—. ¿Puede usted, sin embargo, fabricar HCN, no es cierto?

Harding habló con tal intensidad y con tan acentuado temblor en las mandíbulas al pronunciar las palabras, que Elliot pensó si habría nacido con algún impedimento en el habla, impedimento que al par de otras desventajas había logrado vencer. Harding dijo:

—Naturalmente que puedo fabricarlo. Como puede fabricarlo cualquiera.

—No entiendo, joven.

—¡Y bien, escuche! ¿Qué se necesita para fabricar HCN? Se lo diré. Se necesita prusiato de potasa; no es venenoso; se compra en cualquier parte. Se necesita aceite de vitriolo, más conocido por la denominación de ácido sulfúrico; no hay más que sacar un poco de la batería de cualquier auto que se tenga a mano, y ¿quién se entera? Luego se necesita agua natural. Ponga esos tres elementos juntos, sometiénolos a un proceso de destilación que un niño rubio podría dirigir con utensilios sacados de la cocina de su abuelita, y obtendrá... lo que hay en ese frasco. Cualquiera, con un libro elemental de química enfrente, puede hacerlo.

El mayor Crow miró nerviosamente a Elliot.

—¿Y eso es todo lo que se necesita para obtener ácido prúsico?

—Todo. Pero no están obligados a creer solamente en mi palabra. Lo que me

inquieta... Bueno, señor, hay algo raro. ¿Le importaría explicarme? Dice que encontró eso en el baño. No me sorprende. Estoy más allá de cualquier sorpresa; ¿pero quiere decir que lo encontraron en el cuarto de baño, como si fuera un tubo de pasta de dientes o algo así?

El mayor Crow abrió las manos en un gesto concluyente. Lo mismo había pensado él.

—Esta casa está mohosa —dijo Harding, estudiando el bello y agradable vestíbulo—. Parece muy linda, pero tiene algo que está químicamente mal. Soy de afuera. Puedo darme cuenta. Y ahora... si me disculpan, voy al comedor a servirme un trago de *whisky*, rogando a todos los santos que no contenga nada químicamente malo.

Sus pasos repercutían sonoramente sobre el «parquet», desafiando a los espectros. El charco de luz temblaba junto a la escalera, el veneno temblaba en el frasquito; arriba, un hombre con conmoción cerebral yacía presa del delirio; abajo, dos investigadores se miraban.

—No es fácil —dijo el mayor Crow.

—No —admitió Elliot.

—Tiene dos pistas, inspector. Dos pistas sólidas y definidas. Mañana, el joven Emmet puede tal vez recobrar la conciencia y decirle lo que le pasó. Existe, además, esa película (se la tendré revelada para mañana a la tarde; hay en Sodbury Cross un hombre que hace ese trabajo) y podrá saber exactamente lo que pasó durante el espectáculo. Después de esto, no sé qué otra cosa le queda a usted; advierta que digo *usted*. Yo tengo que atender mis asuntos. Desde mañana, le doy mi palabra de honor, no volveré a intervenir en esto. Es asunto suyo y deseo que el caso lo divierta.

El caso no podía divertir a Elliot por razones particulares. Pero por razones de orden público, el caso se había reducido a una sola conjetura, que se destacaba tan clara y tan negra como una impresión digital:

El asesinato de Marcus Chesney había sido cometido, probablemente, por una de las personas de la casa.

Sin embargo, todos los de la casa parecían tener una coartada indestructible.

¿Quién, por consiguiente, lo había cometido? ¿Y cómo había sido cometido?

—Me doy cuenta de todo eso —dijo el comisario—. Pero siga adelante y aclárelo. De todos modos, tengo cuatro preguntas de mi cosecha, y ofrecería veinte libras a quien pudiera contestármelas acertadamente, aquí mismo, y en seguida.

—¿Cuáles, señor?

El mayor Crow se despojó de su dignidad oficial. Su voz se elevó en una especie de grito.

—¿Por qué cambiaron una caja de bombones verde por una azul? ¿Qué es lo que tiene ese maldito reloj? ¿Cuál era la verdadera altura del tipo del sombrero de copa?

Y ¿por qué, ¡ah!, por qué andaba Chesney tonteando con una flecha de cerbatana de la América del Sur que nadie ha visto antes ni después?

III

TERCERA MIRADA TRAVÉS DE LAS GAFAS

«¿Y qué hizo después de cometer el crimen?».
«Luego, naturalmente, me dormí.»

ARTHUR WARREN WAITE
New York, 1915.

10

A las once de la mañana siguiente, el inspector Elliot llegaba en su automóvil y se detenía cerca del «Beau Nash Hotel», situado en la explanada que se encuentra frente mismo a la entrada de los baños romanos.

Quien dijo que siempre llueve en Bath ha levantado una mezquina calumnia a esa noble ciudad, donde las altas casas del siglo dieciocho parecen altas matronas del siglo dieciocho que miran con ojos ciegos los trenes y los automóviles. Pero (para ser estrictamente exactos) llovía a cántaros esa mañana. Cuando se zambulló en la entrada del hotel, Elliot se hallaba en un estado de ánimo tan horribilmente deprimido, que necesitaba confiarse en alguien, o de lo contrario, renunciar al caso y explicarle el motivo al superintendente Hadley.

Había dormido, ciertamente, muy poco la noche anterior. Y a las ocho de la mañana había vuelto a ocuparse de las investigaciones de práctica. Pero no podía apartar de su mente el cuadro que presentaba Wilbur Emmet (con la cabeza enyesada, la nariz roja y el cutis manchado) revolcándose, presa del delirio, y murmurando entre dientes palabras absolutamente incomprensibles. Ése había sido el maleficio final de la noche precedente.

Elliot se dirigió a la administración del hotel y preguntó por el doctor Gideon Fell.

El doctor Fell estaba arriba, en su cuarto. Siendo como era esa hora, es lamentable tener que decir que el doctor Fell no había salido aún de su habitación. Elliot lo encontró sentado frente a una mesa de desayuno, luciendo una *robe de chambre* de franela, amplia como una carpa, bebiendo café, fumando un cigarro y leyendo un

cuento policial.

Sujetos por una ancha cinta negra, los lentes del doctor Fell estaban firmemente prendidos en su nariz. La intensa concentración erizaba sus bigotes de bandido, sus mejillas se hinchaban con regularidad, y suaves terremotos de respiración profunda animaban la inmensa *robe de chambre* de flores granates, mientras su dueño trataba de adivinar cuál era el asesino. Pero al entrar Elliot, se levantó como un inmenso oleaje y casi volcó la mesa, como Leviatán surgiendo debajo de un submarino. Un fulgor tan radiante de bienvenida cruzó su rostro, prestándole un brillo rosado y transparente, que Elliot se sintió mejor.

—¡Hola! —exclamó el doctor Fell, estrechándole la mano—. ¡Qué agradable sorpresa! ¡Qué suerte verlo por aquí! Siéntese, siéntese. Tome algo. Tome cualquier cosa. ¿Y?

—El superintendente Hadley me dijo dónde podía encontrarlo, doctor.

—Muy bien —contestó el doctor Fell con una risita ahogada, y acomodándose con ancho despliegue hacia atrás, contempló a su huésped como si éste fuera algún fenómeno refrescante que nunca hubiera visto. Su júbilo animaba toda la habitación—. Estoy tomando las aguas. La frase suena bien; es bella, amplia, llena de posibilidades. *Cras ingens iterabimus aequor*. Pero el proceso real del asunto deja mucho que desear en lo que se refiere a lo agradable; a decir verdad, después de beber mi décima o duodécima copita, muy pocas veces tengo ganas de cantar.

—Pero ¿es necesario que las tome en esas cantidades, doctor?

—Todas las bebidas deben tomarse en esas cantidades —afirmó enérgicamente el doctor Fell—. Si no puedo hacer la cosa a lo grande, prefiero no hacerla. ¿Y cómo está usted, inspector?

Elliot trató de infundirse valor.

—He estado mejor otras veces —confesó.

—¡Oh! —exclamó el doctor Fell. El fulgor desapareció de su cara y pestañeó—. ¿Supongo que viene usted por el asunto de Chesney?

—¿Ha oído hablar de él?

—¡Hum! Sí —dijo el doctor resoplando—. El mozo del comedor, un hombre excelente, que es sordo como una tapia cuando se trata de oír una campanilla, pero que se ha especializado en el arte de entender mirando el movimiento de los labios, me lo contó todo esta mañana. Lo supo por el lechero, quien a su vez lo supo no sé bien por quién. Además, yo... bueno, puedo decir que conocía a Chesney —el doctor pareció preocupado. Se rascó un costado de su pequeña y brillante nariz—. Conocí a Chesney y a su familia en una recepción, hace alrededor de seis meses. Y en esa ocasión me escribió una carta.

El doctor tuvo una nueva vacilación.

—Si conoce usted a su familia —dijo Elliot lentamente— es más fácil. No sólo he

venido a consultarle el caso; se trata de un problema personal. No sé qué diablos me ha picado, ni qué hacer, pero es así. ¿Conoce usted a Marjorie Wills, la sobrina de Chesney?

—Sí —dijo el doctor Fell, fijando en él sus ojos pequeños y agudos.

Elliot se puso de pie.

—¡Me he enamorado de ella! —gritó.

No ignoraba lo ridículo que debía de parecer, de pie ahí, gritando la novedad como si estuviera tirando un plato a la cara del doctor; y le ardían las orejas. Si en ese momento el doctor Fell hubiera reído, si el doctor Fell le hubiera obligado a bajar la voz, probablemente él hubiera puesto en evidencia su quisquillosa dignidad escocesa y habría salido del cuarto. No podía evitarlo; era su modo de sentir. Pero el doctor Fell se limitó a mover la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Muy comprensible —observó, con amplia aunque algo sorprendida simpatía—. ¿Y bien?

—Sólo la he visto dos veces —gritó Elliot mirándolo de frente y resuelto a aclarar el punto—. Una vez en Pompeya y otra vez en... no interesa dónde, por el momento. Como le digo, no sé qué diablos me ha picado. No la idealizo. Cuando volví a verla anoche, casi no recordaba cómo era, casi no recordaba las otras dos veces. Tengo ciertos indicios de que probablemente es una envenenadora y una obra maestra de traición. Pero encontré al grupo por casualidad en un rincón de Pompeya (usted no está enterado de aquel asunto, pero me encontraba allí) y ella estaba de pie, sin sombrero, en una especie de jardín, y el sol brillaba en sus brazos; y yo me quedé ahí mirándola y luego di media vuelta y me fui. Tal vez era la forma en que se movía, o hablaba, o volvía la cabeza: algo, nada, no sé qué. No tuve el valor de seguirlos y relacionarme con ellos; de hacer lo que, evidentemente, había hecho ese tipo Harding. Ignoro por qué no me animé. No era únicamente porque acababa de oírlos arreglar el casamiento de Marjorie con Harding, se lo juro, ni siquiera pensé en eso. Si pensé en algún momento en Harding, fue nada más que para convencerme de mi mala suerte y dejar las cosas como estaban. De lo único que pude darme cuenta fue, primero, que me había enamorado de ella y, segundo, que tendría que sacarme la idea de la cabeza porque era, sencillamente, un disparate. Supongo que no me comprende usted.

El cuarto estaba silencioso. Sólo se oía el rumor de la lluvia y la respiración jadeante del doctor Fell.

—Tiene muy pobre opinión de mí —dijo gravemente el doctor— si cree que no lo comprendo. Continúe.

—Bueno, doctor, eso es todo. No pude sacarme la idea de la cabeza.

—Pero no es todo, ¿verdad?

—Perfectamente. Usted quiere saber dónde la vi por segunda vez. Fue una fatalidad. Sentía hasta la médula que tenía que suceder. Ver a una persona una vez,

tratar de olvidarse y de huirle, y en cuanto uno se da vuelta, topa otra vez con ella. La segunda vez que la vi fue hace, justamente, cinco días, en una pequeña farmacia cerca del muelle Royal Albert. Cuando los encontré en Pompeya, oí al señor Chesney mencionar el nombre del vapor en que regresaban y la fecha de salida. Partí de Italia al día siguiente, por tierra, y llegué a Inglaterra algo más de una semana antes que ellos. El jueves pasado, el 29, me encontraba por casualidad en las proximidades del muelle Royal Albert, investigando un caso —Elliot se interrumpió—. Ni siquiera puedo decirle la verdad, ¿no es cierto? —preguntó con amargura—. Sí, pretexté estar ahí para eso en esa fecha, pero el resto debe de haber sido casualidad... juzgará usted por sí mismo. El registro de venenos de ese farmacéutico había despertado sospechas. Al parecer, el hombre había estado vendiendo más drogas de lo normal; por eso me encontraba allí. Entré y le pedí su registro de venenos para examinarlo. Se apresuró a mostrármelo, y para que lo leyera, me llevó al dispensario de la trastienda, separado del mostrador por una pared de botellas. Mientras me hallaba examinando el registro, entró una clienta. No la veía, y ella no podía verme a mí; creía que no había nadie más en la farmacia. Pero yo conocía perfectamente esa voz. Era Marjorie Wills que pedía cianuro de potasio para «trabajos fotográficos».

Elliot se interrumpió otra vez.

No veía en este momento la habitación del «Beau Nash Hotel». Veía una sombría farmacia en la sombría luz de la tarde y olía el caliginoso olor medicinal que siempre asociaría al caso. En el suelo había creosota; las tapas de los frascos chatos parecían vagamente luminosas, y del otro lado del local, en la penumbra, había un espejo manchado por las moscas. En ese espejo veía reflejada a Marjorie Wills mirando hacia arriba, mientras caminaba junto al mostrador y pedía cianuro de potasio «para trabajos fotográficos».

—Tal vez porque yo estaba ahí —siguió diciendo Elliot— el farmacéutico insistió en preguntarle para qué lo quería y cómo pensaba usarlo. Sus respuestas demostraron que sabe tanto de fotografía como yo de sánscrito. Había un espejo en el local. En el instante en que mayor confusión mostraba, miró por casualidad en ese espejo. Debe haberme visto, aunque entonces no pareció que miraba con atención, y todavía lo dudo. Súbitamente le dijo al farmacéutico que era un... bueno, no interesa qué; y salió corriendo del local. ¡Lindo asuntito! ¿Eh? —agregó con salvaje violencia.

El doctor Fell no hizo comentario alguno.

—Me parece que ese farmacéutico es un pillo —prosiguió Elliot con voz pausada—, aunque nada pude encontrarle. Y, para colmo, el superintendente Hadley me encarga ahora a *mí*, el caso de envenenamiento de Sodbury Cross, del cual (gracias) había ya leído todos los detalles en las colecciones de los diarios.

—¿No rehusó el caso?

—No, doctor. ¿Podía acaso rehusarlo? ¿Podía rehusarlo sin por lo menos decirle

lo que sabía al superintendente Hadley?

—¡Hum!

—Sí, ya sé. Piensa usted que deberían echarme a patadas de la policía, y tiene toda la razón.

—¡Dios mío, no! —dijo el doctor Fell abriendo mucho los ojos—. Esa maldita conciencia suya todavía va a acabar con usted. Déjese de decir tonterías y siga con el cuento.

—Anoche, durante el viaje hacia Sodbury Cross, medité sobre todas las formas posibles de salir del paso. Tan absurdas algunas que me estremezco al recordadas ahora, por la mañana. Pensé en escamotear sistemáticamente todas las pruebas que hubiera contra ella. Hasta pensé en arrestarla y escapar con ella a los mares del Sur.

Hizo una pausa; pero el doctor Fell sólo movía la cabeza con simpatía, como comprendiendo la sensatez de tales propósitos; y Elliot continuó hablando, mientras se sentía invadir por una inmensa sensación de alivio.

—Esperaba que el comisario (el mayor Crow) no se daría cuenta de nada. Pero mi actitud ha de haber sido rara desde el principio, y varias veces metí la pata. Lo peor fue cuando ella casi me reconoció. No me reconoció del todo: es decir, no me situó como el hombre del espejo de la farmacia. Pero sabe que me ha visto antes, y procura recordar dónde. Por lo demás, intenté encarar el caso sin prejuicios (¿contemporizando otro vez, eh?), y tratarlo exactamente como trataría un caso cualquiera. No sé si lo logré. Pero ya ve usted que he venido a visitarlo hoy.

El doctor Fell reflexionó.

—Dígame. Dejando a un lado el crimen de la tiendita de bombones, ¿encontró anoche algún indicio que lo induzca a creerla culpable del asesinato de Marcus Cresney?

— ¡No! Precisamente todo lo contrario. Tiene una coartada grande como una casa.

—Entonces, ¿de qué diablos estamos hablando? ¿Por qué no está usted más contento que una pascua?

—No lo sé, doctor; y ésa es la verdad. Será tal vez porque el caso es demasiado raro, resbaladizo y maloliente; no es posible pescarlo al vuelo. Desde el comienzo es un pozo de sorpresas.

El doctor Fell se echó hacia atrás, aspirando varias veces su cigarro, con una expresión de violenta concentración en el rostro. Aflojó los hombros, sacudiéndolos, y dio otra larga pitada, como buscando mayor peso para sus palabras. Hasta la cinta de sus lentes parecía alterada.

—Vamos a analizar —dijo— su problema emocional. No; no lo rehúya. Puede ser un entusiasmo o tratarse de amor verdadero; en cualquiera de ambos casos, deseo preguntarle una cosa. Supongamos que la muchacha sea una asesina. ¡Un momento!

Digo: supongamos que la muchacha sea una asesina. Ahora bien, estos crímenes difícilmente pueden hallar disculpa, aun cuando tuviera que concentrarme mucho para poder disculparlos. No son crímenes naturales; son anormalidades calculadas, y tener en casa a la persona que las perpetra es casi tan seguro como tener una cobra real. Muy bien. Suponiendo que la muchacha sea culpable... ¿Preferiría saberlo?

—No sé.

—¿Está, sin embargo, de acuerdo en que sería mejor descubrir la verdad?

—Me parece que sí.

—Bien —añadió el doctor Fell, dando varias pitadas más a su cigarro—. Ahora miremos el otro lado de la cosa. Supongamos que la muchacha sea completamente inocente. No; no deje escapar un ahogado suspiro de alivio; sea práctico en su romanticismo. Supongamos que la muchacha sea completamente inocente. ¿Qué hará usted?

—No comprendo, doctor.

—¿No dice que está enamorado de ella?

Entonces Elliot comprendió.

—¡Oh! Exclúyame del asunto —exclamó—. No me hago ilusiones pensando que pueda yo, alguna vez, tener la menor esperanza respecto a ella. ¡Si viera usted la expresión de su cara cuando mira a Harding! Yo la he visto. Le confieso, doctor, que lo que más me costó anoche fue ser justo con Harding. No tengo nada contra él; parece un buen tipo. Sólo sé que en la educación que he recibido hay algo que me hace rechinar los dientes cada vez que hablo con Harding.

Sintió de nuevo que le ardían las orejas.

—A propósito de esto, también tuve anoche toda clase de imaginaciones. Me veía arrastrando dramáticamente a Harding a causa del crimen (sí, con esposas y todo), y a ella la veía mirándome, e ideaba todas las combinaciones sobre la forma de congraciarse que naturalmente le pasan a un tipo por la cabeza. Pero no es tan fácil como todo eso de romper los vínculos sentimentales. Nada fácil. Harding es un engreído como no he visto otro. No es posible cometer un crimen estando en un cuarto con dos personas que lo ven a uno, mientras el asesino actúa a la vista en el otro cuarto. Tal vez Harding anda a la caza de una heredera (me parece que sí), pero así son las vueltas de este mundo. Harding jamás había oído hablar de Sodbury Cross hasta que encontró a los Chesney en Italia. De modo que olvide a Harding y, en particular, descárteme a mí.

—Además de su conciencia —observó el doctor Fell con sentido crítico—, tiene usted también que liberarse de su maldita humildad. Es una excelente virtud espiritual, pero es una virtud que ninguna mujer tolera. Pero dejemos eso. ¿Y bien?

—¿Y bien qué?

—¿Cómo se siente ahora? —preguntó el doctor Fell.

Y Elliot, de pronto, advirtió que se sentía mejor: tanto mejor, que deseaba tomar una taza de café y fumar. Era como si su inteligencia hubiera recobrado su enfoque y se aclarara. No comprendía por qué, pero hasta el cuarto parecía tener otros colores.

—¡Ejem! —exclamó el doctor Fell, rascándose un lado de la nariz—. Entonces, ¿qué hacemos? Olvida usted que sólo me ha presentado un esquema muy sencillo del caso y que su entusiasmo, muy natural por otra parte, ha lanzado la mayoría de sus flechas por encima de mi cabeza. ¿Pero qué va a hacer? ¿Se pondrá en ridículo regresando a explicar esto a Hadley? ¿O quiere que encaremos los hechos y estudiemos qué pasa? Estoy a sus órdenes.

—¡Sí! —gritó Elliot—. ¡Sí, por todos los...!

—Bien. En ese caso, siéntese aquí —dijo el doctor gravemente—, y tenga la bondad de contarme lo que pasó.

El relato sólo exigió media hora, porque Elliot, otra vez en sus cabales y sin por ello avergonzarse de su precedente actitud, logró concentrar su mente hasta en los más mínimos detalles. Terminó con el frasquito de ácido prúsico hallado en el botiquín del cuarto de baño.

—... y eso, más o menos, es todo, a pesar de que no salimos de la casa hasta las tres de la mañana. Todos dijeron que no tenían nada que ver con el ácido prúsico; juraron que no sabían que en el baño había tal cosa, y aseguraron que no estaba ahí cuando se vistieron para la comida. Fui también a ver al tal Wilbur Emmet, pero naturalmente no se hallaba en condiciones de sernos útil.

Elliot recordaba con gran nitidez el dormitorio, prolijo y falto de atractivo como el mismo Emmet. Recordaba su cuerpo largo y delgado debajo de las cobijas, la cruda luz eléctrica, el perfecto orden de los frascos y las corbatas sobre la mesa de vestir. Sobre un escritorio había una pila de cartas y de recibos. Junto a ella se hallaba una canastita donde Emmet guardaba un surtido de jeringas, tijeras y otros curiosos utensilios que a Elliot le recordaron un instrumental quirúrgico. Hasta el diseño rojo amarillento del papel de la pared hacía pensar en duraznos.

—Emmet hablaba mucho, pero no se le entendía ni una palabra; sólo una que otra vez decía claramente: «¡Marjorie!», y era menester calmarlo. Eso es todo, doctor. Le he contado hasta el último detalle que conozco, y me pregunto si puede usted sacar algo en limpio. Me pregunto si puede explicarse qué es lo que anda infernalmente mal en todo este asunto.

El doctor Fell hizo con la cabeza un gesto afirmativo, lento y enfático.

—Creo que sí —dijo.

—**P**ero antes —continuó el doctor Fell, apuntando agresivamente a Elliot con el cigarro— me gustaría aclarar un punto sobre el cual, o no comprendí bien lo que usted me decía o alguien lo ha embarullado intencionalmente. Se trata del final del espectáculo improvisado por Chesney. Chesney, imagínelo, acaba de abrir esa doble puerta para anunciar que la función ha terminado. ¿Recuerda la escena?

—Sí, doctor.

—El profesor Ingram le dice entonces: «Dicho sea de paso, ¿quién era su colega de aspecto tan horrendo?». A lo cual Chesney contesta: «Oh, no era más que Wilbur; me ayudó a planear la cosa». ¿Es exacto?

—Sí, perfectamente exacto.

—Además del de la señorita Wills, ¿tiene otros testimonios sobre el particular? —insistió el doctor—. ¿Los demás lo confirmaron?

—Sí, doctor —contestó Elliot intrigado—. Poco antes de dejar la casa repasé todo eso con ellos.

El color del rostro del doctor Fell había experimentado una leve modificación. Sentado, con la boca entreabierta y el cigarro en la mano, miraba azorado a su interlocutor. Con una especie de susurro tonante, como el viento que se embolsa en un túnel del subterráneo, exclamó:

—¡Pardiez! La cosa anda muy mal.

—¿Qué es lo que anda mal? —instó el doctor Fell muy agitado—. Échele un vistazo. Estúdiela y sorpréndase. ¿No ve lo que anda mal?

Con creciente inquietud ante la vehemencia del doctor Fell, Elliot apartó la mirada de él para clavarla en la lista.

—No, doctor, no puedo decir que veo nada. Tal vez mi cerebro no funciona del todo bien...

—Claro que no —le aseguró el doctor muy serio—. ¡Mírela, hombre! ¡Concéntrese! ¿No ve usted que Chesney ha hecho una pregunta totalmente innecesaria y absurda?

—¿Cuál?

—La pregunta número cuatro: «¿*Qué altura tenía la persona que entró por la puerta del jardín?*». ¡Fíjese! Formaba parte de una corta lista que había preparado cuidadosamente para que ellos contestaran; preguntas astutas, engañosas; preguntas para tomarlos de sorpresa. No obstante, antes de empezar siquiera a interrogarlos, revela *exactamente quién era la persona*. ¿Me sigue? Según me explicó usted, la señorita Wills dijo que todos conocían la altura de Wilbur Emmet. Vivían con él; lo

veían todos los días. Por consiguiente, desde el momento que sabían de antemano quién era el visitante, no podían en modo alguno equivocarse al contestar la pregunta número cuatro. ¿Por qué razón Chesney echa por tierra todo, al brindarles la respuesta antes de hacerles la pregunta?

Elliot, nervioso, lanzó una imprecación. Luego reflexionó.

—Vamos por partes, sin embargo. ¿Y si hubiera alguna trampa en eso, doctor? —sugirió—. Supongamos que le hubiera indicado a Emmet (el profesor Ingram lo insinuó) que a favor del impermeable se agachase para parecer diez centímetros más bajo de lo que es en realidad. Con esto, el señor Chesney les habría preparado una celada. Cuando les dijo claramente que era Emmet, esperaba que cayeran en ella y que al contestar, como conocen su altura, dijese: uno ochenta, cuando en realidad la altura del hombre agachado debajo del saco sería sólo de uno sesenta.

—Es posible —dijo el doctor Fell arrugando el ceño—. Con la mano sobre el corazón, admito que en este asunto haya habido más trampas de las que usted imagina. Pero en cuanto a hacerlo agachar a Emmet... sinceramente, inspector, no lo creo. Dice usted que el impermeable era largo y ajustado. Del único modo que una persona podría rebajar diez centímetros de su altura sería doblando las rodillas y arrastrando los pies para cruzar la escena, dando pasos cortos. Ahora bien, desafío a cualquiera a que haga eso sin que las rodillas le sobresalgan, sin adoptar una postura rara y mostrar con toda evidencia al auditorio lo que está haciendo. En cambio, en sus declaraciones, todos transmiten la impresión de que el porte de aquel hombre era rígido y estirado. Admito que todo es posible, pero...

—¿Quiere usted insinuar que, después de todo, el hombre medía uno setenta?

—O bien —dijo el doctor con cierta sequedad— la alarmante e insólita posibilidad de que realmente midiera uno ochenta. Dos testigos lo confirman, usted lo sabe. Cada vez que el profesor Ingram los contradice, usted, automáticamente, lo cree. Tal vez tenga usted razón; pero no debemos... hum... no debemos caer en el error de creer que el profesor Ingram es un oráculo o un augurio o un portavoz de las sagradas escrituras.

Elliot volvió a reflexionar.

—Puede ser —insinuó— que el señor Chesney estuviera nervioso o aturdido, y que sin querer se le escapara el nombre de Emmet.

—Me parece difícil —observó el doctor Fell—, puesto que en seguida llamó a Emmet diciéndole que ya podía entrar y armó un lío cuando no apareció. Hum, no. Cuesta creerlo, inspector. El ilusionista no muestra sus cartas con tanta facilidad, ni se aturde, ni llama la atención del público, indicándole la puerta secreta por donde acaba de desaparecer su ayudante. Chesney no me da la impresión de ser un tipo de esa clase.

—A mí tampoco —admitió Elliot—. Pero entonces, ¿qué nos queda? Eso sólo

nos ofrece un nuevo acertijo para agregar al resto. ¿Vislumbra usted algo en todo el asunto?

—Mucho. ¿Se da cuenta ahora de lo que pensaba Chesney sobre la forma en que fueron envenenados los bombones de la señora Terry?

—No, doctor. ¡Que me caiga muerto! ¿Cómo?

El doctor Fell se agitó en la silla. Una expresión de aflicción pantagruélica cruzó por su rostro; hacía gestos vagos mientras murmuraba algo para sus adentros.

—Mire —expresó con tono de protesta—, decididamente no quiero hacer el papel de un oráculo henchido de vanidad, obligarlo suavemente a callar y mostrarme superior a costa suya. Siembre he detestado esa clase de snobismo; y lo combatiré hasta en su última trinchera. Pero insisto en que sus alteraciones sentimentales no favorecen su inteligencia. Ahora bien, consideremos el problema de los bombones envenenados de la señora Terry. ¿Qué datos tenemos? ¿Cuáles hechos debemos aceptar? Primero: que los chocolates fueron envenenados en algún momento del día 17 de junio. Segundo: que fueron envenenados por alguien que estuvo en la tienda ese día, o por la señorita Wills, mediante un juego de manos efectuado con Frankie Dale para cambiarlos. Porque está establecido que no había veneno en los bombones la noche del 16, puesto que la señora Terry sacó un puñado para la fiesta de los chicos. ¿Son correctas estas conjeturas?

—Sí.

—Absolutamente falsas —dijo el doctor Fell—. ¡Tonterías! Niego —prosiguió con fervoroso ardor— que los chocolates fueran necesariamente envenenados el 17 de junio. Niego también que fueran envenenados por alguien que visitó la tienda ese día. Ahora bien, el mayor Crow, si no me equivoco, le esbozó las líneas generales de un procedimiento, mediante el cual el asesino podría fácilmente haber adulterado la caja de bombones abierta sobre el mostrador. De acuerdo con esa hipótesis, el asesino entra con cierto número de chocolates envenenados escondidos en la mano o en el bolsillo. Desvía la atención de la señora Terry y deja caer los bombones adulterados dentro de la caja del mostrador. ¡Evidentemente, evidentemente! Es bastante fácil. Podría haber sido hecho en esa forma. Pero ¿no es acaso una forma increíblemente simple para un asesino que ha demostrado ser tan ágil como éste? ¿Qué se deduce de tal suposición? Simplemente, que el veneno fue puesto ahí en un día determinado, y limita la lista de sospechosos a aquellos que acudieron al local ese día. Si me lo permite, puedo sugerirle un procedimiento mil veces mejor. Prepare un duplicado exacto de la caja de bombones *abierta* sobre el mostrador. En esa caja duplicada no envenene, como un tonto, la hilera de arriba. Coloque en cambio seis o diez bombones envenenados en el fondo de la caja. Vaya al local de la señora Terry y substituya una caja abierta por la otra. A menos que sea muy grande la demanda de bombones de crema, a nadie le tocarán ese día los envenenados. ¡Al contrario! Los

chicos, en general, no son muy aficionados a los bombones de crema. Prefieren mucho más las pastillas de goma o los caramelos, porque pueden obtenerlos en mayor cantidad por el mismo precio. En consecuencia, es probable que los bombones de crema queden en la tienda uno, dos, tres o cuatro días, tal vez una semana, antes de que a nadie le toque la hilera envenenada. Por lo tanto, el envenenador no se hallará ciertamente en la bombonería el día de la consumación del crimen. Y sea cual fuere la fecha en que fueron envenenados aquellos bombones, le apuesto lo que quiera que es muy anterior a ese fatal 17 de Junio.

Esta vez Elliot protestó en voz alta. Caminó hasta la ventana, miró la lluvia y se volvió hacia su interlocutor.

—Sí, pero... Bueno; para empezar: no es posible andar por las calles ocultando una caja abierta de bombones, ¿no es verdad?, y cambiarla como si nada por otra caja abierta...

—Es posible —dijo el doctor Fell—, cuando se es dueño de una maleta con resorte. Lo siento, mi amigo, pero me parece que esa maleta con resorte lo explica todo. Esas valijas (corríjame si me equivoco) se controlan mediante un botón que hay en la manija de cuero. Se oprime el botón, la maleta agarra cualquier cosa que esté debajo. Y también, por supuesto, puede utilizarse en sentido inverso. Colóquese algo dentro de la maleta, oprímase el botón para abrir las fauces del resorte y deposítense donde se quiera lo que haya adentro.

El doctor Fell hizo un pase de prestidigitador, dio un resoplido, adquirió una expresión desconsolada, y finalmente habló con gravedad.

—Sí, muchacho. Temo que sea eso lo que pasó, o no habría razón alguna para que la maleta con resorte apareciera mezclada en el caso. El asesino, como usted dice, no hubiera podido cambiar las cajas abiertas de no haber contado con algo que las mantuviera firmemente sujetas para que no se volcaran al cambiarlas. Aquí es donde entra en juego la famosa valijita. El criminal entró en el local de la señora Terry llevando, en el fondo de la maleta, una caja de bombones adulterados. Mientras distraía la atención de la señora Terry, dejó caer dicha caja en el mostrador. Luego colocó la maleta sobre la caja auténtica, haciéndola desaparecer en su interior, empujó la caja envenenada hasta ponerla en el lugar correspondiente; todo esto durante el tiempo que tardaba en recibir cincuenta Players o Gold Flake desde el mostrador de cigarrillos situado enfrente. Y Marcus Chesney había adivinado la treta. Para demostrar cómo habían sido cambiadas las cajas, consiguió e hizo traer de Londres una maleta con resorte. Y anoche Chesney llevó a cabo el mismo truco... sin que nadie lo notara.

Hubo un silencio y Elliot respiró profundamente.

—Gracias —dijo con tono grave.

—¿Eh?

—Dije gracias —repitió Elliot sonriendo—. Vuelve usted a ponerme los sesos en su sitio, doctor, o está dándoles un coscorrón, si me explico bien.

—Gracias a usted, inspector —dijo el doctor Fell con vaga satisfacción.

—¿Pero se da cuenta que, sea como sea, esta explicación nos deja *peor* aún que antes? Creo que es la más acertada y la que mejor cuadra con todas las circunstancias. Pero desplaza los únicos hechos que antes habíamos concretado. No tenemos la menor idea de cuándo fueron envenenados los bombones, salvo que probablemente no lo fueron el día único en el cual se concentra la atención policial desde hace cuatro meses.

—Siento estropear el pastel —dijo el doctor, rascándose la cabeza vigorosamente y como disculpándose—. Pero... ¡qué diablos! Si su mente es tan maliciosa como la mía, el camino que le señalo es tan inevitable como el del gato que se come al ratón. Y no estoy de acuerdo en que nos deja peor que antes. Al contrario, debería conducirnos directamente a la verdad.

—¿Cómo?

—Dígame, inspector. ¿Se crió usted en un pueblo o por lo menos en una comunidad pequeña?

—No, doctor. Hablando exactamente, no. En Glasgow.

—Ah, pero yo sí —dijo el doctor con evidente satisfacción—. Vamos ahora a plantear la situación. El asesino, llevando lo que parece ser un maletín inofensivo, entra en la tienda. Supongamos que el criminal es alguien que la señora Terry conoce; debemos suponerlo. ¿Ha tenido ocasión de observar la curiosidad madura, sana e instintiva de las tenderas de pueblo, particularmente las del tipo alborotado a que pertenece la señora Terry? Suponga que entra usted llevando una maleta. Le diría: «¿Se va de viaje, señor Elliot?», «¿A Weston, señor Elliot?»... y si no lo dijera, lo pensaría, porque verlo con una maleta sale de lo acostumbrado. Porque la maleta no es un apéndice habitual en usted. Se acordaría de ello. Si alguien entró en su tienda con una valijita en el curso de la semana que precedió al crimen, probablemente lo recordará.

Elliot asintió. Pero tenía la sensación de que había algo más que hacer, que tenía que tantear por otro lado, porque el doctor Fell lo miraba con sólida concentración.

—¿O bien?... —insinuó el doctor.

—Ya veo —murmuró Elliot, mirando fijamente la ventana lavada por la lluvia—. *O bien el asesino era alguien que habitualmente lleva una maleta como ésa, y verlo resultaba tan corriente que la señora Terry ni siquiera lo advirtió.*

—La hipótesis se sostiene —dijo el otro, respirando fuerte.

—¿Quiere decir: el doctor Joseph Chesney?

—Quizá. ¿Hay alguien más que lleve habitualmente consigo una valija o algo así?

—Me han dicho que solamente Wilbur Emmet. Tiene una canastita bastante

parecida a una valija; la vi en su cuarto... como ya le dije.

El doctor Fell sacudió la cabeza.

—Solamente Wilbur Emmet —contestó—. *Solamente* Wilbur Emmet, dice este hombre. ¡Por los dioses del Olimpo! Si una maleta de cuero puede convertirse en valija con resorte, recurriendo al ingenio de una casa de artículos para prestidigitación, ¿existe alguna razón para que no pase lo mismo con una canastita? Es obvio que cuando el mayor Crow y el superintendente Bostwick se recuperen de sus ideas fijas se aferrarán seguramente a Emmet. Sospecho, por lo que usted me dice, que el profesor Ingram ya lo ha hecho; y nos recibirá con esa teoría en cuanto asomemos las narices en Bellegarde. Debemos desconfiar mucho de las posibles celadas. Por consiguiente, basándonos en las pruebas que hasta ahora tenemos, le aseguro que la única persona que puede ser culpable es Wilbur Emmet. ¿Le interesa conocer mis razones?

Más de una vez, Elliot había pensado que el doctor Fell nunca sería la persona adecuada para conversar en una mañana, digamos, en que se sufre por haber bebido muchos *whiskies* la noche anterior. Su mente se movía con tanta rapidez que había dado vuelta a la esquina y entrado por la ventana antes que la visión mental de uno pudiera seguirla. Se tenía conciencia de un rumor de alas, de una culminación de palabras altisonantes; y luego, antes que se supiera bien lo que había pasado, un edificio entero había sido construido por etapas que, en el momento, parecían perfectamente lógicas, pero que era difícil recordar después.

—¡Adelante, doctor! —instó Elliot—. Lo he visto hacer esto mismo antes y...

—Escúcheme —dijo el doctor con vehemencia—. No debe olvidar que me inicié en la vida como maestro. No había minuto del día en que los muchachos no trataran de contarme algún cuento fantástico, con nitidez, plausibilidad y una destreza que desde entonces no he visto igual ni en la cárcel. Por consiguiente, le llevo una ventaja enorme a la policía. He tenido una experiencia mucho mayor que ella con los mentirosos consuetudinarios. Y se me ocurre que aceptaron ustedes con demasiada tranquilidad la inocencia de Emmet. Naturalmente, los convenció de ello la señorita Wills antes que tuvieran tiempo de pensar. Por favor, no se enoje; lo hizo probablemente sin querer. Pero, ¿cuál era allí la situación? Usted dice: «Todos en esa casa tienen una coartada...», lo cual no es verdad. Explíqueme, por favor, cuál es la coartada de Emmet.

—Hum —dijo Elliot.

—Nadie, en realidad, vio a Emmet en ningún momento. Lo encontraron cuando yacía medio inconsciente debajo de un árbol con un hierro junto a él. Alguien dijo en seguida: «Evidentemente, ha estado tirado aquí mucho rato». ¿Pero qué evidencia médica tenían, o podían tener, del tiempo que hacía que estaba ahí? No era como una autopsia que indica la hora de la muerte. La cosa podía lo mismo haber ocurrido diez segundos que dos o tres minutos antes. El fiscal tildaría eso de doble engaño.

Elliot reflexionó.

—Sí, doctor, no le niego que lo pensé. De acuerdo con esa tesis el hombre del sombrero de copa era, al fin y al cabo, Emmet. Interpretó su parte, exceptuando la cápsula envenenada que le obligó a tragar al señor Chesney. Luego buscó el modo de darse un golpe en la cabeza (la automutilación para presentar una prueba de incapacidad no es cosa nueva), demostrando así que él no podía haber sido el doctor Nemo.

—Exactamente. ¿Y después?

—Era más fácil para él que para ningún otro —concedió Elliot—. No necesitaba tretas. No necesitaba eliminar a nadie ni recurrir a nadie. Todo cuanto tenía que hacer era interpretar su papel en el momento estipulado. Todo cuanto tenía que hacer era substituir la cápsula inofensiva por la que contenía ácido prúsico. Conocía todos los detalles. Era el único que sabía todos los detalles. Era... —como más lo pensaba Elliot, más se sentía impelido a la convicción—. Lo malo, doctor, es que aún no sé nada sobre Emmet. Nunca he hablado con él. ¿Quién es? ¿Qué es? Hasta ahora no ha habido la menor sospecha en contra suya. ¿Qué interés podría tener en matar al señor Chesney?

—¿Qué interés podría tener —repitió el doctor Fell— en repartir estircnina entre unos cuantos niños?

—¿Volvemos a la demencia pura, entonces?

—No lo sé. Pero tal vez le convenga considerar un poco más el móvil. En cuanto a Emmet... —el doctor Fell arrugó el ceño y aplastó el cigarro, apagándolo—. Recuerdo que lo conocí en la misma reunión donde conocí a Chesney. Un tipo de pelo oscuro, nariz colorada y con una voz y un aspecto bastante parecido al espectro del padre de Hamlet. Caminaba por ahí, canturreando, y se derramó un helado en las rodillas. El estribillo era: «¡Pobre Wilbur!». En cuanto a su físico... ¿qué tal las matemáticas? El sombrero de copa, el impermeable y lo demás, ¿eran de la medida que únicamente correspondía a Emmet, o qué?

Elliot sacó su libreta.

—El sombrero de copa era del número 7; una reliquia perteneciente al propio Chesney. El impermeable, que pertenece a Emmet, era del tamaño común para hombre; no se confeccionan impermeables en medidas minuciosamente graduadas como los trajes. Los guantes de goma, un par de seis peniques de «Woolworth», los encontré hábilmente enrollados en el bolsillo derecho del impermeable...

—¿Y entonces? —preguntó el doctor Fell.

—Y aquí están las medidas; Bostwick me las consiguió. Emmet mide uno ochenta, pesa 78 kilos, usa sombreros número 7. El doctor Joseph Chesney mide uno setenta y siete, pesa 91 kilos, sombrero número 7. George Harding mide uno setenta y dos, pesa 77 kilos, sombrero 6 ^{7/8}. El profesor Ingram mide uno setenta, pesa 84 kilos, sombrero 7 ^{1/4}. Marjorie Wills mide un metro cincuenta y cinco, pesa 50... pero esto último no interesa. *Ella* está fuera de la cuestión —dijo Elliot con tranquila y firme satisfacción—. Cualquiera de los otros podría haber usado esas prendas sin parecer demasiado raro; pero ocurre que todos menos Emmet tienen una coartada indestructible. Por el momento no podemos decir mucho, pero hasta ahora parecería que el culpable tiene que ser Emmet. Me pregunto por qué.

El doctor Fell lo miró de un modo extraño. Mucho tiempo después recordaría esa mirada.

—Nuestros amigos los psicólogos —declaró el doctor— dirán, sin duda, que Emmet es un oprimido que sufre la avidez del poder. Es un mal común a muchos envenenadores, lo admito. Jegado, Zwanziger, Van de Leyden, Cream: la lista es interminable. También he oído decir que Emmet alimenta (digámoslo con mayúscula) una Pasión Sin Esperanza por la señorita Wills. ¡Oh!, cualquier desviación de las células recónditas es posible, se lo concedo. Pero también es posible —y miró muy fijamente a su interlocutor— que Emmet represente otro papel: el de testafarro.

—¿Testafarro?

—Sí. Porque, ¿no lo ve usted?, hay otra interpretación de la maleta con resorte y del asesino en la bombonería —observó el doctor Fell—. Me parece curioso, inspector, que hayan aludido tanto al caso de Christiana Edmunds, en 1871. Siempre he tenido la impresión de que esa historia encerraba una moraleja.

La duda volvió a herir a Elliot tan rápida y agudamente como una flecha que se clava en una tabla.

—¿Quiere decir, doctor, que...?

—¿Eh? —preguntó el doctor despertando y con aire auténticamente sobresaltado al verse interrumpido en sus profundas meditaciones—. ¡No, no, no! ¡Dios mío! Tal vez no me explico con claridad —hacía gestos agitados; se mostraba ansioso por cambiar de tema—. Bueno, apliquemos su propia teoría y pongamos manos a la obra. ¿Qué haremos? ¿Cuál será nuestro próximo paso?

—Vamos a ver esa película —contestó Elliot—. Siempre que quiera usted venir, naturalmente. El mayor Crow me ha dicho que el farmacéutico de Sodbury Cross es un aficionado entusiasta del cine, que revela sus propias películas. Lo despertó a las tres y cuarto esta madrugada y le hizo prometer que la película estaría lista hoy a la hora del almuerzo. Tiene una máquina proyectora en el piso alto de su negocio; el mayor Crow asegura que es hombre de confianza. Nos hemos citado allí a la una para pasar la vista. ¡Diablos! —añadió violentamente, sacudiendo el puño cerrado—. Esto puede solucionar el problema. La verdadera historia de lo que ha pasado ¡en blanco y negro, que no miente! ¡Todo lo que deseamos saber! Parece demasiado maravilloso para ser verdad. ¿Y si algo le pasa a la película? ¿Y si no ha salido? ¿Y...?

Ignoraba que dentro de la hora siguiente iba a recibir una de las sorpresas más grandes de su vida. Mientras el doctor Fell se vestía, mientras recorrían la corta distancia que los separaba de Sodbury Cross, bajo un cielo que se despejaba; mientras se detenían en la sombría calle principal, frente a la farmacia del señor Hobart Stevenson, Elliot anticipaba la sorpresa orientándola en todas direcciones menos la verdadera. Desde el asiento trasero, el doctor Fell con su aspecto de gran bandido de capa plegada y sombrero de teja, le dirigía con voz tonante palabras tranquilizadoras. El temor principal que experimentaba Elliot era que el farmacéutico hubiera estropeado la película al revelada; se había convencido de que esto iba a ocurrir.

La farmacia de Hobart Stevenson, en el centro de la algo austera calle principal, tenía un aspecto nítidamente fotográfico. En las vidrieras se exhibían pirámides de cajitas amarillas de rollos de película; una cámara surgía de entre los jarabes para la tos, y detrás de ésta había un cartel con ampliaciones de fotografías insoportablemente estereotipadas. Desde allí se divisaban las vidrieras tapiadas que indicaban la tienda de la señora Terry; un garage y estación de servicio; un extenso despliegue de tiendas que no mostraban más que comestibles, algunos despachos de bebidas y, en el centro de la calzada, la fuente de agua potable. La calle parecía desierta, a pesar de los vehículos que pasaban velozmente como una serie de zumbidos aislados, y a pesar de las siluetas que repentinamente se inmovilizaban, espiando a través de las vidrieras de las tiendas. Desde ahí hasta el «León Azul», Elliot sentía que lo espiaban.

Cuando entraron, la campanilla colocada encima de la puerta de la farmacia dio un agudo *ping*. El local de Hobart Stevenson era lúgubre, saturado de ese caliginoso olor medicinal que despertaba agudamente en la memoria de Elliot el recuerdo de otra farmacia. Pero era un boliche aseado, una especie de botella rodeada por paredes de botellas, desde el fresco diploma que colgaba, enmarcado, en la pared hasta las pesas de una silla-balanza colocada junto al mostrador. Hobart Stevenson —un hombre joven, rollizo, de labios gruesos, que llevaba puesto un prolijo saco blanco— se escurrió del mostrador para recibirlos.

—¿El inspector Elliot? —dijo.

Estaba tan evidentemente compenetrado de la importancia de la ocasión, que sus ojos se dirigían hacia la puerta, considerando la conveniencia de cerrarla para que no entraran clientes. Cada hebra de su pelo chato parecía vibrar de emoción; Elliot lo estudió y se convenció de que podía confiar en él.

—Le presento al doctor Gideon Fell —le dijo—. Siento que hayamos tenido que sacarlo anoche de la cama.

—No es nada, no es nada. Lo hice encantado —dijo Stevenson, que manifiestamente lo estaba.

—Bueno. ¿Tiene esa película?

—Lista y esperándolo a usted.

—Pero... ¿está bien? Quiero decir, ¿cómo salió?

—Bastante bien, bastante bien, por cierto —contestó Stevenson, hablando alegremente después de meditar el punto. Tratándose de un fotógrafo aficionado, era una concesión admirable. Se restregó las manos como quien desea tranquilizar a alguien. —Algo borrada, sin embargo; algo borrada—. Incluyó la cabeza sobre el hombro, volviendo a reflexionar—. Pero no está mal. Nada mal. Nada. —Luego añadió, sin poder dominar su agitación—: Espero que no le importe, inspector. Pasé la copia una vez en mi proyector a fin de asegurarme que estuviera bien. Todo se

encuentra listo para mostrársela en cuanto llegue el Mayor. Si me permite decírselo, encontrarán ahí algunas cosas notables. Supongo que usted las llamaría pistas.

Es un hecho que el pelo de la nuca de Elliot se erizó. Pero habló despreocupadamente.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Qué, en particular?

—Pistas —repitió Stevenson con inmenso respeto. Miró a su alrededor—. Por ejemplo, la segunda cosa que el señor Chesney levantó de la mesa y con la cual simuló escribir...

—¿Sí?

—Como le digo, espero que no le importe. Tuve que acercarme a la pantalla con una lente de aumento antes de estar completamente seguro. Y luego, la cosa era tan sencilla que me puse a reír, y todavía no he terminado.

—¿Sí? ¿Qué era?

—Nunca lo adivinaría —le aseguró Stevenson, pero sin reír—. Era una...

—¡Chist! —rugió el doctor Fell.

Su atronador chistido se mezcló con el *ping* de la campanilla al abrirse la puerta, dando paso al profesor Gilbert Ingram. El profesor no pareció sorprendido. Por el contrario, tenía una expresión muy satisfecha. Llevaba puestos un traje de golf de *tweed* oscuro y una gorra que en nada favorecían su figura algo gruesa. Pero más que su mirada franca y el gesto cortés de su saludo, Elliot percibió el ambiente que traía consigo. Durante el instante que estuvo parado en la puerta abierta, fue como si toda la violenta expectativa de Sodbury Cross y toda la atención concentrada en esa farmacia entraran como una corriente de aire. Afuera, el día se oscurecía, presagiando una próxima lluvia.

El profesor Ingram cerró la puerta.

—Buenos días, inspector —dijo—. ¿El doctor Fell, si no me equivoco? —(El doctor Fell retribuyó el saludo con un rugido cordial, y el profesor Ingram sonrió)—. He oído hablar mucho de usted, doctor, y tengo la impresión de que nos hemos conocido en una comida o algo así hace unos seis meses. De todos modos, he oído a Chesney hablar de usted. ¿Le escribió una carta hace pocos días, creo?

—Sí.

—En fin... —El profesor Ingram asumió un tono práctico y se volvió hacia Elliot—. Nadie, creo, podrá reprocharme porque me dormí esta mañana, inspector. Vengo a la disparada de mi casa —lanzó humorísticamente varios bufidos para demostrar que le faltaba el aliento—. Me parece que anoche le oí hacer planes para la... proyección en privado de cierta película, aquí en casa de Stevenson... (¡Buen día, Stevenson!). ¿Puedo acompañarlos a verla? ¿No hay inconveniente?

Una nueva modificación sutil se produjo en el ambiente. Elliot estaba impasible.

—Lo siento, señor. Temo que sea imposible.

La actitud cordial del otro adquirió un matiz intrigado.

—Pero, inspector...

—Lo siento, señor. Todavía no la hemos visto nosotros. Llegado el momento, tendrá usted probablemente oportunidad de verla.

Hubo una pausa.

—¿No cree, inspector, que es un poco injusto conmigo? —preguntó el profesor, con un cambio de voz casi imperceptible—. Después de todo, recurrió a mí en mi calidad de testigo experto, lo ayudé lo mejor que pude, y creo que será usted el primero en reconocer que pude bastante; experimento ahora la natural ansiedad de saber si tenía razón.

—Lo siento, señor.

Elliot retrocedió hasta el mostrador. Tropezó contra la balanza, cuyas pesas sonaron. Miró hacia la izquierda, y divisó su propia imagen reflejada en un espejo sombrío, colgado en la pared; y hubiera luchado contra esas coincidencias, de no haber, súbitamente, comprendido que los farmacéuticos, en su mayoría, debían tener esos espejos para vigilar la entrada de los clientes, mientras ellos están en la trastienda. Pero, sobre todo, se puso a estudiar al profesor Ingram..., el cual, desde abajo de su gorra de *tweed*, observaba y reía entre dientes.

—Bueno, no importa —dijo el profesor, animándose y recobrando su modo alborotado y burlón—. No me queda otro remedio que refrenar mi natural curiosidad; y a decir verdad, ha desinflado usted detestablemente mi vanidad —se interrumpió para reflexionar—. Sí, eso es: vanidad. No obstante, si no tiene inconveniente, compraré algunas cosas, y le prometo que después me iré. ¡Stevenson!, deme un paquete de hojas de afeitar; las de siempre. Y una caja de tabletas para la garganta, tamaño chico; sí, allí están. ¡Oh!, y deme también...

Caminó a lo largo del mostrador y siguió hablando con mayor seriedad:

—Tengo que ir a Bellegarde. Hay que hacer los arreglos para el entierro después de la autopsia, y tengo entendido que Vickers viene desde Bath esta tarde o esta noche a leer el testamento. También he estado pensando si Wilbur Emmet habrá recobrado el conocimiento.

—Oiga —observó el doctor Fell.

Habló de modo tan repentino e inesperado que todos dieron un salto. Era como si hubiera estirado la mano para llamar la atención de alguien que pasaba por la calle.

—¿Tiene usted una teoría? —interrogó con ávido interés.

—¡Ah! —exclamó el profesor Ingram. Se había inclinado para señalar un artículo que se hallaba dentro de una vitrina baja, pero se enderezó—. Si la tuviera, doctor, no serían éstos ni el lugar ni la hora apropiados para exponerla, ¿no le parece?

—Sin embargo...

—¡Sin embargo, como usted dice! Usted, doctor, es un hombre inteligente; creo

que puedo confiar en usted —(Elliot quedó, de pronto, tan completamente ignorado como si fuera la figura de una joven de cartón, de tamaño natural, que anunciaba un jabón junto a él)—. Anoche le dije al inspector, y lo dije varias veces a todos, que no encaraban bien la cosa, que *no* tomaban en consideración los únicos factores de alguna importancia. Me refiero, naturalmente, al móvil —enrojeció, debido tal vez a la violencia de su concentración—. No tengo para qué discutirlo ahora. Sólo deseo preguntarle lo siguiente: ¿ha oído *usted hablar* de cierto móvil de asesinato, uno de los más poderosos que se conocen en la psicología criminal, y que podríamos llamar, en términos generales, la ambición del poder?

—¡Diantre!... —dijo el doctor Fell.

—¿Cómo dice?

—Nada, discúlpeme —contestó el doctor, sinceramente y algo abochornado—. No creía que tan pronto me iba a topar con eso.

—¿Lo niega usted? Dígame: ¿cree que el envenenamiento de los bombones de la señora Terry y el de anoche fueron llevados a cabo por personas distintas?

El doctor Fell arrugó el entrecejo.

—No. Al contrario, estoy casi seguro que fueron consumados por la misma persona.

—Bien. Entonces, ¿dónde encontrar otro posible eslabón? ¿Qué otro móvil plausible existe?

La caja registradora funcionó con un sonoro timbrazo. Al recibir el paquete, el profesor Ingram se volvió a medias y lo miró, como si el envoltorio le sugiriera nuevos pensamientos.

—Sólo puedo repetirle lo siguiente: es el único móvil aplicable a los dos crímenes. El asesino no gana nada con matar al pobre Frankie Dale y casi suprimir a los niños Anderson. Ni gana nada con matar a Marcus Chesney. En el sentido material, quiero decir. Tanto Marjorie como Joe Chesney, todos lo sabemos, heredarán grandes sumas de dinero. Pero el asesino —sus ojos se agrandaron— no gana nada. Pero es mejor que no siga hablando aquí y que no los distraiga de sus importantes tareas. Buenos días, doctor Fell. Buenos días, Stevenson. Buenos días.

Al salir, no cerró por completo la puerta. Un camión pasó como un trueno por la calle principal y los vidrios vibraron; un aroma de aire húmedo y fresco y de árboles húmedos y frescos entró en el local, removiendo los olores medicinales. El doctor Fell silbaba entre dientes «Auprès de ma blonde», y Elliot, que conocía los síntomas, vaciló.

Entonces el doctor, levantando su bastón de mango de muleta, señaló la puerta.

—Le aseguro que no soy demasiado mal pensado —dijo—. Pero ese señor ¿tiene una coartada?

—Indestructible. Eso es lo malo. Estas coartadas no consisten en que alguien

haya estado andando de aquí para allá en trenes o automóviles, o trasladándose hábilmente de un lado a otro. Estas coartadas, salvo en un caso, se basan en que hay personas que han visto e identificado a otras. En el único caso a que me refiero, la coartada se prueba mediante un reloj que no puede ser alterado.

Elliot calló, dándose cuenta de pronto que estaba hablando delante de un extraño, como Hobart Stevenson. Hubiera jurado que mientras hablaba había cruzado por la cara de Stevenson un relámpago de auténtico deleite. El farmacéutico, que había recuperado su solemnidad profesional, trataba evidentemente de tapar con un corcho un considerable secreto.

Esto hizo que Elliot hablara ásperamente.

—¿Qué nos decía usted hace un rato, Stevenson?

—Sinceramente, inspector, preferiría que usted mismo lo viera. Si cree...

—¡Oiga! —exclamó el doctor Fell.

Se había encaminado hacia atrás del mostrador, asomándose al dispensario. Notoriamente fascinado por ese corpulento visitante, Stevenson lo siguió. El doctor Fell escudriñó a su alrededor muy interesado.

—¿Cómo anda por aquí la cuestión venenos? —preguntó, como si estuviera averiguando el estado de los desagües.

—Lo normal, señor.

—¿Tiene ácido prúsico o cianuro de potasio?

Por primera vez, Stevenson parecía algo nervioso. Se alisó los cabellos con ambas manos, tosió un poco y se preparó a hablar con tono profesional.

—Ni una gota de ácido prúsico, no. Tengo uno o dos preparaciones de cianuro de potasio, pero esta mañana le decía yo al señor Bostwick...

—¿Vende mucho de eso?

—No; no he vendido nada desde hace dieciocho meses... ¿Puedo decírselo, verdad? —miró vacilante a Elliot, que se había acercado a ellos, que estaban en el pasillo angosto y sombrío entre las botellas—. Como le decía, el superintendente me interrogó esta mañana. Y (entre nosotros) le dije que si creía que alguien de Bellegarde compró en alguna parte KCN para los frutales... bueno, que no le serviría para nada. Con las temperaturas de esos invernáculos, mantenidas siempre entre los cincuenta y ochenta grados Fahrenheit durante todo el año, sería suicidarse llevar ahí dentro un pulverizador con KCN.

Era un aspecto del asunto que a Elliot no se le había ocurrido.

—Si quieren, puedo mostrarles mi registro —dijo Stevenson.

—No, no. A decir verdad —expresó el doctor Fell— me interesa más la fotografía, y su farmacia parece una casa de fotografía —miró a su alrededor pestañeando—. Dígame: ¿vende usted lámparas especiales «Photoflood», verdad?

—¿Lámparas especiales? Por supuesto.

—Pues bien, dígame —prosiguió el doctor—; supongamos que atornillo una de esas lámparas en cualquier parte, y la enciendo, y la dejo encendida. ¿Cuánto tiempo tardará en quemarse?

Stevenson pestañeó a su vez y lo miró.

—Pero eso no debe hacerse —señaló con aire sagaz—. Sólo se tiene encendida mientras se toma una vista.

—Sí, sí, ya sé. Pero supongamos que soy un excéntrico. Supongamos que tornillo la bombita y la dejo ahí, ¿cuánto durará?

El farmacéutico pensó un rato.

—Diría que bastante más de una hora. Pero...

—¿Está seguro?

—Sí, doctor, perfectamente seguro. Esas lamparitas dan muy buen resultado.

—Hum. Así será. ¿Alguien de Bellegarde le ha comprado una lamparita de éstas ayer por la mañana?

Stevenson parecía inquieto.

—¿Ayer por la mañana? Deje que piense. —(No era cierto que necesitara pensarlo, decidió Elliot)—. Sí, la señorita Wills. Vino a eso de las diez de la mañana y me compró una. Pero, por favor, si no le parece mal, no vaya a citar todo lo que le digo. Yo no quiero decir nada de ninguna de las personas de Bellegarde...

—¿La señorita Wills compraba con frecuencia esas lamparitas?

—Con frecuencia, no; a veces.

—¿Para ella?

—No, no, no. Para el señor Chesney. Algunas veces tomaban fotografías dentro de los invernáculos. Los duraznos, ¿sabe usted?; los mejores ejemplares, para propaganda y esas cosas. Él le encargó que comprara la lámpara ayer.

El doctor Fell miró a Elliot, entornando los ojos.

—Según dijo usted, inspector, ella declaró que esa lamparita era nueva, comprada por ella misma —se volvió otra vez hacia Stevenson—. ¿Entonces a la señorita Wills no le interesa la fotografía?

—No, no, no. Nunca ha comprado nada aquí para... trabajos fotográficos.

Herido por el recuerdo, Andrew Elliot levantó los ojos. Y por segunda vez, como si por arte de magia girara una rueda, vio a Marjorie Wills que lo miraba desde el espejo.

No habían oído el *ping* de la campanilla de la puerta que permanecía abierta, moviéndose y crujendo ligeramente. No habían oído paso alguno. Lo que sí habían oído, mientras Elliot levantaba la vista y miraba de lleno la cara de la muchacha reflejada en el espejo, a menos de metro y medio habían sido las palabras del farmacéutico, pronunciadas con voz clara, suave y bien articulada.

Era como si esa imagen hubiera surgido de atrás del escenario de la nada. Tenía

los labios levemente entreabiertos y llevaba puesto el mismo sombrero gris de fieltro. Mantenía una de sus manos enguantadas suspendida a medias en el aire, como señalando alguna cosa. Mirándola en los ojos por el espejo sombrío, Elliot vio nacer en ellos el recuerdo de la otra vez, con tanta claridad como si una nueva cara estuviese adquiriendo forma.

Ella sabía.

Marjorie Wills, como un niño, se puso el dedo en los labios.

Fue en ese momento cuando estalló el estruendo de un vidrio de la puerta que se despedazaba, el crujir de los fragmentos que caían y, en el silencio que siguió, la última y lenta vibración sonora causada por la piedra que alguien le había arrojado desde la calle.

Elliot saltó por arriba del mostrador y se precipitó hacia la puerta. Era un impulso instintivo, nacido del entrenamiento policial, pero era también porque no quería encontrar los ojos de Marjorie Wills.

Abrió violentamente la puerta, aplastando a su paso y haciendo crujir los fragmentos de vidrio. Sentía un furor tan súbito ante la maldad de esa piedra, que al salir, casi se lanzó a través del panel roto. Una vez afuera miró hacia uno y otro lado de la calle.

Estaba desierta. La única persona a la vista (demasiado lejos para haber tirado la piedra) era un repartidor en bicicleta que pedaleaba atareado y que, con la cara en alto, miraba virtuosamente el cielo.

La calle principal seguía serena y honrada, ocupada en sus propios asuntos.

«*Calma, vamos*».

Aunque la sangre todavía se le agolpaba en la cabeza, sintió el fresco de la brisa y logró dominarse. No debía dar un paso en falso. No debía salir corriendo como loco y ponerse en ridículo, porque entonces les daría la oportunidad de reír, además de arrojar piedras. ¿Gritaría llamando al muchacho? ¿O haría salir al verdulero de enfrente? No; mejor que no, por el momento. En la duda, mejor esperar, y dejar que el culpable se preguntase qué pasaba; eso lo alarma más que nada. Pero, por primera vez, comprobada la violencia de la antipatía secreta, solapada, que rodeaba a Marjorie Wills. Durante veinte segundos tal vez, Elliot permaneció en silencio, mirando hacia uno y otro lado de la calle.

Luego volvió a entrar en la farmacia.

Con las manos en los ojos Marjorie Wills estaba apoyada sobre el mostrador.

—Pero ¿por qué? —dijo con voz lastimera—. Yo... yo no he hecho nada.

—No tienen derecho a romper así mis vidrios —exclamó Stevenson, que había empalidecido un poco—. Yo tampoco he hecho nada. No tienen derecho a romperme así los vidrios. No es justo. ¿No piensa proceder, inspector?

—Sí —dijo Elliot—. Pero en este momento...

Stevenson vaciló, indeciso entre varias ideas.

—¿Desea sentarse, señorita Wills? ¿Quiere una silla? ¿En la trastienda? ¿O arriba? Es decir —añadió volviendo a recobrar su cautela—, no suponía que la cosa era tan seria como todo eso. No me parece prudente que vuelva a salir.

Elliot pensó que eso era el colmo.

—¿Que no? —dijo—. ¿Dónde estamos, entonces? ¿En Inglaterra o en Alemania? ¿Qué somos?... ¿Un manojito de no arios acorralados? Dígame dónde quiere ir, y si

alguno se atreve nada más que a mirarla de mal modo, lo pondré al fresco en el tiempo que se tarda en decir: doctor Nemo.

Ella volvió vivamente la cabeza y lo miró; y ciertas cosas aparecieron tan claras como si estuvieran estampadas en los innumerables envases de cartón que tenían alrededor. No era debido a las palabras de Elliot. Era la atmósfera que irradian las emociones, tan perceptiblemente, como irradia calor el cuerpo. De nuevo Elliot tuvo la sensación intensa que experimentaba en presencia de Marjorie y que lo hacía sensible al menor detalle de su rostro, como la línea de los ojos o el arranque del pelo en las sienes. Lo que se llama comunicación.

—Calma —dijo el doctor Fell.

La voz tranquila y profunda del doctor les devolvió la cordura. Hablaba casi con júbilo.

—Al fin de cuentas —continuó— no creo que estemos tan mal. ¿La señorita Wills desea sentarse? ¡Que lo haga! ¿Quiere ir a alguna parte? ¡Que vaya! ¿Por qué no? ¿Vino aquí en busca de algo, señorita?

—¿Si vine...? —tenía aún la mirada fija en Elliot, pero despertó.

—¿Jabón, pasta de dientes, sales para baño?

—¡Oh! Vine a... a buscar al inspector —ahora no lo miraba—. El mayor... el mayor Crow lo necesita en Bellegarde. En seguida. No pudieron encontrarlo... desde las once en adelante, y nadie sabía dónde estaba. Tratamos de telefonar a Stevenson, porque el mayor dijo que usted... que el inspector... estaría aquí a la una; pero no contestaban; y en vista de mi estado de ánimo, pensé que sería una especie de ejercicio para el espíritu venir a Sodbury Cross. Mi auto está afuera, si no me han tajeado las gomas.

—¿El mayor Crow? Pero ¿por qué en Bellegarde?

Tenía que haber estado aquí a la una.

—¿Quiere decir que no *saben*? ¿Que nadie les ha avisado?

—¿Avisado qué?

—Wilbur ha muerto —dijo Marjorie.

El doctor Fell levantó el brazo y se echó el ala de la galerita un poco más sobre los ojos. Su mano permaneció ahí, dándole sombra a los lentes.

—¡Cuánto lo siento! —gruñó con la cara semiescondida—. ¿Entonces la conmoción fue fatal?

—No —explicó Marjorie—. Tío Joe dice que alguien entró en el cuarto en mitad de la noche con una inyección de ácido prúsico y... se la puso en el brazo; murió dormido.

Hubo un silencio.

El doctor Fell salió con dificultad del pasillo. Caminó pesadamente hasta la puerta y permaneció allí con la cabeza gacha; luego sacó un amplio pañuelo rojo estampado

y se sonó violentamente las narices.

—Discúlpenme —dijo—. He estado otras veces frente a las fuerzas del mal, pero nunca las he visto actuar con tan minucioso y razonable cuidado. ¿Cómo ocurrió la cosa?

—No lo sé; nadie lo sabe —contestó Marjorie, tratando con toda evidencia de dominar sus nervios—. No nos acostamos hasta muy tarde, y hoy nadie se levantó antes de las once de la mañana. Tío... tío Joe dijo que no era necesario acompañar a Wilbur durante la noche. Esta mañana Pamela entró en su cuarto, y lo... encontró.

Levantó un poco los brazos a ambos lados del cuerpo y los dejó caer.

—Ya veo. ¡Stevenson!

—¿Doctor?

—¿Su teléfono está descompuesto?

—No, que yo sepa —contestó el otro preocupado—. He estado aquí toda la mañana, y no comprendo.

—Bien —el doctor Fell se volvió hacia Elliot—. Les propongo algo. Telefonar a Bellegarde. Hay que decirle al mayor Crow que, lejos de ir ustedes a Bellegarde, debe venir él aquí en seguida...

—¡Imposible! No puedo hacer eso, doctor —protestó Elliot—. Usted sabe que el mayor Crow es el comisario. Bostwick...

— Yo puedo hacerla —dijo suavemente el doctor—. Conozco muy bien a Crow desde aquel caso del Ocho de Espadas. Para decirles la estricta y culpable verdad —añadió, y el enrojecimiento de su cara se hizo más evidente—, Crow me pidió que lo ayudara en el asunto de la señora Terry, cuando se produjo el primero de estos malditos acontecimientos. Me negué. Me negué porque la única deducción que encontré en aquel momento hubiera parecido tan extravagante y descabellada que ni siquiera se la comunicué. Pero ahora, ¡qué diantre!, empiezo a ver que no tenía nada de extravagante. Era lo que saltaba a la vista: sencillamente, estúpidamente, absolutamente obvio. Por eso pude, lo temo, darle tan pronto esta mañana esas explicaciones a Elliot.

Sacudió el puño con violencia.

—Y porque quise ser modesto... ¡hrr!... dos personas más han muerto. Lo necesito a usted aquí. Necesito a Crow aquí. Más que nada en el mundo quiero ver esa película ahora. Quiero mostrarles, en blanco y negro sobre la pantalla, exactamente lo que yo creo que pasó. Por lo tanto voy a telefonar y a dar las órdenes pertinentes. Pero mientras hablo —cesó de expresarse con voz de trueno y miró a Elliot con mucha serenidad—, sugiero que le pregunte a la señorita Wills lo que pasó en la otra farmacia.

Marjorie se endureció. Elliot pareció no advertirlo y se dirigió a Stevenson.

—¿Vive usted aquí en el piso alto? ¿Podría cederme un cuarto durante algunos

minutos?

—Sí, naturalmente. El mismo cuarto donde les mostraré la película.

—Gracias. Llévenos, por favor. ¿Quiere pasar adelante, señorita Wills?

Marjorie no hizo ningún comentario. Stevenson los condujo arriba a una sala confortable, fuera de moda, que daba a la calle. Una doble puerta, otra vez, comunicaba con lo que, presumiblemente, era un dormitorio; se hallaba abierta, pero en el vano habían colgado una sábana, sujeta con chinches, para que hiciera las veces de pantalla. Las pesadas cortinas estaban corridas a medias y en la chimenea ardía un lindo fuego. Sobre la mesa había un gran aparato de proyección con los rollos de película ya colocados.

Siempre sin hacer ningún comentario, Marjorie se dirigió al sofá y se sentó. Elliot había reaccionado enérgicamente; su conciencia volvía a despertarse.

Marjorie miró el cuarto iluminado por el fuego de la chimenea como para cerciorarse de que estaban solos. Luego movió la cabeza y habló con tranquilidad:

—Yo le dije que nos habíamos visto antes.

—Sí —asintió Elliot, sentándose junto a la mesa y sacando su libreta. La abrió y la extendió con gesto en extremo deliberado. Para ser exactos, el jueves pasado, Mason Hnos., farmacéuticos, 16 Crown Road, donde usted trató de comprar cianuro de potasio.

—Sin embargo, no se lo dijo usted a nadie.

—¿Por qué supone tal cosa, señorita Wills? ¿Por qué cree que me mandaron a esta región del país?

Era una púa. Lo hizo intencionalmente a fin de fortalecer su propia conciencia. Se preguntó hasta qué punto se habría traicionado cuando estaba abajo, y hasta qué punto lo habría notado ella, y si trataría de abusar de su descubrimiento, como parecía hacerlo ahora mediante esa repentina, inspirada insinuación; él no iba a permitir nada de eso.

Si había esperado producir efecto, lo consiguió. Marjorie se puso pálida. Sus ojos, que hasta ese momento se habían mantenido fijos, abierta y serenamente, en Elliot, pestañearon; no lo comprendía; más tarde se desencadenaría la ira.

—¡Oh! ¿Así que *vino* a arrestarme?

—Depende.

—¿Es un crimen tratar de comprar cianuro aunque uno no lo consiga?

Elliot levantó su libreta y la dejó caer de plano sobre la mesa.

—Sinceramente, señorita Wills, y entre usted y yo, ¿de qué le sirve hablar de ese modo? ¿Cómo quiere que se lo interpreten?

La muchacha era extraordinariamente perspicaz. Aunque maldecía su inteligencia, Elliot no podía menos que admirarla. Seguía observándolo, esperando; seguía sin saber qué pensar de él, y su oído había captado instantáneamente el leve

matiz de vamos-qué-diablos-por-qué-no-me-ayuda, que él no había podido evitar en la exasperación de su última pregunta. La respiración de Marjorie se hizo menos agitada.

—Si le digo la verdad, inspector... si le digo sinceramente por qué quería ese veneno... ¿me creerá usted?

—Si es la verdad, sí.

—Sí, pero no es eso lo que quiero decir. No es eso lo importante. Si le cuento la verdad pura y simple, ¿me promete usted, me *promete* que no lo repetirá a nadie?

(En esto, pensó él, es sincera).

—Lo siento, señorita. Pero no puedo hacer promesas de esa clase. Si se relaciona con la investigación...

—No tiene nada que ver.

—Entonces, muy bien; ¿para qué quería el cianuro?

—Lo quería para matarme —dijo Marjorie serenamente.

Hubo una leve pausa, mientras las brasas restallaban.

—Pero ¿por qué quería usted matarse?

Marjorie hizo una profunda inspiración.

—Si desea saberlo: me sentía absolutamente, horriblemente enferma ante la idea de volver a casa. Ahora se lo he dicho. Lo he contado a alguien.

Lo miró con curiosidad, como preguntándose por qué se lo había contado.

Inconscientemente, Elliot se había ido deslizado de la actitud de un detective que hace preguntas oficiales hacia una actitud algo distinta; pero ninguno de los dos pareció advertido.

—Sí; pero oiga. ¿Tenía alguna razón para matarse?

—Pruebe estar expuesto a lo que yo estaba expuesta... aquí. Acusada de envenenar a las gentes, de envenenarlas así; esperar a cada minuto del día que la arresten a uno, y escapar a eso nada más que porque faltan pruebas. Luego embárguese en un crucero magnífico por el Mediterráneo, algo que nunca ha podido hacer en su vida a pesar de tener un tío millonario. Luego pruebe lo que es volver... a lo que se dejó atrás. Pruébelo. ¡Pruébelo! Y verá lo que se siente.

Apretó los puños.

—¡Oh!, ahora estoy mejor. Pero cuando bajé de aquel barco sentí sencillamente que no podría afrontarlo. No me detuve a reflexionar. De haberlo hecho, era fácil inventar cualquier historia plausible para no asustarme y no tartamudear cuando el farmacéutico empezara a hacerme preguntas. Sólo lo pensé después. Lo único que se me ocurrió en el momento fue que había oído decir que el cianuro de potasio era muy rápido y nada doloroso; con sólo probarlo ya estaba uno muerta. Y pensé que en el East End de Londres nadie me conocía. Creo que la cosa se me ocurrió al llegar de vuelta por el río, en el barco, y ver nuevamente las casas..., y todo lo demás.

Elliot dejó el lápiz y preguntó:

—Pero ¿y su novio?

—¿Mi novio?

—¿Quiere decirme que pretendía comprar veneno para suicidarse cuando volvía a su país a casarse?

Marjorie hizo un gesto de desesperación.

—¡Le digo que se trataba de un estado de ánimo pasajero! Se lo estoy diciendo. Además, eso es distinto. Todo había sido tan maravilloso antes de que aquello pasara, y tenía la esperanza de que las cosas se presentarían bien para mí. Cuando conocí a George en Londres...

Elliot interrumpió:

—¿Cuándo lo conoció en *Londres*?

—¡Caramba! —murmuró Marjorie tapándose la boca con la mano. Se quedó mirándolo y luego se dibujó en su rostro una expresión de cansancio y cinismo—. No me importa. ¿Por qué no habría de saberlo? Me hace mucho bien... mucho bien... sacarme esto de encima. Conozco a George desde hace años, y años, y años. Me lo presentaron en Londres, en una fiesta, en una de las pocas ocasiones en que tío Marcus me permitió ir sola a la ciudad, y me enamoré terriblemente de él. Solía escapar a la ciudad para verlo. ¡Oh!, no hacíamos nada malo. Supongo que me faltaba el valor: así soy yo.

Miraba fijamente el suelo.

—Pero decidimos que todavía no era prudente presentarlo a tío Marcus. En primer lugar, tío Marcus nunca... nunca... alentaba... a las personas; es decir, a que vinieran a verme. No es por elogiarme, pero soy una buena dueña de casa, y era más cómodo que estuviera... ya sabe lo que quiero decir —se sonrojó—. En segundo lugar, George conocía muy bien la fama de tío Marcus. Se habría producido un lío terrible si tío Marcus se hubiese enterado de lo que ocurría a sus espaldas. ¿Comprende?

—Sí. Comprendo.

—Era preferible fingir que nos conocíamos por casualidad. Y mejor aún en el extranjero; además, George decía precisamente que necesitaba vacaciones. No es rico, por supuesto, sobre todo tratándose de un viaje como éste. Pero yo tenía unas doscientas libras de un seguro que mi madre me dejó, y lo cobré, y así George pudo hacer el viaje.

(Puerco, dijo Andrew Elliot para sus adentros. Maldito puerco. Pícaro puerco).

Ella lo miró azorada.

—¡No es eso! —exclamó—. Quiero decir, es vivo, pero no lo otro. Es el hombre más brillante que he conocido y más seguro de sí mismo; por eso lo amé: seguro de sí mismo.

—Discúlpeme —empezaba a decir Elliot... cuando se detuvo de pronto con la pavorosa sensación de que el mundo había soltado amarras. «Puerco, maldito puerco, pícaro puerco». No había pronunciado esas palabras en voz alta. Las había visto mentalmente, con tanta claridad como si pasaran impresas en una cinta, pero no las había pronunciado. Esa muchacha podía ser muy inteligente, salvo en lo concerniente al señor George Harding, pero no era adivina.

Marjorie parecía no tener conciencia de lo que había pasado.

—¡Y cómo esperaba —continuó diciendo con una especie de violencia— que George le pagara a tío Marcus con la misma moneda! ¡Oh!, naturalmente, deseaba que causara buena impresión. Pero esa... esa *humilde* obediencia..., fue el colmo. Cierta día, en Pompeya, tío Marcus decidió, de pronto, poner las cosas en claro, y por añadidura delante de Wilbur y del profesor Ingram, en un sitio público donde cualquiera podría haber entrado. Le dio a George órdenes, o poco menos, sobre la forma en que debía arreglar las cosas para el futuro, y George, como un cordero, las aceptó. ¡Y me pregunta usted por qué me sentí deprimida y desanimada y con ganas de gritar cuando bajé de aquel barco! Vi que no se había producido ningún cambio. Vi que mi vida seguiría exactamente como antes. A cualquier parte donde fuera, habría nada más que tío Marcus, tío Marcus, tío Marcus.

Elliot se irguió.

—¿No quería usted a su tío?

—Claro que lo quería. Lo quería mucho. Pero no estamos hablando de eso. ¿No comprende?

—Sí... tal vez.

—Era muy bueno, a su modo. Se lo debo todo, y salió de su rutina para ofrecermé unas vacaciones maravillosas cuando las necesité. ¡Pero si usted lo hubiera oído hablar nada más que cinco minutos!, y luego las eternas, interminables discusiones con el profesor Ingram a propósito de crímenes (hasta cuando hubo un crimen real y verdadero aquí entre nosotros), y su manuscrito *criminológico*...

Con súbito gesto Elliot volvió a tomar el lápiz.

—¿Manuscrito criminológico?

—Sí, ya se lo dije. Siempre trabajaba en algún tema de estudio, pero sobre todo en lo referente a la ciencia mental. Por eso era tan amigote del profesor Ingram. Solía decir: «Bueno, usted sostiene que un psicólogo en actividad podría ser el mejor criminal del mundo. ¿Por qué no convertirse en *pioneer*, en interés de la ciencia? Cometa un crimen perfectamente desinteresado y compruebe su teoría». ¡Brr!

—Ya veo. ¿Y qué contestaba a eso el profesor Ingram?

—Decía: «No, gracias». Decía que no cometería un crimen hasta que pudiera inventar la coartada perfecta...

(Esto sonaba familiar a Elliot).

—... pero que por más que lo pensara, ni siquiera un psicólogo encontraría la forma de hacer que un hombre estuviera en dos lugares al mismo tiempo —Marjorie cruzó las piernas y se reclinó en el respaldo del sofá—. Lo que me daba escalofríos era verlos hablar siempre de eso con tanta tranquilidad. Porque, ya lo ve, ha sucedido. Todas esas horribles cosas están pasando, y no sabemos cómo, ni por qué, ni quién las hace. Y ahora Wilbur ha muerto. *Wilbur*, que nunca hizo el menor daño a nadie, como tampoco lo hicieron Frankie Dale, ni los niños Anderson, ni el mismo tío Marcus. He llegado casi al máximo de lo que puedo soportar, sobre... sobre todo cuando empiezan a tirarme piedras a *mí*, y sabe Dios qué otras cosas pueden sucederme. Lincharme, o quemarme o qué se yo. Ayúdeme. ¡Por favor, ayúdeme!

Hizo una pausa.

Había en su voz algo tan directo, suave y vital, una fuerza tal de súplica, que Elliot estuvo a punto de perder su serenidad oficial. Mientras ella se inclinaba hacia adelante con la mano extendida, como si le pidiera que la ayudara a levantarse del sofá, sus ojos no se apartaban ni un segundo de los suyos. Fue en ese momento cuando oyeron, del otro lado de la puerta cerrada, un ruido continuo como si un elefante golpeará con sus patatas el suelo y emitiera un gruñido de paquidermo que pide de comer. Después se oyó un fuerte golpe en la puerta y el doctor Fell, entrando de perfil, se volvió y los miró pestañeando.

—No quiero interrumpirlos —dijo—, pero tal vez sería mejor dejar el interrogatorio para más tarde. Crow y Bostwick suben ahora la escalera. Es mejor que se vaya, señorita Wills. Stevenson está cerrando el local, pero su ayudante la llevará a casa en su auto. Luego...

Clavó los ojos en el aparato proyector.

El mayor Crow y el superintendente Bostwick se cruzaron con Marjorie en la puerta cuando ésta salía del cuarto. Pero el mayor no habló hasta que la puerta estuvo cerrada. Volvía a ser el mismo de siempre.

—Buenos días, inspector —dijo cortésmente—. O más bien dicho, buenas tardes. No pudimos encontrarlo esta mañana.

—Lo siento, señor.

—No importa —dijo el otro, sin perder su tono cortés—, sólo quería comunicarle que existe un pequeño asunto de otra muerte que debemos considerar.

—Dije que lo sentía, señor.

—Puesto que fue a ver a mi amigo Fell, no se lo reprocho. Ha tenido más suerte que yo. Traté de interesarlo en este asunto en junio. Pero no. No era bastante sensacional para él, según parece. Ningún cuarto herméticamente cerrado, ningún elemento sobrenatural, ningún detalle raro como los del Royal Scarlet Hotel. Nada más que un brutal asesinato con estricnina y varios casi asesinatos. Pero ahora tenemos un amplio radio de prueba y dos víctimas más... una de las cuales tal, vez le resultaría interesante examinar, inspector...

Elliot tomó su libreta.

—Ya le he dicho dos veces que lo siento, señor —dijo lentamente—, no creo necesario volver a repetirlo. Y además, para serle franco, no admito que haya descuidado nada de lo que estoy obligado a atender. A propósito, ¿hay algún agente en Sodbury Cross?

Bostwick, que también había sacado su pipa y su tabaquera, se interrumpió en el momento en que se disponía a destornillar la boquilla.

—Sí, hay, mi amigo —dijo—. ¿Para qué quiere saberlo?

—Nada más que porque no he visto ninguno. Alguien, con una piedra, ha roto el vidrio de la puerta de abajo, causando un estruendo que ha de haberse oído hasta en Bath, pero no apareció ningún agente.

—¡Válgame Dios! —dijo Bostwick, soplando repentinamente su pipa y volviendo a levantar la vista. Era una ilusión óptica, pero su cara parecía inflarse en forma increíble—. ¿Qué quiere decir con eso?

—Lo que digo.

—Si quiere decir —replicó Bostwick— que estoy convencido, y nótese que digo convencido, de que pronto podremos arrestar a cierta jovencita que no necesito nombrar... entonces estoy de acuerdo.

—¡Basta! —rugió el doctor Fell.

Fue como si una ráfaga sacudiera las ventanas e hizo que los que discutían se volvieran hacia él.

—Esto tiene que terminar —dijo con severidad el doctor Fell—. Están peleando por pequeñeces, y lo saben perfectamente. Si hay que echarle la culpa a alguien, échensela a mí. La verdadera razón de toda esta tormenta, y eso también lo saben, es que cada uno de ustedes tiene una idea diferente, definitiva, preconcebida, terca, de quién es el culpable. ¡Por el amor de Dios! Aléjense de eso o no llegaremos a ninguna parte.

El mayor Crow rompió la tensión echándose a reír. Era un sonido honesto, familiar, tanto Elliot como Bostwick sonrieron.

—El viejo bandido tiene toda la razón —admitió el mayor—. Disculpe, inspector. Lo cierto es (podríamos agregar, Fell) que todos estamos con los nervios tan de punta que ya no vemos claro. Y es necesario ver claro. Es *necesario*.

Bostwick alargó su tabaquera a Elliot.

—Sírvase —le ofreció.

—Gracias. Con mucho gusto.

—Y ahora —dijo el doctor Fell con ferocidad—, ahora que la afabilidad está salvada y reina sobre todos un tibio calor de simpatía...

—No admito que me atribuya una idea definitiva, preconcebida —dijo con dignidad el mayor Crow—. No es verdad. Sólo sé que tengo razón. Cuando vi a ese pobre diablo de Emmet...

—¡Ja! —murmuró Bostwick con una inflexión tan escéptica y siniestra que Elliot se sorprendió, preguntándose en qué dirección se encaminarían ahora.

—... pero no hay ningún indicio, inspector, nada donde agarrarse. Ahí está Emmet; de pronto, alguien, en mitad de la noche, entra y le pone una inyección en el brazo. Nadie oyó, nadie admite haber oído nada sospechoso durante la noche. Cualquiera puede haberlo hecho. Hasta una persona de afuera puede haberlo hecho, porque nunca cierran con llave las puertas de Bellegarde. Por estos lados, muy pocas personas echan llave a sus puertas de noche. Digo que hasta alguien de afuera podría haberlo hecho, lo que no impide que tenga mi idea. ¡Ah!, y dicho sea de paso, he visto a West para el informe médico. Chesney fue muerto con seis centigramos, aproximadamente, de ácido prúsico puro. Es decir, que no había rastros de otros ingredientes capaces de demostrar que hubiera sido asesinado con una preparación como mercurio o cianuro de potasio. Y éstos son todos los datos que tenemos.

—No son todos —dijo el doctor Fell con satisfacción—. Aquí está Stevenson. Vamos, amigo. Estamos listos. Haga funcionar el aparato.

Un silencio pesado descendió sobre el grupo. Consciente de su importancia, Stevenson caminaba con agilidad y se mostraba nerviosamente atareado. Se enjugó la frente; inspeccionó el fuego. Miró las ventanas. Estudió la sábana colgada en el vano

de la doble puerta. Después de un prolongado examen de la mesa, la empujó hacia atrás tropezando, hasta colocarla casi contra la pared frente a la sábana. Luego la arrimó hacia adelante varias pulgadas. Sacó de una biblioteca unos cuantos volúmenes de la *Enciclopedia Británica* que apiló sobre la mesa para levantar la plataforma del proyector. Los cuatro investigadores fumaban ahora sus pipas y una nube de humo se extendió por el cuarto. Caminaban de un lado al otro.

—No va a andar —dijo el mayor Crow de pronto—. Algo se descompondrá.

—Pero ¿qué puede descomponerse? —preguntó Elliot.

—No sé. Alguna maldita cosa. Es demasiado fácil. Ya verán.

—Le aseguro que todo anda bien, señor —dijo Stevenson, volviendo hacia él su rostro sudoroso—. En un segundo estará listo.

Esta vez el silencio se hizo más prolongado; sólo lo interrumpía alguno que otro ruido, misterioso, ocasional, provocado por los preparativos de Stevenson, o el lúgubre zumbido del tránsito procedente de la calle principal. Stevenson empujó el sofá a un lado para dejar libre el espacio hasta la sábana. Dispuso las sillas. En la pantalla había una leve arruga, y arregló una de las chinchas para alisarla. Finalmente, mientras los espectadores lanzaban un profundo suspiro de alivio, retrocedió despacio hacia la ventana.

—Ahora, señores —dijo empuñando una cortina—. Listos. ¿Quieren sentarse antes que oscurezca el cuarto?

El doctor Fell se dirigió al sofá. Bostwick se sentó nerviosamente a su lado, sobre el borde. Elliot arrimó una silla hasta situarla más cerca de la pantalla, pero a un costado. Se oyó el rumor metálico de las cortinas que se cerraban.

—Ahora, señores...

—¡Deténgase! —dijo el mayor Crow, sacándose la pipa de la boca.

—¡Qué demonios! —aulló el doctor Fell—. ¿Qué pasa *ahora*?

—No hay por qué agitarse tanto —protestó el otro, señalándolos con la pipa—. Supongamos... bueno, supongamos que todo ande bien...

—Eso es lo que estamos tratando de verificar.

—Supongamos que salga como esperamos. Nos enteraremos ciertamente de algunas cosas: la verdadera altura del doctor Nemo, por ejemplo. Es justo que en este momento mostremos nuestras cartas. ¿Qué vamos a ver? ¿Quién era el doctor Nemo? ¿Qué dice usted, Bostwick?

El superintendente Bostwick lo miró con su cara redonda, por encima del respaldo del sofá. Sostenía la pipa de tal manera que parecía suspendida en el aire detrás, de su cabeza.

—Y bien, señor; si me lo pregunta... no me cabe la menor duda que comprobaremos que era el señor Wilbur Emmet.

—¡Emmet! ¿Emmet? ¡Pero si Emmet está muerto!

—No estaba muerto entonces —observó el superintendente.

—Pero... bueno, no importa. ¿Cuál es su punto de vista, Fell?

—Mayor —dijo el doctor Fell con concentrada cortesía—, mi punto de vista es el siguiente: sólo deseo que se me permita ver la vista. En determinados aspectos, estoy seguro de lo que vamos a ver. En otros, no estoy muy seguro de lo que vamos a ver. En otros más, empieza a no importárseme un comino lo que voy a ver, siempre que se nos permita de una vez seguir adelante y verlo.

—¡Muy bien! —dijo Stevenson.

Las cortinas restantes fueron corridas. Sólo el débil resplandor del fuego y el fulgor fantasmal de las pipas interrumpían ahora la oscuridad. Elliot tuvo conciencia de la humedad que se adhiere a las viejas casas de piedra, y del olor, a encierro y a humo. Distinguía sin dificultad la forma y las caras de sus compañeros, y hasta la silueta de Stevenson en el fondo del cuarto. El farmacéutico daba vueltas, caminando con cautela para evitar el cordón eléctrico que colgaba del aparato. Lo puso en marcha. Estrías y rayos de luz surgieron de la máquina, iluminando a Stevenson y comunicándole la apariencia de un alquimista inclinado sobre un crisol, y el rayo de luz del proyector, que el humo atrapaba y seguía, apareció en la pantalla como una gran mancha blanca de cerca de un metro y medio cuadrado.

En el fondo del cuarto se oyeron algunos ruiditos mecánicos y un *click*, como si algo se abriera o cerrara. El aparato empezó a vibrar hasta producir un zumbido parejo. En la pantalla hubo un relámpago que se fue extinguiendo, hasta quedar convertido en negro absoluto.

Nada malo ocurría, porque el zumbido seguía llenando el cuarto. El rectángulo negro continuaba cruzado por relámpagos grises y un poco trémulo. Parecía que continuaría así, interminablemente. Luego apareció una débil mancha de luz que se tornó deslumbrante. Era como si una grieta vertical se abriera en el centro de la pantalla mientras una vaga sombra negra la empujaba y la agrandaba, separándola. Elliot comprendió lo que era. Estaban en la sala de música, frente al escritorio, y Marcus Chesney abría la doble puerta.

Alguien tosió. La película saltaba un poco; vieron entonces, como separada por una franja de oscuridad, la parte de atrás del escritorio de Bellegarde. En un ángulo del recuadro se movía una sombra; era evidentemente un hombre que caminaba hacia la mesa. Al tomar la vista, Harding se había situado un poco demasiado a la izquierda, de modo que no se veían las puertas del jardín. La luz era vaga y bastante mala, a pesar de la nitidez de las sombras; pero se distinguía claramente la repisa brillante, el cuadrante del reloj cuyo péndulo reflejaba la luz, el respaldo del sillón del escritorio, la ancha mesa, la caja de bombones cuyos dibujos parecían grises, y las dos cosas, que parecían lápices, sobre el secante. Luego hubo un movimiento en el haz de luz... y la cara de Marcus Chesney los miraba fijamente desde la pantalla.

Su aspecto no era agradable. La colocación de la luz, la ausencia de cosméticos y el temblor del ambiente creado por la inestable cámara le daban una apariencia cadavérica. Tenía la cara lívida, las cejas acentuadas y las órbitas hundidas; cuando volvió la cabeza, rayas de sombra cruzaban por sus mejillas. Pero su expresión era digna, serena y orgullosa. Entraba en el radio de la vista moviéndose con holgura...

—Miren el reloj —dijo alguien, rompiendo el silencio en voz tan alta, desde atrás del hombro de Elliot, que ahogó el zumbido regular del proyector—. ¡Miren el reloj! ¿Qué hora marca?

—¡Por todos los diablos del infierno!... —dijo la voz de Bostwick.

En el cuarto se produjo una conmoción, como si los muebles y no la gente se hubieran movido.

—¿Qué hora es ahí? ¿Qué dicen?

—Todos estaban equivocados —exclamó la voz de Bostwick—, ésa es la verdad. Uno de ellos dijo que era medianoche, otro que cerca de medianoche, mientras el profesor Ingram aseguraba que aquello había ocurrido a las doce menos un minuto. Estaban equivocados todos. Eran las doce y un minuto.

—¡Chist!

El pequeño mundo mudo seguía imperturbable. Con suma deliberación Marcus Chesney desarrimó el sillón del escritorio y se sentó. Estiró un brazo y empujó la caja de bombones un poco hacia su derecha, con una minuciosidad que contrastaba con el temblequeo de la película. Luego levantó un lápiz chato y simuló escribir aplicadamente y con cierta afectación. Después, apoyando un poco las uñas en el secante y con cierta dificultad para recogerlo, tomó otro pequeño objeto. Lo vieron nítidamente, vertical a contraluz.

Por la mente de Elliot cruzó como un relámpago la descripción del profesor Ingram. Éste había dicho que el objeto se asemejaba a una lapicera, pero que era mucho más angosto y pequeño. Lo había descrito como una delgada astilla de menos de tres pulgadas de largo, negruzca, de punta aguda. Y la descripción era exacta.

—Ya sé lo que es —dijo el mayor Crow.

Se oyó el ruido de una silla que se desarrimaba. El mayor se separó apresuradamente del grupo, se deslizó por uno de los costados e introdujo la cabeza en el rayo de luz para ver mejor. Su sombra cubrió la mitad de la pantalla. Y una serie de siluetas fantásticas de Marcus Chesney, retorciéndose, bailaron débilmente impresas en la espalda del impermeable del mayor.

—Detenga la vista —dijo, volviéndose de lleno en el rayo de proyección. Su voz subía de tono—. Sé muy bien lo que es —repitió—. Es el minuterero de un reloj.

—¿Qué? —preguntó Bostwick.

—La aguja larga de ese reloj de la chimenea —gritó el mayor Crow, levantando el índice como para ilustrar sus palabras—. Hemos comprobado ya que el reloj tiene

un cuadrante de seis pulgadas de diámetro. ¿No lo ve? Es el minuterero. Antes del espectáculo, Chesney no tuvo más que sacar la cabeza del tornillo que sostiene las agujas (vimos que tenía un tornillo), sacar el minuterero y volver a colocar el tornillo. De ese modo dejaba únicamente una aguja en el reloj, la corta, que señalaba las doce en punto. ¡Cielos! ¿Todavía no lo ven? Sólo había una aguja en el reloj. Los testigos creyeron ver dos agujas. Lo que realmente veían era la aguja de las horas y la sombra que ésta proyectaba hacia arriba y los costados, sobre el cuadrante del reloj, debida a la luz brillante que la iluminaba desde abajo.

Señaló con el índice; parecía luchar contra el deseo de ponerse a bailar.

—¿No ven que esto explica las divergencias en las declaraciones de los testigos? Están en desacuerdo según la dirección en que veían caer la sombra. El profesor Ingram sentado en el extremo derecho, la veía sobre el minuto antes de las doce. La señorita Wills, sentada en el centro, la veía en las doce en punto. Esta vista, sacada desde el extremo izquierdo, la muestra en un minuto después de las doce. Terminada la función, cuando Chesney, cuidadosamente, cerró la doble puerta, no tuvo más que volver a colocar el minuterero en el reloj: lo cual le tomaría alrededor de cinco segundos. Y el reloj volvió a señalar la hora exacta. Pero durante el espectáculo, Chesney tuvo el atrevimiento colosal de estar ahí sentado, con el minuterero en las narices de todos, y ninguno de ellos se dio cuenta.

Hubo un silencio.

Desde la penumbra llegó el ruido de una palmada que Bostwick se daba en el muslo, de un gruñido de aprobación emitido por el doctor Fell y de los rezongas de Stevenson que luchaba con un rollo atascado. El mayor Crow agregó suavemente, pero reventando de orgullo:

—¿No les decía yo que había algo raro y alarmante en ese reloj?

—Muy cierto, señor —dijo Bostwick.

—Es cuestión de pura psicología —admitió el doctor Fell, moviendo afirmativa y vigorosamente la cabeza—. Les apostaría cualquier cosa que, aun sin sombra, el truco los hubiera engañado igualmente. Cuando las agujas de un reloj marcan las doce, sólo vemos una aguja; no miramos dos veces; la costumbre nos engaña. Pero nuestro pobre Chesney fue aun más lejos e hizo que el engaño fuera tres veces más eficaz. Por eso, empezamos ahora a comprenderlo, insistió tanto en que la representación se realizara cerca de medianoche. La ilusión de la sombra, es cierto, podría producirse con las agujas en cualquier posición del cuadrante. Pero con la aguja corta, vertical en las doce, se aseguraba de que los tres testigos, desde tres diferentes ángulos, verían tres horas distintas en el reloj y nítidamente destacadas. Y con eso los atrapaba en dos preguntas, nada menos, de las diez que había preparado. ¡Pero hay otra cosa! La cuestión es... No se agiten... La cuestión es: ¿cuál era la hora *exacta*?

—¡Ah! —dijo Bostwick.

—Esa aguja está vertical, ¿verdad?

—Sí —afirmó el mayor.

—Lo cual quiere decir —prosiguió severamente el doctor—, lo cual quiere decir, si recuerdo bien mis diversas experiencias en materia de arreglos de relojes, que la posición del minuterero puede haber sido cualquiera entre cinco minutos antes y cinco minutos después de las doce. La aguja que marca la hora permanece vertical durante ese lapso, más o menos; depende del tamaño y el mecanismo del reloj. La hora anterior a las doce no nos interesa. La hora después de las doce sí nos interesa. Significa...

El mayor Crow guardó la pipa en el bolsillo.

—Significa —interrumpió— que la coartada de Joseph Chesney se cae en pedazos. Todo dependía de que hubiera salido de casa de Emsworth a las doce en punto, a la misma hora, suponíamos, en que el doctor Nemo estaba en el escritorio de Bellegarde. Joe Chesney partió de la casa de Emsworth a las doce. Pero el doctor Nemo no entró en el escritorio y mató a Chesney a medianoche. No: la hora verdadera era pasadas las doce. Probablemente cinco o seis minutos después de las doce. Joe Chesney puede fácilmente haber llegado en su auto desde la casa de Emsworth hasta Bellegarde en tres minutos. L. Q. Q. D. Que alguien abra esas cortinas. No tengo nada en contra de Joe Chesney, pero me inclino a creer que es el hombre que buscamos.

Fue Elliot quien separó las cortinas de una de las ventanas. La luz del día entró con una palidez grisácea, atenuando el rayo de luz del proyector y poniendo en evidencia al mayor Crow, de pie delante de una vista aún torcida y débilmente estereotipada en la sábana colgada entre las dos puertas.

Y la agitación del mayor Crow seguía en aumento.

—Inspector —dijo—, nunca he creído tener capacidad analítica. Pero esto resulta tan claro que no podemos dejar de verlo. ¿Sabe usted? El pobre Marcus Chesney planeó, en realidad, la forma en que otra persona podía matarlo.

—¡Ah!, ¿sí? —dijo pensativamente el doctor Fell.

—Joe Chesney pudo muy bien estar enterado de lo del reloj y de la ilusión de la sombra. ¿No lo ven? Pudo andar rondando por Bellegarde después de la comida. Marcus y Wilbur Emmet estuvieron en el escritorio, con las puertas del jardín abiertas, durante cerca de tres horas. O si no, lo cual parece aún más plausible, Marcus y Emmet habrían estado planeando este espectáculo desde hacía días, y Joe pudo haberse enterado de todo con anterioridad. Sabía que Marcus no iba a empezar la función hasta que la aguja del reloj estuviera vertical. Ya saben que no se podía alterar ese reloj en la forma habitual; Marcus no podía mover las agujas. Si Joe lograba una coartada en casa de Emsworth, si podía volver a tiempo a Bellegarde y si Marcus decidía empezar la función después de medianoche y no antes de las doce, Joe Chesney viviría en la abundancia. ¡Esperen! Hay una cosa (recién se me ocurre), hay algo que con toda seguridad se vería obligado a hacer después.

—¿Y es? —preguntó Elliot.

—Tendría que matar también a Wilbur Emmet —contestó el mayor—. Emmet conocía el engaño del reloj. ¿Y cuántas personas de los alrededores creen ustedes que sabrían poner una inyección? —los dejó que se compenetraran bien de esta idea—. Señores, en mi vida he visto nada más claro. Ese tipo tiene cabeza. ¿Quién podría sospechar de él?

—Usted —dijo el doctor Fell.

—¿Qué quiere decirme?

—En realidad, usted sospechó de él —señaló el doctor—. Fue lo primero que pensó. Me parece que en su equilibrada cabeza está, desde hace tiempo latente, una profunda desconfianza hacia los modales demasiado ruidosos de Joe Chesney. Pero continúe.

—¡No tengo nada en contra de ese hombre! —protestó el mayor combativamente; y volviendo a recuperar su tono protocolar se dirigió a Elliot—. Inspector, el caso es

suyo. De ahora en adelante no tendré nada más que ver en el asunto. Pero creo que cuenta con datos muy interesantes. Nadie ignora que Joe Chesney detesta trabajar, y que Marcus, en alguna forma, lo obligaba a hacerlo; y en lo que se refiere a las razones para arrestarlo...

—¿Qué razones? —interrumpió el doctor Fell.

—Pero ¿cómo...?

—Dije: ¿qué razones? —repitió el doctor—. En su notabilísima e inteligente reconstrucción parece haber olvidado un detalle pequeño, pero tal vez importante. No fue Joseph Chesney quien engañó a los testigos con el reloj: fue su hermano Marcus. Está usted enredando los datos. Roba a Pedro para ahorcar a Pablo.

—Sí, pero...

—Y por lo tanto —añadió con énfasis el doctor—, mediante no sé qué tramoya mental, se ha convencido de que debería arrestar a un hombre simplemente porque ha desbaratado usted la coartada que otro le combinó. Ni siquiera insinúa usted que la planeó él mismo. Quiere tomarlo preso nada más que porque carece de coartada. No comentaré los otros puntos manifiestamente débiles de su hipótesis; me limitaré a hacerle la simple observación de que no puede usted hacer eso aquí.

El mayor Crow estaba ofendido.

—No dije que lo tomaría preso. Ya sé que necesitamos pruebas, pero ¿qué sugiere usted?

—¿Qué tal si continuamos con esto, señor —sugirió Bostwick— y tratáramos de averiguar algo?

—¿Cómo?

—El hombre del sombrero de copa. No lo hemos visto todavía.

—... Y está sobreentendido —dijo el doctor Fell violentamente cuando se restableció el orden y las cortinas volvieron a cerrarse— que esta vez nadie interrumpirá hasta la terminación de la película ¿De acuerdo? ¡Bien! Entonces tengan la amabilidad de morder una bala y dominarse, y dejamos ver lo que pasa. Adelante, Stevenson.

De nuevo el *click* y el zumbido del aparato llenaron el cuarto. Al reanudarse la vista, enmudecieron; sólo se oía de tanto en tanto una tos o un murmullo. Ahora, al mirar nuevamente la pantalla, la cosa era tan visible que Elliot se preguntó cómo la mente correlacionada con la visión podía extraviarse tanto. La aguja larga de ese reloj era claramente una sombra, nada más. Marcus Chesney, con el minutero en la mano, simulaba escribir aplicadamente, mientras nada se traslucía en su expresión.

Marcus Chesney dejó caer la aguja sobre el secante. Pareció que oía algo. Se volvió levemente hacia su derecha. Al presentar de frente su cara huesuda y desagradablemente desencajada por las sombras, pudieron verla aún mejor.

Y entonces, en la escena, apareció el asesino.

En efecto, el doctor Nemo giró lentamente sobre sus pies y los miró.

Era una figura desaliñada. El pelo del sombrero de copa estaba muy feo y parecía apolillado. El impermeable, de un gris pálido y terroso, tenía el cuello levantado hasta más arriba de las orejas. Una especie de ampolla velluda y grisácea, que podría haber sido la cara de un bicho o las envolturas de una bufanda, llenaban el espacio intermedio; y los anteojos negros miraban opacamente a los espectadores.

Aunque tomada desde la izquierda, la primera visión del personaje era bastante clara. En ese instante aparecía de pie, dentro del sector iluminado, pero demasiado hacia el frente para que se distinguieran bien sus pantalones y zapatos, porque la luz estaba muy alta y los dejaba en la penumbra. Los dedos de su mano derecha, enguantada, lisos y sin coyunturas como los de un muñeco, sostenían la maleta negra donde se leía el nombre pintado.

Entonces, con enceguedora rapidez, se movió. Elliot, que aguardaba ese momento, miró con suma atención lo que hacía. Cuando se volvió hacia Marcus Chesney, les daba a medias la espalda, razón por la cual era más fácil observar sus gestos. Acercándose a la mesa, dejó en ella la maleta. La colocó justamente detrás de la caja de bombones. En seguida, como cambiando de idea, volvió a levantarla y la colocó encima de la caja. Con el primer movimiento había dejado caer la caja duplicada sobre la mesa, desde adentro de la maleta con resorte. Mediante el segundo movimiento había introducido en ella la caja original.

—¡Así fue como las cambió! —dijo la voz del mayor Crow desde la penumbra.

—¡Chist! —rugió el doctor Fell.

Pero antes que tuvieran tiempo de pensar, todo se desarrolló en un abrir y cerrar de ojos. Al caminar Nemo alrededor de la mesa, fuera del sector iluminado, se convirtió en una especie de borrón que estallaba desagradablemente, como si dejara de existir y se desmaterializara.

Vieron entonces asesinar a un hombre.

Nemo apareció por el otro lado de la mesa. Marcus Chesney le habló silenciosamente. Nemo tenía la mano derecha (la divisaban, porque ahora, en parte, lo veían de frente) metida en el bolsillo. La sacó; el movimiento de las manos se borroneó un poco, pero del bolsillo extraía algo que parecía una cajita de cartón.

Hasta ese momento sus movimientos habían sido veloces y precisos. Ahora aparecían recargados de una especie de malignidad. Los dedos de su mano izquierda se cerraron levemente alrededor del cuello de Marcus Chesney, se movieron y echaron hacia atrás la cabeza. Hasta en las ojeras de Marcus Chesney se advertía el sobresaltado fulgor de su mirada. La mano derecha de Nemo se deslizó por la boca de su víctima, introdujo en ella una cápsula y con la palma la obligó a tragarla.

En la oscuridad se oyó la voz del superintendente Bostwick.

—¡Ah! —dijo—. Aquí es cuando la señorita gritó: «¡No! ¡No!».

Nemo volvió a esfumarse y reapareció rodeando la mesa como una sombra deslumbrante; levantó la maleta negra. Pero esta vez, al salir se dirigió hasta el fondo del cuarto. Opaca pero claramente, la luz destacó la totalidad de su figura y aparecieron los pantalones y los zapatos de charol. Se advertía también la distancia que había desde el ruedo del impermeable hasta el suelo. De una sola mirada podían calcular su altura casi con tanta exactitud como con un centímetro.

—¡Detenga la vista! —exclamó el mayor Crow—. ¡Deténgala ahí mismo! Se ve...

No era necesario detener la película. Se había terminado. Mientras el proyector emitía una serie de ruidos finales, la pantalla tembló, se oscureció y quedó vacía y blanca.

—Ha terminado —dijo la voz de Stevenson algo sordamente.

Durante breves instantes nadie se movió en el cuarto, con excepción de Stevenson. El farmacéutico cerró el aparato, salió de atrás de la mesa y fue a abrir las cortinas. Al hacerlo, puso en evidencia una especie de cuadro vivo. El mayor Crow irradiaba satisfacción. El superintendente Bostwick sonreía, tranquila, secretamente, mirando su pipa. Pero la cara del doctor Fell reflejaba una consternación tan anonadada y absoluta que el mayor lanzó una carcajada.

—Me parece que alguien ha recibido un sacudón —observó—. Bueno, inspector. Recorro a usted. ¿Qué altura tenía el doctor Nemo?

—Por lo menos uno ochenta, diría yo —contestó Elliot—. Tendremos, naturalmente, que utilizar una lente de aumento para tomar medidas de la película. El hombre estaba en la línea misma de la chimenea, así que nos será fácil. Medidas comparativas pueden aclarar el punto. Pero parecía uno ochenta.

—¡Ah! —asintió Bostwick—. Era uno ochenta. ¿Y se fijó cómo caminaba el tipo?

—¿Qué dice *usted*, Fell?

—¡Digo que no! —rugió el doctor Fell.

—¿Pero no cree en sus propios ojos?

—No —contestó el doctor—. Claro que no. Decididamente no. Consideren el lío en que nos hemos metido por haber creído en nuestros propios ojos. Estamos en un parque de ilusiones, en una caja de trucos, en una especie de tren fantasma particularmente tortuoso. Cuando pienso en la treta del reloj me invade un reverente temor. El reloj no podía ser alterado: pero lo fue. Si Chesney era capaz de pensar en algo tan ingenioso como eso, podía inventar otras tretas tan buenas... o mejores. No lo creo. ¡Diantre, no lo creo!

—¿Pero hay alguna razón para suponer que esto también sea una treta?

—La hay —afirmó el doctor Fell—. Yo la llamo El Problema de la Pregunta Innecesaria. Pero esto no sirve más que para enfrentarnos con problemas nuevos y

mayores.

—¿Como ser?

—Y bien, observen cómo se engañó nuestro testigo experto —arguyó el doctor, sacando su pañuelo rojo y agitándolo en el aire—. Tres testigos contestaron a la pregunta sobre la altura del doctor Nemo. Marjorie Wills no es un testigo que se singularice por su excelencia. Harding, como testigo, es malísimo. El profesor Ingram, en cambio, es de los mejores. Sin embargo, en esta pregunta sobre la altura, los dos malos observadores contestaron bien, mientras que el profesor Ingram erró por completo.

—Sin embargo, ¿por qué insiste usted en que no tenía uno ochenta?

—No insisto. Sólo digo que algo me huele mal... Durante todo el tiempo, todo el maldito, enloquecedor, aplastante tiempo que ha pasado desde que me contaron el caso, una cosa me preocupa como el diablo. Y sigue preocupándome todavía más que nada; y es lo siguiente: ¿Por qué no destruyeron esa película? Repito —continuó el doctor agitando siempre el pañuelo—: ¿por qué el asesino no destruyó esa película? Después de la muerte de Chesney, cuando llevaron a Emmet arriba, el piso bajo de la casa quedó totalmente desierto. Hubo amplia oportunidad, fácil oportunidad de destruirla. Ustedes mismos, al llegar, encontraron vacía la sala de música. La cámara había sido metida dentro del fonógrafo. Lo único que tenía que hacer el asesino era abrir la máquina, exponer la película a la luz, y terminado el asunto. No van a decirme que el asesino deseaba que quedase una vista de su actuación rodando por ahí, para que la policía pudiera colocarla debajo de un microscopio. No, no, no.

—Pero Joe Chesney... —empezó a decir el mayor.

—Muy bien: supongamos que el asesino sea Joe Chesney. Supongamos que él mató a Marcus, contando con el engaño del reloj para su coartada, exactamente como usted dice. Pero el hombre no puede ser un loco absoluto. Si interpretó la parte del doctor Nemo, sabía que Harding estaba ahí, impresionando, con el mayor ahínco, una película. No podía ignorar que un examen de dicha película descubriría inmediatamente la falta del minuterero, el reloj alterado, y que todo el plan se desbarataría, como ha pasado. ¿A qué hora le telefoneó a la comisaría?

—A las doce y veinte.

—Sí. ¿Ya qué hora llegaron a Bellegarde?

—Alrededor de las doce y veinticinco.

—Sí. Exactamente. De manera que si les habló por teléfono se encontraba abajo, a tres pasos de la sala de música. Los demás estaban arriba. ¿Por qué en dos minutos no entró en la sala y destruyó la prueba que podía llevarlo a la horca?

El mayor Crow se había puesto algo colorado.

—En esta vuelta lo han ganado, señor —observó Bostwick secamente.

—¿Qué quiere decirme con eso? —expresó el mayor con extraordinaria dureza—.

No sé. Tal vez no pudo encontrar la cámara.

—Vamos, vamos —dijo el doctor Fell.

—Pero puesto que usted, superintendente —prosiguió el mayor—, se siente tan superior en todo este asunto, tal vez nos ayude a salir del paso. ¿Puede explicarnos por qué el asesino no destruyó esa vista?

—Sí, señor; creo que sí. Fue por lo siguiente: uno de los asesinos no se hallaba en condiciones de destruir la película y el otro asesino no quería destruirla.

—¿Qué? ¿Dos asesinos?

—Sí, señor. El señor Emmet y la señorita Wills.

Bostwick, en íntima comunión con su pipa, la examinaba atentamente. La expresión de su rostro era sombría, pesada, reflexiva, y hablaba con cierta dificultad.

—Hasta ahora no he dicho mucho sobre el asunto. Pero lo he meditado profundamente, en todo sentido. Y si les interesa mi opinión se las diré sin inconveniente; y puedo también mostrarles algunas pruebas contundentes. Pues bien, ese tipo de la vista —señaló la pantalla— es el señor Emmet. No hay duda. Miren su altura. Miren cómo camina. Pregunten a cualquiera de por aquí; muéstrenle esa vista; pregúntenle quién es el único hombre que camina así, y le dirá: el señor Emmet. Nunca creí eso de que alguien golpeará al señor Emmet para tomar su lugar. No lo creí, y no me equivoqué. La señorita Wills nos lo quiso hacer tragar antes que supiéramos lo que nos pasaba. Se parece demasiado a una vista de cine. ¿Quién —se enderezó en su silla—, quién se tomaría tanto trabajo y con todo ese aparato cuando sólo necesitaba echar un poco de cianuro en el té del viejo? ¿Y si se le hubiera caído el disfraz? ¿Y si se le hubiera caído el sombrero o desatado la bufanda? No pasó, pero podía haber pasado. ¿Y si el viejo le hubiera echado mano, cosa que también hubiera podido suceder? No, señor. Y es como dice el doctor Fell. Sea quien sea el que mató al viejo, con seguridad no deseaba que quedara una película de lo que pasó para que nosotros lo viéramos. En consecuencia, ¿por qué no la destruyó? Anoche no pegué los ojos pensando en esto. Y de pronto me dije: «¡Diablos —se dio una palmada en la rodilla—, diablos! ¿Dónde está la otra cápsula?».

Elliot lo miró.

—¿La otra cápsula? —inquirió mientras Bostwick le devolvía firmemente la mirada.

—Sí. La otra cápsula. Creemos, la señorita Will nos hace creer, que alguien golpeó al señor Emmet y puso una cápsula envenenada en el lugar de la inofensiva. Bueno, supongamos que sea así. Si es así, ¿dónde está la otra cápsula? La inofensiva. La hemos buscado por todas partes, por toda la casa: en el impermeable, en la maleta y en todas partes. ¿Encontramos acaso otra cápsula? No, claro que no. Lo cual significa que había solamente una: la que tenía el señor Emmet, la que le obligó a tragar al viejo.

El mayor Crow silbó.

—Continúe —dijo.

—Y tampoco encontramos otra cosa —arguyó Bostwick dirigiéndose a Elliot—. La cajita de cartón de donde sacó la cápsula. ¿Acaso la encontramos en el bolsillo del impermeable? No, claro que no. Pero pensé para mis adentros: «Hola —me dije—, ¿dónde estará?». Y entonces la busqué esta mañana donde pensé que estaría; y estaba.

—¿Dónde?

—En el bolsillo derecho del saco del señor Emmet. Colgado en la silla de su dormitorio, donde lo pusieron al desvestirlo.

—Esto —dijo el mayor— parece...

—Ya que empecé será mejor que termine, señor —interrumpió Bostwick, hablando más rápidamente y con mayor pesadez—. Alguien mató al señor Emmet anoche. Ese alguien estaba en connivencia con el señor Emmet para matar al viejo. Nadie ignora que el señor Emmet haría cualquier cosa por ella. O, en todo caso, ella le dio una cápsula con veneno sin que él supiera lo que había adentro, y le pidió que se la hiciera tragar al viejo. Pero sobre esto último no apostararía, porque como el señor Emmet se dio un golpe para procurarse una coartada, parecería que la cosa estaba arreglada entre ellos. Viéndolo bien, ¿por qué gritó «¡No! ¡No!», cuando estaban asesinando al viejo... y luego negó haberlo dicho? Eso no está bien, ni es natural, a menos que supiera lo que pasaba, y lo sabía muy bien. A último momento no pudo contenerse. Ha ocurrido eso mismo otras veces. Puede no creerlo, señor Elliot, pero leo muchos de los casos de crímenes londinenses. Y le diré dónde ocurrió anteriormente algo semejante. Las mujeres no pueden dominarse, ni siquiera cuando son ellas mismas quienes hacen todo el lío. «¡No! ¡No!», es exactamente lo que esa mujer, Edith Thompson, se puso a gritar cuando aquel tipo Bywaters salió corriendo y mató a su marido de una puñalada al volver del cine.

Hizo una pausa y respiró con fuerza.

El mayor Crow se movió nerviosamente.

—Las pruebas contra Wilbur Emmet —admitió Elliot— son... Bueno: si consigue gente que identifique a Emmet en esa vista, terminó el asunto. —Se sentía desconcertado y algo indispuerto, pero encaraba de frente la realidad—. Hasta ahí vamos bien, pero ¿qué pruebas hay contra la señorita Wills? No podemos arrestarla sólo porque gritó: «¡No! ¡No!». Eso no sirve.

—Tenemos excelentes pruebas —replicó Bostwick, mientras su cara volvía a congestionarse. Vaciló, y luego gritó por encima del hombro—: Hobart Stevenson, si alguna vez deja escapar una sola palabra de lo que ha oído en este cuarto, vendré y le romperé el alma. Y sabe que lo haré.

—No diré ni una palabra, superintendente —dijo Stevenson, que miraba atónito—. Se lo juro.

—Tenga la seguridad de que si lo hace, lo sabré —le advirtió Bostwick lanzándole una imponente mirada. Se volvió hacia los demás—. Pensaba decirles lo que sé en cuanto viera la película. No lo he mencionado aún ni al mayor, porque quería estar seguro. Pero tenemos buenas pruebas. Decía usted hace un momento, señor, que pocas personas, exceptuando los médicos, saben poner inyecciones. *Ella* sabe. Aprendió durante la epidemia de gripe, hace seis o siete años; ayudaba al doctor Chesney a ponerlas. Y decía usted, amigo —miró a Elliot—, que no nos mostrábamos muy ansiosos por arrestar a las personas que le tiran piedras. Eso no es verdad, y no me gustó. Ni un poquito. Si alguien altera el orden, cumpliré con mi deber; pero le apuesto a que los jueces no serían muy severos con el culpable. Le anuncié que tenía pruebas. ¿Qué piensa de esto?

Del bolsillo interior del saco extrajo un sobre. Lo mantenía abierto para que lo miraran por dentro; dio la vuelta al grupo con él. Contenía una pequeña jeringa de inyecciones. El émbolo era de níquel y se deslizaba por un pequeño tubo de vidrio dentro del cual se distinguía una mancha incolora. El olor a almendras amargas era muy perceptible.

—Sí —dijo Elliot—. Sí. —Tenía la garganta reseca y los ojos le ardían—. ¿Dónde encontró eso?

—Tengo la costumbre de curiosear —dijo Bostwick—. Por eso le pedí al mayor que dijera a la señorita Wills que viniera a buscarlo a usted aquí. Lo encontré en el doble fondo de un alhajero, sobre la mesa de vestir del dormitorio de la señorita Wills.

Entregó el sobre a Elliot y luego se cruzó de brazos.

—Esto —dijo el mayor Crow, aclarándose la garganta— me parece lo más concluyente. ¿Qué dice, inspector? ¿Quiere una orden de arresto?

—No, hasta que pueda hablar con ella —dijo con suavidad Elliot. Y respiró profundamente—. Pero como dice usted... temo que la prueba sea concluyente. ¿Qué opina, doctor?

El doctor Fell apretó las manos contra su copiosa cabellera salpicada de canas. Emitió una especie de quejido, mientras en su rostro se pintaba una terrible indecisión.

—¡Si por lo menos pudiera estar seguro! ¡Si por lo menos pudiera —arguyó— huir de lo que en este momento constituye el naufragio de mi cosmos! No sé qué decir. Este asunto se me ha desmoronado en una forma que nunca creí posible. Es muy probable que tengan razón...

Las esperanzas de Elliot también se desmoronaron.

—... pero una pequeña conversación con la muchacha está, naturalmente, indicada antes...

—¡Conversar con ella! —rugió Bostwick, perdiendo finalmente el propio control

—. ¡Conversar con ella! ¡Ah! Eso es lo que hacemos todo el tiempo. La muchacha es tan culpable como Satanás, y bien lo sabemos. Dios es testigo de que le hemos dado todas las oportunidades posibles. No podríamos haberla tratado con mayor consideración si hubiera sido de sangre real. ¿Y qué hemos conseguido? Ya sabemos lo que hemos conseguido. Es Edith Thompson reencarnada: sólo que mucho peor. He oído decir que la Thompson —lanzó una mirada a Elliot— hasta trató de conquistarse al detective que fue a interrogarla después del crimen; y lo que digo es que la historia no hace más que repetirse a cada rato.

IV

SE QUITAN LAS GAFAS

«¡No se imaginan qué distinto es, qué astuto!».
Un carcelero, de WILLIAM PALMER,
Rugeley, 1856

16

A las cuatro y media de la tarde, el doctor Fell y el inspector Elliot fueron, con el superintendente Bostwick, al dormitorio de Marjorie Wills.

Los dos primeros habían almorzado en silencio en «El León Azul»; en silencio, porque el mayor Crow estaba con ellos. Y aunque el mayor afirmaba que después de practicada la investigación de esta parte especial del asunto no iba a intervenir más en el caso, Elliot no estaba muy seguro de que así fuera. En realidad, se sentía malhumorado, y cuando trajeron la carne tuvo una sensación de náusea en el estómago. Se decía que así era la cosa, y que lo hecho estaba hecho, y todo lo demás. Miradas retrospectivamente, su entrevista con Marjorie y la súplica que ella le había dirigido, parecían tan teatralmente falsas que le producían arcadas, como una medicina de gusto desagradable. Probablemente la ahorcarían, y asunto concluido. ¿Pero cómo diablos había podido ella leer en sus pensamientos?

Dos veces le había tocado presenciar una ejecución en la horca. Prefería no recordar los detalles.

Cuando llegaron a Bellegarde, supo, con una sensación de alivio que casi lo atragantó, que Marjorie no estaba. Había salido en el auto con Harding, dijo Pamela, la criada bonita; había ido a Bath o a Bristol, dijo Lena, la criada pelirroja. Ambas, lo mismo que la señora Grinley, la cocinera, tenían los nervios de punta a la miseria porque estaban solas en la casa. Un tal señor McCracken (ayudante, al parecer, de Emmet en los invernáculos) iba hasta la casa de vez en cuando, para darles ánimo y comprobar que todo andaba bien. El doctor Chesney, que había pasado la noche en Bellegarde, ya se había ido. Ni las criadas ni la cocinera tenían nada que agregar a las declaraciones de los demás testigos sobre las muertes sobrevenidas la noche anterior.

Bellegarde presentaba un aspecto agradable y alegre bajo el sol otoñal. Los ladrillos amarillos y azules, el techo muy inclinado, y los aleros holandeses no parecían ocultar secretos. Ciertamente es que Wilbur Emmet había muerto muy tranquilamente. Las ventanas de su dormitorio daban al Oeste; un sol pálido que se filtraba por las cortinas abiertas iluminaba la cama. Con la cabeza vendada y el rostro marcado por una leve cianosis, tenía una expresión serena y casi atrayente en la muerte. Yacía completamente extendido, la colcha le tapaba el pecho y parte del brazo derecho, que tenía la manga del pijama recogida. El doctor West fue autorizado a llevar el cadáver para la autopsia; hasta entonces sólo había podido decir que la muerte de Emmet parecía causada por una dosis de ácido prúsico administrada por vía subcutánea, probablemente mediante una inyección. Nada podía ser más tranquilo ni sugerir menos lo terrorífico. Sin embargo, mientras miraba en derredor ese cuarto iluminado por el sol y el papel de sus paredes con el dibujo semejante a duraznos, hasta el doctor Fell se sintió estremecido por un leve escalofrío.

—Sí —le dijo Bostwick observándolo—. Ahora por aquí, si me hacen el favor.

El dormitorio de Marjorie estaba situado en el frente de la casa. Era también espacioso, alegre, con un papel color crema de dibujos recuadrados. Los muebles eran de nogal claro, las ventanas tenían cortinas de color castaño dorado sobre visillos con volados. Junto a la cama había una estantería de libros que contenía veinte o más volúmenes, y Elliot miró los títulos. Una serie de guías de Francia, Italia, Grecia y Egipto. Un diccionario francés y, en rústica, *El italiano al alcance de todos. El mar Y la selva. Donde empieza el azul. «Antic Hay».* *El retrato de Dorian Gray. Piezas de teatro de J. M. Barrie. Cuentos de Andersen. Crónicas de un amante vicioso.* Además (Elliot se preguntó si Bostwick los habría visto), varios libros sobre química.

Bostwick los había visto.

—¡Ah! Verá varias cosas más ahí. En el estante de abajo.

—¡Hum! Bastante heterogénea la colección, ¿no? —murmuró el doctor Fell, mirando por arriba de su hombro—. El carácter de la joven empieza a parecerme más interesante de lo que suponía.

—Para mí ya es suficientemente interesante, doctor —dijo Bostwick con brusquedad—. Mire esto.

La mesa de vestir estaba colocada entre las ventanas. En el centro, contra el espejo redondo, se veía una caja con adornos dorados de más de cinco pulgadas cuadradas. Tenía ángulos redondeados y cuatro patitas; el trabajo era italiano y la tapa ostentaba un dibujo en colores de la Virgen y el Niño. El doble fondo, apenas de un cuarto de pulgada de alto, estaba ingeniosamente disimulado; funcionaba por medio de un mecanismo con resorte, movido por la diminuta roseta de una de las patitas. Bostwick hizo la demostración.

—Supongo —dijo Elliot lentamente— que habrá comprado esta caja durante su viaje a Italia.

—Seguramente —replicó Bostwick con indiferencia—. Lo principal es...

—En consecuencia, ¿otros miembros de la comitiva pueden haberse enterado de la existencia de ese doble fondo?

—Entonces —dijo el doctor Fell con su voz profunda y volviéndose para mirarlo—, ¿sugiere usted que algún otro escondió ahí la jeringa?

Elliot contestó con sinceridad:

—No sé. Admito que es lo primero que se me ha ocurrido. Pero si algún otro la escondió ahí, admito también que no veo por qué ni para qué. Tratemos de dilucidar esto —caminaba de un lado al otro del cuarto, rumiando—. Hay que aceptar el hecho de que el asesino es o un miembro de esta casa o está íntimamente vinculado a los Chesney. No podemos apartarnos de eso. Si se tratara de mera ficción, podría resultar, para arreglar las cosas, que el asesino fuese alguien completamente de afuera... digamos, por ejemplo, Stevenson el farmacéutico.

Bostwick abrió los ojos.

—¡Vamos, vamos, vamos! ¿Nos va a salir ahora con eso?

—No. No resulta convincente, y lo sabemos. Pero ¿cuál de las personas de aquí podría tener una razón para...?

Se detuvo, y tanto él como Bostwick volvieron vivamente la cabeza, porque el doctor Fell había lanzado una pequeña exclamación. Al doctor no le interesaba el alhajero. En cambio, desganadamente, casi con distracción, había entreabierto el cajón de la derecha de la mesa de vestir. Sacó de adentro un envase de cartón de lámpara «Photoflood», vació. Lo sopesó. Resopló. Y después de ajustarse mejor los lentes sobre la nariz, sostuvo el envase en alto contra la luz como si examinara una botella de vino.

—¡Ah!, oigan —murmuró el doctor.

—¿Y bien?

—Una nimiedad, ¡y qué importante es! —dijo el doctor Fell—. Escuchen: si nadie se opone, me gustaría mucho hablar con la criada que arregla este cuarto.

Fue Elliot quien salió a buscarla; la actitud del doctor Fell era la de alguien que empieza a golpear una puerta y se prepara a echarla abajo. Elliot averiguó que Lena, la pelirroja, era la encargada del dormitorio. Pero Pamela, la bonita, insistió en acompañarla para prestarle apoyo moral; y las dos se enfrentaron con el doctor Fell, asumiendo un aire solemne y tirante que —Elliot lo descubrió más tarde— disimulaba un violento impulso de reírse nerviosamente.

—Hola —dijo el doctor Fell, afable.

—Hola —contestó la pelirroja, sin inmutarse. En cambio, Pamela sonrió con simpatía.

—Veamos, veamos —dijo el doctor Fell—. ¿Cuál de las dos arregla este cuarto por la mañana?

Después de mirar rápidamente a su alrededor, Lena, desafiante, contestó que era ella.

—¿Ha visto esto antes? —inquirió el doctor, mostrándole el envase de cartón.

—Sí, lo vi —contestó Lena—. Ella lo tenía ayer por la mañana.

—¿Ella?

—La señorita Marjorie lo tenía —dijo Lena, después de recibir un violento codazo de su compañera—. Fue temprano al pueblo a comprar la lámpara, y cuando volvió, yo estaba acomodando el cuarto; así que sé.

—¿Es un indicio, señor? —preguntó Pamela con inocente ansiedad.

—Sí. ¿Qué hizo con ella? ¿Lo saben?

Los ojos de Lena echaban chispas.

—La puso ahí, en ese cajón de la mesa de vestir que usted abrió; además, sería mejor que volviera usted a dejarlo donde lo encontró.

—¿Volvió a ver el paquete después?

—No.

Pura y simplemente por susto, Lena reaccionaba así; pero Pamela era hecha de diferente pasta.

— Yo lo vi después —dijo.

—¿Sí? ¿Cuándo?

—Anoche a los doce menos cuarto —replicó rápidamente Pamela.

—¡Ajá! —exclamó el doctor Fell, con tanto alivio, violencia y falta de tino, que hasta Pamela dio un respingo, y la cara de Lena se puso gris. —Discúlpenme, lo siento mucho —dijo el doctor, moviendo las manos en el aire y acentuando la consternación general. Bostwick lo miraba asombrado.

—Mejor que tengas cuidado —dijo Lena con vehemencia—. Te van a llevar presa, eso es lo que te va a pasar.

—No me van a llevar presa —exclamó Pamela—. ¿Verdad?

—Claro que no —le aseguró el doctor Fell con tono tranquilizador—. ¿Puede contarme cómo fue? Trate de contarme cómo fue.

Pamela hizo una pausa suficientemente larga como para dirigirle una mueca secreta y triunfante a su compañera.

—La vine a buscar para el señor Chesney —explicó—. Me quedé levantada hasta tarde anoche, oyendo la radio...

—¿Dónde está la radio?

—En la cocina. Y cuando ya me iba y empezaba a subir la escalera tratando de no hacer ruido, salió el señor Chesney del escritorio.

—¿Y?

—Dijo: «Hola, ¿qué hace levantada? A estas horas debería estar en la cama». Yo le dije que me disculpara, que había estado oyendo la radio, que iba justamente a acostarme. Me iba a decir algo, pero en ese instante el profesor Ingram salió de la biblioteca. El señor Chesney me dijo: «¿Sabe de la lámpara “Photoflood” que la señorita Marjorie compró hoy? ¿Dónde está?». Yo sabía porque Lena me había contado...

—¡No trates de meterme a mí! —vociferó Lena.

—¡Oh, no seas tan idiota! —dijo Pamela con súbita impaciencia—. No hay nada de malo en eso, ¿verdad? Dije que estaba arriba. El señor Chesney dijo: «Bueno, vaya y tráigamela, por favor». Y así lo hice y se la llevé, mientras él hablaba con el profesor, y luego me fui a la cama.

Fuere cual fuere la línea del interrogatorio que se proponía seguir el doctor Fell, fue interrumpida por Lena.

—No se me importa si hay algo malo en eso o no —dijo, estallando—. Lo único que sé es que estoy harta de hablar aquí y de hablar allí, pero todo el tiempo hay que callarse cuando se trata de ella.

—¡Lena! ¡Chist!

—¡Qué chist ni qué chist! —dijo Lena cruzándose de brazos—. No creo ni por un minuto que ella hiciera las cosas que dicen que hizo; si no, mi padre, como me lo dijo, no me dejaría estar aquí ni un minuto más, y además tampoco le tengo miedo. No les tengo miedo a diez como ella. Pero no hace las cosas como los demás, y por eso dicen de ella lo que dicen. ¿Por qué se fue a casa del profesor Ingram ayer, y se quedó allí parte de la mañana y media tarde, sola, mientras su novio, que es un muchacho de lo mejor que hay, se quedaba aquí sentado? ¿Y esos viajes a Londres, cuando se creía que iba a casa de la señora Morrison en Reading? Era para ver a algún hombre, eso es lo que era.

Por primera vez el superintendente se mostró interesado.

—¿Viajes a Londres? ¿Qué viajes a Londres? —preguntó.

—Oh, yo sé —respondió Lena oscuramente.

—Se lo estoy preguntando. ¿Cuándo ocurría eso que dice?

—No importa cuándo —dijo Lena, ahora completamente lanzada, y temblando casi de dignidad—. Era para ver a un hombre, eso es lo que era; y eso basta.

—Mire, muchacha —dijo Bostwick perdiendo la sangre fría—. Si sabe lo que le conviene, hable claro. ¿Por qué no me dijo nada de todo esto antes?

—Porque mi padre me amenazó que me daría una paliza donde ya sabemos si lo mencionaba siquiera a alguien, por eso no se lo dije. Y, de todos modos, pasó hace cinco o seis meses, así que no tiene nada que ver con esto. Nada que pudiera interesarle, señor Bostwick. Lo que yo digo es: si a todas nos dejaran portarnos como ella...

—¿Quién era el hombre que iba a ver a Londres?

—Por favor, ¿podemos retirarnos? —intervino Pamela, hundiendo el codo en las costillas de su compañera.

—¡No, no pueden retirarse! ¿Quién era el hombre que iba a ver a Londres?

—Y yo qué sé. Yo no la seguí.

—¿Quién era el hombre que iba a ver a Londres?

—¡Oh, qué modos tiene! —dijo la pelirroja, abriendo los ojos—. Y bueno, no sé; y seguiría sin saberlo aunque me diera toda la plata que hay en el Banco de Inglaterra. Sólo sé que el hombre trabajaba en algún laboratorio o algo así, porque escribía cartas. ¡No, no empiece a imaginarse cosas ahora! ¡Estaba impreso en el sobre! Así es como yo lo supe.

—Un laboratorio, ¿eh? —repitió Bostwick lenta y pesadamente. Su tono cambió—. Ahora váyanse y esperen afuera hasta que las llame.

La orden fue fácil de cumplir, porque en ese momento Lena sucumbió finalmente a un ataque de llanto. Los acontecimientos de la noche anterior, trabajando en acción retardada, habían colmado la medida. Pamela, que era mucho más tranquila, se apresuró a sacarla del cuarto, y Bostwick se rascó la frente.

—Un laboratorio, ¿eh? —repitió, volviendo a meditar el punto.

—¿El dato le parece interesante? —inquirió Elliot.

—Pues bien, le diré. Creo que, por fin, tenemos un poco de suerte y hemos dado de narices contra lo que tanto nos preocupaba: dónde obtuvo el veneno —declaró el superintendente—. Mi experiencia es así. Todo llega siempre junto, la mala o la buena suerte. Es así. ¡Un laboratorio! ¡Nada menos! Yo... Esa joven tiene la manía de los químicos, ¿no es cierto? Primero ese tipo, después el señor Harding...

Elliot se decidió.

—Harding es ese tipo —dijo; y les explicó.

Mientras duraba su explicación, y en tanto que los ojos de Bostwick se agrandaban y el doctor Fell permanecía mirando taciturnamente por la ventana, Elliot tuvo la impresión de que lo que decía no era una novedad para el doctor. Volvió a su mente el recuerdo de esa mañana; el recuerdo del doctor Fell rondando demasiado cerca para no haber oído. Pero el silbido que dio Bostwick fue tan largo y variado que casi se convirtió en una escala musical.

—¿Cuánto hace?... ¿Cuándo supo esto? —preguntó.

—Cuando ella trataba, como usted dice, de conquistar a un policía.

(Tuvo conciencia de la mirada que el doctor Fell le dirigía).

—¡Oh... ah! —dijo Bostwick, dándose por enterado—. Así que no era sino... no importa —el superintendente lanzó un suspiro de vago, irritado alivio—. Lo principal es que tenemos construido el caso. Somos tan seguros como los de Londres. Sabemos dónde consiguió el veneno: por el señor Harding. Probablemente ha visitado su

laboratorio; tendría libre acceso a todo; podía robar lo que quería, y ¿quién se entera? ·¿Eh? O si no... —hizo una pausa y una expresión sombría y pesada inundó su rostro—. ¿Quién sabe? ¿Quién sabe? El señor Harding es un caballero muy agradable y bien hablado, pero esto es mucho más intrincado, mucho más de lo que pensábamos. ¿Y si nos hubieran engañado desde el principio? ¿Y si ella y el señor Harding, juntos, lo hubieran planeado todo? ¿Qué dirían de esto?

—Diría que tiene usted que elegir entre una y otra suposición.

—¿Como ser?

—Bueno, se refiere usted a un caso construido —Elliot se sentía a punto de gritar a voz en cuello—. Pero el caso tiene que existir. ¿Cuál es? Primero, cometió un asesinato sola. Luego cometió un asesinato en connivencia con Emmet. Ahora mata a Emmet y comete un crimen en connivencia con Harding. Por el amor de Dios, seamos sensatos. No es posible que la tenga bailando una ronda homicida de la mano de todos los que encuentra.

Bostwick, pausadamente, se metió las manos en los bolsillos.

—¿Ah? ¿Y qué quiere decirme con eso, mi amigo?

—¿No me explico con claridad?

—No, mi amigo, temo que no. Pone, sí, algunas cosas en claro, pero otras no. Parecería que aún no cree culpable a esa joven.

—Para decirle la pura verdad —dijo Elliot—, tiene toda la razón. Aún no lo creo.

Se oyó un pequeño, leve ruido de algo que se caía. El doctor Fell, de quien no podía decirse que era cuidadoso en sus movimientos, había logrado tirar un frasco de perfume de la mesa de vestir de Marjorie. Después de mirarlo, pestañeando prolongadamente, y de ver que no se había roto, y de dejarlo donde había caído, se echó hacia atrás con expresión de inmenso placer. El alivio brotaba de él como el vapor que emana de un horno.

El doctor Fell citó:

—«Sólo yo puedo contar la historia —El carnicero de Ruán, pobre Berrold—. Los países se mueven por el capricho de un rey...».

—¿Qué es eso?

—¡Ah! —dijo el doctor Fell, golpeándose el pecho como Tarzán. Luego, abandonando las ínfulas de sus citas trovadorescas y respirando hondo, señaló por la ventana hacia afuera—. Sería mejor —continuó— decidir un plan de campaña. Sería mejor decidir a quién atacaremos, dónde atacaremos y por qué atacaremos. La señorita Wills, el señor Harding y el doctor Chesney llegan en este momento en el auto. Por lo tanto, está muy indicada una pequeña conversación. Pero antes quiero decirles algo. Elliot, amigo mío: me alegra muchísimo que haya dicho lo que acaba de decir.

—¿Se alegra? ¿Por qué?

—Porque tiene toda la razón —dijo sencillamente el doctor—. Esa muchacha es tan culpable de esos crímenes como yo.

Hubo un silencio.

Para disimular el blanco que se había producido en su pensamiento, Elliot corrió una de las cortinas de la ventana más próxima y miró hacia afuera. Debajo se extendía el césped cuidado del frente de Bellegarde, con el camino de pedregullo para automóviles y la pared baja de piedra que daba a la carretera. Un auto abierto, manejado por Harding, trasponía en ese momento el portón. Marjorie se hallaba en el pescante sentada junto a él, y el doctor Chesney iba cómodamente instalado en la parte de atrás. A pesar de la distancia, Elliot advirtió —detalle grotesco— que el doctor Chesney, aunque enlutado, llevaba una flor blanca en el ojal.

Elliot no quiso mirar la expresión que ponía Bostwick mientras oía lo que le decía el doctor Fell.

—Ahora bien, su plan era el siguiente —le decía el doctor—. Usted, con la más astuta de sus miradas y lanzando un alarido, pensaba abalanzarse sobre ella, agitando ante sus narices la jeringa de inyecciones. Iba a bombardearla hasta que confesara. Iba a tomar el camino más corto, y enloquecerla y obligarla a hacer cualquier tontería. Bueno, mi consejo es, simplemente: no lo haga. No diga ni una palabra de esto. Aparte de que ella no es culpable...

Bostwick lo miró.

—Así que usted también está en eso —dijo con voz apesadumbrada.

—Lo estoy —dijo el doctor Fell—. ¡Caramba si lo estoy! He venido a defender a los ciegos y a los incapaces, y si no, mi existencia en el mundo no vale cuatro peniques. Tenga la bondad de meter lo que acaba de oír en su pipa y fúmelo. Le prevengo que si lleva las cosas a ese extremo, terminará por tener un suicidio sobre la conciencia. Lo cual sería una lástima, porque esa muchacha no es culpable y puedo probarlo. Hemos sido engañados por uno de los vanidosos más grandes... ¡ja!... que he visto en mi vida; pero es mejor que sepan la verdad ahora. Ah, y olviden sus malditos laboratorios. Marjorie Wills no tuvo ninguna intervención en esto. No robó, ni pidió prestado, ni consiguió ningún veneno en el laboratorio de Harding, como tampoco, casi siento decirlo, lo hizo Harding. ¿Está claro?

En su agitación y su fastidio hacía gestos en la dirección de la ventana. Por eso todos vieron lo que ocurrió abajo.

El automóvil llegaba sin prisa por el camino del jardín, y se hallaba a unos seis metros de la puerta principal. Harding miraba a Marjorie, quien parecía estar un poco sonrojada e indecisa, y le decía algo. Harding no miraba por el espejito «retrovisor» para ver lo que ocurría detrás de ellos... como que, en realidad, no había razón para que lo hiciera. Sentado hacia adelante en el asiento trasero, con los puños plantados en las rodillas, el doctor Joseph Chesney sonreía. Los que observaban, veían

nítidamente todos los detalles: el pasto mojado todavía por la lluvia, los castaños de hojas amarillas al borde del camino, la sonrisa reveladora de que el doctor Chesney estaba un poco ebrio.

Después de lanzar un vistazo a la casa, el doctor Chesney se sacó la flor blanca del ojal y la tiró al camino por encima del costado del auto. Balanceándose un poco en el asiento, introdujo la mano en el bolsillo del saco. Lo que sacó del bolsillo era un revólver de calibre 38. En su cara pecosa persistía la sonrisa. Inclínose, afirmó el codo en el respaldo del pescante, apoyó el caño del arma en el cuello de George Harding y apretó el gatillo. Al retumbar el tiro, los pájaros salieron volando despavoridos de entre el follaje, y hubo una serie de pequeños estampidos y un sacudón al engranarse el motor del automóvil.

El superintendente Bostwick era una buena veintena de años mayor que Elliot; pero llegó abajo sólo a dos pasos detrás de él. En la primera fracción de segundo, Elliot se preguntó si lo que acababa de ver no sería una ilusión, un espejismo de ese tranquilo césped del frente, algo semejante a las ilusiones creadas por Marcus Chesney. Pero no eran ilusión el hecho de Harding tumbado en el asiento del conductor, ni el grito que había lanzado.

El automóvil, engranado, seguía andando suavemente y chocaba casi contra los escalones de la entrada, cuando Marjorie tuvo la sangre fría de tirar del freno de mano. Cuando Elliot llegó, el doctor Chesney se hallaba de pie sobre el asiento de atrás; evidentemente se le había disipado la borrachera. Elliot esperaba encontrar a Harding reclinado contra un costado del auto y con una bala en la cabeza. Lo que, en realidad, encontró fue a Harding, que había logrado abrir la portezuela, gateando por el suelo y cruzando el camino de pedregullo hacia el pasto, donde se dejó caer. Tenía los hombros levantados casi hasta las orejas. La sangre le brotaba por la parte de atrás del cuello y le corría hacia adelante; al palparla, demostraba un terror frenético. Las palabras que pronunciaba resultaban grotescas; en cualquier otra ocasión podían haber sido cómicas. —Me han matado —decía con una voz apenas más fuerte que un susurro—. Me han matado. ¡Dios mío! Me han *matado*.

Luego pataleó y se retorció en el pasto de tal manera, que Elliot comprendió que no se trataba de un cadáver, ni mucho menos.

—¡Quédese quieto! —le dijo—. ¡Quédese quieto!

El lamento de Harding se elevó hasta una nota de horror. Aunque de distinta manera, el doctor Chesney no se mostraba más coherente.

—Salió un tiro —insistía, mostrando el revólver—, salió un tiro.

Parecía querer grabar en la mente de sus oyentes, una y otra vez, la sorprendente noticia de que había salido un tiro.

—Ya nos dimos cuenta, señor —dijo Elliot. Luego, dirigiéndose a Harding, añadió—: Sí, le han pegado un tiro. Pero no está muerto, ¿verdad? No se siente muerto, ¿verdad? ¡Vamos!

—Me han...

—Permítame que lo examine. ¡Oiga! —ordenó Elliot, tomándolo de los hombros, mientras Harding, sin entender, le dirigía una mirada vidriosa—. No está herido, ¿me oye? Habrá movido el brazo o algo así. La bala se desvió y le rozó la piel del cuello. Está chamuscada, pero sólo presenta una lastimadura superficial. No está herido, ¿entiende?

—No importa —murmuró Harding—. De nada sirve quejarse; miremos la cosa de frente. Valor, ¿eh? ¡Ja, ja, ja!

Aunque al parecer no había oído a Elliot y murmuraba las palabras con una calma ausente, casi jocosa, Elliot tuvo una nueva impresión de él. Pensó que un cerebro muy astuto había captado su diagnóstico; lo había asimilado instantáneamente, aunque ofuscado por el terror; había advertido que se hallaba en el límite de lo ridículo; y como un relámpago se había recuperado, y estaba representando en forma magnífica un papel.

Elliot lo soltó.

—¿Quiere atenderlo? —preguntó al doctor Chesney.

—Maleta —dijo el doctor Joe, tragando saliva y moviendo la mano en dirección de la puerta principal—. Maleta negra. Mi maleta. Debajo de la escalera del vestíbulo.

—Hola, hola —dijo Harding amablemente.

Y Elliot no pudo menos que admirarlo, porque Harding estaba ahora sentado en el pasto y reía.

Es fácil hablar. Pero esa herida tenía que ser muy dolorosa, aunque sólo fuera por la quemadura de la pólvora; de haber sido media pulgada más profunda, hubiera significado la muerte; y ahora perdía mucha sangre. Sin embargo, aunque seguía muy pálido, Harding estaba como transfigurado. Era de creer que, sinceramente, el trance lo divertía.

—Tiene pésima puntería, doctor Joe —observó—. Si le erra a un blanco inmóvil como éste, nunca acertará. ¿Eh, Marjorie?

Marjorie bajó del auto y corrió hacia él.

El doctor Chesney, que tropezó con ella al ponerse ambos en movimiento, se detuvo tembloroso, con el pie en el estribo y la mirada fija.

—¡Por Dios! No cree usted que lo hice a propósito, ¿verdad?

—¿Por qué no? —Harding rió entre dientes—. Cuidado, Marjorie, cuidado con el clarete —tenía los ojos agrandados, fijos y oscuramente luminosos, pero casi se puso a cantar cuando palmeó el hombro de la muchacha—. No se disculpe; ya sé que no quiso hacerlo. Sin embargo, no es muy divertido que le disparen a uno tiros en la nuca.

Esto fue todo lo que oyó Elliot, porque entró en la casa en busca de la maleta del doctor. Cuando volvió, el doctor Chesney, horrorizado, le hacía la misma pregunta a Bostwick.

—¿Usted no cree, verdad, que lo hice a propósito, superintendente?

Bostwick, con la cara más ceñuda que nunca, habló con brusquedad.

—No sé qué se proponía, señor. Sólo sé lo que he visto —señaló—. Yo estaba en aquella ventana, allá arriba. Y vi que sacaba del bolsillo, deliberadamente, el

revólver, que apuntaba al cuello del señor Harding y...

—Pero era una broma. ¡El revólver no estaba cargado!

—¿No, señor?

Bostwick se volvió. A cada lado de la puerta principal había un pilar pequeño, de adorno, pintado de amarillo oscuro, que sostenía un techito achatado, triangular, sobre la puerta. La bala se había incrustado en el pilar de la izquierda. Por una casualidad había pasado entre Harding y Marjorie: errando el parabrisa del automóvil y errándole también, milagrosamente, a la misma Marjorie.

—Pero no estaba cargado —insistió el doctor Chesney—. ¡Puedo jurarlo! Lo sé. Apreté el gatillo varias veces. Estaba vacío cuando estuvimos en... —se interrumpió.

—¿En dónde?

—No interesa. Hombre, ¿cree usted que sería capaz de semejante cosa? De ser así, me convertiría en un... —vaciló—, un asesino.

La incredulidad hueca con que se expresaba el doctor Chesney, la insinuación de un estallido de risa al señalarse a sí mismo, infundían la convicción de su veracidad. Había algo casi infantil en su forma de hablar. Era un buen tipo rodeado de acusadores. Metafóricamente hablando, había ofrecido una vuelta de bebida a todos y todos se habían negado a aceptar. Hasta su barbita pelirroja y sus bigotes se erizaban de sorpresa herida.

—Lo hice funcionar varias veces —repetía—. No estaba cargado.

—Si hizo eso —dijo Bostwick —y había una bala en el tambor, sólo consiguió ponerla en posición. Pero el asunto no es ése, señor. ¿Qué hacía usted con un revólver cargado?

—No estaba cargado.

—Cargado o no cargado, ¿por qué llevaba revólver?

El doctor Chesney abrió la boca y volvió a cerrarla.

—Era una broma —dijo.

—¿Una broma?

—Una especie de broma.

—¿Tiene permiso para andar con un revólver, señor?

—Es decir, exactamente, no. Pero puedo conseguirlo muy fácilmente —replicó el otro, de pronto volviéndose truculento. Estiró la barba hacia adelante—. ¿Qué significa todo este disparate? Si quisiera matar a alguien de un tiro, ¿creen que esperaría a estar justo frente a esta casa para sacar el revólver y hacerlo? ¡Qué estupidez! Y lo que es peor, ¿quieren que se me muera el enfermo? ¡Mírenlo, sangrando como un chanco! Déjenme tranquilo. Alcáncenme esa maleta. ¡A casa con usted, George, mi amigo! Es decir, siempre que me tenga confianza.

—Tiene razón —dijo Harding—. Me arriesgaré.

Aunque Bostwick estaba furioso, difícilmente podía intervenir. Elliot advirtió que

el doctor Fell recién salía de la casa; al entrar, tanto Harding como el doctor Chesney le dirigieron una mirada de sorpresa.

Bostwick se volvió hacia Marjorie.

—Bueno, señorita.

—¿Qué? —dijo Marjorie fríamente.

—¿Sabe por qué su tío llevaba un revólver?

—Ya le dije que era una broma. Usted conoce a tío Joe.

Nuevamente, Elliot no alcanzaba a comprender su actitud. Estaba reclinada contra el costado del automóvil, y procuraba limpiar en el pedregullo varios puntitos blancos que tenía pegados en la suela húmeda de uno de sus zapatos. La mirada que dirigió a Elliot fue breve.

En vista de la actitud iracunda del superintendente, Elliot intervino.

—¿Ha estado usted con su tío toda la tarde, señorita Wills?

—Sí.

—¿Dónde fueron?

—A dar una vuelta.

—¿Por dónde?

—Nada más que... a dar una vuelta.

—¿Se detuvieron en alguna parte?

—En uno o dos bares. Y en casa del profesor Ingram.

—¿Había usted visto ese revólver de su tío antes que lo sacara aquí y lo disparara?

—Tendrán que preguntárselo a él —contestó Marjorie con el mismo tono descomedido—. No sabría decirles nada de eso.

La cara del superintendente Bostwick expresaba: «¿Que no lo sabría, demonios?», pero se dominó.

—Lo sepa o no lo sepa, señorita —dijo en alta voz—, tal vez le interese saber que tenemos una o dos preguntas que hacerle... sobre usted misma... y éstas las *puede* contestar.

—¿Ah?

Detrás del superintendente, la expresión del doctor Fell se tornó sanguinaria. Hinchaba ya los carrillos para lanzar una andanada de palabras, pero la interrupción no fue necesaria. La interrupción llegó por otro lado. La fiel Pamela abrió la puerta principal, sacó la cabeza, hizo un gesto que indicaba a todos los investigadores, movió rápidamente los labios, sin pronunciar palabra, y volvió a cerrar la puerta. Salvo Marjorie, solamente Elliot la vio. Dos voces hablaron casi al unísono.

—¿Así que han estado revisando mi cuarto? —dijo Marjorie.

—¡Así fue como lo hizo! —dijo Elliot.

Si hubiera buscado las palabras capaces de causarle un sobresalto, no podría

haberlo hecho mejor. Ella volvió la cabeza con violencia; Elliot notó el brillo extraordinario de sus ojos. Marjorie habló apresuradamente:

—¿Cómo hice qué?

—Leer el pensamiento. En realidad, lee el movimiento de los labios.

Marjorie manifestó claramente su desconcierto.

—¡Ah! Quiere usted decir —agregó con cierta malicia— cuando llamó al pobre George: puerco pícaro. Sí, sí, sí. Tengo mucha práctica en lectura de labios. Tal vez es lo mejor que sé hacer. Un viejo que trabajaba aquí me lo enseñó; vive en Bath; él...

—¿Se llama Tolerance? —preguntó el doctor Fell. A esa altura, confesó más tarde Bostwick, él había llegado a la conclusión de que el doctor Fell estaba loco. Media hora antes, parecía aún en sus cabales; por otra parte, Bostwick siempre recordaba con respeto su trabajo en el caso del Ocho de Espadas y el de Waterfall Mannor. Pero durante la conversación sostenida en el dormitorio de Marjorie Wills, algo parecía haberse destornillado en el cerebro del doctor Fell. Nada podía superar el placer, el casi maligno placer, con que ahora pronunciaba el nombre de Tolerance.

—¿Se llama Henry S. Tolerance? ¿Vive en la calle Avon? ¿Trabaja como mozo en el Beau Nash Hotel?

—Sí, pero...

—¡Qué endiabladamente pequeño es este mundo! —dijo el doctor Fell entre dientes—. Nunca ha sido más apaciguante para el oído este noble lugar común. Hoy temprano le hablé a mi amigo Elliot de mi excelente mozo de comedor. La primera noticia que tuve del asesinato de su tío la supe por él. Agradezca a Tolerance, señorita. Cuide a Tolerance. Mándele a Tolerance cinco chelines para Navidad. Los merece.

—¿De qué diablos está usted hablando?

—Porque por él sabremos quién mató a su tío —dijo el doctor Fell cambiando de tono y hablando seriamente—. O, por lo menos, le deberemos la evidencia.

—¿Supongo que no cree usted que yo lo hice?

—Sé que no lo hizo usted.

—¿Pero sabe quién lo hizo?

—Sé quién lo hizo —dijo el doctor, bajando la cabeza.

Durante un rato, que pareció muy largo, ella lo miró sin otra expresión en los ojos que los que podrían tener los de un gato. Luego, tanteando con vaguedad, buscó algo en el pescante del automóvil y sacó su cartera como si se preparara a correr hacia la casa.

—¿Ellos lo creen? —preguntó repentinamente, señalando con la cabeza a Bostwick y a Elliot.

—Lo que nosotros creemos, señorita —espetó Bostwick—, nada tiene que ver aquí. Pero el inspector —miró a Elliot— vino, vino hasta aquí, óigalo bien,

expresamente con el objeto de hacerle algunas preguntas.

—¿Sobre una jeringa de inyecciones? —dijo Marjorie.

El temblor de sus dedos parecía ahora haberse posesionado de todo su cuerpo. Miró fijamente el cierre de su cartera, abriéndolo y cerrándolo con una serie de movimientos nerviosos; había agachado la cabeza de tal suerte que el ala del sombrero gris de fieltro le tapaba la cara.

—Me imagino que la habrán encontrado —prosiguió tosiendo un poco—. Yo la encontré esta mañana. En el fondo del alhajero. Quise esconderla, pero no se me ocurría lugar más seguro en toda la casa, y tuve miedo de sacarla de aquí. ¿Cómo puede uno deshacerse de algo? ¿Cómo puede dejado en alguna parte y estar segura de que nadie la ve cuando lo hace? No tiene impresiones digitales mías, si es que alguna vez las tuvo, porque la limpié. Pero no fui yo quien la puso en el alhajero. No fui yo.

Elliot sacó el sobre del bolsillo y lo sostuvo abierto para que ella pudiera inspeccionar su interior.

Marjorie no miraba a Elliot. Como si nunca hubiera existido, no existía ahora comunicación alguna entre ellos. Era una cuerda rota, un hilo desconectado, una pared nueva.

—¿Es ésta la jeringa, señorita Wills?

—Sí. Ésa es. Creo.

—¿Es suya?

—No. De tío Joe. Por lo menos, es de las que él usa; y tiene la marca «Carwright y Cía.» y un número de fábrica y de cantidad.

—¿Sería posible —rogó el doctor Fell, cansado— olvidar esa jeringa durante un momento? ¿Sería posible expulsar de nuestras mentes esa jeringa? ¡Al diablo con esa jeringa de inyecciones! ¿Qué diferencia hace lo que tenga escrito, de quién es, o cómo pudo introducirse en el alhajero, mientras no sepamos quién la escondió allí? Ninguna, les digo. Pero si la señorita Wills cree lo que le aseguré hace un momento —la miró con firmeza— podría, en cambio, contarnos lo del revólver.

—¿El revólver?

—Quiero decir —aclaró el doctor—, podría contarnos adónde fueron usted y Harding y el doctor Chesney esta tarde.

—¿No sabe también eso?

—¡Diablos, no lo sé! —rugió el doctor Fell, haciendo una terrible mueca—. Tal vez me equivoque. Todo es cuestión de la atmósfera que los rodeaba. El doctor Chesney tenía la suya, a su manera; Harding la tenía, a su manera; usted también la tiene, a su manera. Mírese. Dígame, por favor, si soy un burro; pero hay, además, otros indicios exteriores.

Levantando el bastón, señaló el clavel blanco tirado en el camino, el clavel que el doctor Chesney se había sacado del ojal, arrojándolo por la borda al acercarse el

automóvil a la casa. Luego el doctor Fell bajó el bastón y tocó el zapato de Marjorie. Ésta, instintivamente, retrocedió, y echó atrás el pie, levantándolo, pero una de las diminutas partículas blancas adheridas a la suela se había pegado ahora en la punta del bastón.

—Por supuesto, a ustedes no les han tirado *confetti* —dijo el doctor—. Pero creo recordar que el pavimento de la puerta del registro civil de Castle Street está sembrado de estos papelitos. Y hoy es un día húmedo... ¿Por qué *tengo* yo que hacer estas cosas? —agregó con violencia.

Marjorie movió afirmativamente la cabeza.

—Sí —dijo con tranquilidad—. George y yo nos hemos casado en el registro civil de Bristol esta tarde.

Y como nadie pronunciaba palabra, durante una pausa en que se oían voces procedentes del interior de la casa, Marjorie insistió.

—Era una licencia especial. La conseguimos anteayer —su voz subió de tono—. Pensábamos... pensábamos guardar secreto durante un año —su voz se elevó más aún—. Pero puesto que estamos entre detectives tan perspicaces, y somos criminales tan poco hábiles que en seguida lo adivinan ustedes todo, bueno, ahí lo tienen.

El superintendente Bostwick la miraba atónito. Luego estalló en palabras sinceras.

—Pero, muchacha —dijo con tono incrédulo—. ¡Por Dios! No lo creo. No puedo creerlo. Ni cuando me pareció que había algo raro en usted, pero no discutamos eso, mire: ni entonces, la hubiera creído capaz de hacer una cosa así. O que el doctor se lo permitiera. No lo entiendo.

—¿No es partidario del casamiento, señor Bostwick?

—¿Partidario del casamiento? —repitió Bostwick como si las palabras no significaran nada para él—. ¿Cuándo se decidió a hacerlo?

—Íbamos a hacerla hoy. Ya lo teníamos planeado. Íbamos a casarnos en la intimidad, en un registro civil porque George detesta la ceremonia y el alboroto: Pero tío Marcus murió, y yo me sentía tan... tan... bueno, sea como sea, decidimos esta mañana casarnos de todos modos. Y tenía mis razones. ¡Tenía mis razones, les digo!

Hablaba casi a gritos.

—¡Caramba! —dijo Bostwick—. Eso es lo que no entiendo. Conozco a su familia desde hace dieciséis años. Se lo digo sinceramente. ¡Y que el doctor vaya y la deje hacer eso cuando ni siquiera han enterrado todavía al señor Chesney!

Marjorie dio un paso atrás.

—Bueno —dijo con lágrimas en los ojos—, ¿nadie va a felicitarme, siquiera, ni a decirme por lo menos que me desea felicidad?

—Yo se la deseo —dijo Elliot—. Usted lo sabe.

—Señora Harding —empezó a decir gravemente el doctor Fell, y ella se

sobresaltó, sorprendida al oírse nombrar así—. Le pido disculpas. Mi falta de tino es tan notoria que me hubiera extrañado no cometer una incorrección. Le ofrezco mis felicitaciones. Y no solamente espero que sea feliz: le prometo que lo será.

Con la cual la actitud de Marjorie cambió repentinamente.

—¡Qué sentimentales estamos! —exclamó con una mueca irónica—. Y este policía grandote —miró a Bostwick— que de pronto recuerda lo mucho que conoce a mi familia, o por lo menos a la familia Chesney, ¡cómo le gustaría, sin embargo, ponerme una cuerda al cuello! Me casé. Bien. Me casé. Tenía mis razones. Tal vez no entiendan ustedes, pero tenía mis razones.

—Sólo dije... —empezó Elliot.

—Olvídelo —interrumpió Marjorie con mortal tranquilidad—. Todos han dicho cuanto tenían que decir. Por lo tanto, pueden seguir ahora rondando por aquí tan satisfechos y solemnes como una lechuza. Como el profesor Ingram. Hubieran visto la cara que puso cuando pasamos por su casa y le pedimos que sirviera de testigo. No, no. ¡Oh, no! Algo espantoso. No podía disimularlo. Pero lo había olvidado. A ustedes sólo les interesa saber lo del revólver, ¿verdad? No me cuesta nada decirlo; fue, de veras, una broma. Tal vez el humorismo de tío Joe no se caracteriza por su refinamiento, pero él, por lo menos, está con uno cuando los demás fallan. Tío Joe pensó que sería un chiste espléndido fingir que se trataba de lo que él llama un casamiento de «revólver al pecho», y pensaba sostener el arma de tal manera que el jefe del registro civil no pudiera verla, pero nosotros sí, mientras simulaba que nos había acompañado para cerciorarse de que George haría de mí una mujer decente.

Bostwick hizo restallar la lengua.

—¡Oh, ah! —murmuró con un fulgor de alivio en la cara—. ¿Por qué no lo dijo antes? Quiere usted decir...

—No, no quiero decir —interrumpió Marjorie casi enternecida—. ¡Qué maestro había sido usted en el arte de malograr los grandes efectos! Me caso para evitar que me ahorquen por asesinato, y usted se torna sumamente comprensivo cuando cree que lo hice para convertirme en mujer decente. Es algo maravilloso —su regocijo se acentuaba—. No, superintendente. A pesar de todo lo que usted me atribuye, acaso se sorprenda horriblemente, pero, como usted diría, mi pureza permanece incólume. ¡Qué mundo éste! De todos modos, no se agite. Quería saber lo del revólver, y ya se lo dije. Ignoro cómo pudo una bala introducirse en él; probablemente por descuido de tío Joe, pero no fue más que un accidente y nadie quería matar a nadie.

Cortésmente, el doctor Fell le preguntó:

—¿Es ésa su impresión?

Pese a su rapidez mental, Marjorie, en el primer momento, no comprendió.

—¿Quiere usted insinuar que el balazo que recibió George no fue un...? —empezó a decir, y se interrumpió—. ¿No pretende, verdad, insinuar que el asesino ha

vuelto a las andadas?

El doctor Fell bajó la cabeza.

La tarde caía sobre Bellegarde. Hacia el Este, las colinas se tornaban grises, pero el cielo, en el Oeste, era aún de fuego: el lado del cielo al que daban las ventanas de la sala de música, el escritorio, y las ventanas del dormitorio de Wilbur Emmet en la planta alta. Por una de esas ventanas, recordó Elliot algo distraídamente, había aparecido, la noche anterior, la cabeza del doctor Chesney.

—¿Me necesita para algo más? —preguntó Marjorie en voz baja—. Si no, le ruego que me permita retirarme.

—Naturalmente —dijo el doctor Fell—. Pero esta noche la necesitaremos.

Sin que Elliot casi lo advirtiera, Marjorie se retiró, mientras los tres hombres permanecían junto al orificio abierto por la bala en el pilar amarillo. Más tarde, Elliot recordó que la visión de esas ventanas situadas frente a la luz del poniente fue lo que hizo que también en su cerebro se abriera una ventana. O fue tal vez el sacudimiento que le produjo la combinación de circunstancias de lo que Marjorie Wills decía, pensaba y hacía, lo que había despejado su parálisis mental. Su juicio se había soltado como se suelta una cortinilla y se enrolla con un chasquido. Y en la claridad creciente de esa revelación se maldijo a sí mismo y todo lo que acontecía a su alrededor. A más B más C más D calzaban rápidamente en un esquema que se delineaba con nitidez en su cabeza. Hasta ese momento no se había comportado como un detective, sino como un tonto de capirote. Todas las veces que había podido errar el camino lo había errado. Todas las veces que había sido posible interpretar equivocadamente las cosas, lo había hecho. Si a cada hombre se le permite una sola vez en la vida actuar como un perfecto imbécil, él ya había cumplido con eso. Pero ahora...

El doctor Fell se volvió. Elliot sintió los ojos pequeños y sagaces del doctor fijos en él.

—¿Ajá? —dijo el doctor de pronto—. ¿Ya lo tiene, no es así?

—Sí doctor. Creo que ya lo tengo.

Y pegó un puñetazo en el aire.

—Si es así —dijo el doctor Fell con suavidad—, sería mejor volver al hotel y comentar el asunto. ¿Listo, superintendente?

Elliot volvió a maldecirse mientras, recapacitando, ordenaba mentalmente los indicios; y su abstracción era tan profunda que apenas oyó al doctor que silbaba una tonada mientras se dirigían al automóvil. Era una tonada que permitía marcar el paso. En realidad era la marcha nupcial de Mendelssohn; pero nunca hasta ese momento había sonado así: maligna y fatal.

A las ocho de esa misma noche, una vez que los cuatro hombres estuvieron sentados frente a la chimenea encendida del cuarto de Elliot en «El León Azul», el doctor Fell habló.

—Sabemos ahora —dijo con la mano en alto y descontando cada punto con los dedos— quién es el asesino; cómo operó; y por qué operó. Sabemos que toda la serie de crímenes fueron obra de este único hombre, que actuaba sin cómplice. Conocemos el asombroso peso de las pruebas que existen en su contra. La culpabilidad, según veremos, se probará por sí sola.

El superintendente Bostwick emitió un gruñido aprobatorio.

El mayor Crow hizo un gesto de asentimiento lleno de satisfacción.

—Acepto gustoso sus teorías —dijo—. Si es así ¡estremece la idea de ese hombre viviendo entre nosotros!...

—Y perturbando el ambiente —agregó el doctor Fell—. Exactamente. Eso es lo que tanto desconcierta a Bostwick. Dicha influencia contamina todo lo que toca, por inofensivo que sea. Se vuelve imposible tomar una taza de té, dar una vuelta en auto y comprar un rollo para una cámara, sin que esa influencia, en alguna forma, contamine la acción y la vuelva tortuosa. Un tranquilo rincón del mundo como éste, se trastorna a causa de ella. Las armas disparan tiros en los jardines de las casas donde antes sus habitantes se hubieran asombrado al ver un arma. Se lanzan piedras en la calle. Una idea antojadiza le trabaja los sesos al comisario, y otra al superintendente. Y todo debido a esa influencia que determinada persona se decide finalmente a poner en acción.

El doctor Fell sacó su reloj, y lo colocó frente a él, sobre la mesa. Llenó y encendió su pipa con maciza deliberación, resopló y siguió hablando.

—Por consiguiente —dijo— mientras ustedes piensan en las pruebas me gustaría enseñ... ¡ejem!... me gustaría discutir con ustedes el arte del envenenamiento y comunicarles algunos pequeños datos.

»En particular, puesto que se aplica a este caso, podríamos clasificar cierto grupo de crímenes dentro de una misma denominación. Por raro que parezca, nunca los he visto reunidos en una determinada clasificación, aunque sus características sean, en general, tan asombrosamente semejantes que los unos podrían ser copias más o menos sutiles de los otros. Son los eternos archihipócritas y el eterno peligro de las esposas: me refiero al envenenador masculino.

»Las mujeres envenenadoras son (Dios lo sabe) bastante peligrosas. Pero los hombres constituyen una amenaza más inquietante para la sociedad, puesto que a la

astucia del envenenamiento añaden una especie de diabólica generalización, una aplicación de los principios comerciales, una voluntad de lograr el éxito mediante el empleo de arsénico o estricnina. Forman un grupo restringido, pero tristemente famoso; y sus caras, todas, se parecen. Admito algunas excepciones que no corresponderían a ninguna categoría: por ejemplo, Seddon^[2]. Pero creo que si tomamos una docena de ejemplos muy conocidos de la vida real, encontraremos la misma máscara en el rostro y el mismo material falso en el cerebro. Adviertan cómo calza en el grupo nuestro asesino de Sodbury Cross.

»En primer lugar, son hombres de cierta imaginación, educación y hasta cultura. Las profesiones que eligen lo indican. Palmer, Pritchard, Lamson, Buchanan y Cream eran médicos; Richeson era clérigo; Wainwright, artista; Armstrong, abogado; Hoch, químico; Waite, dentista; Vaquier, inventor; Carlyle Harris, estudiante de medicina. E inmediatamente nuestro interés se despierta.

»No nos interesa el bruto analfabeto que aplasta a un prójimo en una fonda. Nos interesa el criminal que tiene la obligación de saber que eso no se hace. Naturalmente, yo sería el último en negar que la mayoría (si no todos) de los nombrados, eran brutos. Pero brutos de la especie cuyos modales atraen, cuya imaginación posee real actividad, cuya habilidad de artistas teatrales es de primer orden; algunos de ellos nos asombran por lo ingeniosidad de sus inventos para matar o desviar las sospechas.

»Los doctores George Harvey Lamson, Robert Buchanan y Arthur Warren Waite cometieron crímenes para obtener ventajas materiales, en 1881, en 1882 y en 1915, respectivamente. En esa época, la literatura de ficción, denominada cuento policial, estaba en la infancia. Pero vean ustedes la forma en que cada uno de ellos se desempeñó.

»El doctor Lamson mató a su víctima, un sobrino inválido de dieciocho años, empleando pasas de uva envenenadas con aconitina y cocinadas dentro de una torta. Llegó hasta el extremo de cortar la torta en presencia del muchacho y del director del colegio donde estudiaba la víctima. Los tres comieron un pedazo de torta a la hora del té; por lo tanto Lamson podía alegar su inocencia cuando nadie más que el muchacho se sintiera mal. Me parece haber leído esta treta en algún libro de ficción.

»El doctor Buchanan envenenó a su mujer con morfina. Ahora bien, la morfina es una droga que (y él lo sabía) puede fácilmente ser localizada por cualquier facultativo, debido a la contracción que sufren las pupilas de la víctima. En vista de ello, el doctor Buchanan agregó un poco de belladona a la morfina, con lo cual evitaba la contracción de las pupilas, lograba que la apariencia de la víctima fuera normal y obtendría del médico que fue a verla un certificado de muerte natural. El procedimiento era magnífico e infalible si el doctor Buchanan no hubiera dejado escapar la verdad al conversar con un amigo.

»Arthur Warren Waite, el criminal aniñado y feliz, trató de matar a sus adinerados suegros por medio de bacterias de neumonía, difteria y gripe.

»El método demostró ser demasiado lento, y finalmente recurrió a venenos menos sutiles, pero su primera tentativa fue asesinar a su suegro empleando bacilos de tuberculosis, administrados con un pulverizador nasal».

El doctor Fell hizo una pausa.

Había entrado de lleno en el tema e irradiaba una concentrada gravedad. De haber estado allí el superintendente Hadley le habría gritado que parara el carro y terminase la conferencia. Pero Elliot, el mayor Crow y Bostwick se limitaban a hacer gestos afirmativos con la cabeza. Comprobaban cómo todos los detalles eran aplicables al asesino de Sodbury Cross.

—Ahora bien —prosiguió el doctor Fell—, ¿cuál es la primera y más destacada característica del envenenador? La siguiente. Tiene, por lo general, entre sus amistades, fama de ser un gran tipo. Es un personaje jovial. Un compañero generoso. Un amigo verdadero y servicial. A veces se jacta de ciertos minuciosos escrúpulos puritanos en materia de estricta observancia religiosa y hasta en lo que se refiere a los buenos modales en sociedad; pero sus amigos liberales le perdonan fácilmente tales pequeñeces porque, después de todo, es un tipo excelente.

«Thomas Griffiths Wainewright, ese exigente mantenedor de las reglas sociales que envenenaba a las personas al por mayor para quedarse con el dinero de los seguros, fue uno de los más hospitalarios anfitriones de hace cien años. William Palmer, de Rugeley, era abstemio, pero nada le complacía más que ofrecer amablemente bebidas a sus amigos. El reverendo Clarence V. T. Richeson, de Boston, encantaba a los devotos dondequiera que iba. El doctor Edward William Pritchard, aquel de la gran cabeza calva y de la larga barba castaña, era el ídolo de las confraternidades de Glasgow. ¿Ven ustedes cómo todo esto se aplica al hombre cuya captura deseamos?».

El mayor Crow asintió.

—Sí —dijo Elliot, taciturno y al mismo tiempo satisfecho. Y fue como si una imagen se diseñara en el cuarto del «León Azul» iluminado por el fuego.

—Hay, en cambio, en sus caracteres, como el reverso de la medalla, y tal vez como parte esencial de la misma, una indiferencia tal ante el dolor ajeno, una distribución tan glacial de muerte en sus más horribles formas, que nuestra imaginación común es incapaz de captarla. Lo que acaso nos llama más la atención no es tanto su indiferencia ante la muerte, como la que demuestran ante el dolor causado por la muerte. Todos conocemos la famosa respuesta de Wainewright. «¿Por qué envenenó a la señorita Abercromby?». «Juro por mi alma que lo ignoro, a menos que sea porque sus tobillos eran demasiado gruesos».

»Era, naturalmente, jactancia; pero nos ofrece la medida real de la actitud del

envenenador frente a la vida humana. Wainewright necesitaba dinero; por lo tanto, evidentemente, alguien tenía que morir. William Palmer necesitaba dinero para jugar a las carreras; en consecuencia, su mujer, su hermano y sus amigos tenían que tomar estricnina. Era algo que caía de su peso. Y es así siempre en el caso de quienes, suave o lastimeramente, “tienen que conseguir” algo. El reverendo Clarence Richeson, el de los ojos magnéticos, habría negado con lágrimas en los ojos que se casaba con la señorita Edmunds por su dinero o su situación. Pero envenenó a una ex amante con cianuro de potasio para que no lo incomodara. El sentimental doctor Edward Pritchard no ganó mucho al matar a su mujer con pequeñas dosis de emetocatórtico administrado durante un período de más de cuatro meses; y apenas ganó unos cuantos miles cuando liquidó a su suegra. Pero quería ser libre. “Tenía que conseguir” eso.

Lo cual nos lleva a considerar la siguiente característica del envenenador: su extraordinaria vanidad.

»Todos los asesinos la tienen. Pero el envenenador la posee en grado extremo. Se siente orgulloso de su inteligencia, orgulloso de su apariencia, orgulloso de sus modales, orgulloso de su capacidad de engaño. Tiene veleidades de actor, hasta de exhibicionista; y en general, es un actor excelente. Pritchard, abriendo el cajón para besar por última vez los labios de su mujer muerta; Carlyle Harris discutiendo sobre ciencia y teología con el sacerdote mientras se dirigía a la silla eléctrica; la indignación sorprendida de Palmer en presencia de los investigadores: estas escenas teatrales son incontables y su raíz es la vanidad.

»No es menester que dicha vanidad se manifieste en la superficie. El envenenador puede ser un hombrecillo manso, de ojos azules, profesoral, como Herbert Armstrong, el abogado de Hay, que suprimió a su mujer y luego trató de suprimir a un rival en los negocios por medio de arsénico espolvoreado en un *scone* a la hora del té. Por lo cual es mucho peor cuando el engreimiento sale finalmente a luz durante los interrogatorios o en presencia del juez. Y nada expresa con mayor claridad la vanidad del envenenador masculino que su dominio (o lo que él considera su dominio) sobre las mujeres.

»Casi todos tienen, o creen tener, ese dominio. Armstrong lo tenía, aunque escondido. Wainewright, Palmer y Pritchard lo utilizaron para cometer sus crímenes. Por tenerlo, Harris, Buchanan y Richeson se vieron en dificultades. Hasta el bizco Neill Cream creyó que lo tenía. Tal poder iba unido a una continua suficiencia y jactancia que constituían el fondo de todo lo que hacían. Hoch, el asesino Barba Azul, suprimió a una docena de mujeres con arsénico hábilmente escondido en una pluma fuente. Pocos espectáculos parecen más ridículos que el de Jean Pierre Vaquier, el envenenador de Byfleet, que sonreía afectadamente entre sus aceitadas patillas durante el juicio. Vaquier había mezclado estricnina al bromuro que tomaba el posadero, confiando en su poder donjuanesco para conquistar a la esposa de su

víctima, al mismo tiempo que la posada de su víctima. Después de su apelación, lo llevaron a la rastra mientras gritaba: “Je demande justice”, y es muy posible que creyera que no le habían hecho justicia.

»Porque, llegando al fondo del asunto, vemos que todos estos espléndidos muchachos asesinaron para procurarse ventajas financieras.

»Cream, lo admito, fue una excepción; porque Cream era loco y sus frenéticas exigencias de chantaje no pueden tomarse muy en serio. Pero en la raíz de los crímenes de los demás está el deseo de dinero, el deseo de conseguir una situación más holgada en la vida. Hasta cuando uno de ellos elimina a su esposa o a su amante, lo hace para conseguir a otra que tenga más dinero, porque la que tiene es un obstáculo para su talento. Si no fuera por ella, podría gozar de comodidad. Si no fuera por ella sería una personalidad eminente. Se cree ya una notabilidad; el mundo le debe muchas cosas buenas. Por lo tanto, la esposa o la amante desechada, puede lo mismo ser, en cuanto a obstáculo, una tía, un vecino, o Juan Pérez. Lo que debemos considerar es la contextura corrompida del cerebro; y estamos de acuerdo en que eso es lo que caracteriza al asesino de Sodbury Cross».

El mayor Crow, que había estado mirando el fuego meditativamente, hizo un gesto violento.

—Sé que es cierto —dijo volviéndose hacia Elliot—. *Usted* lo ha probado.

—Sí, señor. Creo que sí.

—Todo lo que hace ese sinvergüenza basta para desear ahorcarlo —espetó el mayor Crow—. Hasta la razón por la cual esto le fracasó, si lo entiendo bien. Todo el espectáculo fracasó porque...

—Le fracasó porque quiso alterar toda la historia de la criminalidad —replicó el doctor Fell—. Eso nunca resulta, créanme.

—¡Un momento! —dijo Bostwick—. En esto no lo entiendo.

—Si tiene usted alguna vez la tentación de cometer un asesinato con veneno —dijo el doctor Fell muy en serio— recuerde lo siguiente: de todas las formas de asesinato, el envenenamiento es la más difícil de ejecutar impunemente.

El mayor Crow lo miró atónito.

—Vamos —protestó—, quiere usted decir la más fácil, ¿verdad? No soy lo que se dice un imaginativo, como ya lo saben. Pero a veces me he preguntado... bueno, óiganlo, ¡lo confieso! Todos los días mueren personas de nuestro alrededor; se supone que de muerte natural; certificado médico y todo; pero ¿quién puede saber cuántas de esas muertes serán crímenes? Lo ignoramos.

—¡Ah! —exclamó el doctor Fell, respirando larga y profundamente.

—¿Qué significa «ah»?

—Significa que he oído eso mismo otras veces —replicó el doctor—. Tal vez tenga razón. Lo ignoramos. Pero sólo deseo subrayar esto: que lo ignoramos. Por

consiguiente su argumento es tan extraordinario que hace vacilar mi cerebro. Cien personas, digamos, mueren en Wigan en el transcurso de un año. Usted sospecha oscuramente que algunas de ellas pueden haber sido envenenadas. Y porque lo sospecha, se vuelve hacia mí y me dice que es una razón por la cual envenenar a las gentes es cosa fácil. Lo que dice puede ser muy cierto; no le discuto que los cementerios estén tal vez llenos de cadáveres de asesinados que claman venganza, desde aquí hasta Tierra del Fuego, pero, ¡qué diantre!, procuremos tener alguna prueba antes de suponer que una cosa sea verdadera.

—Bueno, ¿cuál es, entonces, su argumento?

—Analizando —dijo más suavemente el doctor Fell—, analizando los únicos casos que podemos emplear como prueba (los casos en que ha sido descubierto veneno en un cadáver), es evidente que el envenenamiento es el asesinato más difícil de cometer impunemente, puesto que tan pocas personas se libran de que las descubran.

»Quiero decir que el asesino, por la misma naturaleza de su carácter, está sentenciado desde el principio. No puede, nunca lo hace, quedarse tranquilo. Cuando consigue envenenar con éxito la primera vez, sigue envenenando sin descanso hasta que fatalmente lo pescan. Observe la lista que cité hace un rato. Su propio carácter lo traiciona. Usted o yo podemos pegar un tiro, o una cuchillada, o un cachiporrazo, o estrangular. Pero no nos encariñaríamos tan apasionadamente con un reluciente revólver, o una lustrosa daga nueva, o una cachiporra, o un pañuelo de seda; no podríamos jugar con estas monadas siempre. Y eso, justamente, es lo que hace el envenenador.

»Hasta los primeros riesgos que corre son grandes. El asesino común corre un solo riesgo. El envenenador corre un riesgo triple. A diferencia del balazo o la cuchillada, su obra no termina después de efectuado el trabajo. Tiene que cerciorarse de que su víctima no viva lo bastante como para denunciarlo: riesgo grande. Tiene que demostrar que no tuvo oportunidad de administrar el veneno ni razón para hacerlo: riesgo mortal. Y tiene que conseguir el veneno sin que lo descubran... tal vez el riesgo peor de todos.

»Una y otra vez se repite la misma siniestra historia. X muere en circunstancias sospechosas. Se sabe que Y tenía excelentes razones para desear eliminar a X, y todas las oportunidades para intervenir en la comida o la bebida de X. Se exhuma el cadáver. Se halla veneno. Partiendo de esta base, sólo basta localizar una compra de veneno que haya hecho Y; y tenemos como inevitable conclusión la secuela del arresto, el juicio, la sentencia y el paseíto de las ocho.

»Ahora bien, nuestro amigo de aquí, de Sodbury Cross, sabía todo esto. No necesitaba ser un profundo investigador de crímenes para saberlo, le bastaba leer los diarios. Pero sabiéndolo, se propuso construir un plan de asesinato que cubriría esos

tres riesgos mediante una especie de coartada triple. Trató de hacer algo que ningún criminal ha logrado hacer. Y fracasó, porque a una persona inteligente (como ustedes) le es posible penetrar cada detalle de la triple trama. Permítanme ahora mostrarles otra cosa.

Buscando en el bolsillo interior de su saco, el doctor Fell extrajo una billetera repleta de toda clase de papeles: recortes que siempre juntaba y metía en sus bolsillos, negándose a separarse de ellos. Entre el montón, consiguió encontrar una carta.

—Les dije —prosiguió— que Marcus Chesney me había escrito hace apenas unos días. Hasta ahora no les he mostrado la carta porque no quería que les hiciera errar el rumbo. Hay en ella demasiadas pruebas fehacientes. Y los hubiera desorientado mucho. Pero léanla ahora, a la luz de lo que sabemos que es la verdad, y vean la interpretación que le dan.

Desplegó la carta sobre la mesa junto a su reloj. La encabezan las palabras: «Bellegarde, octubre 1.º», y se refería casi a las mismas teorías que acababan de oír. Pero el índice del doctor Fell señalaba un párrafo, casi al final:

«Todos los testigos, metafóricamente hablando, usan anteojos negros. No pueden ver con claridad, ni interpretar lo que ven en sus colores exactos. No saben lo que se desarrolla sobre el escenario, y menos aún lo que acontece en el auditorio. Presénteles después la cosa registrada en blanco y negro, y le creerán; pero ni aun entonces serán capaces de interpretar lo que ven».

«Pienso efectuar, dentro de poco, una pequeña demostración ante un grupo de amigos. Si resulta bien, ¿puedo pedirle que tenga la amabilidad de venir a verla, en una fecha ulterior? Sé que ahora se encuentra usted en Bath, y puedo enviarle el auto cuando lo desee. Prometo tratar de engañarlo en todas las formas posibles. Pero, puesto que no conoce el terreno, puesto que sólo conoce apenas a algunas de las personas de aquí, jugaré limpio y le daré un dato: observe de cerca a mi sobrina Marjorie».

El mayor Crow silbó.

—Exactamente —gruñó el doctor Fell doblando la carta—. Y esto junto con lo que vamos a ver y oír esta noche, debería completar el caso.

Se oyó un discreto golpe de nudillos en la puerta.

El doctor Fell, respirando hondo, miró su reloj. Echó una ojeada al círculo de oyentes, y todos le dieron a entender que estaban listos. El doctor guardó el reloj, en el momento en que se abría la puerta; una silueta familiar, cuyo aspecto era menos familiar que de costumbre porque vestía traje de calle en lugar del habitual saco blanco, introdujo la cabeza en la habitación.

—Entre, Stevenson —dijo el doctor Fell.

Elliot detuvo su automóvil frente a la puerta de Bellegarde. Se hallaba repleto, a pesar de que Bostwick y el mayor Crow venían detrás en otro coche. El doctor Fell llenaba la mayor parte del asiento trasero, el resto del cual estaba enteramente ocupado por la caja grande que había llevado Stevenson, de acuerdo con las instrucciones recibidas. En el pescante, sentado junto a Elliot, se hallaba Stevenson en persona, fascinado al parecer, pero nervioso.

Bueno, todo estaba por terminar. Elliot tiró del freno de mano y miró el frente iluminado de la casa.

Pero antes de llamar la campanilla aguardó a que los demás llegaran. Era una noche fría, con una leve neblina.

Marjorie les abrió la puerta. Cuando vio sus semblantes oficiales, miró rápidamente hacia atrás.

—Sí, recibí su mensaje —dijo Marjorie—. Estamos todos aquí esta noche. Aunque, de todos modos, no hubiéramos salido. ¿Qué pasa?

—Sentimos mucho, señorita —dijo Bostwick—, interrumpir su noche de bodas —era evidente que no podía dejar de hablar de lo mismo: ese casamiento se había convertido para él en una especie de obsesión—. Pero no la molestaremos demasiado rato, y luego la dejaremos con...

Se interrumpió, murmurando entre dientes, al ver la mirada fría e iracunda que le dirigía el mayor Crow.

—Superintendente.

—¿Señor?

—Los asuntos privados de esta señora no necesitan ser discutidos. ¿Me entiende? Gracias —aunque el mayor no se sentía cómodo, trató de hablar jovialmente a Marjorie—. Sin embargo, en una cosa Bostwick tiene razón. Nos mandaremos mudar en cuanto sea posible. ¡Ja, ja, ja! Sí. Definitivamente. ¿Qué estaba diciendo? ¡Ah, sí! ¿Puede conducirnos adonde están los demás?

Evidentemente el mayor no era, ni mucho menos, un actor. Marjorie lo miró, miró la caja grande que Stevenson sostenía de la manija, y no dijo nada. Estaba muy sonrosada, se notaba que había bebido coñac en la comida.

Encontraron el mismo ambiente en la biblioteca adonde ella los llevó. Estaba situada en el fondo de la casa y era un cuarto agradable, convencional, con estanterías de libros y una chimenea grande de piedra rústica. Un fuego de leños brillaba agradablemente en el hogar. Sobre la alfombra, junto a la chimenea, habían instalado una mesa de juego, y el doctor Chesney y el profesor Ingram jugaban una partida de

chaquete. Cómodamente instalado en un sillón, Harding leía un diario, con la cabeza erguida y en posición poco natural debido a los vendajes que tenía en la nuca.

Tanto el doctor Chesney como Harding estaban algo bebidos. El profesor Ingram se mostraba fría y naturalmente sobrio. Sólo unas lámparas de *bridge* iluminaban el cuarto, en el que hacía mucho calor y estaba impregnado de olor a café, a cigarros, y al coñac que había en varios vasos grandes, especiales. Abandonaron toda apariencia de jugar al chaquete, aunque el profesor Ingram seguía haciendo rodar distraídamente los dados sobre el tablero.

Poniendo las manos de plano sobre la mesa, el doctor Chesney se volvió hacia los recién llegados, escudriñándolos con su cara pecosa y enrojecida.

—Bueno —refunfuñó—. ¿Qué pasa? Terminen de una vez.

Ante una señal del mayor Crow, Elliot se hizo cargo de la explicación.

—Buenas noches a usted, señor. Y a usted. Y a usted. Creo que todos han conocido al doctor Fell alguna vez. Y todos, por supuesto, conocen a Stevenson.

—Lo conocemos —dijo el doctor Chesney, mirándolos aún de soslayo y tratando de dominar su voz enronquecida por el coñac—. ¿Qué es eso que trae ahí Hobart?

—Una proyector —contestó Elliot, y dirigiéndose al profesor Ingram, añadió—: Hoy, señor, se mostraba usted muy ansioso por ver la película registrada durante la demostración del señor Chesney. Propongo, si no tienen inconveniente, que todos la vean. Stevenson ha consentido amablemente en traer el aparato y todo lo necesario, y estoy seguro que no se opondrán a que instalemos eso aquí —hablaba con el modo que el superintendente Hadley le había inculcado—. Comprendo que no ha de ser muy agradable para ustedes verla, y les pido disculpa. Pero les aseguro que será una ayuda, tanto para nosotros como para ustedes, si aceptan verla.

Se oyó el ruido seco y leve de los dados que el profesor Ingram hacía rodar por el tablero. El profesor les echó un vistazo para verificar el resultado, levantó los ojos y miró a Elliot.

—Ya, ya —murmuró.

—¿Cómo dice?

—Vamos, hombre —replicó el profesor Ingram—. Juguemos limpio. ¿Es esto —volvió a echar los dados—, es esto una especie de reconstrucción en el estilo de la policía francesa? ¿El infeliz culpable no podrá menos que gritar y confesar su crimen? No diga tonterías, inspector. En nada los ayudará, y es un mal procedimiento psicológico; por lo menos en el caso presente.

Su tono era superficial, pero había seriedad debajo de sus palabras. Elliot sonrió y sintió alivio cuando vio que el profesor Ingram también sonreía. Se apresuró a tranquilizarlo.

—No, señor; palabra de honor, no se trata de eso. No pretendemos atemorizar a nadie. Sólo queremos que todos ustedes *vean* la película. Queremos que la vean para

que se convenzan...

—¿De qué?

—... para que se convenzan de quién era en realidad el doctor Nemo. Hemos estudiado cuidadosamente esa vista, y si observan ustedes con detenimiento lo que hay que observar, comprobarán quién mató al señor Chesney.

El profesor Ingram echó los dados en el cubilete, lo sacudió y volvió a tirarlos sobre el tablero.

—¿Así que la vista lo denuncia, eh?

—Sí. Así lo creemos. Por eso deseamos que todos vean la película, para verificar si están de acuerdo con nosotros: como estamos seguros que ocurrirá. Se ve clarísimo en la vista. Lo advertimos la primera vez que pasamos la película, aun cuando no nos dábamos cuenta de lo que veíamos; pero creemos que ustedes lo notarán en seguida. Y en ese caso, naturalmente todo será muy sencillo. Nos disponemos a efectuar un arresto esta noche.

—¡Santo cielo! —exclamó Joe Chesney—. ¿Quiere usted decir que van a tomar preso a alguno y a ahorcarlo por esto?

Hablaba con una especie de sorpresa simple, como si acabara de oír algo asombroso, cuya posibilidad todavía no se le había ocurrido, y su rostro se encendió aún más.

—Eso lo decidirá el jurado, doctor. ¿Pero tiene algún inconveniente? ¿De ver la vista, quiero decir?

—¿Eh? No, no; de ninguna manera. Para decirle la verdad, deseo verla.

—Y usted, señor Harding, ¿tiene algún inconveniente?

Harding se introdujo nerviosamente los dedos dentro del cuello, deslizándolos hasta tocarse la venda. Se aclaró la garganta, tomó la copa de coñac que tenía junto a él y la apuró de un trago.

—No —declaró—. ¿Es... es una buena vista?

—¿Una buena vista?

—Clara, quiero decir.

—Bastante clara. ¿Tiene algún inconveniente, señorita Wills?

—No, claro que no.

—¿Es necesario que *ella* la vea? —preguntó el doctor Chesney.

—La señorita Wills —dijo lentamente Elliot— es, precisamente, quien tiene que verla, aunque nadie más la viera.

El profesor Ingram echó a rodar nuevamente los dados y contempló los puntos con desgano.

—En lo que me concierne, me siento inclinado a enojarme por esto. Estaba muy ansioso, como usted dice, por ver la película. Y esta mañana sólo conseguí que me pagaran la molestia con un buen desaire. Por consiguiente, me siento inclinado —el

calor del cuarto hacía relucir su calva— a mandarlos al diablo. Pero no puedo. Esa infernal flecha de cerbatana me obsesionó toda la noche. La verdadera altura del doctor Nemo me obsesionó toda la noche —golpeó el cubilete contra la mesa—. Dígame: ¿se distingue en la película la altura del doctor Nemo? ¿Pueden comprobarla?

—Sí, señor. Alrededor de uno ochenta.

El profesor Ingram dejó el cubilete sobre la mesa y levantó los ojos. Por su parte, el doctor Chesney, algo intrigado al principio, expresó luego curiosidad y buen humor.

—¿Está comprobado? —preguntó el profesor ásperamente.

—Usted mismo lo verá. No es ése el punto principal sobre el cual deseamos que fije su atención, pero puede darlo por establecido, sí. ¿No les importaría si pasáramos la película en la sala de música?

—No, no, pásenla donde quieran —exclamó Joseph Chesney con voz de trueno. Se había sentido sacudido como una medicina en un frasco, y, al igual de ciertas medicinas, hacía espuma y cambiaba de color. Había adoptado una actitud de extrema hospitalidad—. ¿Quieren que les indique el camino? Permítanme. Llevaré algo de beber. Lo veremos hasta el fin, pero tenemos que tomar algo.

—Conozco el camino, gracias —contestó Elliot sonriendo al profesor Ingram—. No, señor, no ponga esa cara. Pasar la vista en la sala de música no significa una especie de «tercer grado» francés. Lo hago porque creo que allí percibirán mejor ciertos detalles. Stevenson y yo nos adelantaremos, y el mayor Crow los llevará a todos allí dentro de unos cinco minutos.

Hasta que salió del cuarto no se dio cuenta de la temperatura febril de su frente. También en ese momento advirtió que no había pensado para nada en el asesino; sabía quién era el asesino; el asesino no tenía ahora más defensa que un ratón en la trampa. Pensaba en otras cosas que casi lo hacían sentirse indispuerto.

Hacía frío en el vestíbulo y también en la sala de música. Elliot halló la llave de la luz detrás de la cómoda francesa. Corrió las cortinas grises; la neblina empezaba a levantarse detrás de las puertas del jardín. Se dirigió al radiador y abrió la calefacción.

—Puede poner la pantalla —dijo— en el vano de la doble puerta. Coloque el proyector lo más cerca que pueda; que las imágenes aparezcan del tamaño más grande posible. Podemos arrimar el fonógrafo y utilizarlo como mesa para el aparato proyector.

Stevenson asintió, y ambos, en silencio, pusieron manos a la obra. Clavaron la sábana en el marco de la puerta, conectaron el proyector en el mismo enchufe del fonógrafo. Pero pareció que transcurría mucho tiempo antes que un cuadrado de luz apareciera en la pantalla. Detrás de ella se hallaba el escritorio donde Marcus

Chesney había estado sentado, y donde el ruidoso tic-tac del reloj seguía oyéndose. Elliot arregló los sillones de brocado, de manera que dos de ellos quedaran a cada lado de la pantalla.

—Listos —dijo.

No había terminado de decirlo cuando un curioso desfile entró en la sala de música. Según advirtió Elliot, el doctor Fell se había encargado de dirigir la ceremonia. Marjorie y Harding fueron conducidos a los dos sillones de uno a los lados de la pantalla; el profesor Ingram y el doctor Chesney a los dos del lado opuesto. El mayor Crow (como la noche anterior) se apoyó sobre el piano de cola. Bostwick se instaló en un costado de la puerta, Elliot en el otro. El doctor Fell permaneció detrás de Stevenson, junto al proyector.

—Confieso —dijo el doctor Fell, respirando con dificultad— que esto no va a ser agradable para ustedes... especialmente para la señorita Wills. Pero ¿quiere hacerme el favor, señorita, de arrimar su sillón un poco más cerca de la pantalla?

Marjorie lo miró asombrada, pero obedeció sin decir palabra. Las manos le temblaban tanto, que Elliot se acercó y corrió el sillón. Aunque muy de costado, estaba a treinta centímetros de la sábana colgada entre las puertas abiertas.

—Gracias —gruñó el doctor, cuya cara estaba algo más pálida que de costumbre. Gritó a voz en cuello—: ¡Amén! En marcha.

Bostwick apagó las luces. De nuevo Elliot advirtió cuán intensa era la oscuridad, que sólo se interrumpió cuando Stevenson encendió la luz del proyector. Apenas arrojaba un reflejo sobre las caras de los que se hallaban en su órbita. Como la máquina estaba colocada a un metro cincuenta de la pantalla, la imagen reflejada en la sábana, aunque no de tamaño natural, sería enorme.

Empezó el rítmico zumbido, y la pantalla súbitamente se ennegreció. Era fácil oír la respiración de los presentes. Elliot tenía conciencia de la voluminosa silueta de bandolero del doctor Fell, erguida sobre los que estaban sentados; pero sólo como un fondo: prestaba toda su atención a las imágenes que iban a ver otra vez, a su significado, tan evidente con sólo detenerse a pensarlo.

A lo largo de la negrura de la pantalla se deslizó la mancha vertical de luz, temblorosa de sus bordes. De nuevo las puertas fantasmales se abrieron. De ese borrón surgió, gradualmente, una imagen clara del mismo cuarto que estaba detrás de la puerta doble que miraban. Y al ver la repisa de la chimenea brillante, la luz blanca sobre la mesa, el reloj de cuadrante blanco, Elliot tuvo la pavorosa sensación de que estaban frente al cuarto verdadero y no frente a su imagen. Era como si vieran el cuarto mismo a través de un velo transparente, un velo que convertía los colores en gris y negro. La ilusión se veía reforzada con el tic-tac del verdadero reloj. Ese tic-tac coincidía con el movimiento del péndulo del reloj espectral. Delante de ellos tenían un cuarto hueco, un cuarto en un espejo, con un verdadero reloj que marcaba la hora

de la noche anterior y con las puertas abiertas al aire de la noche anterior.

Entonces Marcus Chesney los miró desde el escritorio.

No fue sorprendente que Marjorie gritara, porque la figura parecía casi de tamaño natural. Tampoco se debía el efecto a la apariencia cadavérica de Marcus bajo esas luces: procedía de la ilusión de realidad que había entre ellos. En el cuarto del espejo, Chesney seguía gravemente en su asunto. Se sentó frente a ellos, empujó la caja de bombones de dibujos grises hacia un lado, y empezó su pantomima con los dos pequeños objetos que había sobre la mesa...

—¡Ah, ciego como un topo! —susurró el profesor Ingram, inclinándose tanto hacia adelante que su calva entró en el rayo de luz del proyector—. Ya veo. ¿Flecha de cerbatana, eh? ¡Ahora veo! Ya veo...

—¡Eso no tiene importancia! —exclamó el doctor Fell—. No se ocupe de eso. No le preste atención. Observe el lado izquierdo de la pantalla. El doctor Nemo va a entrar en escena.

Como si la hubieran llamado, la silueta alta y delgada con el sombrero de copa se presentó, volviéndose para mirarlas en cuanto apareció; y se encontraron muy cerca de los ciegos anteojos negros. Los detalles estaban más nítidos y agrandados. Se advertía el pelo raído del sombrero alto, la bufanda velluda con una separación para la nariz, y el curioso modo de caminar de Nemo mientras se movía en el cuarto hueco. Caminando hacia el escritorio con la espalda vuelta en parte hacia ellos, efectuó su veloz substitución de las cajas de bombones...

—¿Quién es? —preguntó el doctor Fell en cuanto la figura empezó a actuar—. Miren bien. ¿Quién es?

—Es Wilbur —dijo Marjorie—. Es Wilbur —repitió, levantándose del sillón—. ¿No lo ven? ¿No distinguen su modo de caminar? ¡Mírenlo! Es Wilbur.

La voz del doctor Chesney se elevó vigorosamente, aunque algo aturdida.

—Tiene razón —dijo—. ¡Dios mío!, es tan seguro como que estamos aquí. Pero no puede ser Wilbur. El muchacho está muerto.

—Parece, ciertamente, Wilbur —admitió el profesor Ingram. En la penumbra toda su personalidad pareció agudizarse; se movió nerviosamente y su concentración se intensificó; lo sentían—. ¡Esperen! Aquí hay algo raro. Esto es un engaño. Estoy pronto a jurar...

El doctor Fell lo interrumpió. El firme zumbido del aparato retumbaba en los oídos de los presentes.

—Ahora llegamos a la parte importante —dijo el doctor Fell, mientras el doctor Nemo se dirigía al otro lado de la mesa—. ¡Señorita Wills! Dentro de dos segundos su tío va a decir algo. Lo está mirando a Nemo. Va a decirle algo a Nemo. Observe sus labios. Lea el movimiento de sus labios y díganos lo que dice. ¡Calma!

La muchacha estaba de pie junto a la pantalla, tan inclinada hacia adelante que su

sombra casi la tocaba. Ahora se hubiera dicho que ni oían el zumbido del proyector. Se produjo un silencio, un silencio casi sobrenatural. Cuando en el cuarto del espejo los labios de Marcus Chesney se movieron, Marjorie habló al par de ellos. Su voz había adquirido un timbre agudo y anormal, como si su pensamiento estuviera totalmente ausente. Era una voz suave, espectral, que seguía una especie de ritmo propio.

Marjorie dijo:

“No me gusta usted, doctor Fell;
No podría decir por qué razón,
Pero...”.

En el grupo se había producido una especie de tumulto.

—¿Qué diablos significa todo esto? —exclamó el profesor Ingram—. ¿Qué está diciendo?

—Estoy diciendo lo que él dice o dijo —gritó Marjorie—. «No me gusta usted, doctor Fell...».

—Les aseguro que es un engaño —dijo el profesor—. No estoy tan loco como para creerlo. Yo estuve aquí, lo vi y lo oí, y sé que no dijo nada semejante.

Fue el doctor Fell quien contestó.

—Naturalmente que no —replicó con voz pesada, amarga, cansada—. Y en consecuencia, no están viendo una película de lo que vieron anoche. Y en consecuencia, nos han defraudado con una película errónea. Y en consecuencia, el asesino es la persona que nos dio la película equivocada, afirmando que era la verdadera. Y en consecuencia, el asesino es...

No tuvo necesidad de terminar la frase.

En tres zancadas, Elliot atravesó el rayo de luz al ver que George Harding se ponía de pie. Harding lo vio venir y le lanzó con la derecha, torpemente, un puñetazo a la cara. Elliot deseaba una pelea. Había estado soñando con una pelea, y casi rogando por tenerla. Toda su antipatía se convirtió en odio, todas las cosas que se había visto obligado a sofocar, el conocimiento que tenía de lo que había hecho George Harding y por qué lo había hecho, todo irrumpió en la mente de Elliot con una especie de grito interior, y en el colmo del placer se abalanzó contra su adversario. Pero la oposición no duró. Junto con el primer esfuerzo, George Harding había perdido su último vestigio de valor. Con la mirada vacilante y el rostro convulsionado por la compasión que hacia sí mismo sentía, corrió al lado de Marjorie tambaleándose, se asió de su falda y cayó desmayado. Tuvieron que reanimarlo con coñac, antes de poder aplicarle, en la forma habitual, la orden de arresto.

Una hora más tarde, el doctor Fell se hallaba sentado con ellos en la biblioteca, junto al fuego. Pero Marjorie no estaba allí, como tampoco, por razones obvias, Bostwick ni Harding. Los demás se habían instalado alrededor de la chimenea en actitudes que Elliot, cuyo cerebro, aunque mortalmente cansado, trabajaba irónicamente, comparaba a las de los personajes de un cuadro holandés.

El doctor Chesney fue el primero en hablar. Había permanecido sentado con los codos sobre la mesa de juego y la cabeza entre las manos; pero ahora se irguió.

—¿Así que fue uno de afuera quien lo hizo? —murmuró—. ¡Ah! Creo que para mis adentros supe en todo momento que era así.

El profesor Ingram habló cortésmente.

—¡Ah!, ¿sí? ¿No nos repetía usted sin cesar que Harding era un muchacho excelente? Por lo menos esta tarde, cuando tuvo usted la buena idea de prestar ayuda a ese casamiento tan magnífico y bonito...

La cara del otro se encendió.

—¿No se da cuenta que me vi obligado a hacerlo? ¡Qué diablos! Me pareció que debía hacerlo. Harding me convenció. Dijo que...

—Dijo una cantidad de cosas —observó el mayor Crow con mesurada brusquedad.

—... y cuando pienso lo que será esta noche para ella...

—¿Le parece? —preguntó el profesor Ingram recogiendo los dados y echándolos dentro del cubilete—. Siempre ha sido usted mal psicólogo, querido amigo. ¿Cree que ella lo ama? ¿Cree que lo ha amado alguna vez? ¿Por qué se imagina que protesté tan enérgicamente contra esa maldita, enfermante ceremonia de esta tarde? —levantó el cubilete y lo sacudió, paseando la mirada del doctor Fell a Elliot y de éste al mayor Crow—. Pero creo, señores, que nos deben una explicación. Queremos saber, como suele ocurrirle a la mayoría de las personas al terminar un cuento, cómo descubrieron que Harding era el asesino y cómo esperan probar su culpabilidad. Tal vez ustedes lo vean claro, pero nosotros no.

Elliot miró al doctor Fell.

—Hágalo usted, doctor —sugirió displicentemente, mientras el mayor Crow aprobaba con la cabeza—. Mi cerebro no está como para eso.

El doctor Fell, con la pipa encendida y un jarro de cerveza junto a él, fijaba meditativamente los ojos en el fuego.

—Tengo muchos remordimientos en este asunto —empezó a decir con una voz que, tratándose de él, era suave—. Y esos remordimientos nacen de que hace cuatro

meses lo que yo consideraba una idea disparatada mía era, en realidad, el comienzo de una solución. Será tal vez mejor empezar desde antes del principio para presentarles los acontecimientos en su debido orden, como yo los vi, y para seguirlos conforme se desarrollaron hoy ante nuestros ojos.

»Pues bien, el 17 de junio los chicos fueron envenenados con bombones de la tienda de la señora Terry. Hoy le expliqué al inspector Elliot cuáles eran mis razones para suponer, ya en ese entonces, que el envenenador no había utilizado un medio tan torpe como el de dejar caer un puñado de bombones envenenados en una caja abierta. Pensé mucho más probable que la cosa hubiera sido efectuada mediante algo como una maleta con resorte, lo que habría facilitado el cambio difícil de las cajas abiertas. Pensé que sería mejor buscar a alguien que (digamos que en algún momento de la semana anterior más o menos) hubiera entrado en la bombonería llevando una maleta. Ahora bien, eso nos indicaba inmediatamente a alguien que podía llevar una valija, sin que nadie se extrañara o lo recordara después como cosa poco habitual: digamos el doctor Chesney o el señor Emmet.

«*Pero* —siguió diciendo el doctor, accionando con su pipa— como se lo hice notar al inspector, existía aún otra posibilidad. Hasta el mismo doctor Chesney o el señor Emmet, si llevaban una maleta, podían haber llamado la atención, en el sentido de que toda cosa habitual también puede llamar la atención. Pero había otro tipo de persona que podía haber entrado ahí llevando una maleta sin que la señora Terry pensara dos veces en ello, ni entonces ni después».

—¿Otro tipo de persona? —inquirió el profesor Ingram.

—Un turista —dijo el doctor Fell.

—Como bien sabemos —prosiguió—, Sodbury Cross tiene un gran movimiento turístico, que es grande durante la mayor parte del año, pero aumenta en ciertas épocas. X o Y o Z, turista y desconocido, pasando por aquí en automóvil, puede haber entrado en el negocio con una maleta, haber pedido un paquete de cigarrillos y haberse esfumado de nuevo, sin que más tarde la tendera pensara en su maleta ni en él. El señor Chesney o el señor Emmet, residentes de aquí, habrían quedado en la memoria de la tendera; X o Y o Z, desconocidos, se habrían borrado de su mente aun antes de presentarse.

»Pero tales deducciones parecían pura y disparatada tontería. ¿Por qué iba a desear un desconocido hacer algo semejante? Un desconocido, un loco criminal, podía haberlo hecho; pero era absurdo que le dijera yo al mayor Crow: “Busque, en toda Inglaterra, a alguien desconocido en Sodbury Cross, a un desconocido sobre el cual no puedo darle el menor dato, que viaja en un automóvil del cual no tengo la menor idea, y que lleva una maleta con trampa que no tengo la menor razón para suponer que exista”. Pensé que mi imaginación se volvía demasiado fantástica; deseché la idea, y esto es lo que ahora recuerdo, echándomelo en cara.

»¿Y qué pasó entonces esta mañana?

»Elliot fue a verme, y con su historia removi6 esos recuerdos. Yo tenia la carta de Marcus Chesney; habia oido hablar del asunto al camarero sordo; y lo que me conto Elliot me sorprendi6 bastante. Supe por el (Dios sabe si lo supe) que en Italia la seiorita Wills se habia comprometido con el galan de los ojos dulces, George Harding. No habia motivo para sospechar de Harding solo porque fuera un desconocido. Pero habia excelentes razones para sospechar de *alguno*, de alguno de los componentes de ese grupito cerrado, compacto, aferrado alrededor de Marcus Chesney, de alguno que habia logrado introducir el truco del asesinato en un espectaculo cuidadosamente planeado a base de trucos. De modo que empecemos por analizar dicho espectaculo.

»Sabiamos que habia sido planeado desde bastante tiempo atras. Sabiamos (en realidad nos lo metieron bien por los ojos) que era un espectaculo a base de tramoyas, en el cual no se podia creer nada de lo que se veia. Cabia sospechar que las trampas no se limitarían solamente al escenario, sino que se extenderían también al auditorio. Oigan lo que dice al respecto la carta de Chesney. Se refiere a los testigos:

(«No saben lo que se desarrolla sobre el escenario y menos aún lo que acontece en el auditorio. Muéstreles la cosa registrada en blanco y negro después, y le creerán; pero ni aun entonces serán capaces de interpretar lo que ven»).

»Ahora bien, si tratamos de interpretar las adivinanzas contenidas en el espectaculo, encontramos tres puntos contradictorios que exigen una explicación. Son los siguientes:

»a). ¿Por qué en la lista que se disponia a presentarles, insertó Chesney una pregunta totalmente innecesaria? ¿Por qué les contestó que el doctor Nemo era Wilbur Emmet, si inmediatamente después pensaba preguntarles qué altura tenia la persona del sombrero de copa?

»b). ¿Por qué insistió en que todos, esa noche, se pusieran el *smoking*? No acostumbraban ustedes a vestirse para la comida, pero esa noche, entre todas, lo exigió.

»c). ¿Por qué incluyó en esa lista la décima pregunta? No le dieron importancia mayor a esa décima pregunta, pero a mí me preocupaba. Recuerden que era la siguiente: “¿Quién habló, o quiénes? ¿Qué dijeron?”. Y a continuación agregó una nota, exigiendo la contestación literal de lo arriba escrito. ¿En qué consistía la trampa que habia en eso? Parecia estar comprobado por todos los testigos en general que solo Chesney habia hablado en la escena, aunque es verdad que miembros del auditorio susurraron o pronunciaron unas cuantas palabras. ¿Pero dónde estaba la trampa?

»Señores, las contestaciones a los puntos a) y b) me parecieron clarísimas. Les dijo que el doctor Nemo era Wilbur Emmet por la sencilla razón de que el doctor Nemo *no* era Emmet, sino alguien que usaba el mismo traje de Emmet, pantalones y

zapatos de charol. Pero evidentemente esa persona no podía haber sido de la misma altura de Emmet. De lo contrario no hubiera tenido objeto la pregunta: “¿*Qué altura tenía la persona que entró por la puerta del jardín?*”. De haber tenido dicha persona la altura de Emmet, uno ochenta, y si ustedes hubieran dicho uno ochenta, habrían, al fin de cuentas, acertado. Por lo tanto, tenía que engañarlos con alguien que tuviera varios centímetros de diferencia con Emmet, pero que vistiera de *smoking*.

»¡Hum! Bueno, ¿dónde encontrar una persona así? Podría haber sido, por supuesto, alguien de afuera. Podría haber sido cualquier amigo de Marcus que viviera en Sodbury Cross. Pero en ese caso la broma resultaba menos ingeniosa. Habría dejado de ser una hábil trampa para convertirse nada más que en una mentira; y no hubiera estado de acuerdo con las palabras: “*No saben lo que se desarrolla sobre el escenario, y menos aun lo que acontece en el auditorio*”. Si eso significa algo, es que la persona del sombrero de copa era alguien del auditorio.

»E inmediatamente aparece la trama del engaño. Vemos que Marcus Chesney tenía otro cómplice, además de Emmet. Alguien aparentemente ajeno a todo. Un cómplice que está entre el público, como se acostumbra en los espectáculos de prestidigitación. En los veinte segundos de completa, absoluta oscuridad, después que las luces se apagaron, Emmet y su otro cómplice intercambiaron sus puestos.

»El cómplice del auditorio se deslizó por la puerta abierta del jardín en esos veinte segundos de absoluta oscuridad, mientras Emmet entraba a hurtadillas y tomaba su sitio. Fue el otro cómplice, y no Emmet, quien representó el papel de Nemo. Fue Emmet quien durante toda la función estuvo sentado o de pie entre los espectadores. Fue así, señores, cómo *planeó* Marcus Chesney la ejecución del engaño.

»¿Pero cuál era el miembro del auditorio?». ¿A quién reemplazaba Emmet?

»En este punto el terreno se vuelve agradablemente fácil. Por razones obvias, la señorita Wills no estaba en cuestión. El profesor Ingram tampoco lo estaba por tres razones principales: primero, se hallaba sentado en el rincón más alejado de las puertas de la sala de música que dan al jardín, en el sillón que Chesney le había indicado; segundo, tiene una calva brillante y llamativa; tercero, es muy poco probable que Chesney hubiera elegido como cómplice al hombre que más deseaba engañar.

»¿Pero Harding...?

»Harding mide uno setenta. Tanto él como Emmet son delgados y casi del mismo peso: Harding, setenta y siete kilos, y Emmet, setenta y ocho. Ambos tienen pelo oscuro peinado hacia atrás. Harding se hallaba colocado en el extremo izquierdo... La situación peor para cualquiera que deseaba tomar una vista del escenario; en realidad, una situación ridícula; pero fue allí donde lo instaló Chesney, y a dos pasos de las puertas del jardín. Finalmente, Harding estaba de pie, con una máquina

fotográfica apoyada en un ojo, de tal manera que su mano derecha podía naturalmente ocultar ese lado de su cara. ¿Admitido?».

—Admitido —dijo lúgubrementemente el profesor Ingram.

—Nada era más fácil, psicológicamente hablando, que efectuar ese intercambio. La diferencia de altura no se notarían, porque estaba de pie y los otros dos testigos sentados. Además, Harding dice que estaba «acurrucado», lo cual significa que Emmet estaba acurrucado. Si se engañaron ustedes fue porque las diferencias superficiales de uno y otro podían disimularse muy fácilmente en la oscuridad. Harding es buen mozo; Emmet, espectacularmente feo, pero este detalle no podía percibirse en la penumbra, y menos con la mano en un costado de la cara. Evidentemente, ustedes no tenían por qué concentrarse en esa silueta. Apenas si le dirigieron una mirada; de no ser así, no hubieran podido ver lo que ocurría en el escenario. Declarar que veían tanto a Harding como la escena, sería contradecir los términos. Dicen ustedes que veían a Harding «con el rabo del ojo», y es verdad; lo que veían era una forma y nada más. Veían en ella a Harding, porque creían estar viendo a Harding.

»La oscuridad escondía también otra trampa psicológica en la que, a mi entender, también cayeron ustedes. Dicen que la figura que sostenía la máquina cinematográfica habló en voz alta. Me atrevo modestamente a insinuarles que no pasó nada semejante. El efecto psicológico de la oscuridad en un espectáculo es hacer que las personas, automáticamente, hablen en voz baja. Esos secretesos suenan, sin embargo, como voces comunes; a veces hasta parecen voces muy gritonas, como lo comprobarán ustedes (protestando) si van al teatro y oyen a algún idiota que charla sin parar en la fila de atrás. En realidad, es un susurro, aunque no lo creerían, a menos de oír ese susurro entre la conversación común y poder comparado. Por lo tanto, sugiero que cuando la persona exclamó: «¡Huy! El hombre invisible», no hizo más que susurrarlo. Por consiguiente, se engañaron ustedes, porque todas las voces parecen iguales cuando hablan en secreto. Y creyeron que era la voz de Harding porque ni por un momento se les ocurrió que podía ser la voz de otro.

»En realidad, para el papel del otro cómplice, Harding es la única elección razonable. Marcus no lo habría elegido a usted, profesor, con quien había discutido la cosa durante años. No lo habría elegido a usted, doctor Chesney, con quien había sostenido la misma discusión toda su vida, aunque el hecho de que su altura, por ser la misma de Emmet, lo excluía automáticamente desde el principio. No. Elegiría al deferente, al adúlón George Harding que vivía pendiente de todas sus palabras, que halagaba su vanidad, que daba crédito a sus teorías, y que, sobre todo, era dueño de una cámara cinematográfica muy útil en diversos aspectos.

»Y por aquí nos vemos otra vez en un camino que nos lleva directamente a Harding. Si algo hemos oído repetir constantemente en este caso, es que Harding

nunca dejó de demostrar extrema deferencia a Marcus Chesney. Sin vacilar jamás, ni amenguar, ni disentir, es decir, sin desentonar nunca, salvo en lo único en que no debió haber desentonado. Ese espectáculo constituía el orgullo mayor de Chesney. Lo tomaba muy en serio y esperaba que todos hiciesen lo mismo. Pero en uno de sus momentos culminantes, como era la dramática entrada del doctor Nemo por la puerta del jardín, el supuesto Harding aunque se le había recomendado previa y expresamente que guardara silencio, se hizo el gracioso susurrando: “¡Huy! El hombre invisible”. Que se hiciera el chistoso tan repentinamente a expensas de Chesney parecía raro. Podía haber provocado hilaridad. Podía haber estropeado todo el espectáculo. No obstante, el supuesto Harding lo dijo.

»Dentro de un momento les explicaré por qué esa sola frase basta para probar la culpabilidad de Harding. Pero antes les diré cuál fue mi primera deducción; pensé: “Hay algo raro ahí. Ése no puede ser otro que Wilbur Emmet, que ha substituido a Harding entre los espectadores. Y puesto que tampoco a Emmet se le iba a ocurrir hacerse el gracioso a expensas de Chesney... ¡por los dioses del Olimpo!, esa frase estaba también convenida de antemano”. Sus palabras formaban parte del espectáculo; y aquí volvemos a la pregunta: “¿Quién habló, o quiénes? ¿Qué dijeron?”.

»No exagero las cosas, señores. Las cuento tal cual se desarrollaron. Y ese era el hilo de mis pensamientos esta mañana cuando Elliot fue a contarme la historia. Al principio no me atrevía mucho a esperar que el culpable fuera Harding...».

El doctor Chesney miró a todos asombrado.

—¿A esperar —preguntó pestañeando con expresión de sospecha—, a esperar? ¿Por qué era una esperanza para usted que Harding resultara culpable?

El doctor Fell tosió con sonoridad prolongada y profunda.

—Ejem —dijo—. Un lapsus. ¿Prosigo?

»Aun así, cerrando la mente a la consideración del móvil, a toda otra consideración que no fuera la simple mecánica del crimen, era evidente que Harding podía haber interpretado el papel del doctor Nemo.

»Fíjense en nuestro horario. En los veinte segundos de absoluta oscuridad que mediaron entre el momento de apagar las luces y el momento en que Chesney abrió la doble puerta, Emmet pudo haberse deslizado por la puerta del jardín a la sala de música. Pudo entonces tomar la cámara de manos de Harding, quien a su vez salió por la misma puerta y se puso el disfraz del doctor Nemo. La substitución podía efectuarse en dos o tres segundos. Aun así, pasaron cuarenta segundos hasta que el doctor Nemo entró en el escritorio. Eso le facilitaba a Harding un minuto entero para disfrazarse. El profesor Ingram les proporcionará una notable lista de las cosas que pueden hacerse en un minuto.

»Después de treinta segundos de permanencia en el escritorio, Nemo sale.

Analicemos ahora el momento en que Harding regresa a su sitio. ¿Cómo coincide esto con nuestro horario?

»Ahora bien, a esta altura de mis deducciones no había visto aún la película. Pero Elliot me repitió el testimonio de Harding. Harding dijo: “Después que ese tipo del sombrero de copa salió de la escena, levanté los ojos, retrocedí y cerré la máquina”. En otras palabras, eso fue lo que hizo Wilbur Emmet (en el papel de Harding). Dejó de filmar en el momento en que el doctor Nemo salió del escritorio. Pero, ¿por qué? Como ustedes saben, el espectáculo no había terminado. Marcus Chesney tenía aún que caer de bruces, en su dramática simulación de muerte, y luego levantarse y cerrar la doble puerta. Con eso Chesney les daba el tiempo suficiente para que volvieran a sus respectivos puestos.

»Parecía evidente que Emmet, después de la partida de Nemo, “retrocedió” inmediatamente (detrás del radio visual de los otros) y se deslizó afuera de la sala de música para encontrarse con Harding. Ese era su plan, el plan de Marcus Chesney. Pero Harding —si mi teoría era correcta— había pensado incluir en él una interesante variación. Acababa de darle a Marcus Chesney una cápsula envenenada. (Naturalmente, nunca hubo más que una sola cápsula. La discusión sobre la existencia de una segunda cápsula es innecesaria. Si estaba convenido de antemano que Harding interpretaría el papel del doctor Nemo, ¿para qué se necesitaba una segunda cápsula? No había más que una: la que previamente le habían dado a Harding y que él había llenado de ácido prúsico). Después de lo cual, Harding estaba listo para poner en ejecución la variante del plan.

»Cuando Nemo desaparece, Wilbur Emmet detiene la filmación y sale por la puerta del jardín de la sala de música. Harding, que necesita pocos segundos para quitarse el disfraz, está esperando. Del otro lado de ese angosto borde de pasto, en la sombra, apoyado contra el tronco de un árbol, hay un hierro que espera desde hace horas. Harding, que ha tirado su disfraz al pie de la puerta del escritorio, aguarda ahora junto a ese árbol. Le hace señas a Emmet para que se acerque. Le toma de las manos la máquina. Señala la casa con silencioso gesto. Cuando Emmet se vuelve, Harding, con la mano envuelta en un pañuelo, lo golpea con el hierro. Luego entra sigilosamente por la puerta de la sala de música antes que enciendan las luces. El tiempo transcurrido, como lo calculó el profesor Ingram, es sólo de cincuenta segundos».

El profesor Ingram hizo sonar los dados en el cubilete. Frunció el ceño, sacudiendo la cabeza.

—Muy justo, lo admito. Tenía suficiente tiempo. ¿Pero no corría ese hombre un riesgo estúpido?

—No —dijo el doctor Fell—. No corría riesgo alguno.

—Pero ¿y si alguien (yo o alguno de los otros) hubiera encendido las luces antes

de tiempo? ¿Si las luces se hubieran encendido antes de su entrada en la sala de música?

—Olvida usted a Marcus Chesney —dijo el doctor Fell con tristeza—. Olvida usted que el hombre, prácticamente, planeó su propio asesinato. Más que nadie deseaba él que Harding llegara, sin ser visto, a su sitio antes de encender las luces. Hubiera arruinado *su* plan, hubiera sido el hazmerreír, si atrapaban a Harding. Era indispensable evitar eso. ¿Recuerda usted, como dije hace un momento, que Chesney prolongó el espectáculo (quedándose sentado ante la mesa durante un rato y cayendo luego de bruces: seguramente era una improvisación de último momento, puesto que no hay preguntas sobre eso en la lista), prolongó el espectáculo después de la desaparición de Nemo? Fue para darle tiempo a Harding. Seguramente Harding le hizo una señal convenida, una tos, por ejemplo, para indicarle a Chesney que ya estaba de vuelta en la sala de música. Entonces Chesney terminó el espectáculo, cerrando las puertas. Harding hubiera podido emplear el tiempo que hubiera deseado para hundirle el cráneo a Emmet. La tarea lo mismo hubiera podido haberle tomado veinte segundos que ciento veinte. Chesney no habría dado término al espectáculo mientras él no estuviera de vuelta.

—¡Maldito sea! —rugió de pronto Joe Chesney, dejando caer el puño cerrado sobre la mesa de juego con tal violencia que el tablero de chaquete saltó—. ¿Así que, sencillamente, jugaba todo el tiempo sobre seguro?

—Sí.

—Prosiga —dijo el profesor con voz contenida.

El doctor Fell resopló.

—Tal era, esta mañana, la situación. Y, como pueden comprender, ansiaba ver esa película... La película que, según mis deducciones había tomado Emmet. Harding, justamente antes de mi primer revés, empezaba a aparecérseme envuelto en curiosos, por no decir siniestros, colores. Era un químico. Podía haber fabricado ácido prúsico en cualquier momento. De las personas incluidas en el caso, era el único que podía conocer la forma de ponerse y sacarse en un instante los guantes de goma. No sé si han hecho ustedes la experiencia. Es bastante fácil ponerse esa clase de guantes, siempre que estén empolvados por dentro. Pero quitárselos apresuradamente es casi imposible si se desconoce el modo de hacerlo. No se sacan tirando de los dedos como se hace con los guantes comunes; de ese modo sólo se consigue romper el guante o tironear de los dedos mientras uno lanza imprecaciones. Es menester enrollarlos desde la muñeca. Y así fueron encontrados éstos: prolijamente enrollados. Yo demostré por ellos un interés que pareció sorprender al inspector Elliot.

»La imagen de Harding en el papel de asesino se diseñaba en mi mente cada vez con mayor claridad y firmeza antes aun de haber visto la película. Y se tornó evidente a raíz de la conversación que Elliot sostuvo con la señorita Wills en el cuarto del piso

alto de la farmacia de Stevenson. Yo escuché esa conversación, señores. La escuché sin dignidad y sin sentir vergüenza. Entre el dormitorio y la sala, colgada en el vano de la doble puerta, había una sábana, y detrás de esa sábana, en el dormitorio (si pueden imaginarme en esos manejos), estaba yo, espiando.

»Hasta ese momento, nada sabía de Harding, salvo lo que me había contado Elliot. Pero ahora, ¡diablos!, empezaba a saber algo. Elliot me había asegurado que Harding no había oído mencionar a Sodbury Cross hasta que conoció a la señorita Wills en el viaje por el Mediterráneo. Y me enteré, que por el contrario, conocía a Marjorie desde hacía mucho tiempo; que la conocía desde antes del envenenamiento de los bombones, y que ella solía ir a Londres a verlo. Por favor, no se sorprendan tanto, señores —dijo el doctor con cierta dureza—, y domine, doctor Chesney, cualquier impulso de arrojarme por la cabeza esas tenazas de la chimenea. Hasta las criadas lo saben. Pregúnteles.

»Pero lo más interesante, en realidad, fue que logré penetrar los dos aspectos del carácter del señor George Harding. No se le podía culpar, naturalmente, por el hecho de que tomase un camino tan torcido para ocultar a la familia sus relaciones con Marjorie, aunque fuera una forma demasiado complicada. No podía culparlo por eso. Pero podía culparlo, y el inspector Elliot lo hubiera matado, por el hecho de haber sugerido melosamente a Marjorie que necesitaba vacaciones, que le vendría bien un viaje al extranjero y que ella le pagara los gastos del viaje, mientras él trababa conocimiento con la familia. Pero eso no era todo. Señores, yo estaba en el dormitorio del farmacéutico y sentí (si pueden creerlo) que enmudecía de asombro. Veía visiones y oía voces. Me pareció oler los rizos perfumados de Wainewright. Me pareció que el espectro de Warren Waite estaba allí sentado en la silla de hamaca. Me pareció ver del lado de afuera de la ventana, como fantasmas precursores de muerte, los ojos magnéticos de Richeson y la enorme cabeza calva de Pritchard.

»Pero había algo más en todo esto. Fuera lo que fuera, George Harding era, indudablemente, un magnífico actor. Ahora bien, yo estaba enterado de aquella pequeña escena en Pompeya. Un momento: no importa cómo lo supe. Pero si lo que yo acababa de saber al escuchar la conversación de la farmacia era verdad, ¡piensen lo que significaba aquella escena pompeyana! Piensen en Harding, inocente, fiel, heroico, allí entre ustedes, dejándoles hablarle *a él* de Sodbury Cross. Recuerden la forma en que introdujo el tema de los envenenadores, y los azuzó a ustedes diciéndoles: “Supongo que en esa época era fácil envenenar impunemente al por mayor”, hasta que le contaron todo. Recuerden su sorpresa manifiesta, la forma en que se apresuró a guardar la guía, pidiendo disculpas, confundido, cuando se dio cuenta que había iniciado, torpemente, un tema escabroso. Recuerden...

»Bueno, no es menester insistir. Pero que esa escena les quede en la mente como una especie de símbolo de todo lo que ocurrió después. Constituye un pequeño

esquema nítido de la mentalidad de Harding. Porque frente a la completa y minuciosa hipocresía de todo lo que dijo e hizo allí, frente a la forma en que incitó, sonsacó y fingió, lo vi, entre mi grupo de fantasmas, recibido con placer junto al bienaventurado Willie Palmer.

»Trataré de ser menos metafísico. Vimos después la película: y eso fue concluyente. Ante la gravedad del desliz, comprendí que en ese instante Harding se había sentenciado.

»Todos ustedes han visto la película. Pero todos, la primera vez que la vimos, hemos tendido a pasar por alto una cosa. Y es la siguiente. Si aceptábamos lo que nos contaba Harding, si admitíamos que él había tomado las películas, si creíamos en su coartada y no sospechábamos que en eso hubiera tramoya, admitiendo todo esto, *esa película constituía el ángulo visual de Harding durante el espectáculo.*

»¿Me siguen? —inquirió el doctor Fell con extremada seriedad—. Esa película constituía lo que él vio, y nada más que lo que vio. Era su versión de lo que había ocurrido en el escritorio. Era como si tuviéramos el registro del cuadro grabado en su mente. Por consiguiente, nosotros veíamos sólo lo que Harding había visto.

»Ahora bien, según las declaraciones de los otros testigos y del mismo Harding, ¿qué había ocurrido? Volvamos al comienzo del espectáculo de Chesney. La grotesca figura con el sombrero de copa entra por la puerta del jardín. Al adelantarse Nemo, Harding susurra: “¡Huy! El hombre invisible”; y la figura se vuelve y mira al auditorio.

»¿Pero qué vemos en la película? Vemos que la figura no aparece en ella hasta el instante en que se vuelve y nos mira. Aparece, se vuelve, y es ésta nuestra primera visión del doctor Nemo. El movimiento que hace al mirarnos se produce, sin duda alguna, justamente después que Harding ha dicho: “¡Huy! El hombre invisible”, porque en ningún otro momento Nemo se volvió a mirar al auditorio. ¿Cómo diablos, entonces, pudo Harding pronunciar esas palabras tan apropiadas, o palabra alguna? Porque hasta ese momento no veíamos al hombre invisible, y por consiguiente tampoco podía verlo él.

»No veía las puertas del jardín. Se hallaba instalado demasiado a la izquierda. Por la misma razón, tampoco nosotros las veíamos. No pudimos ver la figura cuando entraba; no la vimos hasta que se dio vuelta a mirarnos. ¿Entonces cómo, preguntense, podía Harding saber qué aspecto tenía el doctor Nemo? ¿Cómo pudo dar esa excelente definición del doctor Nemo antes que éste hubiera ni siquiera entrado en su radio visual?

»Y la contestación no es complicada. Fuera quien fuera el que estaba allí agazapado con la cámara, esa persona era cómplice del espectáculo, conocía de antemano el aspecto del doctor Nemo, le habían indicado las palabras que debía susurrar, y al ver que Chesney volvía la cabeza hacia la puerta, había creído llegado

el momento, y las había murmurado unos segundos antes de lo debido, cuando ya los otros veían al doctor Nemo, pero él todavía no. Puesto que Harding juró luego, por lo más sagrado, que había pronunciado esas palabras, era por consiguiente un cómplice, fuera él o fuera Emmet quien había tomado la película. Lo que venía a confirmar mi creencia anterior de que Emmet había tomado la película, y Harding interpretado la parte del doctor Nemo.

»Cuando hoy temprano pasamos la película, sentía ganas de gritar y anunciarles mi descubrimiento. Ya, en este sentido, no pude dejar de emitir algunas exclamaciones significativas cuando el mayor Crow tropezó con la verdad al decir que Marcus Chesney había, en realidad, planeado la forma de su propio asesinato. Era verdad, aunque Crow aplicaba su afirmación a otra cosa. Pero en ese preciso instante, mi construcción se desmoronó por completo.

»Pudimos observar muy claramente al doctor Nemo en la película.

»Y tenía un metro ochenta de altura.

»No sólo medía un metro ochenta, sino que su modo de andar lo identificó positivamente como Wilbur Emmet.

»Y recibí un golpe en el plexo solar del cual tardé varias horas en reponerme.

»Les recomiendo la virtud de la humildad. Es una virtud refrescante. Tan seguro me sentía de tener razón que no sólo construía mi torre sino que añadía cemento a los ladrillos para mantenerlos pegados. Sólo a la tarde, cuando encontramos ese envase de cartón de la lámpara “Photoflood” en el cajón del cuarto de la señorita Wills, volví a darme cuenta por la centésima vez que habíamos sido engañados por *otra* de las ingeniosas tretas de Chesney. Era la última, pero, gracias a ella, el plan de Harding había resultado triplemente seguro.

»Naturalmente, hacía rato que cierto detalle nos tenía en ascuas. Sin detenernos por el momento a averiguar quién era el asesino, fuera quien fuera, ¿por qué no había destruido la película? Había tenido amplia oportunidad de hacerlo, sin ser visto. La película estaba ahí en un cuarto vacío, a disposición del primero que llegara. Cualquiera, en cinco segundos, podía anularla con sólo exponerla a la luz. Ningún asesino, ni siquiera un loco, querría que la justicia se concentrara en el análisis de un *film* sobre su persona en el momento de cometer el crimen. Pero nadie había tocado la película. Si desde el primer momento hubiera yo tenido la inteligencia de interpretar tan clara indicación, habría comprendido que se habían esmerado en metérnosla por los ojos, porque de ningún modo era la película del verdadero asesino.

»Era, en realidad, la película de un ensayo que Chesney, Emmet y Harding habían realizado esa mañana, la mañana del día del espectáculo con Emmet en el papel de doctor Nemo.

»La lámpara especial los descubrió. Esa lámpara había despertado mi curiosidad, pero me tenía completamente perplejo. Lo que más me intrigaba era el relato que me

hicieron del asombro evidente de la señorita Wills cuando le dijeron que se había quemado la lámpara. ¿Por qué se había asombrado tanto? La cuestión tal vez no tenía importancia, pero era justamente una de esas coincidencias que mueven el pestillo cuando la puerta está obstinadamente atascada. Ella había comprado la lámpara esa mañana. No se había usado hasta la noche. ¿Cuánto tiempo había estado encendida durante esa velada?

»Costaba poco averiguarlo. El espectáculo de Chesney comenzó (*grosso modo*) alrededor de las doce y cinco. La lámpara estaba encendida. Siguió encendida hasta que la policía llegó a las doce y veinticinco. A esa hora, ¿recuerdan?, la apagaron. Esto nos da, para empezar, veinte minutos. La encendieron otra vez durante breves instantes cuando la policía efectuó un rápido examen del cuarto, antes que los interrumpiera usted, profesor. A los pocos minutos, menos de cinco en todo caso, volvieron a apagarla. La tercera y última vez que la encendieron fue cuando llegaron el médico forense y el fotógrafo. Ahí también el lapso fue corto, apenas lo suficientemente prolongado para que Elliot le explicara al mayor Crow la cuestión de la maleta con resorte y examinaran el reloj de la chimenea; luego se quemó. Digamos cinco minutos más.

»Aunque admitamos que estas horas son aproximadas, la discrepancia es demasiado grande: esa lamparilla se quemó después de sólo media hora de uso, en total. Y Stevenson, el farmacéutico, me aseguró que esas lámparas duran bastante más de una hora.

»Se quemó después de media hora porque la habían usado anteriormente, ese mismo día, más temprano.

»Esa sencilla realidad me saltó a la vista cuando encontré el envase en el cajón. La señorita Wills había comprado la lámpara por la mañana y la había guardado allí. *Ella* no la había usado, porque supimos por las criadas que se había ido por la mañana a casa del profesor Ingram, permaneciendo allí hasta la tarde; en todo caso, nos han repetido una y otra vez que a ella nunca le ha interesado la fotografía.

»Debíamos suponer, en realidad, que nadie la había utilizado hasta el momento en que Pamela recibió la orden de subir a buscarla, a las doce menos cuarto de la noche. Pero, como ya lo he demostrado, no podía ser así. Y había otra razón más para suponerlo. Encontramos el envase de cartón. Ahora bien, si cuando Pamela subió a buscar la lámpara ésta hubiera estado en una caja aún sellada, la habría llevado con caja y todo. Pero no hizo eso, llevó solamente la lámpara. Lo cual significaba que la caja ya había sido abierta; lo cual significaba que la lámpara se hallaba suelta en el cajón o dentro de una caja abierta.

»Podíamos dar por establecido que Chesney, Emmet y Harding habían hecho ensayos largos y minuciosos para este pequeño espectáculo. La cosa tenía que desarrollarse sin una falla. Y la cuestión era: ¿cuándo realizaron el ensayo?

Evidentemente a mediodía. Chesney había mandado comprar la lámpara por la mañana. La señorita Wills se ausentó después, y como usted, doctor, no vive aquí, no había razón para que estuviera presente. Pero es seguro que Harding estaba: lo supimos por la criada.

»¿Advierten ustedes ahora la naturaleza del truco, de la broma final de Chesney, de su última treta destinada a los testigos? Iba a engañarlos aún después de terminada toda posible tramoya. Al hacer que Harding sacara de antemano una película del espectáculo (*de un espectáculo que en varios detalles sutiles sería completamente distinto del verdadero*), escondía en la manga uno de los ases de la baraja. Les diría: “Y bien, ya me han dado sus respuestas. Ahora vean lo que realmente pasó. La cámara no puede mentir”. Pero la cámara podía mentir; porque era Emmet quien interpretaba la parte de Nemo, y las palabras que Chesney pronunció eran totalmente distintas, aunque aproximadamente el mismo el número de sus sílabas. Tengo la vaga impresión de que este fraude fue realizado en mi honor. Como ustedes saben, Marcus iba a invitarme dentro de unos días a presenciar su demostración. Pensaba entonces decirme a mí también: “Mire usted ahora la película que tomamos de esto mismo la otra noche”. Y, probablemente, me hubiera engañado a mí también, mientras él, locamente divertido, me diría desde la pantalla: “No me gusta usted, doctor Fell”. Puede decirse que casi lo admite en su carta. “Muéstreles después la cosa registrada en blanco y negro, y le creerán; pero ni aun entonces serán capaces de interpretar lo que ven”.

»Hacemos el trueque de esas películas fue la única equivocación grande y aplastante que cometió George Harding. Tenía, naturalmente, cámaras duplicadas. Dejó que Emmet tomara la película con una de esas cámaras, y gentilmente nos dio a nosotros la otra con la otra película. Probablemente les complacerá saber que Bostwick ha encontrado la otra cámara, escondida en su cuarto, con la película del crimen milagrosamente intacta; y ese pedacito de pura vanidad lo llevará a la horca.

»La solución de las dos películas nos proporcionó la respuesta final y remachó el clavo. Durante bastante tiempo me había sentido vagamente intrigado por lo siguiente: ¿el hecho de que George Harding hubiera estado situado tan a la izquierda se debía *solamente* a su deseo de hallarse cerca de la puerta del jardín? Existía otra razón. No se había colocado en forma de poder sacar la puerta del escritorio por donde aparecería Nemo, porque no se atrevía a hacerlo aparecer en la película. Hubiera puesto de manifiesto la luz del día, cuando filmó el ensayo, resplandeciendo a través de la puerta cuando entrara Nemo. Las puertas del jardín dan al Oeste, y ayer fue un día brillante de sol. Así que tuvo que situarse a un costado, y Emmet, para tener el mismo ángulo, tuvo que hacer lo mismo durante el espectáculo nocturno. Cuando súbitamente el inspector Elliot comprendió lo que pasaba, debido a mis preguntas sobre la lámpara especial, cayó también en la cuenta del significado de lo

que podríamos llamar La Posición Fotográfica Zurda; y la verdad apareció con gran claridad y nitidez».

Elliot lanzó un gruñido. El doctor Fell, cuya pipa se había apagado, vació de un trago su jarro de cerveza.

—Haremos ahora un resumen del asunto bastante penoso de George Harding y Marjorie Wills.

«Harding planeó hace unos meses una serie de crímenes a sangre fría, inteligentes y bárbaros, con un único móvil: ventajas materiales. Como primer medida pretendió demostrar que fuera quien fuera el asesino de Sodbury Cross, no podía ser George Harding. Su método de ataque no era nuevo. Ha sido puesto en práctica con anterioridad. Continuamente han traído ustedes a colación el caso de Christiana Edmunds en 1871. Le dije a Elliot que esa historia encerraba una moraleja. Pero algunos de ustedes me han discutido el caso, negándose persistentemente a ver dicha moraleja. La moraleja no es: cuidado con las mujeres que persiguen a un médico. La moraleja es: cuidado con la persona que envenena al azar a personas inocentes sólo para demostrar que no puede ser ella quien envenena. Eso fue lo que hizo Christiana Edmunds; y eso fue lo que hizo George Harding.

»En su desmedida vanidad, una vanidad comparable a la de Palmer o Pritchard, creyó que podría hacer exactamente lo que quería con Marjorie Wills. Reconozco que tenía razones para suponerlo. Una mujer que paga los gastos de unas vacaciones que duran varios meses, puede con justicia ser calificada de indulgente y hasta de ciegamente enamorada; y si en algo eso puede consolarlo, será el esposo legal de una mujer acaudalada hasta que el verdugo lo mande al otro mundo.

»Marcus Chesney era un hombre muy rico y la señorita Wills su heredera. Pero hasta que Chesney muriera (un hombre de fibra en todo sentido) difícilmente podía esperar Harding tocar un solo penique de su dinero. Lo sabía desde el principio, y tengo entendido que Chesney no le dejó la menor duda al respecto. Harding deseaba, sinceramente, lanzar en gran escala su nuevo procedimiento de electroplatinado; no dudo que ha de ser un procedimiento espléndido, aunque es distinto del tratamiento eléctrico que a mí me gustaría que le aplicaran a él. Se creía un gran hombre que necesitaba “conseguir eso”; por lo tanto, Marcus Chesney debía ser eliminado.

»Sospecho que éstos eran sus pensamientos desde que conoció a Marjorie. En consecuencia, “introdujo” en Sodbury Cross un envenenador del modo que ustedes conocen. Una visita al negocio de la señora Terry, con cualquier clase de disfraz, le daría una idea del local y de la colocación de las cajas de bombones; otra visita, efectuada días después le permitiría intercambiar las cajas. Usó estricnina por una razón premeditada; es uno de los pocos venenos que un químico de laboratorio *no* usa. No sabemos aún dónde la compró, pero no es raro que la policía no encontrara esa pista: nunca habían oído nombrar a George Harding».

—Gracias —dijo el mayor Crow.

—Ignoramos cuál sería su plan original para eliminar a Chesney. Pero como caída del cielo, como regalada, se le proporcionó la oportunidad de envenenar a Chesney con el apoyo y la cooperación de la propia víctima. Además, como Chesney había adivinado la forma en que habían sido cambiadas las cajas de bombones, Harding tenía que apresurarse. Para colmo de ironía, ni por un instante Chesney sospechó de Harding. Y éste no podía permitir que Marcus fuera más lejos en sus averiguaciones: podía descubrir demasiado. Otra cosa preocupaba a Harding. Para llevar a cabo el crimen en esa forma, tenía que emplear un veneno que matara casi instantáneamente, paralizando las cuerdas vocales de la víctima, para que no pudiera hablar. Eso significaba que tenía que recurrir a uno de los cianuros; él trabajaba con cianuro de potasio y las sospechas se dirigirían inmediatamente hacia él.

«Solucionó la cosa con extraordinaria habilidad. Esta tarde les manifesté mi sentimiento al asegurarles que Harding no había sacado veneno de su laboratorio. Era verdad. Lo fabricó aquí. Esta casa, ustedes lo habrán notado, y particularmente sus alrededores, están como habitados por un suave olor a almendras amargas. La única dificultad que existe para esconder en cualquier parte una cantidad de ácido prúsico es ese olor que despiden aunque esté tapado; pero ese olor nunca llamaría la atención en Bellegarde, a menos que alguien aspirara profundamente un frasco abierto que lo contuviese. De suerte que fabricó su ácido prúsico, y deliberadamente, dejó cierta cantidad guardada en el botiquín del cuarto de baño. Hizo eso para poder indicarles a ustedes lo fácil que resultaba a cualquiera que tuviera el menor conocimiento de química, componer ácido prúsico, e insinuar que alguien quería echar sobre él las sospechas. No me cabe duda que les hizo sobre esto una explicación excelente».

—Así es —dijo el mayor Crow.

—No creo que al principio tuviera la idea de hacer recaer las sospechas sobre Marjorie. Hubiera sido una tontería y un peligro. Quería conseguir el dinero de la muchacha, pero con toda seguridad no deseaba verla arrestada. La casualidad, sin embargo hizo recaer sobre ella las mayores sospechas, y Harding encontró la forma de usar de eso en provecho propio. Porque empezaba a alarmarse por algo muy distinto: la muchacha se enfriaba.

«Todos lo advirtieron. Desde hacía algunas semanas su entusiasmo disminuía. Ya no miraba a su galán con ojos encantados; tal vez había alcanzado a vislumbrar en una o dos ocasiones el alma de su novio; tendía a contestarle con aspereza, y hasta pensó en el suicidio. Aunque en la plenitud de su vanidad, Harding no podía dejar de entrever vagamente lo que ocurría. No podía perderla ahora, o se vería en el caso de arriesgarse terriblemente para nada, y eso era un mal negocio. Cuanto antes la decidiera a casarse, mejor para él.

»Lo consiguió mediante una combinación de ternura y terror. El asesinato de

Wilbur Emmet, parte necesaria del plan, lo cometió con una jeringa de inyecciones que le robó a usted, doctor Chesney. Y al día siguiente la colocó en el doble fondo del alhajero de Marjorie. La muchacha ya estaba medio enloquecida de miedo, y sin desperdiciar la menor oportunidad, Harding había provocado en ella un estado tal que Marjorie deseaba aferrarse a su novio, aunque sólo fuera por el alivio simple y puro de dejar que alguien se encargara de sus preocupaciones. Con ese último hecho, al esconder la jeringa en el alhajero, consiguió su objeto. Ella misma nos ha dicho que se casó para salvarse de ser arrestada por asesinato. No me cabe duda que Harding le recalcó muchos detalles, entre ellos que la policía podría descubrir sus visitas a su laboratorio y saber que había podido procurarse veneno; pero que si la arrestaban estando casados, no tendría él que declarar contra ella como testigo. Señores, cuando uno se detiene a considerar la suave, tranquila, absoluta, deslumbrante insolencia con que encaró el asunto...».

El doctor Fell calló con una especie de sobresalto culpable; el mayor Crow le lanzó un violento chistido; y todos clavaron los ojos en el fuego con extrema turbación.

Marjorie acababa de entrar.

Elliot nunca hubiera creído que su rostro pudiera empalidecer de ese modo ni sus ojos adquirir tanto brillo. Pero sus manos no temblaban.

—No se preocupen —dijo—. Continúen, por favor. He estado oyéndolos desde la puerta desde hace cinco minutos. Quiero saber.

—¡Ah! —dijo el mayor Crow. Se levantó de un salto y muy solícito le preguntó—: ¿Quiere que abra la ventana? ¿O un cigarrillo? ¿O coñac? ¿O algo?

—Toma este almohadón —insistió el doctor Chesney con gravedad.

—Creo, querida Marjorie, que si se recostara... —empezó a decir el profesor Ingram.

Ella les sonrió.

—Estoy muy bien —dijo—. No soy tan frágil como ustedes creen, ni mucho menos. Y el doctor Fell tiene razón. George *hizo* todo eso. Para asustarme hasta utilizó los libros sobre química que hay en mi cuarto. Los compré para enterarme del trabajo que él hacía y ayudarlo; pero me preguntó qué pensaría la policía si los encontraba allí. Lo peor es que sabía... sabía lo que sabía el inspector Elliot: que intenté comprar aquel cianuro de potasio en Londres...

— ¿Qué? —rugió el mayor Crow.

—¿No está usted enterado? —Marjorie lo miraba con asombro—. Pero..., pero el inspector dijo..., por lo menos me insinuó...

Esta vez Elliot se sonrojó tan violentamente que todos lo advirtieron.

—Comprendo —observó el mayor cortésmente—. No hablemos de eso.

—Y... y llegó hasta decirme que podrían sospechar una intervención mía en el

espectáculo durante el cual mataron a tío Marcus. Me dijo que sabía que tío Marcus había escrito una carta al doctor Fell y que en la carta le decía que me observara...

—Es cierto —dijo el doctor Fell—. «Jugaré limpio y le daré un dato: observe de cerca a mi sobrina Marjorie». Por eso me abstuve cuidadosamente de mostrar la carta al impresionable superintendente Bostwick mientras no pudiera demostrar quién era el culpable; no hubiera servido más que para hacerle errar la pista. Lo único que su tío pretendía era engañarme, como trató de engañarlos a ustedes, diciéndoles que el doctor Nemo era Wilbur Emmet. ¡Pero el efecto que esa carta le hubiera producido a Bostwick...!

—Por favor, espere —rogó la muchacha apretando los puños—. No crean que voy a desmayarme porque me digan la verdad. Cuando vi a George esta tarde, es decir, cuando él creyó que lo habían matado, me inspiró un desprecio tan grande que casi me sentí mal. Pero eso es lo que quiero saber. ¿Ese balazo fue nada más que un accidente?

—¡Ojalá no lo hubiese sido! —dijo el doctor Chesney con voz atragantada—. ¡Ojalá no lo hubiese sido! Me hubiera gustado meterle una bala en los sesos a ese inmundo. Pero fue nada más que un accidente. Juro que no sabía que había una bala en ese revólver.

—Pero el doctor Fell dijo...

—Discúlpeme —interrumpió el doctor Fell, con un gesto de malestar—. Ni una sola vez en todo este asunto, lo sostengo, la he engañado con palabras, actitudes o insinuaciones; pero en aquel momento tuve que engañarla. Había demasiados oídos rondando por ahí. Me refiero en particular a la astuta Pamela y a la no menos astuta Lena, cuyas orejas escuchaban detrás de la puerta; y era mucho alboroto en público. La evidente simpatía de Lena por Harding la hubiera hecho correr a contarle todo lo que yo dijera, y si Harding se enteraba de mis dudas sobre un atentado criminal, se sentiría tan seguro como nunca lo había soñado en sus sueños de felicidad.

—Gracias a Dios —dijo la joven—. Temía que fueras tú.

—¿Yo? —preguntó el doctor Chesney.

—El asesino, quiero decir. Naturalmente, al principio pensé que podía ser el profesor Ingram...

Los ojos suaves del profesor se agrandaron.

—Me sorprende mucho —declaró—. Me siento muy halagado, pero ¿por qué?

—¡Oh!, por sus conversaciones sobre el crimen psicológico perfecto. Además, cuando fui a su casa y me quedé allí toda la tarde y le pregunté qué opinaba de mi casamiento con George, y usted me hizo el psicoanálisis y me aseguró que yo no lo amaba, que no era mi tipo... bueno, no sabía qué pensar. Pero tenía razón. Tenía razón. Tenía razón.

El doctor Fell pestañeó, volviéndose hacia el profesor.

—¿Le hizo el psicoanálisis? —preguntó—. ¿Con qué tipo de hombre debería casarse?

La cara de Marjorie se encendió.

—Nunca —dijo entre dientes—, nunca quiero ni *ver* a otro hombre en toda mi vida.

—Excluyendo a los presentes, espero —dijo el profesor Ingram, con tono reconfortante—. No podemos permitir que adquiriera una neurosis. Siempre he pensado que, en una comunidad bien ordenada, una neurosis de esa clase debería curarse con los mismos métodos que se emplean para los aviadores que caen sin herirse. Para que recobren el valor, se les manda subir inmediatamente a otro avión. ¿Su tipo? Diría, después de reflexionar, que es aquél cuyas inhibiciones corresponden a...

—¡Oh!, tonterías —dijo el mayor Crow—. Su tipo es un policía. Bueno, cuando esto se arregle, les prometo, les doy mi palabra de honor, que no intervendré para nada en el caso. Es definitivo. Pero lo que yo digo es...

—**FIN**—



JOHN DICKSON CARR (30 de noviembre de 1906 – 27 de Febrero de 1997) fue un escritor norteamericano de novelas policíacas. Además de firmar mucho de sus libros, también los seudónimos Carter Dickson, Carr Dickson y Roger Fairbairn.

Pese a su nacionalidad, Carr vivió durante muchos años en Inglaterra y a menudo se le incluye en el grupo de los escritores británicos de la edad dorada del género. De hecho la mayoría, pero no todas, de sus obras tienen lugar en Inglaterra. De hecho sus dos más famosos detectives son ingleses: Dr. Fell y *Sir Henry Merrivale*.

Se le considera el rey del problema del cuarto cerrado (parece que debido a la influencia de Gaxton Leroux, otro especialista en ese subgénero). De entre sus obras, *The Hollow man* (1935) fue elegida en 1981 como la mejor novela de cuarto cerrado de todos los tiempos.

Durante su carrera obtuvo dos premios Edgar, uno en 1950 por su biografía de *Sir Arthur Conan Doyle* y otro en 1970 por su cuarenta años como escritor de novela policíaca.

Notas

[1] «Ninguna estratagema —dijo cierta vez el doctor Fell— es más inútil o exasperante que el engaño basado en una conspiración para decir la misma mentira». Por consiguiente, creo justo afirmar que no existía conspiración alguna entre los tres testigos. Cada cual hablaba independientemente y sin colusión con los otros dos. —J. D. C. <<

[2] Y se advertirá que no figura en esta lista el nombre de Crippen. La omisión es deliberada. En muchos de nosotros subsistirá siempre la fuerte sospecha de que Crippen no tuvo nunca intención de matar a Belle Elmore, y que la excesiva dosis de beleño fue accidental. Tal era la opinión de una autoridad como *sir* Edward Marshall, nada menos (ver la admirable «Vida» de Mr. Edward Marjoribanks, p.277 y siguientes). Crippen se rehusó a apelar alegando la muerte accidental porque esto hubiera comprometido a Ethel Le Neve. <<